

HISTORIA DEL FUTURO IV



Robert A. Heinlein



Para GINNY

INDICE

**Inadaptado
Los hijos de Matusalén**

INADAPTADO

«...con el objetivo de conservar y mejorar nuestros recursos interplanetarios, y proporcionar ocupaciones útiles y saludables a la juventud de este planeta.»

Extracto del acta de permiso, Cámara de Representantes 7118, estableciendo el Cuerpo de Construcción Cósmica

- ¡Atención a la revista! - la voz de un sargento primero de la Marina Espacial sonó en la plaza de armas, cortando la niebla y la llovizna de una sucia mañana de Nueva Jersey - . A medida que oigan sus nombres, respondan «Aquí», den un paso adelante con su equipaje, y embarquen. ¡Atkins!

- ¡Aquí!

- ¡Agustín!

- ¡Aquí!

- ¡Ayres!

- ¡Aquí!

Uno a uno fueron saliendo de las filas, echándose al hombro los cincuenta kilos de pertenencias personales permitidas, y trepando penosamente por la escalerilla. Eran jóvenes, ninguno superaba los veintidós años, y en algunos casos el peso del equipaje superaba al de su propietario.

- ¡Kaplan!

- ¡Aquí!

- ¡Keith!

- ¡Aquí!

- ¡Libby! - Un muchacho rubio y delgado se separó de la fila, se sonó apresuradamente y agarró sus pertenencias. Se echó al hombro un abultado saco de lona, lo aseguró, y levantó una maleta con su mano libre. Empezó a subir la escalerilla con paso inseguro. Al llegar al portalón su maleta le golpeó en las rodillas. Se tambaleó hacia alguien bajo y delgado vestido con el color verdeazulado de la Marina Espacial. Unos fuertes dedos sujetaron su brazo y evitaron que cayera.

- Tranquilo, hijo. Así es más fácil. - Otra mano reajustó el saco de lona.

- Oh, perdóneme, esto... - el azarado joven contó automáticamente los cuatro galones de cinta plateada bajo el cometa -, capitán. Yo no quería...

- Echa una mano y sube a bordo, hijo.

- Sí, señor.

El pasillo que conducía a las entrañas del transporte estaba escasamente iluminado. Cuando los ojos del muchacho se adaptaron vio a un artillero llevando el brazalete de sargento de la marina, que señaló con el pulgar hacia una compuerta de aire abierta.

- Ahí dentro. Busca tu taquilla y aguarda allí. - Libby se apresuró a obedecer. Dentro descubrió una confusión de equipajes y hombres en un compartimento amplio de techo bajo. Una hilera de tubos fluorescentes se extendía junto a la unión del mamparo y el techo y dividía en tres este último; el suave rumor de los extractores de aire ponía un sonido de fondo a las voces de sus compañeros de nave. Se abrió camino por entre el esparcido equipaje y localizó su taquilla, la siete - diez, en la pared exterior más alejada. Rompió el sello de la cerradura de combinación, miró la combinación, y la abrió. La taquilla era muy pequeña, la central de una batería de tres. Estudió lo que debería guardar allí. Un altavoz acalló las voces a su alrededor y pidió su atención:

- ¡Atención! Primera sección; aseguren todo el equipaje. Despegue en doce minutos. Cierren compuertas estancas. Cierren los extractores a menos dos minutos. Órdenes

especiales para los pasajeros: coloquen todos sus bultos en la cubierta, y tiéndanse cuando se encienda la luz roja. Permanezcan tendidos hasta que suene el aviso. Los sargentos de guardia comprobarán que se cumplan las órdenes.

El artillero entró en el compartimento, echó una mirada a su alrededor, e inmediatamente comenzó a supervisar el reordenamiento del equipaje. Las cosas pesadas fueron amarradas. Las compuertas herméticas fueron cerradas. Cuando cada muchacho había encontrado un lugar en la cubierta y el sargento había comprobado el almohadón bajo sus cabezas, los tubos fluorescentes se volvieron rojos y el altavoz atronó de nuevo.

- ¡Todos listos... despegue! Preparados para aceleración. - El sargento se reclinó apresuradamente contra dos bolsas de viaje y echó un último vistazo a la habitación. Los extractores suspiraron y enmudecieron. Siguió dos minutos de mortal silencio. Libby sintió que su corazón empezaba a batir fuertemente en su pecho. Los dos minutos se alargaron interminablemente. Luego la cubierta se estremeció y un rugido como el de vapor a alta presión escapándose martilleó sus tímpanos. Se sintió de pronto terriblemente pesado, como si un enorme peso se aplastara contra su pecho y corazón. Tras un período indefinido los tubos fluorescentes brillaron de nuevo blancos, y el altavoz bramó:

- Comprueben todos los detalles de procedimiento; primera sección, guardias regulares. - Los extractores de aire volvieron a la vida. El sargento se puso en pie, se frotó las nalgas y palmeó sus brazos y luego dijo:

- De acuerdo, chicos. - Avanzó unos pasos y abrió la puerta estanca que conducía al pasillo. Libby se puso en pie y se precipitó contra una mampara, estando a punto de caer. Sus piernas y brazos estaban como adormecidos, y se sentía alarmantemente ligero, como si se hubiera quitado de encima al menos la mitad de su escaso peso.

Durante las siguientes dos horas estuvo demasiado ocupado como para pensar o sentir añoranza. Maletas, cajas y sacos debían ser llevados a la cala inferior y asegurados contra aceleración angular. Localizó y aprendió cómo utilizar un lavabo sin agua. Encontró la litera que le había sido asignada, y supo que sólo sería suya durante ocho horas de cada veinticuatro; otros dos muchachos tenían derecho a usarla los dos turnos restantes. Las tres secciones comían también en tres turnos, nueve turnos en total... veinticuatro jóvenes y un sargento en una larga mesa que casi llenaba el estrecho compartimento de la cocina.

Después de comer, Libby reordenó su taquilla. Estaba de pie ante ella, contemplando una fotografía que intentaba colocar en la parte interior de la puerta, cuando una orden llenó el compartimento:

- ¡Atención!

De pie junto a la puerta se hallaba el capitán, flanqueado por el sargento. El capitán empezó a hablar:

- Descansen, muchachos. Siéntense. McCoy, llame a control y que acondicionen este compartimento para filtrar el humo. - El artillero se dirigió apresuradamente hacia el comunicador junto a la mampara y habló por él en voz baja. Casi inmediatamente el zumbido de los extractores subió media octava y se estabilizó -. Pueden fumar si lo desean. Quiero hablarles.

«Muchachos, están dirigiéndose a la misión más importante de todas sus vidas. A partir de ahora son ustedes hombres, con uno de los trabajos más duros con los que un hombre se haya enfrentado nunca. Lo que vamos a hacer forma parte de un plan mucho mayor. Ustedes, y centenares de miles de otros como ustedes, están actuando como pioneros para conseguir acondicionar el sistema solar de tal modo que los seres humanos puedan hacer el mejor uso de él.

«Igualmente importante es el hecho de que se les está dando la oportunidad de convertirse por iniciativa propia en ciudadanos útiles y felices de la Federación. Por una u

otra razón, ninguno de ustedes se adaptó completamente allá abajo en la Tierra. Algunos de ustedes se encontraron con que los trabajos para los cuales habían sido preparados habían sido abolidos por nuevas invenciones. Algunos otros tuvieron problemas al no saber qué hacer con el tiempo de ocio de la época moderna. En cualquier caso, son ustedes inadaptados. Quizá habían sido calificados como muchachos inútiles y se habían visto marcados por un montón de epítetos denigrantes.

»Pero cada uno de ustedes empieza de nuevo hoy. El único historial que tienen en esta nave es su nombre en la cabecera de una hoja de papel en blanco. Son ustedes quienes llenarán a partir de ahora esa página.

»En cuanto a su trabajo... No vamos a gozar de uno de esos trabajos fáciles de reparación y reacondicionamiento en la Luna, con fines de semana en Luna City y todas las comodidades del hogar. Ni vamos a tirar de un planeta de alta gravedad en donde un hombre puede comer todo lo que quiera y esperar mantenerlo dentro. En lugar de ello, vamos a dirigirnos al Asteroide HS - 5388 y convertirlo en la Estación Espacial E - M3. No tiene atmósfera en absoluto, y tan sólo un dos por ciento de la gravedad de la superficie de la Tierra. Vamos a jugar a ser moscas humanas en él durante al menos seis meses, sin chicas con las que concertar una cita, sin televisión, sin diversiones que no sean capaces de montarse ustedes mismos, y con un trabajo duro cada día. Pillarán el mal del espacio, y se sentirán tan añorados que casi podrán notar su sabor, y sufrirán agorafobia. Si no tienen cuidado, las radiaciones les quemarán. Su estómago les atormentará, y maldecirán a Dios por el instante en que se enrolaron.

«Pero si saben dominarse, y escuchan los consejos de los hombres del espacio veteranos, saldrán de esto fuertes y saludables, con una pequeña fortuna en su cuenta del banco, y un montón de conocimientos y experiencia que no hubieran podido adquirir en cuarenta años en la Tierra. Serán ustedes hombres, y lo sabrán.

»Una última palabra. Será más bien desagradable para aquellos que no estén acostumbrados. Sólo les pido que tengan para sus compañeros un poco de consideración, y así todo irá bien. Si tienen alguna queja que formular y no pueden arreglarlo de otro modo, vengan a verme. Creo que esto es todo. ¿Alguna pregunta?

Uno de los muchachos alzo una mano.

- ¿Capitán? - preguntó tímidamente.

- Hable alto, muchacho, y dé su nombre.

- Rogers, señor. ¿Podremos recibir correo de casa?

- Sí, pero no muy a menudo. Quizás una vez al mes o así. El correo llegará con el capellán, y con todas las naves de inspección y aprovisionamiento.

El altavoz de la nave volvió a resonar.

- ¡Atención todos los hombres! Vuelo libre en diez minutos. Prepárense a perder peso. - El sargento supervisó las sujeciones de todos los asideros. Aquellos que estaban flojos fueron asegurados rápidamente, y a cada hombre le fue entregada una pequeña bolsa de celulosa. Apenas acababa de recibir la suya cuando Libby sintió que perdía peso... una sensación exactamente igual a la experimentada cuando un ascensor ultrarrápido hace una brusca parada al final de un viaje ascendente, excepto que la sensación continuaba y se hacía más intensa. Al principio era una agradable novedad, luego se convirtió rápidamente en algo incómodo. La sangre se agolpó en sus oídos, y sus pies se quedaron pegajosos y fríos. Empezó a segregarse saliva de una forma anormal. Intentó tragarla, se atragantó y tosió. Luego su estómago se estremeció y contrajo en un reflejo violento, doloroso, convulsivo, y sintió unas repentinas y espantosas náuseas. Tras el primer doloroso espasmo, oyó la voz de McCoy gritando:

- ¡Hey! Utilicen sus bolsas para el mareo tal como les dije. No las dejen en el radio de acción de los extractores. - Vagamente, Libby se dio cuenta de que la advertencia iba también para él. Buscó a tientas su bolsa de celulosa justo en el momento en que el segundo temblor lo sacudía, pero consiguió colocar la bolsa delante de su boca antes de

que se produjera la erupción. Cuando se recobró, se dio cuenta de que estaba flotando cerca del techo y mirando hacia la puerta. El sargento se deslizó por la puerta y se dirigió a McCoy.

- ¿Cómo van aquí las cosas?

- Bastante bien. Algunos de los chicos olvidaron sus bolsas de mareo.

- Está bien. Límpielo todo. Pueden utilizar la escotilla de estribor. - Se fue.

McCoy tocó a Libby en el brazo.

- Aquí, Pulgarcito, empieza a cazar mariposas. - Le alargó un puñado de algodón, tomó otro para él, y empezó a recoger con destreza los grumos de viscosa porquería que notaban por todo el compartimento -. Asegúrate de que tu bolsa está bien cerrada. Cuando te sientas mal, simplemente párate y espera a que se te pase. - Libby lo imitó del mejor modo que le fue posible. En unos pocos minutos la habitación estaba libre de lo peor de las vomitonas.

McCoy miró a su alrededor y se dirigió a todos:

- Ahora quítense esas ropas sucias, y cambien sus bolsas. Tres o cuatro de ustedes, tómenlo todo y llévenlo a la compuerta de estribor.

En la compuerta de estribor, colocaron primero las bolsas, cerraron la puerta interior y abrieron la exterior. Cuando la puerta interior fue abierta de nuevo, las bolsas habían desaparecido... arrojadas al espacio por el aire al expandirse. Pulgarcito se dirigió a McCoy:

- ¿Debemos hacer lo mismo con nuestras ropas sucias?

- Hey, no, tan sólo les daremos una dosis de vacío. Métenlas en la compuerta y sujételas a esos ganchos de las mamparas. Asegúrenlas bien.

Esta vez la puerta interior permaneció cerrada durante unos cinco minutos. Cuando fue abierta de nuevo, las ropas estaban perfectamente secas... toda la humedad había sido absorbida por el vacío del espacio. Todo lo que quedaba de los desagradables vómitos era un residuo estéril pulverulento. McCoy asintió aprobadoramente.

- Listo. Llévenlo todo de vuelta al compartimento. Luego denle una cepillada, fuerte, frente a los extractores.

Los siguientes días fueron una eternidad de miseria. La añoranza fue olvidada frente a los crecientes malestares del mal del espacio. El capitán garantizó quince minutos de suave aceleración para cada uno de los nueve períodos de comida, pero el respiro acentuaba la agonía. Libby acudía a comer, débil y rabiosamente hambriento. La comida sólo se mantenía en su estómago hasta que se reanudaba el vuelo libre, entonces las náuseas le golpeaban de nuevo con todas sus fuerzas.

Al cuarto día, estaba sentado apoyado contra una mampara, gozando del lujo de los últimos minutos que quedaban de peso mientras comía en el último turno, cuando McCoy entró y se sentó junto a él. El maestro artillero se ajustó un filtro de humo sobre su rostro y encendió un cigarrillo. Inhaló profundamente y se puso a charlar.

- ¿Cómo van las cosas, novato?

- Bien, supongo. Este mal del espacio... Dígame, McCoy, ¿cómo logró acostumbrarse a él?

- Es cuestión de tiempo. Tu cuerpo adquiere nuevos reflejos, al menos eso me dijeron. Una vez aprendas a tragar sin ahogarte, todo va bien. Incluso llega a gustarte. Es sosegado y relajante. Cuatro horas de sueño son tan buenas como diez.

Libby agitó tristemente su cabeza.

- No creo que llegue a acostumbrarme nunca.

- Sí, lo harás. Será mejor que lo hagas, en cualquier caso. A decir verdad, ese asteroide de ahí no va a tener ninguna gravedad superficial; el Jefe de Intendencia dice que no va a llegar ni al dos por ciento de la normal en la Tierra. Eso no será suficiente para curar el mal del espacio. Y allí no habrá ninguna forma de acelerar para las comidas.

Libby se estremeció y se sujetó la cabeza entre las manos.

Localizar un asteroide entre un par de miles no es tan fácil como encontrar Trafalgar Square en Londres... especialmente contra el telón de fondo salpicado de estrellas de la galaxia. Sales de la Tierra con una velocidad orbital de unos treinta kilómetros por segundo. Intentas establecerte en una curva conoide mixta que no sólo intersecte la órbita del pequeño cuerpo que se mueve rápidamente sino que nos lleve también a una cita exacta. El asteroide HS - 5388, el «ochenta y ocho», se halla a dos coma dos unidades astronómicas del Sol, un poco más de trescientos veinte millones de kilómetros; cuando el transporte emprendió su viaje se hallaba a más de cuatrocientos ochenta millones de kilómetros más allá del Sol. El capitán Doyle dio instrucciones al oficial de derrota para que siguiera exactamente la elipsoide básica en vuelo libre alrededor del Sol a través de una distancia media de unos quinientos cuarenta millones de kilómetros. El principio implicado es el mismo que el utilizado por un cazador para alcanzar a un pato en pleno vuelo «dejándole» que siga volando. Pero supongamos que tienes directamente el Sol de cara cuando disparas; supongamos que el pájaro no puede ser visto desde donde tu estás, y no tienes ningún medio de localizarlo excepto el recuerdo de por dónde volaba cuando lo viste por última vez.

Al noveno día de viaje el capitán Doyle acudió a la sala de mapas y comenzó a pulsar teclas del voluminoso ordenador integral, luego envió a su ordenanza a que presentara sus felicitaciones al oficial de derrota y a pedirle que acudiera a la sala de mapas. Unos pocos minutos más tarde una figura alta y delgada cruzó la puerta, se detuvo asegurándose en un asidero y saludó al capitán.

- Buenos días, capitán.

- Hola, Negruzco. - El viejo alzó la vista desde donde estaba asido en el asiento del integrador -. He estado comprobando sus correcciones para las aceleraciones durante el tiempo de las comidas.

- Es un engorro tener un puñado de marineros de agua dulce a bordo, señor.

- Sí, lo es, pero debemos darles a esos chicos una oportunidad de comer, o no serán capaces de trabajar cuando lleguemos allá. Ahora deseo iniciar la deceleración aproximadamente a las diez, tiempo de la nave. ¿Cuáles son su velocidad y coordenadas para las ocho?

El oficial de derrota extrajo un bloc de notas de su túnica.

- Quinientos sesenta y tres kilómetros por segundo; el rumbo es ascensión directa quince horas, ocho minutos, veintisiete segundos, declinación menos siete grados, tres minutos; distancia solar trescientos siete millones novecientos sesenta y ocho mil kilómetros. Nuestra posición radial es de doce grados por encima del rumbo, y casi ajustados en rumbo con el ecuador celeste. ¿Desea usted las coordenadas del Sol?

- No, ahora no. - El capitán se inclinó sobre el ordenador, frunció el ceño, y se mordió la punta de la lengua mientras manejaba los controles -. Deseo detener la aceleración aproximadamente a un millón seiscientos mil kilómetros de la órbita del Ochenta y ocho. Odio malgastar combustible, pero el anillo está lleno de chatarra y esta maldita roca es tan pequeña que probablemente tengamos que efectuar una curva de búsqueda. Utilice veinte horas de deceleración y empiece a cambiar el rumbo después de ocho horas. Utilice una aproximación asintótica normal. Debería tenerla en una trayectoria circular en torno al Ochenta y ocho, y paralela a su órbita, a las seis en punto de mañana por la mañana. Quiero que me llamen a la tres.

- De acuerdo, señor.

- Déjeme ver sus cálculos cuando los tenga. Le enviaré arriba el libro de órdenes más tarde.

El transporte aceleró según lo previsto. Pero después de las tres el capitán penetró en la sala de control y parpadeó ante la oscuridad. El Sol seguía oculto por el casco del transporte y la negrura de medianoche estaba rota tan sólo por el débil resplandor

azul de los indicadores de los instrumentos, y el rectángulo de luz que brotaba de debajo de la carta de navegación. El oficial de derrota se giró hacia la silueta familiar.

- Buenos días, capitán.

- Buenos días, Negruzco. ¿Ya lo tenemos a la vista?

- Todavía no. Hemos topado con media docena de rocas, pero ninguna de ellas coincide.

- ¿Estamos cerca de alguna de ellas?

- No peligrosamente. Tan sólo hemos levantado un poco de arena de vez en cuando.

- Esto no puede molestarnos... no si seguimos de este modo la estela. Si los pilotos entendieran simplemente que los asteroides se mueven en direcciones fijas a velocidades computables nadie podría tener nunca un accidente con ellos. - Hizo una pausa para encender un cigarrillo -. La gente dice que el espacio es peligroso. Seguro, acostumbra serlo; pero no conozco ningún caso en los últimos veinte años que no pueda ser achacado a alguna imprudencia temeraria.

- Tiene razón, capitán. Por cierto, hay café debajo de la carta de navegación.

- Gracias; me he tomado una taza ahí abajo. - Anduvo por entre las pantallas de los estereoscopios y el radar y contempló la oscuridad moteada de estrellas. Tres cigarrillos más tarde, el operador que estaba más cerca de él llamó:

- ¡Objeto a la vista!

- ¿A qué distancia?

Su compañero leyó los diales exteriores del estereoscopio.

- Más cero punto dos, a popa uno punto tres, ligero desplazamiento hacia atrás. - Se giró hacia el radar y añadió -: Distancia siete nueve, esto, cuatro tres.

- ¿Concuerdas?

- Podría ser, capitán. ¿Cuál es su silueta? - Llegó la apagada voz del oficial de derrota desde detrás de la carta de navegación. El primer operador empezó a mover apresuradamente los mandos de su instrumento, pero el capitán lo empujó a un lado.

- Ya lo haré yo, hijo. - Apoyó su rostro contra el doble ocular y examinó una pequeña esfera plateada, una pequeña luna. Cuidadosamente, centró dos tramas iluminadas hasta que estuvieron exactamente tangentes a los extremos superior e inferior del disco.

- ¡Lectura!

La observación fue anotada y pasada al oficial de derrota, que Por un instante se había apartado de la carta de navegación.

- Es nuestro pequeño, capitán.

- Estupendo.

- ¿Debo efectuar una triangulación visual?

- Deje que lo haga el oficial de guardia. Usted vaya abajo y duerma un poco. Yo me encargaré de mantenerlo a la vista hasta que estemos lo suficientemente cerca como para utilizar el localizador óptico.

- Gracias. Lo haré.

En unos pocos minutos la noticia se había difundido por toda la nave: el Ochenta y ocho estaba a la vista. Libby, apretujado en la cubierta de estribor en medio de una excitada masa de compañeros, intentó localizar por la portilla lo que sería su futuro hogar. McCoy echó un jarro de agua fría sobre su excitación.

- En el momento en que esa roca sea lo suficientemente grande como para que puedas verla a simple vista, todos nosotros estaremos en nuestros puestos de aterrizaje. Tiene sólo ciento setenta kilómetros de diámetro, ya sabes.

Y así fue. Varias horas después, el comunicador de la nave anunció:

- ¡Todos los hombres! Ocupen sus puestos de aterrizaje. Cierren todas las compuertas estancas. Prepárense para desconectar los extractores a la señal.

McCoy les obligó a permanecer tendidos durante las siguientes dos horas. Las cortas deceleraciones de los cohetes se alternaron con nauseantes pérdidas de peso. Luego los extractores se pararon y las válvulas de seguridad chasquearon en sus asientos. La nave cayó libremente durante unos pocos instantes... un rápido chorro final de los cohetes... cinco segundos de caída, y un corto, ligero y chirriante golpe. Una simple nota de atención surgió de los altavoces, y los extractores volvieron a entrar en funcionamiento.

McCoy flotó ligeramente en pie y se tambaleó sobre sus talones hasta que consiguió mantener el equilibrio.

- Todos afuera, muchachos... éste es el final del viaje.

Un muchacho bajo y regordete, un poco más joven que la mayoría, lo emuló torpemente, y saltó hacia la puerta, gritando mientras lo hacía:

- ¡Adelante, compañeros! ¡Salgamos fuera y exploremos! El sargento deshinchó su entusiasmo:

- No tan aprisa, muchacho. Teniendo en cuenta el hecho de que ahí fuera no hay aire, puedes salir si quieres. Te helarás y quemarás al mismo tiempo, y estallarás como un tomate maduro.

Jefe de equipo, destaque a seis hombres para que repartan los trajes espaciales. El resto de ustedes quédense aquí y aguarden. El grupo de trabajo regresó poco después cargado con un par de docenas de abultados paquetes. Libby soltó los cuatro que llevaba y los contempló flotar suavemente hacia la cubierta. McCoy rasgó el envoltorio de un traje, y empezó a darles instrucciones sobre ellos.

- Se trata de un modelo tipo estándar, normal, Mark IV, Modificación 2. - Tomó el traje por los hombros y lo agitó de modo que colgara como una prenda interior de invierno con el casco colgando fláccidamente entre los hombros -. Tiene autonomía para ocho horas, y posee una reserva de oxígeno para ese período. Posee también un tanque reductor de nitrógeno y un cartucho filtrador de dióxido de carbono y vapor de agua.

Siguió hablando, repitiendo prácticamente al pie de la letra la descripción e instrucciones dadas en las normas de empleo. McCoy conocía aquellos trajes como su lengua conocía su paladar; aquel conocimiento le había salvado la vida en más de una ocasión.

- El traje está hecho de fibra de vidrio laminada con celulita de asbesto no volátil. La fibra resultante es flexible, muy duradera; y rechaza todas las radiaciones solares normales del espacio más allá de la órbita de Mercurio. Se utiliza encima de la ropa normal, pero observen esos grandes anillos en forma de acordeón en las principales articulaciones. Están diseñados así para mantener el volumen interno del traje casi constante cuando se mueven las piernas o los brazos. De otro modo la presión del gas en su interior tendería a mantener el traje hinchado en una posición erecta, y cualquier movimiento que se efectuara con el traje sería muy agotador.

»El casco ha sido moldeado con silicona transparente, previsto y polarizado contra una penetración demasiado intensa de radiaciones. Puede ser equipado con visores externos de cualquier tipo que se necesite. Las órdenes son las de llevar no menos de un ámbar número dos en él. Además, una placa de plomo cubre el cráneo y se extiende hacia abajo por toda la parte trasera del traje, cubriendo completamente la columna vertebral.

»El traje está equipado con un transmisor receptor. Si su radio deja de funcionar en algún momento, cosa que suele ocurrir bastante a menudo, pueden hablar entre sí poniendo en contacto sus cascos. ¿Alguna pregunta?

- ¿Cómo se las arregla uno para comer y beber durante esas ocho horas?

- No vais a estar ocho horas seguidas con el traje puesto. Podéis llevar bolas de azúcar en un dispositivo del casco, pero siempre comeréis en la base. En cuanto al agua, hay una tetina en el casco cerca de la boca que pueden alcanzar girando su cabeza a la izquierda. Está conectada con un depósito. Pero no beban más agua de la necesaria cuando lleven el traje. Estos trajes no llevan ningún desagüe.

Los trajes fueron siendo pasados, y McCoy ilustró cómo colocárselo. Un traje fue tendido boca arriba en la cubierta, con la cremallera delantera abierta del cuello a la ingle y el sargento se sentó dentro de la abertura, y metió las piernas como si lo hiciera en unas medias. Luego retorció los brazos para meterlos en cada manga, y los pesados y flexibles guanteletes fueron ajustados en su lugar. Finalmente, un encogimiento del cuello, con los hombros encorvados, permitió colocar el casco sobre su cabeza.

Libby siguió los movimientos de McCoy y se puso en pie con su traje puesto. Examinó la cremallera que controlaba la única abertura del traje. Estaba montada sobre dos juntas blandas que quedaban apretadas la una contra la otra por la cremallera y selladas por la presión interna del aire. Dentro del casco una pieza bucal para la respiración llegaba hasta el filtro.

McCoy se paseó arriba y abajo, inspeccionando, apretando un cinturón aquí y allá, instruyéndolos en el uso de los controles externos. Satisfecho, informó a la sala de mandos que su sección había recibido la instrucción básica y estaba lista para desembarcar. Recibió el permiso para salir al exterior durante treinta minutos de aclimatación.

De seis en seis, los escoltó a través de la compuerta estanca, hasta la superficie del planetoide. Libby parpadeó ante el desacostumbrado relumbre del Sol sobre la roca. Aunque el Sol estaba a más de trescientos millones de kilómetros de distancia y bañaba al pequeño planeta con tan sólo una quinta parte de fuerza en sus radiaciones de la que enviaba a la Madre Tierra, la ausencia de atmósfera daba como resultado un resplandor que obligaba a mirar de reojo. Se alegró de llevar la protección de su visor ámbar. Sobre su cabeza, reducido al tamaño de una moneda pequeña, el Sol destacaba sobre el profundo negro del cielo donde las estrellas, brillando sin parpadear, se arracimaban entre sí y contra el mismo Sol.

La voz de un compañero de equipo sonó en los auriculares de Libby.

- ¡Cáscaras! Ese horizonte está muy cerca. Apostaría a que está a menos de dos kilómetros.

Libby miró por encima de la plana llanura y estudió subconscientemente la cuestión.

- Está a menos - comentó - de quinientos metros de aquí. - ¿Y tú qué infiernos sabes de eso, Pulgarcito? Y además, ¿quién te lo ha preguntado?

- De hecho - respondió Libby, defensivamente -, está a quinientos nueve metros, teniendo en cuenta que mis ojos están a un metro setenta por encima del nivel del suelo.

- Cáscaras, Pulgarcito, siempre estás intentando demostrar lo mucho que sabes de todo.

- No, no es cierto - protestó Libby -. Si este cuerpo tiene ciento sesenta kilómetros de diámetro y es tan redondo como parece, lo más lógico es que el horizonte esté precisamente a esa distancia.

- ¿Y quién lo dice?

- ¡Ya basta! - interrumpió McCoy -. Libby tiene mucha más razón de la que puedas tener tú.

- Tiene toda la razón - dijo una voz extraña -. Se lo pregunté al oficial de derrota antes de dejar el control.

- ¿Sí? - de nuevo la voz de McCoy -. Si el Jefe de Equipo dice que tienes razón, Libby, es que tienes razón. ¿Cómo lo supiste? Libby enrojeció.

- Yo... no lo sé. Simplemente creí que tenía que ser así.

El sargento y el oficial de intendencia se lo quedaron mirando, pero dejaron a un lado el tema.

Al final del «día» (tiempo de la nave, puesto que el Ochenta y ocho tenía un período de ocho horas y trece minutos), el trabajo estaba ya bien encarrilado. El transporte había tomado tierra cerca de una hilera de bajas colinas. El capitán seleccionó una pequeña depresión en forma de cuenco entre las colinas, de unos trescientos metros de largo por

la mitad de ancho, en la cual establecer un campamento permanente. Debía ser habilitado con un techo por encima, sellado, y aprovisionado con una atmósfera.

En la colina entre la nave y el valle debían ser excavadas las habitaciones: dormitorios, comedores, salas de oficiales, enfermería, sala de diversiones, oficinas, almacenes, y todo lo demás. Había que horadar un túnel que atravesara la colina, conectando los emplazamientos de estas salas, y conectándolo todo en un tubo metálico hermético de unos tres metros a la compuerta lateral de la nave. Tanto el tubo como el túnel debían ser equipados con una cinta transportadora apta tanto para pasajeros como para carga.

Libby fue asignado a la construcción del techo. Ayudó a un forjador a trepar a la colina con un cortador atómico portátil, difícil de manejar debido a su masa de casi cuatrocientos kilos, aunque allí tan sólo pesaba siete. El resto del equipo asignado al techo se extendió y se preparó para trasladar a mano la enorme tienda translúcida que iba a convertirse en el «cielo» del pequeño valle. El forjador localizó una marca en la ladera interior del valle preparó su cortador, y empezó a hacer una profunda incisión horizontal en la roca. Mantuvo siempre el mismo nivel, siguiendo una marca de tiza hecha a lo largo de la pared de roca. Libby preguntó cómo el trabajo había sido efectuado tan rápidamente.

- Muy fácil - respondió el otro -. Dos de los jefes de equipo instalaron un teodolito de tránsito, lo elevaron hasta quince metros por encima del suelo del valle, y le conectaron un proyector lumínico. Luego uno de ellos corrió rápidamente por la ladera, haciendo marcas de tiza a la altura que señalaba el rayo de luz.

- ¿Entonces el techo tendrá tan sólo quince metros de altura?

- No, en su parte más alta quizás alcance los treinta. Se combará hacia arriba en su parte central debido a la presión del aire.

- ¿La presión normal de la Tierra?

- La mitad de ésta.

Libby se concentró por un instante, luego pareció desconcertado.

- Pero mire... Este valle tiene trescientos metros de largo y más de ciento cincuenta de ancho. A la mitad de un kilo por centímetro cuadrado, y descontando el arco del techo, la presión resultante será de unos cuatrocientos cincuenta millones de kilos. ¿Qué tejido puede resistir tanto peso?

- La tela de araña.

- ¿La tela de araña?

- Sí, la tela de araña. El tejido más fuerte del mundo, más fuerte que el mejor acero. Seda de araña sintética. La que utilizaremos para el techo posee una resistencia a la tensión de setecientos kilos por centímetro.

Libby vaciló durante un segundo, luego respondió:

- Entiendo. Con un contorno de unos siete mil metros, la tensión máxima en el punto de anclaje será de unos cien kilos por centímetro. Un margen de seguridad suficiente.

El forjador se inclinó sobre su herramienta y asintió.

- Algo así. Eres rápido en aritmética, ¿eh, chico? Libby pareció sorprendido.

- Sólo que me gusta tener las cosas claras.

Trabajaron rápidamente en torno a la ladera, cortando un surco liso y regular al cual pudiera ser anclada y sellada la «tela de araña». La caliente lava blancuzca resultante de la descarga resbalaba lentamente colina abajo. Un vapor amarronado brotaba de la superficie de la roca fundida, se elevaba unos pocos centímetros y se solidificaba casi inmediatamente en el vacío en un polvo blanco que caía al suelo. El forjador señaló al polvo.

- Eso podría ocasionarnos silicosis, si lo dejáramos aquí y lo respiráramos más tarde.

- ¿Y qué harán con él?

- Simplemente eliminarlo con los extractores de la planta de aire acondicionado. Libby aprovechó aquella ocasión para hacer otra pregunta.

- Señor...

- Mi nombre es Johnson. Lo de señor no es necesario.
- Bien, Johnson, ¿de dónde sacaremos el aire para todo este valle, sin mencionar los túneles? Imagino que necesitaremos setecientos cincuenta mil metros cúbicos o más. ¿Lo fabricaremos?
- No, es demasiado complicado. Lo trajimos con nosotros.
- ¿En el transporte?
- Aja, a cincuenta atmósferas. Libby pensó en ello.
- Entiendo, de esa forma hemos podido traerlo en un espacio de veinticuatro metros de ancho.
- De hecho se halla en tres recipientes contruidos especialmente... gigantescas botellas de aire. Este transporte llevó aire a Ganímedes. Yo iba en él entonces... como recluta, pero también en el equipo de exterior.

En tres semanas el campamento permanente estuvo listo para ser ocupado, y el transporte aligeró su carga. Los almacenes quedaron llenos con herramientas y suministros. El capitán Doyle trasladó sus oficinas administrativas bajo tierra, pasó el mando a su primer oficial, y le dio permiso para proceder a la «tarea asignada»... en este caso regresar a la Tierra con una exigua tripulación de mantenimiento.

Libby contempló cómo despegaba desde un punto privilegiado en la falda de la colina. Una nostalgia irresistible se apoderó de él. ¿Volvería alguna vez a casa? En aquel momento creía honestamente que hubiera cambiado el resto de su vida por reún minutos con su madre y otros tantos con Betty.

Empezó a bajar la colina en dirección a la compuerta del túnel, menos el transporte llevaba cartas para ellas, y con un poco de suerte el capellán estaría pronto allí con cartas de la Tierra. Pero mañana y los días que siguieran no iban a ser divertidos. Le había gustado estar en el equipo de superficie, pero mañana debería volver a su propio grupo. No le seducía aquello... los chicos de su grupo eran estupendos, suponía, pero simplemente él no parecía encajar.

Su Compañía del Cuerpo de Construcción Cósmica inició su trabajo más importante: llenar el Ochenta y ocho con cohetes de tal modo que el capitán Doyle pudiera empujar aquella bola de ciento sesenta kilómetros fuera de su órbita y conducirla hasta una nueva órbita entre la Tierra y Marte, para ser utilizada como estación espacial... un refugio para naves en dificultades, un puerto para naves salvavidas, una estación de combustible, una avanzadilla naval.

Libby fue asignado como fundidor al pozo H - 16. Su trabajo consistía en horadar los emplazamientos cuidadosamente calculados en los cuales el equipo de voladura colocaría luego las diminutas cargas que realizarían la mayor parte de la excavación. Dos grupos fueron asignados al H - 16, bajo la supervisión general de un artillero ya mayor. El artillero permanecía sentado en el borde del pozo, con los planos en la mano, y haciendo ocasionalmente; cálculos con una regla circular que colgaba de una correa alrededor de su cuello.

Libby acababa de completar un taladro triple para una voladura en tres fases, y estaba aguardando a los dinamiteros, cuando sus auriculares captaron las instrucciones del artillero relativas al tamaño de la carga. Pulsó su botón de transmisión.

- ¡Señor Larsen! ¡Ya ha cometido usted un error!
- ¿Quién ha dicho eso?
- Soy Libby. Se ha equivocado usted en la carga. Si hace estallar usted esta carga, volará completamente el pozo, y a nosotros con él.

El artillero de la marina Larsen manejó los diales de su regla de cálculo antes de responder.

- Te estás calentando la cabeza por nada, hijo. Esta carga es correcta.

- No, no es cierto, señor - intervino Libby -. Ha multiplicado usted, cuando debería haber dividido.

- ¿Tienes alguna experiencia en este tipo de trabajo?

- No, señor.

Larsen dirigió su siguiente observación al equipo de voladura.

- Coloquen la carga.

Empezaron a hacerlo. Libby tragó saliva, y se humedeció los labios con la lengua. Sabía lo que tenía que hacer, pero tenía miedo. Dos frenéticos saltos lo colocaron al lado de los barreneros. Los empujó a un lado y arrancó los electrodos del detonador.

Una sombra pasó por encima de él mientras lo hacía, y Larsen flotó bajando hasta su lado. Una mano sujetó su brazo.

- No deberías haber hecho esto, hijo. Es desobediencia directa a las órdenes. Tendré que informar. - Empezó a conectar de nuevo el circuito.

Las orejas de Libby ardían por el azoramiento, pero contestó de nuevo con el valor de la timidez acorralada.

- Tenía que hacerlo, señor. Sigue estando usted equivocado. Larsen se detuvo y clavó sus ojos en aquel terco rostro.

- Bueno... es una pérdida de tiempo, pero no quiero que te quedes al lado de una carga que te da miedo. Hagamos los cálculos juntos.

El capitán Doyle estaba cómodamente sentado en sus dependencias, con los pies sobre el escritorio. Miró a un vaso vacío que tenía cerca.

- Es una buena cerveza, Negruzco. ¿Cree que podremos fabricarla nosotros cuando se termine?

- No sé, capitán. ¿Trajimos levadura?

- Averígüelo, ¿quiere? - Se giró hacia el masivo hombre que ocupaba la tercera silla -. Bien, Larsen, me alegro de que no fuera peor de lo que fue.

- Lo que me preocupa, capitán, es cómo pude cometer un tal error. Lo comprobé dos veces. Si hubiera sido un explosivo a base de nitro, me hubiera enterado demasiado tarde de que me había equivocado. Si ese chico no hubiera tenido un presentimiento, lo hubiera hecho estallar.

El capitán Doyle palmeó en el hombro al viejo oficial.

- Olvídelo, Larsen. Nadie hubiera resultado herido; es por eso por lo que exijo que los pozos sean evacuados hasta con cargas pequeñas. Esos explosivos isotópicos son un peligro incluso en el mejor de los casos. Mire lo que ocurrió en el pozo A - 9. Diez días de trabajo perdidos por una carga, y el propio oficial artillero la había aprobado. Pero deseo ver a ese chico. ¿Cómo dijo que se llamaba?

- Libby, A. J.

Doyle pulsó un botón de su escritorio. Sonaron unos golpecitos en la puerta. Un sonoro «¡Adelante!» hizo que se asomara a la Puerta un muchacho con el brazalete de asistente del Cuerpo.

- Haga que el recluta Libby se presente a mí.

- A la orden, señor.

Pocos minutos más tarde Libby era introducido en la cabina del capitán. Miró nerviosamente a su alrededor, y observó la presencia de Larsen, un hecho que no contribuyó a su paz mental. Se presentó con una voz casi inaudible:

- El recluta Libby, señor.

El capitán alzó la vista hacia él.

- Bueno, Libby, he oído que tú y el señor Larsen habéis tenido una diferencia de opinión esta mañana. Cuéntame algo de eso.

- Yo... no pretendía causar problemas, señor.

- Por supuesto que no. No has causado ningún problema; al contrario, nos has hecho un buen favor esta mañana. Cuéntame cómo supiste que los cálculos estaban mal. ¿Tienes alguna experiencia en minería?

- No, señor. Sólo me di cuenta de que se había equivocado en sus cálculos.

- ¿Pero cómo?

Libby se agitó inquieto.

- Bueno, señor, simplemente me parecieron equivocados... no encajaban.

- Un segundo, capitán: ¿Puedo hacerle a este muchachito un par de preguntas? - era el comandante «Negruzco» Rhodes quien hablaba.

- Por supuesto. Adelante.

- ¿Eres el muchacho al que llaman «Pulgarcito»? Libby enrojeció.

- Sí, señor.

- He oído algunos rumores acerca de este muchacho. - Rhodes extirpó su corpulenta figura de su silla, se dirigió hacia una estantería, y tomó un grueso libro. Lo hojeó, luego, con el libro abierto ante él empezó a preguntarle a Libby.

- ¿Cuál es la raíz cuadrada de noventa y cinco?

- Nueve coma siete cuatro siete.

- ¿Cuál es su raíz cúbica?

- Cuatro coma cinco seis tres.

- ¿Cuál es su logaritmo?

- ¿Su qué, señor?

- Santo Dios, ¿puede hoy en día un chico salir de la escuela sin saber lo que es un logaritmo?

El nerviosismo del muchacho se hizo más intenso.

- No tuve mucha ocasión de ir a la escuela, señor. Los míos no aceptaron el Convenio hasta que papá murió, y hasta entonces no pude ir.

- Entiendo. Un logaritmo es el nombre que se da a una potencia a la que tú elevas un número determinado, llamado la

base, para obtener el número cuyo logaritmo es esa misma base. ¿Está claro? Libby pensó intensamente.

- No acabo de comprenderlo, señor.

- Lo intentaré de nuevo. Si tú elevas diez a la segunda potencia, es decir al cuadrado, obtienes cien. Por tanto, el logaritmo de cien con base diez es dos. Del mismo modo, el logaritmo de mil en base diez es tres. Ahora, ¿cuál es el logaritmo de noventa y cinco?

Libby pareció desconcertado por un instante.

- No puedo decirlo con exactitud. Es una fracción.

- Ha de serlo.

- Entonces es uno coma nueve siete ocho... aproximadamente. Rhodes se giró al capitán.

- Creo que esto lo prueba, señor. Doyle asintió pensativamente.

- Sí, el muchacho parece poseer un conocimiento intuitivo de las relaciones aritméticas. Pero veamos qué otras cosas posee.

- Me temo que deberemos enviarlo de vuelta a la Tierra para averiguarlo adecuadamente. Libby captó el significado de aquella última observación.

- Por favor, señor, ¿no me mandarán de vuelta a casa? Mi madre se enfadaría terriblemente conmigo.

- No, no, nada de eso. Cuando llegue su momento, tengo intención de hacer que te examinen en los laboratorios psicométricos. Mientras tanto, no me desprendería de ti ni por el doble de mi paga. Preferiría primero dejar de fumar. Pero veamos qué otras cosas puedes hacer.

Durante la siguiente hora el capitán y el oficial de derrota escucharon a Libby: uno, deducción del teorema de Pitágoras; dos, deducción de las leyes del movimiento de

Newton y de las leyes de la balística de Kepler a partir de las mismas condiciones en que ellos las obtuvieron; tres, calcular longitudes, áreas y volúmenes por apreciación visual sin ningún error medible. Habían saltado a la idea de la relatividad y del continuo espacio - tiempo no rectilíneo, y Libby estaba empezando a desarrollar ideas más rápido de lo que podía expresarlas con palabras, cuando Doyle levantó una mano.

- Ya es suficiente, hijo. Vas a coger fiebre. Ahora vete a la cama, Y ven a verme mañana por la mañana. Fuera de tu trabajo normal, quiero decir.

- Sí, señor.

- Por cierto, ¿cuál es tu nombre completo?

- Andrew Jackson Libby, señor.

- No, los tuyos no habrían firmado el Convenio. Buenas noches.

- Buenas noches, señor.

Cuando se hubo ido, los dos hombres discutieron su descubrimiento.

- ¿Qué opina de esto, capitán?

- Bueno, es un genio, por supuesto... uno de esos talentos salvajes que aparecen una vez cada siglo. Voy a meterlo de lleno entre mis libros y a ver lo que ocurre. No me sorprendería que fuera capaz de leer también una página en un parpadeo.

- Lo que me sorprende es que lo hayamos descubierto entré esos chicos... y no entre los que uno se encuentra normalmente en la Tierra.

Doyle asintió.

- Éste es el problema con esos chicos. No se sienten necesitados.

El Ochenta y ocho recorría su órbita alrededor del Sol a algunos millones de kilómetros de distancia del astro. Su superficie fue moteándose cada vez más, y las perforaciones fueron llenándose con durita, ese extraño producto sintético de laboratorio que (normalmente) puede resistir incluso la desintegración atómica. Luego el Ochenta y ocho recibió una serie de suaves palmadas, siempre por el lado contrario a su trayectoria. En unas pocas semanas, los cohetes hicieron su efecto y el Ochenta y ocho empezó a caer en una órbita en dirección al Sol.

Cuando alcanzara su posición a una y tres décimas veces la distancia del Sol a la órbita de la Tierra, sería situado mediante otra serie de palmadas en una órbita circular. A partir de entonces sería conocido como T - M3, la Estación Espacial Fija Tierra - Marte Tres.

A centenares de millones de kilómetros de distancia, otras dos compañías del Cuerpo de Construcción Cósmica estaban induciendo a otros dos planetoides a abandonar sus viejos rumbos y deslizarse hacia la Tierra y Marte para situarse en la misma órbita que el Ochenta y ocho. Se suponía que uno de ellos debía alcanzar su órbita a ciento veinte grados por delante del Ochenta y ocho, y el otro a ciento veinte grados por detrás. Cuando T-M1, T-M2 y TM-3 estuvieran todos en posición, ninguna nave que recorriera las espaciorrutas entre la Tierra y Marte se hallaría nunca demasiado lejos de tierra o de rescate.

Durante los meses en los cuales el Ochenta y ocho cayó libremente hacia el Sol, el capitán Doyle redujo las horas de trabajo de sus hombres y los dedicó a la comparativamente más ligera tarea de edificar un hotel y convertir el pequeño valle techado en un jardín. La roca que formaba el suelo fue triturada, se aplicaron fertilizantes, y se plantaron cultivos de bacterias anaerobias. Luego se sembraron plantas, acondicionadas por más de treinta generaciones de baja gravedad en Luna City, y recibieron los más tiernos cuidados. Excepto por su baja gravedad, el Ochenta y ocho empezó a parecerse al hogar.

Pero cuando el Ochenta y ocho se aproximó en tangente a la hipotética futura órbita de T - M3, la compañía regresó a la rutina de maniobra, guardia sí guardia no, con el capitán viviendo de café cargado y echando cabezadas en la sala de control.

Libby fue asignado al ordenador balístico, tres toneladas de metal pensante que dominaba la sala de control. Le gustaba aquella enorme máquina. El Jefe de Control de Fuego le dejó que le ayudara en los ajustes y que cuidara de él. Subconscientemente, Libby pensaba en él como si fuera una persona... una persona parecida a él mismo.

El último día de la aproximación, las sacudidas fueron más frecuentes. Libby estaba sentado en el asiento de la derecha del ordenador, y anunciaba en voz alta las predicciones para la siguiente salva, mientras se deleitaba con la precisión con que operaba la máquina. El capitán Doyle iba arriba y abajo nerviosamente, deteniéndose ocasionalmente para mirar por encima del hombro del oficial de derrota. Por supuesto, las cifras eran correctas, pero ¿y si la cosa fallaba? Nadie había movido antes una masa tan enorme. Supongamos que sigue adelante, y adelante... y adelante. ¡Tonterías! No podía. Pero se sentiría muy feliz cuando hubieran rebasado la velocidad crítica.

Un ordenanza le tocó el codo.

- Un helio de la Nave Insignia, señor.

- Léalo.

- Insignia a Ochenta y ocho; mensaje privado, capitán Doyle; espero verle triunfar en toda la línea. Kearney.

Doyle sonrió. Un detalle de la vieja momia. Una vez estuvieran estables en su posición, invitaría al almirante a tierra para cenar juntos y mostrarle el parque.

Otra salva estremeció el planetaide, más fuerte que todas las anteriores. La sala tembló violentamente. En un momento empezaron a llegar los informes de los observadores de superficie.

- ¡Tubo nueve, correcto! ¡Tubo diez, correcto! De pronto, la voz de Libby cesó. El capitán Doyle se giró hacia él.

- ¿Qué ocurre, Libby? ¿Te has quedado dormido? Llama a la estación polar. Necesito tener una paralaje.

- Capitán... - la voz del muchacho era débil y temblorosa.

- ¡Habla, hombre!

- Capitán... la máquina ha dejado de funcionar.

- ¡Spies! - la grisácea cabeza del Jefe Controlado! de Fuego apareció de detrás del ordenador.

- Estoy en ello, señor. Deme un minuto de tiempo. Desapareció de nuevo. Tras un par de largos minutos reapareció.

- Los giroscopios han saltado. Se necesitarán como mínimo doce horas de trabajo para calibrarlos de nuevo.

El capitán no dijo nada, pero se giró y anduvo hasta la parte más alejada de la sala. El oficial de derrota lo siguió con los ojos. Allí se giró, miró al cronómetro, y se dirigió al oficial de derrota.

- Buen, Negruzco, si no tenemos esos datos de fuego en siete minutos, nos vamos a pique. ¿Alguna sugerencia? Rhodes agitó la cabeza sin decir nada. Tímidamente, Libby alzó la voz.

- Capitán...

Doyle se giró en redondo.

- ¿Sí?

- Los datos de fuego son: tubo trece, siete punto seis tres; tubo doce, seis punto nueve cero; tubo catorce, seis punto ocho nueve. Doyle estudió su rostro.

- ¿Estás seguro de eso, hijo?

- Tiene que ser así, capitán.

Doyle permaneció un tiempo perfectamente inmóvil. Aquella vez no miró a Rhodes, sino directamente al frente. Luego dio una larga chupada a su cigarrillo, miró la ceniza, y dijo con voz firme:

- Apliquen los datos. Fuego a la señal.

Cuatro horas más tarde, Libby seguía desgranando datos de fuego, con el rostro grisáceo y los ojos cerrados. Se había desvanecido una vez, pero cuando lo reanimaron siguió murmurando cifras. De tanto en tanto el capitán y el oficial de derrota se relevaban, pero no había relevo para él.

Las salvas fueron sonando más seguidas, pero las sacudidas eran menores.

- Tras una salva muy débil, Libby miró hacia arriba, con los ojos clavados en el techo, y dijo:

- Eso es todo, capitán.

- ¡Llaman a las estaciones polares!

Los informes llegaron rápidamente:

- Paralaje constante, relación solar constante. El capitán se dejó caer en una silla y se relajó.

- Bueno, Negruzco, lo hicimos... ¡gracias a Libby! - Entonces se dio cuenta de que una expresión pensativa y preocupada se extendía por el rostro de Libby -. ¿Qué ocurre, muchacho? ¿Lo hemos hecho mal?

- Capitán, ¿recuerda lo que dijo el otro día acerca de que le gustaría tener una gravedad terrestre normal en el parque?

- Sí. ¿Qué hay con ello?

- Si aquel libro de gravitación que me dejó usted no se equivoca, creo que sé la forma de conseguirlo.

El capitán se lo quedó mirando como si lo viera por primera vez.

- Libby, has dejado de sorprenderme. ¿Puedes dejar de hacer funcionar esa cabeza tuya el tiempo suficiente como para cenar con el almirante?

- ¡Oh, capitán, eso sería maravilloso!

El círculo audio de Comunicaciones les interrumpió.

- Un helio de la Nave Insignia: «Bien hecho, Ochenta y ocho.» Doyle sonrió a todos los que le rodeaban.

- Es una agradable confirmación. El audio sonó de nuevo.

- Helio de la Nave Insignia: «Cancelen último mensaje; aguarden corrección.»

Una expresión de sorpresa y preocupación ensombreció el rostro de Doyle... luego el audio continuó:

- Helio de la Nave Insignia: «Bien hecho, T-M3.»

LOS HIJOS DE MATUSALÉN

Primera parte

1

- ¡Mary Sperling, eres una estúpida si no te casas con él!

Mary Sperling sumó sus pérdidas y extendió un cheque antes de contestar.

- Hay mucha diferencia de edad. - Le entregó a la otra el documento de crédito -. No volveré a jugar contigo... a veces pienso que eres una sensitiva.

- ¡Tonterías! Estás simplemente intentando cambiar de tema. Debes estar rondando la treintena... y no vas a seguir siendo hermosa siempre.

Mary sonrió ligeramente.

- ¡Eso ya lo sé!

- Bork Vanning no puede tener mucho más de cuarenta años, y además es un ciudadano notable. Deberías saltar sobre esa oportunidad.

- Salta tú sobre ella. Ahora debo irme. Servicio, Ven.

- Servicio - respondió Ven, luego frunció el ceño junto a la puerta cuando ésta se contrajo tras Mary Sperling. La intrigaba saber por qué Mary no quería casarse con un partido tan de primera línea como el Honorable Bork Vanning, y se sentía casi tan curiosa o más por saber adonde se dirigía Mary ahora, pero el respeto a la intimidad la contuvo.

Mary no tenía intención de dejar que nadie supiera adonde se dirigía. Una vez fuera del apartamento de su amiga, se dejó caer por el tubo hasta el sótano, pidió su coche al robopark, lo condujo rampa arriba y dispuso los controles rumbo a la Playa Norte. El coche aguardó a que hubiera un hueco en el tráfico, luego penetró en el carril de gran velocidad y puso rumbo al norte. Mary se recostó para echar una cabezada.

Cuando hubo transcurrido el tiempo programado, el coche emitió un pitido pidiendo instrucciones; Mary despertó y miró afuera. El lago Michigan era una oscura franja de negrura a su derecha. Hizo señas al control de tráfico pidiendo permiso para entrar en la zona de tráfico local; éste trasladó automáticamente el coche a la zona pedida, y luego dejó a su conductora que reasumiera el control. Mary rebuscó algo en la guantera.

El número de la licencia que había fotografiado automáticamente el control de tráfico cuando ella abandonó la zona de control no era el mismo que el coche había estado llevando antes. Siguió una carretera secundaria sin controlar a lo largo de vanos kilómetros, giró hacia un camino estrecho y polvoriento que conducía a la orilla del lago, y se detuvo. Aguardó allí, con las luces apagadas, y escuchó. Hacia el sur, las luces de Chicago brillaban; a unos pocos cientos de metros tierra adentro, los controles de carretera zumbaban, pero allí donde estaba ella ahora no se oía nada excepto los ruiditos tímidos de las criaturas nocturnas. Rebuscó de nuevo en la guantera, giró un conmutador; el panel de instrumentos resplandeció, descubriendo otros diales tras él. Los estudió mientras hacía algunos ajustes. Satisfecha de que el radar no la estuviera observando y de que no hubiera nada moviéndose cerca de ella, apagó los instrumentos, selló las ventanillas laterales y se puso de nuevo en marcha. Lo que parecía ser un coche deportivo Camden estándar se elevó silenciosamente, avanzó por encima del lago, levantando espuma bajo él... y luego penetró en el agua y se hundió. Mary aguardó hasta que estuvo a cuatrocientos metros de la orilla y a quince metros de profundidad, y entonces llamó a la estación.

- Responda - dijo una voz.

- «La vida es corta...»

- «...pero los años son largos.»

- «No» - respondió Mary - «mientras los días malos no lleguen».

- A veces me lo pregunto - respondió la voz en tono conversacional -. De acuerdo, Mary. Te tenemos en control.

- ¿Tommy?

- No... Cecil Hedrick. ¿Estás preparada?

- Sí. Adelante.

Diecisiete minutos más tarde el coche emergía en un estanque <3ue ocupaba gran parte de una caverna artificial. Cuando el coche alcanzó la orilla, Mary salió, saludó a los guardias y penetró a través de un túnel en una amplia habitación subterránea donde se hallaban ya sentados unos cincuenta o sesenta hombres y mujeres. Charló con algunos de ellos hasta que un reloj anunció la medianoche, luego subió a un estrado y les hizo frente.

- Tengo - proclamó - ciento ochenta y tres años de edad. ¿Hay alguien aquí que sea más viejo?

Nadie habló. Tras una conveniente espera, prosiguió:

- Entonces, de acuerdo con nuestras costumbres, declaro abierta esta reunión.
¿Desean elegir un moderador? Alguien dijo:

- Adelante, Mary.

Cuando comprobó que nadie hablaba, Mary siguió:

- Muy bien. - Parecía indiferente al honor, y el grupo parecía compartir su actitud casual... un aire de no apresurarse nunca, de total libertad ante la tensión de la vida moderna -. Nos reunimos como de costumbre - anunció -, para discutir nuestro bienestar y el de nuestras hermanas y hermanos. ¿Trae algún representante de alguna familia un mensaje de los suyos? ¿O desea alguien hablar por sí mismo?

Un hombre llamó su atención y tomó la palabra.

- Ira Weatheral, hablando por la Familia Johnson. Nos encontramos hará aproximadamente dos meses. Los depositarios tienen que tener alguna razón. Oigámosles.

Ella asintió y se giró hacia un hombrecillo de aspecto formal que se hallaba en la primera fila.

- Justin... si tiene la bondad, por favor.

El hombrecillo se levantó y se inclinó rígidamente. Sus flacos miembros se adivinaban claramente bajo su traje de corte vulgar. Tenía el aspecto y actuaba como un viejo y resabiado mayordomo, pero su cabello negro y el firme y saludable tono de su piel indicaban que era un hombre en plena juventud.

- Justin Foote - dijo con precisión -, informando en nombre de los depositarios. Hace once años que las Familias decidieron efectuar la experiencia de dejar que el público supiera que había, viviendo entre ellos, personas que poseían unas posibles expectativas de vida mucho más largas de lo que se suponía era el promedio humano, así como el hecho de que existían otras personas que habían probado la verdad científica de tales expectativas habiendo vivido más del doble de la vida normal de los seres humanos.

Aunque hablaba sin ninguna nota delante, sonaba como si estuviera leyendo en voz alta un informe cuidadosamente preparado. Todos sabían lo que estaba diciendo, pero nadie le insinuó que se lo saltara; su audiencia no tenía en absoluto la febril impaciencia tan común en otros lugares.

- Al decidir - prosiguió - eliminar la anterior política tanto tiempo mantenida en silencio y ocultación con respecto al aspecto peculiar por el cual nos diferenciamos de la generalidad de la raza humana, las Familias estaban movidas por varias consideraciones. La razón de la adopción original de esa política de ocultación debe ser anotada:

»Los primeros resultados aparecidos de las uniones asistidas por la Fundación Howard nacieron en 1875. No levantaron ningún comentario, puesto que no eran notables en ningún aspecto. La Fundación era una corporación abiertamente benéfica y sin beneficios de ninguna clase...

El 17 de marzo de 1874, Ira Johnson, estudiante de medicina, se sentó en las oficinas de los abogados Deems, Wingate, Alden & Deems y escuchó una proposición poco usual. Finalmente, interrumpió al más anciano de sus interlocutores.

- ¡Un momento! ¿Debo entender que está usted intentando alquilarme para casarme con una de esas mujeres? El abogado pareció sorprendido.

- Por favor, señor Johnson. En absoluto.

- Bueno, pues realmente suena así.

- No, no, un tal contrato sería nulo, iría contra las costumbres públicas. Simplemente le estamos informando, como administradores de un trust, que sería interesante para usted casarse con alguna de las jóvenes damas de esta lista, y que nosotros nos sentiríamos encantados de dotar a cada hijo nacido de esta unión con una suma de acuerdo con la escala que le hemos mostrado. Pero esto no involucra ningún tipo de contrato con nosotros, ni le hacemos ninguna clase de «proposición»... y naturalmente no le

coaccionamos para que efectúe ninguna acción determinada. Simplemente le estamos informando de algunos hechos.

Ira Johnson frunció el ceño y se puso nerviosamente en pie.

- ¿Entonces qué significa todo esto? ¿Por qué?

- Esta es la finalidad de la fundación. Además, cuenta con la aprobación de los abuelos de usted.

- ¿Han discutido este asunto con ellos? - dijo Johnson secamente. No sentía ningún afecto hacia sus abuelos. Dos parejas tacañas... si tenían la amabilidad de morir a una edad razonable no tendría que preocuparse por el dinero hasta que terminara sus estudios de medicina.

- Hemos hablado con ellos, sí. Pero no acerca de usted. El abogado dio por terminada cualquier posible discusión ulterior, y el joven Johnson aceptó de mala gana una lista de mujeres jóvenes, todas ellas desconocidas, con la intención de romperla desde el momento mismo en que estuviera fuera de aquella oficina. En vez de ello, sin embargo, aquella noche escribió siete borradores antes de redactar la carta definitiva con la cual tenía intención de empezar a enfriar las relaciones entre él y su novia allá en su ciudad natal. Se sentía feliz de no haber planteado nunca seriamente la cuestión del matrimonio con ella... las cosas hubieran sido extremadamente penosas.

Cuando finalmente se casó (con una de las chicas de la lista), le pareció una curiosa aunque no notable coincidencia que tanto él como su mujer vivieran una larga, saludable y activa vida como abuelos.

...una corporación abiertamente benéfica, sin beneficios de ninguna clase - continuó Foote -, cuyo declarado propósito de estimular los nacimientos entre personas saludables de la gran reserva americana estaba en consonancia con las costumbres de aquel siglo. Por el simple expediente de mantener la boca cerrada acerca del verdadero propósito de la Fundación, no fueron necesarios métodos no habituales de ocultación hasta finales de aquel período, durante las Guerras Mundiales llamadas a veces comúnmente como «los años locos»...

Titulares seleccionados de abril a junio de 1969:

NIÑO HACE SALTAR LA BANCA

Un niño de dos años ganador de un millón de dólares en un concurso de televisión La Casa Blanca telefonea felicitándole

LOS TRIBUNALES ORDENAN LA VENTA DEL EDIFICIO DE LA CÁMARA LEGISLATIVA

El Tribunal Supremo de Colorado decreta que las pensiones de los ancianos tienen prioridad sobre las propiedades del Estado

LA JUVENTUD DE NUEVA YORK EXIGE EN UN MITIN UNOS LÍMITES SUPERIORES DE LOS DERECHOS POLÍTICOS

LOS ÍNDICES DE NATALIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS DECLARADOS «ALTO SECRETO»

LA POLICÍA DEL CONGRESO DE CAROLINA CORONA A UNA REINA DE BELLEZA

«Dispuesta a llegar a Presidente», anuncia ella mientras inicia una gira para exhibir sus calificaciones

IOWA ELEVA LA EDAD MÍNIMA PARA VOTAR
A CUARENTA Y UN AÑOS
Tumultos en el campus de Des Moines

LOS COMEDORES DE TIERRA AVANZAN HACIA EL OESTE:
UN PÁRROCO DE CHICAGO SE TOMA
UN BOCADILLO DE ARCILLA EN EL PULPITO
«Hay que volver a las cosas sencillas», anuncia a su
congregación

LA POBLACIÓN ESTUDIANTIL DE LOS ÁNGELES
DESAFÍA AL CLAUSTRO UNIVERSITARIO
Mayores subvenciones, menos horas lectivas, no deberes
en casa... Exigimos nuestro derecho a elegir a los
profesores y catedráticos

EL ÍNDICE DE SUICIDIOS AUMENTA POR NOVENO AÑO
CONSECUTIVO
La Comisión de Energía Atómica niega que pueda
culpase a precipitaciones radiactivas
en la atmósfera

-...«los años locos». Los depositarios de aquel entonces decidieron, correctamente, creemos, que cualquier minoría durante aquel período de desorientación semántica e historia de masas sería un blanco probable a la persecución, legislación discriminatoria, e incluso violencia revolucionaria. Más adelante, la alterada situación financiera del país y en particular el cambio de actitud del gobierno sobre las seguridades de los trust amenazaron la solvencia del trust.

«Fueron adoptados dos tipos de acción: las inversiones de la Fundación fueron convertidas en riqueza tangible y distribuidas ampliamente entre los miembros de las Familias para ser conservadas por ellos en usufructo; y la autodenominada «Mascarada» fue adoptada como política permanente. Fueron hallados medios 6 simular la muerte de cualquier miembro de las Familias que viviera hasta una edad socialmente embarazosa y de proporcionarle una nueva identidad en otra parte del país.

»La sabiduría de esta última política, aunque fastidiosa para algunos, se hizo evidente en el acto durante el Interregno de los Profetas. Las Familias, al principio del reinado del Primer Profeta, tenían el noventa y siete por ciento de sus miembros con edades públicamente declaradas de menos de cincuenta años. El registro público obligado por la policía secreta de los Profetas hizo que los cambios de identidad pública resultaran dificultosos,, aunque unos pocos fueron realizados con ayuda de la Cábala revolucionaria.

«Así, una combinación de suerte y previsión salvó a nuestro secreto de ser divulgado públicamente. Eso fue bueno... podemos estar seguros de que las cosas hubieran ido bastante mal por aquellos tiempos para cualquier grupo que poseyera un bien más allá del poder de confiscación del Profeta.

«Las Familias no tomaron parte en los acontecimientos que condujeron a la Segunda Revolución Americana, pero varios miembros participaron y sirvieron con sus créditos en la Cábala y en la lucha que precedió a la caída de Nueva Jerusalén. Aprovechamos la ventaja del período de desorganización que siguió para el reajuste de las edades de algunos de nosotros, que habían aumentado sospechosamente. En ello fuimos ayudados por algunos miembros de las Familias que, como miembros de la Cábala, gozaban de puestos clave en la Reconstrucción.

»Se argumentó por parte de muchos, en la asamblea de las Familias de 2075, el año del Convenio, que deberíamos revelarlos por nosotros mismos, puesto que la libertad civil había sido firmemente restablecida. La mayoría no estuvo de acuerdo en aquel momento... quizá debido a los largos hábitos de secreto y precaución. Pero el renacimiento de la cultura en los siguientes cincuenta años, el firme crecimiento de la tolerancia y las buenas maneras, el giro semántico de la orientación de la educación, el creciente respeto a la costumbre de la intimidad y a la dignidad del individuo... todo esto nos condujo a creer que finalmente había llegado el momento en que empezaba a ser seguro revelar nuestra condición y tomar nuestro lugar de derecho como una singular pero no obstante respetada minoría en la sociedad.

»Hubo razones compulsivas para realizar esto. El aumento del número de nosotros que consideraban la «Mascarada» socialmente intolerable en una nueva y mejor sociedad. No tan sólo era perturbador arrancarnos de nuestras raíces y buscar un nuevo entorno cada pocos años, sino que parecía casi un delito tener que mentirle a una sociedad que era francamente honesta y leal en sus relaciones con los demás. Por otro lado, las Familias, como grupo habían aprendido muchas cosas a través de nuestras investigaciones en el campo de las ciencias biológicas, cosas que odian ser de un gran beneficio para nuestros pobres hermanos de corta vida. Necesitábamos libertad para poder ayudarles.

»Ésas y parecidas razones fueron sujetas a discusión. Pero la reanudación de la costumbre de una positiva identificación física hizo la «Mascarada» casi insostenible. Bajo la nueva orientación, un ciudadano sano y pacífico recibe con agrado una identificación positiva bajo apropiadas circunstancias, aunque siga estando celoso de su derecho a la intimidad de todas las demás circunstancias... así que no nos atrevimos a objetar; aquello hubiera despertado la curiosidad, señalándonos como un grupo excéntrico, puesto aparte, y como consecuencia hubiera frustrado toda la finalidad de la «Mascarada».

«Nos sometimos necesariamente a la identificación personal. En la época de la asamblea de 2125, hace once años, se había vuelto extremadamente difícil falsificar nuevas identidades por el número siempre en aumento de nuestras edades públicas incompatibles con nuestra apariencia personal; decidimos el experimento de dejar que voluntarios de nuestro grupo, hasta un diez por ciento del total de miembros de las Familias, se revelaran por su propia voluntad y observaran las consecuencias, mientras los demás mantenían todos los demás secretos de la organización de las Familias.

»Los resultados fueron lamentablemente distintos a nuestras expectativas.

Justin Foote hizo una pausa. El silencio se rompió durante un momento cuando un hombre fornido de mediana estatura tomó la palabra. Su cabello era ligeramente gris, algo poco habitual en aquel grupo, y su rostro estaba curtido por el espacio. Mary Sperling lo había observado ya y se había preguntado quién sería... sus vivas facciones y su personalidad la habían interesado. Pero cualquier miembro era libre de asistir a los cónclaves del consejo de las Familias; no había vuelto a pensar más en él. Dijo:

- Vamos, hable ya, Jovencito. ¿Cuál es su informe? Foote respondió desde su silla.

- Nuestro psicométrico más antiguo hará el balance del informe. Mis observaciones eran un preámbulo.

- Por el amor de... - exclamó el desconocido del pelo gris -. Jovencito, ¿pretende quedarse aquí y admitir que todo lo que tiene que decir son cosas que ya todos conocemos?

- Mis observaciones eran un fundamento... y mi nombre es Justin Foote, no Jovencito».

Mary Sperling cortó fríamente la discusión.

- Hermano - le dijo al desconocido -, puesto que se está dirigiendo usted a las Familias, ¿será tan amable de dar primero su nombre? Lamento decirle que no le reconozco.

- Lo siento, hermana. Lazarus Long, hablando por sí mismo, Mary agitó la cabeza.

- Sigo sin situarle.

- Lo siento de nuevo... es un nombre de «Mascarada» que tomé en los tiempos del Primer Profeta... me gustó. Mi nombre de Familia es Smith... Woodrow Wilson Smith.

- Woodrow Wilson Smith... ¿qué edad tiene?

- ¿En? Bueno, pensaba decirlo más tarde. Cien... no, doscientos... treinta años. Sí, eso es, doscientos treinta.

Hubo un repentino y completo silencio. Luego Mary dijo suavemente:

- ¿No me oyó preguntar si había alguien mayor que yo?

- Sí. Pero, caramba, hermana, lo estaba haciendo usted tan bien. No he acudido a ninguna reunión de las Familias desde hace más de un siglo. Se han producido algunos cambios.

- Le pido que venga hasta aquí y ocupe mi lugar. - Se dispuso a abandonar la plataforma.

- ¡Oh, no! - protestó él. Pero ella no le prestó atención y buscó una silla. Él miró a su alrededor, se alzó de hombros y subió al estrado. Sentándose de lado sobre una esquina de la mesa, anunció:

- Bien, sigamos por donde íbamos. ¿Quién es el siguiente? Ralph Schultz, de la Familia Schultz, parecía más un banquero que un psicométrico. No tenía nada de tímido ni de despistado, y poseía una forma llana y directa de decir las cosas que despertaba un sentimiento de autoridad.

- Yo formé parte del grupo que propuso terminar con la «Mascarada». Estaba equivocado. Creía que la gran mayoría de nuestros conciudadanos, mejor preparados bajo los modernos métodos educacionales, podrían evaluar cualquier dato sin una excesiva alteración emocional. Anticipé que un cierto número de gente anormal podría mostrar su desagrado hacia nosotros, incluso odiarnos; hasta predije que la mayoría nos envidiaría... cualquiera que goza de la vida desearía vivir mucho tiempo. Pero no anticipé ningún problema serio. Las modernas actitudes han ido muy lejos con las fricciones interraciales; cualquiera que aún exhiba prejuicios raciales se siente avergonzado de proclamarlo. Creí que nuestra sociedad era lo suficientemente tolerante como para que nosotros pudiéramos vivir pacífica y abiertamente con los de corta vida.

»Estaba equivocado.

»El negro odiaba y envidiaba al hombre blanco tanto tiempo como el hombre blanco gozara de privilegios vedados a los negros por razones de su color. Era una reacción sana y normal. Cuando la discriminación fue extirpada, el problema se resolvió por sí mismo y se produjo una asimilación cultural. Hay una tendencia similar por parte de los de vida corta a envidiar a los de vida larga. Asumimos que esta reacción esperada no sería de una gran importancia social en la mayoría de la gente, una vez quedara claro que debíamos nuestra peculiaridad a nuestros genes... ni virtud ni defecto de nosotros mismos, sino tan sólo buena suerte en nuestros antepasados.

»Pero tan sólo fue un pensamiento bien intencionado. En retrospectiva es fácil ver que la correcta aplicación del análisis matemático a los datos nos hubiera proporcionado una respuesta muy diferente, hubiera puesto de relieve la falsa analogía. No defiendo el error de apreciación, no hay defensa posible. Simplemente, confiamos demasiado en nuestras esperanzas.

»Lo que ocurrió realmente fue esto: mostramos a nuestros primos de corta vida el mayor don que le es posible imaginar a cualquier ser humano... y luego les dijimos que nunca sería para ellos. Eso les enfrentó con un dilema insoluble. Rechazaron los intolerables hechos, se negaron a creernos. Ahora su envidia se convierte en odio, con una convicción emocional de que nosotros les estamos privando de sus derechos... deliberadamente, maliciosamente.

»Este creciente odio se ha desarrollado ahora en una corriente que amenaza el bienestar e incluso las vidas de todos nuestros hermanos que se han revelado... y que es

potencial - mente peligrosa también para el resto de nosotros. El peligro es muy grande y muy urgente. - Se sentó con brusquedad.

Se lo tomaron con calma, con la costumbre de años de no apresurarse por nada. Casi inmediatamente una delegada se PUSO en pie.

- Eve Barstow, de la Familia Cooper. Ralph Schultz, tengo ciento diecinueve años, más, creo, de los que tiene usted. No Poseo su talento para las matemáticas y el comportamiento humano, pero he conocido a un montón de gente. Los seres humanos son básicamente buenos y gentiles y amables. Oh, tienen sus debilidades, pero la mayoría de ellos son lo suficientemente decentes si una les proporciona la menor posibilidad.

»No Puedo creer que me odien y quieran destruirme simplemente porque he vivido mucho tiempo. ¿Qué tiene que decir al respecto? Ha admitido ya un error... ¿por qué no admite dos?

Schultz la miró serenamente y arregló sus ropas.

- Tiene razón, Eve. Puedo equivocarme fácilmente de nuevo. Éste es el problema con la psicología; es una temática tan terriblemente compleja, con tantas incógnitas, tantas relaciones implicadas, que nuestros mejores esfuerzos parecen a veces estúpidos a la luz de los hechos posteriores. - Se puso en pie de nuevo, hizo frente a los demás, y habló de nuevo con llana autoridad -. Pero esta vez no estoy haciendo una predicción a largo término; estoy hablando de hechos, no suposiciones, no expectativas... y con esos hechos una predicción a corto término es como predecir que un huevo se romperá si uno ve que está cayendo en dirección al suelo. Pero Eve tiene razón... en cierto modo. Los individuos son considerados y decentes... como individuos y en relación a otros individuos. Eve no está en peligro por parte de sus vecinos y amigos, y yo no estoy en peligro por parte de los míos. Pero ella está en peligro por parte de mis vecinos y amigos... y yo por parte de los suyos. La psicología de masas no es simplemente una acumulación de las psicologías individuales; éste es un teorema básico de la psicodinámica social... no tan sólo mi opinión; nunca se ha hallado ninguna excepción a este teorema. Es la regla de la acción social de las masas, la ley de la histeria colectiva, conocida y utilizada por los líderes militares, políticos y religiosos, por los publicistas y los profetas y propagandistas, por los agitadores y actores y jefes de bandas, a lo largo de generaciones, antes de que fuera formulada a través de símbolos matemáticos. Funciona. Está funcionando ahora.

»Mis colegas y yo empezamos a sospechar que se estaba desarrollando una tendencia hacia la histeria colectiva contra nosotros hace ya varios años. Nos trajimos nuestras sospechas al consejo para actuar porque no podíamos probar nada. Lo que observamos entonces podía haber sido simplemente el murmurar de la alocada minoría presente siempre incluso en la más sana sociedad. La tendencia era al principio tan pequeña que no podíamos estar seguros de que existiera, puesto que todas las tendencias sociales se hallan entremezcladas con otras tendencias sociales, enmarañadas todas juntas como un plato de spaghetti... peor que eso, puesto que toman un espacio topológico abstracto de muchas dimensiones (diez o doce no dejan de ser comunes y son difícilmente adecuadas) para describir matemáticamente la interrelación de las fuerzas sociales. No puedo exagerar la importancia de la complejidad del problema.

»Así que aguardamos y nos preocupamos e intentamos efectuar muestreos estadísticos, estableciendo nuestros universos estadísticos con el mayor cuidado.

»Cuando estuvimos seguros, ya era casi demasiado tarde. Las tendencias sociopsicológicas crecen o mueren según la ley ¿el «crecimiento de la levadura», una compleja ley de poder. Continuamos esperando que otros factores favorables pudieran invertir la tendencia... el trabajo de Nelson en simbiótica, nuestras propias contribuciones geriátricas, el gran interés público en la apertura de los satélites jovianos a la inmigración.

Cualquier pensamiento rupturista de una más larga vida y una mayor esperanza a los de vida corta podía terminar con el resentimiento latente contra nosotros.

»Sin embargo, ese rescoldo latente se ha convertido en una llamarada, en un incontrolable fuego forestal. Por lo que hemos podido medir, el índice se ha duplicado en los últimos treinta y siete días, y el propio índice se está acelerando. No puedo imaginar cuan lejos llegará o cuan rápido... y es por eso por lo que hemos solicitado esta sesión de emergencia. Porque podemos esperar problemas en cualquier momento. - Se sentó bruscamente, con aspecto cansado.

Eve no discutió nuevamente con él, ni nadie tomó su lugar en la discusión; Ralph Schultz no sólo estaba considerado como un experto en su propio campo, sino que todos ellos también, cada cual desde su propio punto de vista, habían visto los aspectos más evidentes de la tendencia elevándose contra sus allegados revelados. Pero, aunque su aceptación del problema era unánime, había muchas opiniones acerca de lo que había que hacer entre los presentes. Lazarus dejó que la discusión prosiguiera a lo largo de otras dos horas antes de levantar una mano.

- No estamos yendo a ningún lado - hizo notar -, y parece como si no fuéramos a llegar a ningún lado esta noche. Déjeme echarle un vistazo de conjunto al problema, resaltando las principales cosas que podemos hacer:

»Podemos... - empezó a llevar la cuenta con los dedos -, no hacer nada, quedarnos quietos y ver lo que ocurre.

»Podemos terminar enteramente con la «Mascarada», revelar todos nuestros miembros, y exigir políticamente nuestros derechos.

»Podemos permanecer quietos en la superficie y utilizar nuestra organización y dinero para proteger a nuestros hermanos revelados, quizás arrastrarlos de nuevo a la «Mascarada».

»Podemos revelarnos todos nosotros y pedir un lugar que colonizar donde podamos vivir por nuestros propios medios.

»O podemos hacer algo más. Sugiero que todos ustedes hagan sus propios planes de acuerdo con esos cuatro principales puntos de vista... digamos en las esquinas de esta sala, empezando según el movimiento de las agujas del reloj en aquel rincón de la derecha... con cada grupo estableciendo un plan y estudiándolo para someterlo a las Familias. Y aquellos de ustedes que no estén a favor de ninguna de estas cuatro ideas permanezcan reunidos en el centro de la sala y empiecen a rumiar en qué es exactamente en lo que deben pensar al respecto. Ahora, si no hay ninguna objeción, declaro esta reunión aplazada hasta mañana a medianoche. ¿De acuerdo?

Nadie dijo nada. La versión modernizada del procedimiento parlamentario que había bosquejado Lazarus Long les había sorprendido en cierta forma; estaban acostumbrados a las largas y tranquilas discusiones hasta que se hacía evidente que un punto de vista alcanzaba la unanimidad. Hacer las cosas apresuradamente era algo chocante para ellos.

Pero la personalidad del hombre era poderosa, sus años le daban prestigio, y su ligeramente arcaica forma de hablar se añadía a su patriarcal autoridad; nadie discutió.

- De acuerdo - anunció Lazarus, dando una palmada -. La asamblea queda aplazada hasta mañana por la noche. - Bajó de la plataforma.

Mary Sperling se dirigió hacia él.

- Me gustaría conocerle mejor - dijo, mirándole directamente a los ojos.

- Seguro, hermana. ¿Por qué no?

- ¿Se va a quedar para la discusión?

- No.

- ¿Puede venir a casa conmigo?

- Me encantaría. No tengo negocios urgentes en ningún lugar.

- Vamos entonces. - Lo condujo a través del túnel hasta el estanque subterráneo que conectaba con el lago Michigan. Él abrió mucho los ojos ante el pseudo - Camden, pero no dijo nada hasta que estuvieron sumergidos.

- Tiene un hermoso coche.

- Sí.

- Posee algunas características poco habituales. Ella sonrió.

- Sí. Entre otras cosas, estalla, más bien ruidosamente, si alguien intenta hurgar en él.

- Estupendo. - Añadió -. ¿Es usted ingeniero de diseño, Mary?

- Yo? ¡Cielos, no! No este siglo pasado, al menos, y no tengo el menor interés de dedicarme a estas cosas. Pero puede obtener un coche modificado al estilo de este a través de las Familias, si desea uno. Hable con...

- No importa. No necesito uno. Sólo que me gustan los juguetes que son diseñados para funcionar tan fácil y eficientemente. Debe haber un buen cerebro detrás de éste.

- Sí. - Ella estaba atareada en aquel momento, saliendo a la superficie, comprobando el radar, y dirigiéndose a la orilla sin atraer la atención.

Cuando llegaron a su apartamento ella puso tabaco y bebida cerca de él, luego se retiró a su dormitorio, se quitó sus ropas de calle y se puso una ligera bata de estar por casa que la hacía aparecer aún más joven de lo que parecía antes. Luego se reunió con Lazarus, él se levantó, encendió un cigarrillo para ella, luego hizo una pausa mientras se lo tendía y lanzó un galante y poco delicado silbido.

Ella sonrió brevemente, tomó el cigarrillo, y se sentó en un amplio sillón, doblando sus piernas bajo ella.

- Lazarus, usted me tranquiliza.

- ¿No tiene ningún espejo, querida?

- No me refiero a eso - dijo ella impacientemente -. Quiero decir usted mismo. Sabe que he pasado ya la razonable expectativa de vida de nuestra gente... y estoy esperando morir, resignada - mente, desde hace diez años. Y luego llega usted... años y años más viejo que yo. Da usted esperanzas.

Él se echó hacia adelante.

- ¿Usted esperando morir? Santo Dios, criatura... tiene aspecto de vivir otro siglo como mínimo. Ella hizo un gesto cansado.

- No intente burlarse de mí. Sabe que la apariencia no tiene nada que ver con eso. Lazarus. ¡yo no quiero morir!

- No pretendía burlarme de usted, hermana - respondió Lazarus seriamente -. Es tan sólo que no parece usted una candidata a cadáver.

Ella alzó graciosamente los hombros.

- Asunto de biotécnicas. Estoy manteniendo mi apariencia de Principios de la treintena.

- O menos, diría yo. Creo que yo todavía no estoy en las últimas, Mary. Me ha oído decir que no había asistido a una reunión desde hacía más de un siglo. De hecho he estado siempre completamente desconectado de cualquier contacto con las Familias.

- ¿Realmente? ¿Puedo preguntar por qué?

- Es una larga historia, y bastante estúpida. Lo que importa es que me aburría con ellos. Acostumbraba ser delegado en las reuniones anuales. Pero empezaron a ponerse pesados con sus formas de actuar... o al menos así me lo pareció a mí. Así que me fui. Pasé el Interregno en Venus, en su mayor parte. Volví por un tiempo tras la firma del Convenio, pero no creo que haya pasado en la Tierra más de dos años desde entonces. Me gusta viajar.

Los ojos de ella brillaron.

- Oh, cuénteme sobre eso. Yo nunca he estado en el espacio profundo. Sólo una vez fui hasta Luna City.

- Seguro - admitió él -. En alguna ocasión. Pero deseo que me cuente más cosas acerca de su aspecto. Muchacha, le aseguro que no aparenta usted su edad.

- Supongo que no. O mejor, por supuesto que no. En cuanto a cómo lo consigo, no puedo decirle mucho. Hormonas y simbióticos y terapia glandular y un poco de psicoterapia... cosas así. Todo lo que puedo añadir es que, para los miembros de las Familias, la senilidad resulta pospuesta y la senescencia puede ser detenida, al menos cosméticamente. - Rumió durante un momento -. En una ocasión pensaron que se hallaban sobre la pista del secreto de la inmortalidad, la auténtica Fuente de la Juventud. Pero fue un error. La senilidad simplemente queda pospuesta... y acortada. Aproximadamente aparece unos noventa días después de la primera advertencia clara... y luego la muerte por vejez. - Se estremeció -. Por supuesto, la mayoría de nuestros primos no aguardan... un par de semanas para asegurarse del diagnóstico, y luego la eutanasia.

- ¡Al infierno con ello! Bueno, yo no seguiré ese camino. Cuando el Viejo venga a buscarme a mí, tendrá que arrastrarme... ¡y patearé y forcejearé a cada paso del camino! Ella sonrió tristemente.

- Me hace sentir bien oír hablarle de esta forma, Lazarus. No bajaría mi guardia de esta forma con alguien más joven que yo. Pero su ejemplo me da valor.

- Tenemos cantidad de ejemplos a nuestro alrededor, Mary; no tengo miedo. En cuanto a la reunión de esta noche: no he prestado mucha atención a las noticias y he llegado recientemente a la Tierra... ¿Ese hombre, Ralph Schultz, sabía de lo que estaba hablando?

- Creo que sí. Su abuelo fue un hombre brillante, y también su padre.

- Supongo que conocerá a Ralph.

- Ligeramente. Es uno de mis nietos.

- Eso es divertido. Parece más viejo que usted.

- Ralph consiguió detener su envejecimiento a los cuarenta años, eso es todo. Su padre fue mi veintisiete hijo. Ralph debe ser, déjeme ver... oh, ochenta o noventa años más joven que yo, como mínimo. En eso es más viejo que algunos de mis hijos.

- Se ha llevado usted muy bien con las Familias, Mary.

- Supongo que sí. Pero ellas se han llevado también muy bien conmigo. He disfrutado teniendo hijos, y los beneficios de la dotación de mis treinta y tantos niños suben un buen pico. He podido gozar de todo el lujo que haya deseado. - Se estremeció de nuevo -. Supongo que por eso siento este temor... gozo de la vida.

- ¡No diga eso! Creí que mi excelente ejemplo y mi sonrisa juvenil la habían curado de esa tontería.

- Bueno... han ayudado algo.

- Humm... mire, Mary, ¿por qué no se casa de nuevo y tiene unos cuantos chicos más? Eso la mantendría lo suficientemente ocupada como para no preocuparse por esas cosas.

- ¿Qué? ¿A mi edad? ¡Oh, no, Lazarus!

- No hay nada de malo en su edad. Es mucho más joven que yo. Ella lo estudió durante un instante.

- Lazarus, ¿me está proponiendo usted un contrato? Si es así, me gustaría que hablara más claramente. Él abrió la boca y deglutió.

- ¡Hey, espere un minuto! ¡Tómeselo con calma! Estaba hablando en términos generales... Yo no soy del tipo doméstico. ¿Sabe?, cada vez que me casé mi esposa se ponía enferma de verme al cabo de unos pocos años. No, lo que yo... bueno, quiero decir que es usted una chica preciosa y que un hombre podría...

Ella le hizo callar acercándosele y poniéndole una mano sobre su boca, mientras sonreía de una forma traviesa.

- No pretendía que el pánico lo dominara, primo. O quizá sí... los hombres son tan divertidos cuando piensan que están a punto de ser atrapados.

- Bueno., - dijo él, displicentemente.

- Olvídelo, querido. Dígame, ¿qué plan piensa que van a adoptar acerca de nuestros problemas?

- ¿Las asambleas de esta noche?

- Sí.

- Ninguno, por supuesto. No van a llegar a ningún lado. Mary, comité es la única forma conocida de vida con un centenar de estómagos y nada de cerebro. Pero dentro de poco alguien con una mente propia les empujará a aceptar este plan. No sé cuál va a ser.

- Bien... ¿qué tipo de acción prefiere usted?

- ¿Yo? Oh, ninguno, Mary, si hay una cosa que he aprendido en los últimos doscientos años, es ésta: esas cosas pasan. Guerras y depresiones y Profetas y Convenios... pasan. El truco consiste en sobrevivir a todas ellas.

Ella asintió pensativamente.

- Creo que tiene razón.

- Seguro que tengo razón. Se tardan como mínimo cien años en darse uno simplemente cuenta de lo buena que es la vida. - Se levantó y se estiró. - Pero en este momento precisamente a este chico crecidito que ve aquí le gustaría dormir un poco.

- A mí también.

El apartamento de Mary estaba en el último piso del edificio, con un techo transparente abierto al cielo. Cuando ella había vuelto al salón, había apagado la iluminación interior y dejado abiertas las placas que cubrían el techo; habían permanecido sentados, excepto por una invisible lámina de plástico, directamente bajo las estrellas. Cuando Lazarus levantó la cabeza al estirarse, sus ojos se detuvieron en su constelación favorita.

- Es extraño - comentó -. Orión parece haber añadido una cuarta estrella a su cinturón. Ella miró hacia arriba.

- Debe tratarse de la gran nave de la Segunda Expedición a Centauro. Fíjese si la ve moverse.

- No podría decirlo sin instrumentos.

- Supongo que no - admitió ella -. Fueron muy inteligentes construyéndola en el espacio, ¿no cree?

- No había otra forma de hacerlo. Era demasiado grande para montarla en la Tierra. Puedo dormir aquí mismo, Mary. ¿O tiene alguna habitación que le sobre?

- Su habitación es la segunda puerta a la derecha. Llame si necesita alguna cosa. - Levantó la cabeza y le dio un ligero beso de buenas noches -. Hasta mañana.

Lazarus la siguió y entró en su propia habitación.

Mary Sperling se despertó a su hora habitual al día siguiente. Se levantó sin hacer ruido para evitar despertar a Lazarus, se metió en su refrigerador, se lavó y masajeó, se tragó un granulo de sustituto de sueño para compensar lo corto de la noche, seguido casi inmediatamente por el desayuno que le permitía el mantenimiento de su línea, luego comprobó las llamadas que no se había molestado en mirar la noche antes. El teléfono había grabado varias llamadas que olvidó rápidamente, luego reconoció la voz de Bork Vanning.

- Hola - dijo el instrumento -. Mary, soy Bork, llamando a las veintiuna, para invitarte a dar un paseo por el lago y luego ir a comer a algún sitio. A menos que tengas alguna otra cita. Adiós, querida. Servicio.

- Servicio - repitió ella automáticamente. ¡Maldito hombre! ¿No podía darle un no como respuesta? ¡Mary Sperling, estás chocheando! Tiene una cuarta parte de tu edad y parece que no seas capaz de manejarlo.

Llámale y dile que... no, demasiado tarde; estará aquí en cualquier momento. ¡Qué fastidio!

Cuando Lazarus se fue a la cama se quitó su kilt, la falda escocesa que era el atuendo habitual de los hombres de la época, y se dirigió al guardarropa; la sacudió, y la colgó cuidadosamente.

- Un buen escondite - comentó, mirando a sus peludas piernas y sonriendo irónicamente; el kilt había ocultado una pistola desintegradora sujeta a un muslo, un cuchillo al otro. Era consciente de la costumbre actual contra las armas personales, pero se sentía desnudo sin ellas. Tales costumbres eran de todos modos una tontería, estupideces propias de viejas... no existía ningún «arma peligrosa», sólo había hombres peligrosos.

Cuando salió del refrescador, colocó sus armas allá donde pudiera alcanzarlas fácilmente antes de sumirse en el sueño.

Se despertó de pronto con brusquedad, un arma en cada roano... luego recordó dónde estaba, se relajó, y miró a su alrededor para ver qué era lo que lo había despertado.

Había un murmullo de voces que le llegaba a través de la conducción de aire. Un mal aislamiento, decidió: Mary debía estar hablando por teléfono... en cuyo caso no podía seguir haciéndose el perezoso. Se levantó, se duchó, colocó a sus mejores amigas en su lugar, y salió en busca de su anfitriona.

Cuando la puerta del salón se dilató silenciosamente ante él, un sonido de voces se hizo más fuerte e interesante. El salón tenía forma de L y él quedaba fuera del campo de visión; retrocedió un poco y escuchó desvergonzadamente. Las escuchas furtivas habían salvado su piel en varias ocasiones; era algo que no le preocupaba., más bien le complacía. Un hombre estaba diciendo:

- ¡Mary, eres completamente irrazonable! Sabes que me gustas, admites que casarte conmigo sería también ventajoso para ti. Entonces, ¿por qué no quieres?

- Ya te lo he dicho, Bork. La diferencia de edad.

- Eso es una tontería. ¿Qué esperabas? ¿Un romance entre adolescentes? Oh, admito que no soy tan joven como tú... pero una mujer necesita a un hombre mayor que ella que la cuide y sepa defenderla. Yo no soy tampoco demasiado viejo para ti; estoy en la flor de la edad.

Lazarus decidió que conocía ya lo suficientemente a aquel tipo como para serle desagradable. Aquella resentida voz...

Mary no respondió. El hombre siguió insistiendo:

- De todos modos, tengo una sorpresa para ti respecto a eso. Me gustaría poder decírtelo, pero... bueno, es un secreto de Estado.

- Entonces no me lo digas. De ningún modo va a hacerme cambiar de opinión, Bork.

- ¡Oh, ya lo creo que lo haría! Humm... Te lo diré... sé que puedo confiar en ti

- Bork, no deberías suponer que...

- No importa; va a ser del dominio público dentro de pocos días, de todos modos. Mary... ¡puedo hacer que no envejezcas nunca!

- ¿Qué quieres decir? - Lazarus observó que el tono de ella se había vuelto repentinamente suspicaz.

- Exactamente lo que he dicho, Mary, ¡han descubierto el secreto de la eterna juventud!

- ¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?

- Oh, así que estás interesada, ¿eh? Bueno, no te dejaré que esperes mucho. Ya conoces a esos tipos que se llaman a sí mismos las Familias Howard, ¿no?

- Sí... he oído hablar de ellos, por supuesto - admitió ella lentamente -. ¿Pero qué tienen que ver con esto? Son pura superchería.

- En absoluto. Lo sé. La Administración ha estado investigando discretamente sus afirmaciones. Algunos de ellos tienen incuestionablemente más de cien años de edad... ¡y siguen siendo jóvenes!

- Eso es muy difícil de creer.

- Sin embargo, es cierto.

- Bien... ¿y cómo lo hacen?

- ¡Ah! Éste es el asunto. Afirman que es una simple cuestión de herencia, que viven mucho tiempo debido a que proceden de antepasados longevos. Pero esto es absurdo, científicamente incompatible con los hechos establecidos. La Administración lo investigó muy cuidadosamente, y la respuesta es segura: poseen el secreto de conservarse jóvenes.

- No puedes estar seguro de eso.

- ¡Oh, vamos, Mary! Eres una muchachita adorable, pero estás dudando de la experta opinión de los mejores cerebros científicos del mundo. No importa. Aquí está la parte confidencial. Aún no hemos conseguido su secreto... pero lo conseguiremos dentro de muy poco. Sin ninguna excitación ni publicidad, irán siendo detenidos e interrogados. Obtendremos el secreto... ¡y tú y yo nunca envejeceremos! ¿Qué piensas de eso? ¿Eh?

Mary respondió muy lentamente, de forma casi inaudible.

- Sería maravilloso si todo el mundo pudiera vivir mucho tiempo.

- ¿Eh? Sí, supongo que lo sería. Pero en cualquier caso tú y yo recibiremos el tratamiento, sea cual sea. Piensa en nosotros, querida. Año tras año de matrimonio joven y feliz. No menos de un siglo. Quizás incluso más...

- Espera un momento, Bork. Ese «secreto», ¿no va a ser para todo el mundo?

- Bueno, la verdad... es un asunto de alta política. La superpoblación es un problema difícil incluso hoy en día. En la práctica puede que sea necesario restringirlo al personal esencial... y a sus esposas. Pero no te calientes tu preciosa cabeza con eso; tú y yo lo obtendremos.

- Quieres decir que yo lo obtendré si me caso contigo.

- Humm... ésta es una forma un tanto desagradable de decirlo, Mary. Yo haría cualquier cosa que pudiera por ti... porque te Quiero. Pero las cosas serían mucho más sencillas si te casaras conmigo. Es decir, si quieres.

- Dejemos esto por el momento. ¿Cómo te propones sacarles el «secreto»? Lazarus casi pudo oír su aire de suficiencia.

- ¡Oh, hablarán!

- ¿Quieres decir que los enviaréis a Coventry si no lo hacen?

- ¿Coventry? ¡Hum! No comprendes en absoluto la situación, Mary; no se trata de ningún delito social de poca importancia. Esto es traición... traición contra toda la raza humana. ¡Usaremos los medios que sean necesarios! Los medios que utilizaba el Profeta, si no quieren cooperar voluntariamente.

- ¿Eso es lo que quieres decir? ¡Va contra el Convenio!

- ¡Al diablo el Convenio! Es un asunto de vida o muerte... ¿crees que vamos a dejar que un trozo de papel nos detenga en nuestro camino? No podemos molestarnos con ridículas legalidades en las cosas fundamentales de la vida... no en algo tan básico como el luchar contra la muerte. Y éste es precisamente aquí el caso. Esos... esos egoístas están intentando guardarse sólo para ellos el secreto de la vida. ¿Piensas que vamos a inclinarnos ante la «costumbre» en una emergencia como ésta?

- ¿Crees realmente que el Consejo violará el Convenio? - respondió Mary, con una voz baja y horrorizada.

- ¿Creer? El Consejo aprobó la acción la pasada noche. Hemos autorizado al Administrador a utilizar «todos los medios».

Lazarus aguzó el oído en medio de un largo silencio. Finalmente, Mary dijo:

- Bork.

- ¿Sí, querida?

- Tienes que hacer algo sobre eso. Tienes que detenerlo.

- ¿Detenerlo? No sabes lo que estás diciendo. No podría... ni lo haría aunque pudiera.

- Pero debes hacerlo. Tienes que convencer al Consejo. Están cometiendo un error, un trágico error. No ganarán nada intentando obligar a esa gente. ¡No hay ningún secreto!

- ¿Qué? Te estás excitando, querida. Estás anteponiendo tu propio juicio al de algunos de los mejores y más capaces hombres del planeta. Créeme, sabemos lo que estamos haciendo. Nos gusta menos que a ti el utilizar métodos duros, pero se trata del bienestar general. Mira, lamento haberte hablado de esto. Naturalmente, tú eres amable y gentil y de buen corazón, y yo te quiero por eso. ¿Por qué no te casas conmigo y dejas de preocuparte inútilmente de los asuntos de política pública?

- ¿Casarme contigo? ¡Nunca!

- Bah, Mary... estás trastornada. Dame tan sólo una buena razón de esta negativa.

- ¡Te diré el porqué! ¡Porque yo soy una de esas personas a las que quieres perseguir!

Hubo otra pausa.

- Mary... no te encuentras bien.

- ¿Que no me encuentro bien? Estoy tan bien como pueda estarlo una persona a mi edad. ¡Escúchame, estúpido! Tengo nietos que tienen dos veces tu edad. Ya estaba aquí cuando el Primer Profeta se hizo con el país. Ya estaba aquí cuando Harriman lanzó el primer cohete a la Luna. Tú ni siquiera eras un lloriqueante niño de pecho, tus abuelos ni siquiera se habían conocido... cuando yo ya era una mujer casada. Y tú estás ahora aquí y te propones irreflexivamente perseguir, incluso torturar, a mí y a mi gente. ¿Casarme contigo? ¡Antes me casaría con uno de mis propios nietos!

Lazarus se tensó y deslizó su mano derecha tras el pliegue de su kilt; esperaba problemas inmediatos. Uno puede esperar, reflexionó, que una mujer pierda la cabeza en el momento más inadecuado.

Aguardó. La respuesta de Bork fue fría; los tonos del hombre acostumbrado a la autoridad reemplazaron a los de la frustrada pasión.

- Tómatelo con calma, Mary. Siéntate. Cuidaré de ti. Primero quiero que te tomes un sedante. Luego te llevaré al mejor psicoterapeuta de la ciudad... de todo el país. Te pondrás bien.

- ¡Quita tus manos de mí!

- Pero, Mary...

Lazarus hizo su aparición en la sala de estar y apuntó a Vanning con su desintegradora.

- ¿Este mono la está molestando, hermana? Vanning giró bruscamente la cabeza hacia él.

- ¿Quién es usted? - preguntó indignado -. ¿Qué está haciendo aquí? Lazarus siguió dirigiéndose a Mary:

- Dígamelo, hermana, y lo rebanaré a piezas tan pequeñas que podremos ocultarlas en cualquier sitio.

- No, Lazarus - respondió ella con voz nuevamente controlada -. Gracias de todos modos. Por favor, guarde su pistola. No me gustaría que ocurriera nada desagradable.

- De acuerdo. - Lazarus guardó la pistola, pero mantuvo la mano cerca de su empuñadura.

- ¿Quién es usted? - repitió Vanning -. ¿Qué significa esta intrusión?

- Eso es precisamente lo que iba a preguntarle a usted, compañero - dijo Lazarus suavemente -, aunque será mejor que lo déjelo correr. Soy otro de esos viejos tipos a los que anda usted buscando... como Mary.

Vanning lo miró intensamente.

- Me pregunto... - dijo. Desvió sus ojos hacia Mary -. No puede ser, es absurdo. Sin embargo... no estará de más investigar su historia. Hay muchas cosas que me gustaría saber de él, de todos modos; nunca he visto un caso tan claro de atavismo antisocial.

- Se dirigió al videófono.

- Será mejor que se mantenga alejado de este aparato, compañero - dijo Lazarus rápidamente; luego, dirigiéndose a Mary, añadió -: No voy a tocar mi pistola, hermana. Usaré el cuchillo.

Vanning se detuvo.

- Muy bien - dijo, con tono aburrido -, deje esa vibrohoja. No llamaré desde aquí.

- Mire de nuevo, amigo: no es una vibrohoja. Es acero. Algo mucho más chapucero.

Vanning se giró hacia Mary Sperling.

- Me voy. Si eres lista, te vendrás conmigo. - Ella negó con la cabeza. Él pareció irritado, se alzó de hombros, y se enfrentó con Lazarus Long -. En cuanto a usted, señor, sus primitivos modales lo han puesto en un serio problema. Será arrestado dentro de muy poco tiempo.

Lazarus miró hacia los postigos del techo transparente.

- Esto me recuerda a un patrón de Venusburg que pretendió en una ocasión arrestarme.

- ¿Y bien?

- He sobrevivido bastante desde entonces.

Vanning abrió la boca para responder... luego se giró bruscamente y salió con tanta prisa que la puerta de entrada apenas tuvo tiempo de abrirse antes de que la punta de su nariz se aplastase contra ella. Mientras la puerta se cerraba tras él, Lazarus dijo meditativamente:

- Es el tipo más difícil con quien razonar con el que me haya topado en años. Apostaría a que nunca en su vida ha utilizado una cuchara que no estuviera esterilizada.

Mary pareció sorprendida, luego sonrió. Él se giró hacia ella.

- Me alegra verla algo más contenta, Mary. Me temí que estuviera asustada.

- Lo estaba. No sabía que usted estuviera escuchando. Me vi obligada a improvisar sobre la marcha.

- ¿Cree que actué mal?

- No. Me alegro que saliera... gracias. Pero ahora tenemos que darnos prisa.

- Supongo que sí. Creo que ha dicho la verdad... pronto habrá aquí un agente en mi busca. Y quizá también en la suya.

- Eso es lo que quería decir. Así que salgamos rápidamente de aquí.

Mary estuvo lista para irse en escasos minutos, pero cuando salieron al vestíbulo público se tropezaron con un hombre cuyo brazalete y equipo hipodérmico lo identificaban como un agente.

- Servicio - dijo -. Estoy buscando a un ciudadano que se halla en compañía de la ciudadana Mary Sperling. ¿Pueden orientarme ustedes?

- Claro que sí - asintió Lazarus -. Vive exactamente allí. - Señaló hacia el extremo más alejado del corredor. Mientras el oficial de paz miraba en aquella dirección, Lazarus le golpeó cuidadosamente en la nuca, ligeramente a la izquierda, con la empuñadura de su desintegradora, y lo asió mientras se derrumbaba.

Mary ayudó a Lazarus a meter la masa inerte en su apartamento. Lazarus se arrodilló sobre el policía, tomó su equipo hipo - dérmico, preparó un inyectable y se lo administró.

- Así - dijo - lo mantendremos dormido durante unas cuantas horas. - Luego parpadeó pensativamente mirando el equipo, lo soltó del cinturón del agente -. Puede que nos sea útil de nuevo. De todos modos, no será perjudicial llevárnoslo. - Tras pensarlo un momento más tomó el brazalete de paz del agente y se lo metió también en su bolsillo.

Abandonaron de nuevo el apartamento y bajaron hasta el nivel del aparcamiento. Lazarus observó, mientras subían la rampa, que Mary había marcado la combinación de la Playa Norte.

- ¿Dónde vamos? - preguntó.

- A la Sede de las Familias. No tenemos otro lugar donde ir en el que no seamos identificados. Pero debemos ocultarnos en el campo hasta que se haga de noche.

Una vez el vehículo se halló dirigido al norte por el control automático, Mary se excusó y se tomó unos minutos de sueño. Lazarus se dedicó a observar el paisaje durante unos pocos kilómetros, luego también se adormeció.

Fueron despertados por el repiqueteo de la alarma de emergencia del control de tráfico y la detención del vehículo. Mary se levantó y cortó la alarma.

- Todos los coches pasan por el control local - entonó una voz -. Sigán ustedes a una velocidad de treinta kilómetros por hora hasta la siguiente torre de control de tráfico para inspección. Todos los coches deben pasar por el control local. Sigán a...

Cerró también la radio.

- Bien, ya los tenemos aquí - dijo Lazarus alegremente -. ¿Alguna idea?

Mary no respondió. Miró al exterior y estudió los alrededores. La valla de acero que separaba la carretera controlada de alta velocidad donde ellos se hallaban de la de tráfico local no controlada se hallaba a unos cincuenta metros a su derecha, pero no había ninguna rampa de conexión interrumpiendo la valla en los próximos dos kilómetros... y antes estaba, por supuesto, la torre de control a donde se les ordenaba dirigirse para inspección. Puso de nuevo el coche en marcha, operándolo manualmente, y culebreó por entre el tráfico detenido o moviéndose a poca velocidad mientras aceleraba. Cuando llegaron cerca de la barrera Lazarus se sintió hundir en el acolchado del asiento; el coche dio un brinco y saltó, cruzando por encima de la barrera con un margen de centímetros. Se encontraron rodando por la otra pista.

Un coche se acercaba desde el norte, y avanzaba directamente hacia él por el mismo carril. El otro coche no circulaba a más de ciento cincuenta, pero su conductor fue cogido por sorpresa... no había razón para esperar que un coche surgiera de la nada avanzando hacia él en una carretera despejada. Mary se vio obligada a hacer un giro a la izquierda, luego a la derecha, y luego de nuevo a la izquierda; el coche se encabritó y dio bandazos, con todos sus giroscopios rechinando. Mary luchó por recobrar el control, con acompañamiento de chirriar de dientes mientras las ruedas traseras intentaban recuperar la tracción.

Lazarus dejó que los músculos de su mejilla se relajaran y expelió el aire impetuosamente.

- ¡Huau! - suspiró -. Espero que no tengamos que hacerlo de nuevo. Mary le miró y sonrió.

- ¿Las mujeres conductoras le ponen nervioso?

- ¡Oh, no, no, en absoluto! Sólo desearía que me avisara cuando fuera a hacer de nuevo algo así.

- Ni siquiera yo sabía que iba a hacerlo - admitió ella, y luego continuó preocupadamente -: Y tampoco sé qué hacer ahora. Pensé que podríamos quedarnos en algún lugar fuera de la ciudad hasta que se hiciera de noche... pero hemos tenido que ponernos en evidencia saltando esa valla. En estos momentos alguien estará informando a la torre. Humm...

- ¿Por qué aguardar hasta la noche? - preguntó él -. ¿Por qué no simplemente ir hasta el lago en ese fenómeno suyo y sumergirnos hacia casa?

- No me gusta - se agitó ella -. Hemos atraído demasiada atención. Un trimóvil camuflado de modo que parezca un todo terreno puede ser disimulable, pero... bueno, si alguien nos ve metiéndonos en el agua y los agentes oyen algo al respecto, alguien puede empezar a hacerse preguntas. Son capaces de utilizar el sonar y el Cielo sabe qué otras cosas más.

- Pero la Sede, ¿no está protegida?

- Por supuesto. Pero cualquier cosa tan grande como ella puede ser detectada... si saben dónde deben buscar y buscan lo suficiente.

- Tiene razón, por supuesto - admitió lentamente Lazarus -. Bien, seguro que no deseamos conducir a ningún agente entrometido a la Sede de las Familias. Mary, creo que será mejor abandonar el coche y desaparecer. - Frunció el ceño -. A cualquier lugar menos a la Sede.

- No, ha de ser a la Sede - respondió ella secamente.

- ¿Por qué? Si uno está cazando zorros, lo más probable...
- ¡Espere un momento! Voy a intentar algo. - Lazarus se calló; Mary condujo con una mano mientras rebuscaba algo en la guantera.

- Responda - dijo una voz.

- La vida es corta... - replicó Mary. Completaron la fórmula.

- Escuchen - continuó Mary apresuradamente -. Estoy en apuros... échenme una mano.

- De acuerdo.

- ¿Hay un sub en el estanque?

- Sí.

- ¡Estupendo! Prepárenlo y envíenlo en mi busca. - Explicó rápidamente los detalles de lo que deseaba, haciendo una pausa para preguntarle a Lazarus si sabía nadar -. Eso es todo - dijo finalmente -, ¡pero muévanse aprisa! Los minutos apremian.

- ¡Espera, Mary! - protestó la voz -. Sabes que no puedo enviar a un sub afuera a plena luz del día, y menos en un día tranquilo y soleado. Hay demasiadas probabilidades de que...

- ¿Lo harás, o no lo harás?

Una tercera voz interrumpió la conversación.

- Estaba escuchando. Mary... soy Ira Barstow. Te recogeremos.

- Pero -, objetó la primera voz.

- Cállate, Tommy. Ocúpate de tus asuntos y haz lo que te dicen. Nos veremos en seguida, Mary.

- De acuerdo, Ira.

Mientras estaba hablando con la Sede, Mary había girado de la carretera local hacia el camino de tierra que había tomado la noche anterior, sin disminuir la marcha y aparentemente sin mirar. Lazarus encajó los dientes y esperó lo peor. Pasaron junto a un deteriorado letrero que decía: ÁREA CONTAMINADA - ENTRE BAJO SU ROPIA RESPONSABILIDAD, exhibiendo el símbolo convencional del rebol rojo. Lazarus parpadeó al verlo y se alzó de hombros... no podía ver cómo, en aquellos momentos, el riesgo que corrían pudiera verse aumentado por un neutrón o más.

Mary detuvo bruscamente el coche en un macizo de árboles enanos cerca del camino abandonado. El lago se extendía a sus pies, al otro lado de un pequeño acantilado. Ella se soltó el cinturón de seguridad, sacó un cigarrillo y se relajó.

- Ahora tenemos que esperar. Les tomará al menos media hora el llegar a nosotros, por mucho que les apesure Ira. Lazarus, ¿cree que hemos sido vistos desviándonos hacia aquí?

- A decir verdad, Mary, estaba demasiado ocupado para comprobarlo.

- Bueno... nadie viene nunca hasta aquí, a excepción de algunos pocos chicos imprudentes.

(-...y chicas - añadió Lazarus para sí mismo). Luego dijo en voz alta:

- He observado una señal de «caliente» ahí detrás. ¿Cuan caliente?

- ¿Eso? Oh, no demasiado. No hay que preocuparse a menos que uno decida edificar aquí su casa. Hay otras cosas más preocupantes por el momento. Tenemos que quedarnos cerca del comunicador, o de lo contrario...

El comunicador se activó.

- Adelante, Mary. Estamos frente a ti. Ella pareció sorprendida.

- ¿Ira?

- Sí, soy Ira, pero sigo en la Sede. Pete Hardy estaba disponible en el muelle de Evanston, así que ha acudido él. Más rápido.

- De acuerdo... ¡gracias! - Se giraba para hablarle a Lazarus cuando éste le tocó el brazo.

- Mire detrás nuestro.

Un helicóptero estaba aterrizando en aquel momento a menos de cien metros de ellos. Tres hombres salieron apresuradamente. Iban vestidos como agentes.

Mary abrió de golpe la puerta del coche y se despojó de sus ropas en un solo movimiento. Se giró y gritó:

- ¡Vamos, salga! - mientras volvía a meter una mano dentro del coche y tiraba de algo en el panel de instrumentos. Echó a correr.

Lazarus soltó el cinturón de su kilt y echó a correr tras ella hacia el acantilado. Ella ya estaba bajando por él; la siguió sin demasiadas precauciones, golpeándose con las aguzadas piedras. La onda expansiva los sacudió cuando el coche estalló, pero el acantilado los protegió.

Alcanzaron juntos el agua.

La escotilla del pequeño submarino era apenas lo suficientemente grande como para permitir el paso de uno en uno; Lazarus intentó que Mary pasara primero, y quiso darle un cachete cuando ella se resistió, y descubrió que abofetear no funcionaba debajo del agua. Luego perdió un tiempo interminable, o así le pareció, preguntándose si podría o no respirar agua. ¿Acaso los peces no lo hacen?, se estaba diciendo a sí mismo, cuando la compuerta exterior se movió bajo su mano y fue capaz de meterse con un esfuerzo.

Pasaron once interminables segundos antes de que la compuerta estanca quedara libre de agua y tuviera oportunidad de comprobar los daños, si los había, que el agua había ocasionado en su desintegradora. Mary estaba hablando urgentemente con el piloto.

- Escucha, Pete, hay tres policías ahí arriba con un heli. Mi coche les estalló en la cara en el momento en que llegábamos al agua. Pero si no han resultado muertos o gravemente heridos, siempre habrá algún chico listo que se imagine que solamente hay un lugar donde hayamos podido ir... debajo del agua. Será mejor que salgamos de aquí antes de que hagan un rastreo desde el aire en nuestra busca.

- Es una raza decadente - se quejó Pete Hardy, manejando los controles mientras hablaba -. Aunque sólo efectúen una búsqueda visual, tenemos que salir y permanecer fuera del círculo de reflexión total antes de que ellos puedan ganar altura... y eso no es posible. - Pero el pequeño submarino se hundió con una tranquilizadora rapidez.

Mary dudó en llamar o no a la Sede desde el sub. Decidió no hacerlo; aquello lo único que conseguiría sería incrementar el peligro para el sub y la propia Sede. Así que se tranquilizó y esperó, apretada en un sillón para un pasajero demasiado pequeño para dos. Pete Hardy siguió sumergiéndose hasta aguas profundas, llegó hasta el fondo, se mantuvo en él, y avanzó en una oscuridad total.

Cuando surgieron al estanque dentro de la Sede, Mary se había decidido ya en contra de cualquier medio físico de comunicación, incluso pese, al cuidadosamente protegido equipo de la sede. En su lugar pensó en utilizar a algún sensitivo telepático disponible, de entre los miembros de las Familias que se hallaban allí adiestrándose. Los sensitivos eran tan escasos entre los miembros saludables de las Familias Howard como entre el resto de la población, pero la herencia que había conservado y reforzado su anormal longevidad había conservado y reforzado también los malos genes en la misma medida que los buenos; tenían un porcentaje inusualmente alto de defectuosos tanto físicos como mentales. Sus investigaciones sobre el control genético terminarían eliminando el problema de las taras mientras conservaban la característica de la longevidad, pero durante muchas generaciones aún deberían seguir pagando sus largas vidas con un exceso de anormales.

Pero casi un cinco por ciento de esos anormales eran telepáticamente sensitivos.

Mary se dirigió directamente hacia el lugar de la Sede donde algunos de aquellos anormales recibían sus cuidados, con Lazarus Long a sus talones. Saludó a la matrona.

- ¿Dónde está el pequeño Stephen? Lo necesito.

- Baje la voz - la recriminó la matrona -. Está descansando... no puede verlo ahora.

- Janice, necesito verle - insistió Mary -. Esto no puede esperar. Debo enviar un mensaje a todas las Familias... inmediatamente. La matrona plantó sus manos en sus caderas.

- Vaya a la oficina de comunicaciones. No puede venir aquí a molestar a mis niños a cualquier hora. No lo permitiré.

- ¡Janice, por favor! No me atrevo a usar nada excepto la telepatía. Sabe que no lo haría si no fuera necesario. Ahora déjeme ver a Stephen.

- Le digo que no hay ninguna posibilidad. El pequeño Stephen tiene hoy uno de sus días malos.

- Entonces déjeme ver al sensitivo más fuerte del que podamos disponer. ¡Aprisa, Janice! La seguridad de todos los miembros puede depender de ello.

- ¿La han enviado los depositarios?

- ¡No, no! ¡No hay tiempo para ello!

La matrona seguía dudando. Mientras Lazarus intentaba recordar cuánto hacía desde la última vez que se había visto obligado a pegarle a una dama, se decidió.

- De acuerdo... puede ver a Billy, aunque yo sigo sin autorizarlo. Vaya con cuidado, no lo agote demasiado. - Aún refunfuñando, les condujo a lo largo de un corredor, pasando por delante de una serie de alegres habitaciones, y hasta una de ellas. Lazarus miró a la cosa que había en la cama y desvió la vista.

La matrona se dirigió a una alacena y regresó con una hipo - dérmica.

- ¿Trabaja bajo hipnosis? - preguntó Lazarus.

- No - respondió fríamente la matrona -. Necesita un estimulante para ser consciente de nosotros. - Descubrió la piel de un brazo de la voluminosa figura y puso la inyección -. Adelante - le dijo a Mary, y se sumergió en un agrio silencio.

La criatura en la cama se agitó, sus ojos giraron perdidos, luego pareció enfocarlos.

- ¡Tía Mary! - dijo -. ¡Oooh! ¿Has traído algo al pequeño Billy?

- No - dijo ella dulcemente -. No esta vez, amor. Tía Mary tenía mucha prisa esta vez. ¿La próxima? ¿Una sorpresa? ¿Quieres?

- Está bien - dijo él dócilmente.

- Eres un buen chico. - Mary le revolvió el pelo; Lazarus volvió a desviar la vista -. Ahora, ¿querrá el pequeño Billy hacer algo por Tía Mary? ¿Un gran, gran favor?

- Seguro.

- ¿Puedes oír a tus amigos?

- Oh, seguro.

- ¿A todos ellos?

- Uh, huh. La mayoría de ellos no dicen nada - refunfuñó.

- Llámalos.

Hubo un silencio muy corto.

- Me oyen.

- ¡Estupendo! Ahora escucha cuidadosamente, pequeño Billy: A todas las Familias... ¡aviso urgente! La Vieja Mary Sperling al habla. Bajo una acción del Consejo, el Administrador está a punto de arrestar a todos los miembros revelados. El Consejo le ha dado instrucciones de utilizar «todos los medios»... y creo que están decididos a utilizar todos los medios a su alcance, sin importarles el Convenio, a fin de descubrir lo que ellos llaman el secreto de nuestras largas vidas. ¡Incluso tienen intención de utilizar las torturas desarrolladas por los inquisidores del Profeta! - Su voz se quebró. Se detuvo e hizo un esfuerzo por recobrarlo -. ¡Ahora apresuraos! ¡Encontradlos, avisadles, ocultadles! ¡Quizá sólo dispongáis de minutos para salvarles!

Lazarus le tocó el brazo y le susurró algo; ella asintió y prosiguió:

- Si algún primo es arrestado, rescatadlo por todos los medios a nuestro alcance. No intentéis apelar al Convenio, no malgastéis vuestro tiempo argumentando acerca de la justicia... ¡rescatadlo! ¡Y ahora moveos!

Se detuvo, y luego preguntó con voz dulce y cansada:

- ¿Les estás oyendo, pequeño Billy? Seguro.

- ¿Se lo están diciendo a las gentes?

- Uh huh. Todos menos Jimmie el Caballo. Me vuelve loco - añadió confidencialmente.

- ¿Jimmie el Caballo? ¿Dónde está?

- Oh, allí donde vive.

- En Montreal - explicó la matrona -. Hay otros dos sensitivos allí... su mensaje habrá llegado. ¿Ha terminado?

- Sí... - dijo Mary dubitativamente -. Pero quizá sería mejor repetir el mensaje con otro sensitivo de la Sede.

- ¡No!

- Pero, Janice...

- No lo permitiré. Supongo que tenía que enviarlo, pero ahora debo darle a Billy el antídoto. Así que váyase. Lazarus la tomó del brazo.

- Vamos, muchacha. Tanto si el mensaje ha llegado como si no, ha hecho todo lo posible. Ha sido un buen trabajo.

Mary se dirigió a darle un informe completo al Secretario Residente; Lazarus la dejó dedicándose a sus asuntos y él se dedicó a los suyos propios. Volvió sobre sus pasos, buscando a un hombre que no estuviera demasiado ocupado para ayudarle; los guardias a la entrada del estanque fueron los primeros a los que halló.

- Servicio... - empezó.

- Servicio a usted - respondió uno de ellos -. ¿Buscando a alguien? - Miró cuidadosamente la casi completa desnudez de Long, luego desvió la vista... la forma en que vistiera cada cual, o el que fuera o no vestido, era un asunto privado.

- En cierto modo - admitió Lazarus -. Dígame, compañero, ¿sabe de alguien por aquí que pueda prestarme un poco de ropa?

- Aquí tiene a uno - respondió el guardia amablemente -. Hazte cargo, Dick... vuelvo en un minuto. - Guió a Lazarus a los aposentos de los solteros, le equipó, le ayudó a secarse su bolsillo y su contenido, y no hizo ningún comentario acerca del arsenal fijado a sus peludos muslos. La forma en que se comportaban los más viejos no era asunto suyo, y muchos de ellos eran incluso más susceptibles con respecto a su intimidad que la mayoría de la gente. Había visto a la Tía Mary Sperling llegar semidesnuda tras su aventura, y había oído a Ira Barstow urgir a Pete a que saliese a buscarlos por debajo del agua; el que el viejo que estaba ahora junto a él eligiese tomar un baño en el lago le había sorprendido, pero no lo suficiente como para olvidar sus buenos modales.

- ¿Necesita alguna otra cosa? - preguntó -. ¿Le van esos zapatos?

- Estupendamente. Muchas gracias, compañero. - Lazarus alisó el arrugado kilt. Era un poco demasiado largo para él, pero era cómodo. Un taparrabos hubiera servido, supuso... si estuviera en Venus. Pero nunca se había preocupado demasiado por las costumbres venusianas. Maldita sea, se suponía que un hombre debía ir vestido -. Me siento mejor - admitió -. Gracias de nuevo. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

- Edrmond Hardy, de la Familia Foote.

- ¿Sí? ¿Cuál es su línea ascendente?

- Charles Hardy y Evelyn Foote. Edward Hardy - Alice Johnson y Terence Briggs - Eleanor Weatheral. Oliver...

- Es suficiente. Lo había supuesto. Entonces eres uno de mis tataranietos.

- Vaya, eso es interesante - comentó Hardy gratamente sorprendido -. Esto nos da un sexto sentido de consanguinidad, ¿no?... sin contar la convergencia. ¿Puedo preguntarle su nombre?

- Lazarus Long. Hardy agitó la cabeza.

- Debe haber algún error. No está en mi línea ascendente.

- Inténtalo con Woodrow Wilson Smith en su lugar. Es por donde hay que empezar.

- ¡Oh, ése sí! Sí, por supuesto. Pero pensé que usted estaba... esto...

- ¿Muerto? Bueno, no lo estoy.

- Oh, no quería decir eso - protestó Hardy, enrojeciendo ante aquella palabra. Añadió apresuradamente -: Me alegro de conocerle, tatarabuelo. Siempre deseé conocer de primera mano la historia de la Reunión de las Familias en el 2012.

- Esto fue antes de que tú nacieras, Ed - dijo Lazarus rudamente -; y no me llames tatarabuelo.

- Lo siento, señor... quiero decir, lo siento, Lazarus. ¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted?

- No, no quiero molestarte más... sí, es decir, hay algo más. ¿Dónde puedo tomar algo parecido a un desayuno? Esta mañana he tenido que ir un poco apresurado.

- Aquí mismo. - Hardy lo acompañó a la despensa de los aposentos de los solteros, operó el autococinero por él, extrajo una taza de café para su compañero y otra para sí mismo, y luego se fue. Lazarus consumió su «algo parecido a un desayuno»... aproximadamente unas tres mil calorías de salchichas calientes, huevos, jamón, pan tostado, café con crema, y demás guarnición, Puesto que trabajaba bajo el supuesto de tener siempre a tope, tanques de reserva debido a que uno nunca sabe cuándo tendría otra oportunidad de repostar. Cuando terminó se recostó, eructó, recogió los platos y los echó al incinerador, y luego buscó un visor de noticias. Encontró uno en la biblioteca de los solteros, fuera del salón.

La habitación estaba vacía excepto por un hombre que parecía tener la misma edad que la que sugería el aspecto de Lazarus. Allí se detenía todo parecido; el desconocido era más esbelto, de rasgos más suaves, y su cabello pelirrojo era fino y muy rizado en lugar del recio y grisáceo de Lazarus. El desconocido estaba inclinado sobre el visor de noticias, con los ojos apretados contra el microvisor. Lazarus carraspeó fuertemente y dijo:

- Hola.

El hombre levantó sorprendido la cabeza y exclamó:

- Oh, lo siento... estaba distraído. ¿Puedo servirle en algo?

- Estaba buscando el visor de noticias. ¿Importaría si las vemos en la pantalla?

- En absoluto. - El hombre se puso en pie, revelando ser más bajo que Lazarus, pulsó el botón de rebobinado, y ajustó los controles para proyección -, ¿Algún tema en particular?

- Deseaba ver - dijo Lazarus - si hay alguna noticia acerca de nosotros... de las Familias.

- Yo también lo estaba viendo por lo mismo. Quizá será mejor que utilicemos el localizador sonoro y le dejemos buscarlas.

- De acuerdo - aceptó Lazarus, avanzando y cambiando los controles a audio -. ¿Cuál es el código?

- «Matusalén».

Lazarus pulsó la fijación; la máquina cotorreó y zumbó mientras buscaba a alta velocidad, luego ralentizó con un triunfante clic.

- NOTICIAS DEL DÍA - anunció -. El único servicio de noticias del medio oeste que cuenta con la más amplia red de informadores. Videocanal directo a Luna City. Corresponsalías en todo el Sistema. ¡El primero, el más rápido y el mejor informado! Lincoln, Nebraska... ¡Un sabio denuncia a los Longevos! El doctor Witwell Oscarsen, Presidente Emérito del Liceo Bryan, reclama una reconsideración oficial del status del grupo que se hace llamar a sí mismo las «Familias Howard». «Se ha probado», dice, «que esa gente ha resuelto el problema del envejecimiento extendiendo, quizás indefinidamente, la duración de la vida humana. Deben ser alabados por ello; es una investigación estimable y fructífera. Pero su afirmación de que su solución no es más que

una predisposición hereditaria desafía tanto a la ciencia como al sentido común. Nuestro moderno conocimiento de las leyes establecidas de la genética nos permite deducir con certeza que le están ocultando al público alguna técnica o técnicas secretas a través de las cuales consiguen sus sorprendentes resultados.

»Es contrario a nuestras costumbres permitir que el conocimiento científico sea monopolizado por unos pocos. En lo que se refiere a la propia vida, la acción se convierte en una traición a la raza. Como ciudadano, exijo a la Administración que actúe severamente en este asunto, y le recuerdo que la situación es imposible que fuera prevista por los juiciosos hombres que firmaron el Convenio y codificaron nuestras costumbres básicas. Todas las costumbres están instituidas por la mano del hombre y son por lo tanto un intento finito de describir una infinidad de relaciones. Es evidente que cualquier costumbre tiene sus excepciones. Por ello, y a la vista de los nuevos...»

Lazarus pulsó el botón de retención.

- Creo que ya hay bastante de lo que dice ese tipo.

- Sí; yo ya lo había oído antes. - El desconocido suspiró -. Raramente he oído una falta tan completa de rigor semántico. Me sorprende... el doctor Oscarsen ha realizado un importante trabajo en el pasado.

- Debe haber alcanzado la senectud - afirmó Lazarus, mientras hacía que la máquina buscara de nuevo -. Necesita creer en lo que dice... de modo que piensa que constituye una ley natural.

La máquina zumbó y cliqueteó y de nuevo se detuvo y empezó a hablar.

- Noticias del día, el único servicio de noticias del medio oeste...

- ¿No se puede suprimir esa parte comercial? - sugirió Lazarus. Su compañero miró el panel de control.

- No parece estar equipado para ello.

- Ensenada, Baja California. Jeffers y Lucy Weatheral han solicitado hoy protección especial de la policía, alegando que un grupo de ciudadanos ha penetrado violentamente en su casa, sometiéndoles a indignidades personales y cometiendo otros actos asociales. Los Weatheral son, según propia admisión, miembros de las notorias Familias Howard, y afirman que el incidente alegado puede haber sido planeado e incitado. El superintendente del distrito ha declarado que no han ofrecido pruebas de tales hechos y ha puesto el asunto en tela de juicio. Un mitin en masa ha sido anunciado para esta noche en la ciudad, del que daremos..., El otro hombre se giró hacia Lazarus.

- Primo, ¿hemos oído lo que pienso que hemos oído? Éste es el Primer caso de violencia asocial en grupo desde hace más de veinte años... y sin embargo lo presentan como un anuncio publicitario en medio de un parte meteorológico.

- No exactamente - respondió Lazarus sombríamente -. Las palabras empleadas para describirnoslo estaban cargadas de connotaciones.

- Sí, es cierto; pero hábilmente cargadas. Dudo que en este despacho haya una palabra con un índice emocional, tomada aisladamente, superior a uno punto cinco. Los locutores suelen subirlo hasta un dos punto cero, ya sabe.

- ¿Eres psicométrico?

- Esto, no. Creo que debería haberme presentado. Me llamo Andrew Jackson Libby.

- Lazarus Long.

- Lo sé. Estaba en la reunión de la pasada noche.

- Libby... Libby... - rumió Lazarus -. No acabo de situarte en las Familias. Sin embargo, el nombre me parece familiar

- Mi caso es un poco como el suyo...

- Cambiado durante el Interregno, ¿eh?

- Sí y no. Nací después de la Segunda Revolución. Pero mi gente se había convertido a la Nueva Cruzada y había roto con las Familias y cambiado su nombre. Era ya un hombre adulto cuando supe que era un Miembro.

- ¡Diablos! Esto es interesante... ¿cómo fuiste localizado... si no te importa mi pregunta?

- Bueno, yo estaba en la Marina Espacial, y uno de mis oficiales superiores...

- ¡Eso es! ¡Ya lo tengo! ¡Imaginaba que fuiste un hombre del espacio. Tú eres Regla de Cálculo Libby, el Calculador. Libby sonrió modestamente.

- Sí, así me llamaban.

- Seguro, seguro. El último trasto que piloté estaba equipado con tu rectificador paragravitacional. Y el banco de control utilizaba tu diferencial fraccional para la orientación de los reactores. Pero lo instalé yo mismo... tomé prestada tu patente.

Libby no pareció molestarse por aquel hurto. Su rostro se iluminó.

- ¿Está usted interesado en la lógica simbólica?

- Sólo pragmáticamente. Pero mira, hice una modificación en tu aparato que deriva de las alternativas rechazadas en tu ecuación decimotercera. Funciona así: supón que estás navegando en un campo de densidad «x» con un gradiente de orden anormal a tu rumbo, y deseas establecer tu rumbo óptimo para un punto proyectado de cita «A» mayúscula en un vector «rho» utilizando la selección automática para todo el salto; entonces, sí...

Prosiguió, olvidando completamente el lenguaje normal utilizado por los profanos. El visor de noticias a su lado siguió buscando; tres veces se detuvo y proyectó, y cada vez Libby pulsó el botón de rechazo sin oír conscientemente lo que decía.

- Entiendo su punto de vista - dijo finalmente -. Estudié una modificación en cierto modo similar, pero llegué a la conclusión de que no era comercialmente factible, demasiado cara para la mayoría excepto los entusiastas como usted mismo. Pero su solución es más económica que la mía.

- ¿Cómo lo sabes?

- Bueno, es obvio por los datos. Su dispositivo contiene sesenta y dos partes móviles, lo cual requiere, si presumimos un proceso de fabricación estandarizado, un óptimo.... - Libby vaciló momentáneamente, como si estuviera programando el problema -... un óptimo probable de cinco mil doscientas once operaciones en su manufactura, suponiendo una automatización normal, mientras que el mío...

Lazarus intervino:

- Andy - inquirió solícitamente -, ¿nunca tienes dolor de cabeza? Libby sonrió de nuevo tímidamente.

- No hay nada anormal en mi talento - protestó -. Es teóricamente posible desarrollarlo en cualquier persona normal.

- Seguro - admitió Lazarus -, y tú puedes enseñar a bailar a una serpiente con sólo que le pongas la vista encima. No importa, me alegra haberme encontrado contigo. He oído historias respecto a ti de cuando eras muchacho. Estabas en el Cuerpo de Construcción Cósmica, ¿verdad?

Libby asintió.

- Sí. En el Emplazamiento Tierra - Marte Tres.

- Sí, eso era... un amigo de Marte me lo contó. Un comerciante de Drywater. Conocí también a tu abuelo materno. Un buen tipo.

- Supongo que lo era.

- Lo era, seguro que sí. Tuve una buena pelotera con él en la Reunión del 2012. Tenía un poderoso vocabulario. - Lazarus frunció ligeramente el ceño -. Algo divertido. Andy... lo recuerdo muy ávidamente, siempre he tenido una buena memoria... aunque Parece hacerme más difícil cada vez mantener las cosas en orden. Especialmente este último siglo.

- Una ineludible necesidad matemática - dijo Libby. - ¿Eh? ¿Qué?

- La experiencia de la vida es linealmente aditiva, pero la correlación de las impresiones de la memoria es una expansión ilimitada. Si la humanidad viviera tanto como mil años, sería necesario inventar algún método totalmente diferente de asociación memorística a fin

de poder ligar eclécticamente el tiempo. De otro modo un hombre se hundiría irremisiblemente en la riqueza de su propio conocimiento, incapaz de evaluarlo. Locura, o debilidad mental.

- ¿Ah, sí? - Repentinamente, Lazarus pareció preocupado -. Entonces será mejor que nos ocupemos de ello.

- Oh, es muy posible solucionarlo.

- Entonces trabajemos en ello. No dejemos que nos pille el tiempo.

El visor de noticias solicitó de nuevo su atención, esta vez con el zumbido y el estallido de un boletín de noticias de última hora.

- Aquí Hearken, de NOTICIAS DEL DÍA. ¡Flash informativo! ¡El Alto Consejo suspende el Convenio! Bajo la cláusula de Situación de Emergencia del Convenio, y en una acción sin precedentes, el Consejo ha anunciado hoy que ha dado instrucciones al Administrador para que sean detenidos e interrogados todos los miembros de las autoproclamadas Familias Howard... ¡por todos los medios posibles! El Administrador ha autorizado que la siguiente declaración sea remitida a todas las agencias legalizadas. Leo: «La suspensión de las garantías civiles del Convenio se aplica tan sólo al grupo conocido como las Familias Howard, a fin de que los agentes gubernamentales puedan actuar como requieran las circunstancias para detener rápidamente a las personas afectadas por la acción del Consejo. Se ruega a los ciudadanos que toleren benévolamente cualquier pequeño inconveniente que esto pueda causarles; su derecho a la intimidad será respetado de todas las formas posibles; su derecho a trasladarse libremente puede verse interrumpido temporalmente, pero se efectuarán todas las compensaciones económicas que sean necesarias.

«Ahora, amigos y ciudadanos, ¿qué significa todo esto?... Para ustedes y sólo para ustedes, NOTICIAS DEL DÍA ha traído a nuestro más popular comentarista, Albert Reifsnider:

»Reifsnider informando: ¡Servicio, ciudadanos! No hay ninguna razón para alarmarse. Para la mayoría de los ciudadanos libres esta emergencia les causará menos molestias que una presión mínima demasiado alta en las máquinas del clima. ¡Tómenselo con calma! ¡Tranquilícense! Ayuden a los agentes cuando sean requeridos para ello y vean que se meten en sus asuntos privados. No pongan impedimentos... ¡cooperen con el Servicio!

«Esto es lo que significan hoy estas noticias. ¿Qué significarán mañana y pasado mañana? ¿Y el año próximo? ¡Significarán que sus servidores públicos habrán dado un gigantesco paso adelante en obtener para ustedes la bendición de una vida más larga y feliz! No dejen que sus ilusiones vuelen demasiado alto... pero considérenlo como el amanecer de un nuevo día. ¡Oh, por supuesto que lo es! El celosamente guardado secreto de unos cuantos egoístas serán muy pronto... Long alzó una ceja en dirección a Libby, luego cerró el aparato.

- Supongo - dijo Libby amargamente - que esto es un ejemplo de la «despreocupación objetiva en la información».

Lazarus abrió su bolsillo y sacó un cigarrillo antes de responder.

- Tómatelo con calma, Andy. Hay tiempos buenos y tiempos malos. Hemos sobrevivido a los tiempos malos. La gente está de nuevo en marcha... esta vez contra nosotros.

La madriguera conocida como la Sede de las Familias fue llenándose a medida que iba transcurriendo el día. Los miembros acudían incesantemente, llegando desde todos lados, especialmente desde Indiana, por los túneles secretos de comunicación. Tan pronto como se hizo de noche el tráfico confluyó en la entrada del estanque subterráneo... empezaron

a llegar subs deportivos, coches terrestres camuflados como el de Mary, ostensibles vehículos de superficie modificados para poder sumergirse, cada uno de ellos cargado con refugiados, algunos de ellos medio asfixiados por haber permanecido escondidos la mayor parte del día en lo más profundo del lago mientras aguardaban la posibilidad de alcanzar la entrada.

La sala de asambleas normal era con mucho demasiado pequeña para albergar a aquella multitud; el personal a cargo de la Sede decidió habilitar la habitación más grande, el refectorio, y retiró los paneles que lo separaban de la sala principal. Era ya medianoche cuando Lazarus subió al improvisado estrado.

- Bien - anunció -, cállense, por favor. Ustedes, los de delante, siéntense en el suelo para que los demás puedan ver. Yo nací en 1912. ¿Hay alguien mayor?

Hizo una pausa, luego añadió:

- Nombremos, pues, al presidente... adelante, hablen. Fueron propuestos tres; antes de que se sugiriera a otro, el último nominado se puso en pie.

- Axel Johnson, de la Familia Johnson. Quiero que mi nombre sea eliminado, y sugiero que los demás hagan lo mismo. Lazarus lo hizo muy bien la otra noche; dejemos que siga haciéndolo. Éste no es momento para política de Familias.

Los otros nombres fueron retirados; nadie más fue propuesto. Lazarus dijo:

- De acuerdo, si eso es lo que desean. Antes de que empecemos a discutir, desearía un informe del Jefe de los Depositarios. ¿Cuáles son las noticias, Zack? ¿Ha sido detenido alguno de nuestros parientes?

Zaccur Barstow no necesitó identificarse a sí mismo; simplemente dijo:

- Hablo en nombre de los Depositarios: nuestro informe no es completo, pero aún no sabemos de ningún Miembro que haya sido arrestado. De los nueve mil doscientos ochenta y cinco Miembros revelados, nueve mil ciento seis habían informado, cuando abandoné la oficina de comunicaciones hace diez minutos, que habían logrado ocultarse, en casas de otras Familias o en los hogares de Miembros que no se habían revelado o en otros lugares. El aviso de Mary Sperling fue sorprendentemente eficaz, teniendo en cuenta el poco tiempo que transcurrió desde la alarma hasta la ejecución pública de la acción del Consejo... pero pese a todo tenemos aún a ciento setenta y nueve primos revelados que no han informado. Probablemente la mayoría de ellos irán llegando aquí durante los próximos días. Otros estarán probablemente a salvo pero imposibilitados de comunicarse con nosotros.

- Vayamos a lo práctico, Zack - insistió Lazarus -. ¿Hay alguna posibilidad razonable de que todos ellos estén a salvo?

- Absolutamente ninguna.

- ¿Por qué?

- Porque se sabe que tres de ellos se hallan en estos momentos en transportes públicos entre aquí y la Luna, viajando bajo sus identidades reveladas. Otros de los que no sabemos nada se hallan casi con toda seguridad atrapados en circunstancias parecidas.

- ¡Pido la palabra! - Un hombrecillo arrogante de las primeras filas se puso en pie y apuntó con un dedo al Jefe de Depositarios -. ¿Se hallan todos esos Miembros hoy en dificultades protegidos por una inyección hipnótica?

- No. No hubo...

- ¡Exijo saber por qué no!

- ¡Cállese! - gritó Lazarus -. Se halla usted descompuesto. Nadie aquí está sujeto a juicio, y no tenemos tiempo que malgastar en preguntar quién derramó la leche. Adelante, Zack.

- Muy bien - Pero contestaré de todos modos a la pregunta: todo el mundo sabe que en la Asamblea en la cual fue liberada la «Mascarada» se votó una proposición de proteger

nuestros secretos por medios hipnóticos. Creo recordar que el primo que está ahora objetando ayudó con su voto en aquel momento a que la proposición fuera rechazada.

- ¡Eso no es cierto! E insisto que...

- He dicho que se calle! - le chilló Lazarus al provocador, mirándole fijamente -. Amigo, me sorprende usted con una prueba clara de que la Fundación hubiera debido ir en busca de una raza de cerebros y no de años. - Miró a la multitud -. Cualquiera puede decir aquí lo que desee, pero siempre que sea aceptado por el presidente. Si alguien vuelve a embestir de este modo, lo voy a amordazar con sus propios dientes... ¿queda entendido?

Hubo un murmullo mezcla de sorpresa y aprobación; nadie objetó. Zaccur Barstow prosiguió:

- Por consejo de Ralph Schultz, los depositarios hemos estado procediendo discretamente en los últimos tres meses a persuadir a los Miembros revelados a pasar por instrucción hipnótica. Hemos obtenido un notable éxito. - Hizo una pausa.

- Dígalo de una vez, Zack - urgió Lazarus -. ¿Estamos a cubierto? ¿O no?

- No lo estamos. Al menos dos de nuestros primos que seguramente serán arrestados no se hallan protegidos. Lazarus se alzó de hombros.

- Esto lo cambia todo. Parientes, el juego ha terminado. Una punzada en el brazo o un zumo sueltalenguas, y la «Mascarada» habrá terminado. Es una nueva situación... o lo será dentro de pocas horas. ¿Qué proponen que hagamos al respecto?

En la sala de control del Cohete de los Antípodas Waliaby, en vuelo hacia el sur, el telecom zumbó, hizo ¡spung!, y sacó una tira de papel parecida a una impúdica lengua. El copiloto se inclinó hacia adelante, tiró del mensaje, y cortó la tira de papel.

Lo leyó, luego volvió a releerlo.

- Capitán, prepárese.

- ¿Problemas?

- Lea.

El capitán lo hizo, y lanzó un silbido.

- ¡Maldita sea! Nunca he arrestado a nadie. Ni siquiera creo haber visto nunca a nadie arrestado. ¿Por dónde debemos empezar?

- Me inclino ante su superior autoridad.

- ¿Ah, sí? - dijo el capitán con tono irritado -. Pues ya se ha inclinado ante mi autoridad, vaya a popa y efectúe el arresto.

- ¿En? No es eso lo que quería decir. Usted es la autoridad aquí. Es quien tiene el mando.

- No me ha comprendido. Estoy delegando esta autoridad Obedezca las órdenes.

- Un momento, Al, yo no firmé para...

- ¡Obedezca las órdenes!

- ¡A la orden, señor!

El copiloto fue a popa. La nave había completado su reentrada, y se hallaba en su largo, plano y estridente planeo de aproximación; era capaz de andar... se preguntó cómo sería un arresto en caída libre. ¿Habría que utilizar un cazamariposas? Localizó al pasajero por el número de su asiento, tocó su brazo.

- Servicio, señor. Parece que hay algún error de documentación. ¿Puedo ver su billete?

- Por supuesto.

- ¿Tendrá la bondad de venir conmigo al compartimento privado? Es más tranquilo, y los dos podremos sentarnos.

- No hay inconveniente.

Una vez se hallaron en el compartimento privado, el oficial en jefe le pidió al pasajero que se sentara, luego pareció turbado.

- ¡Estúpido de mí! He olvidado la lista de pasajeros en la sala de control. - Se giró y salió. Cuando la puerta se cerró tras él, el pasajero oyó un inesperado clic. Repentinamente suspicaz, probó la puerta. Estaba cerrada por fuera.

Dos agentes acudieron a por él en Melbourne. Mientras lo escoltaban por el espaciopuerto pudo oír los comentarios de la curiosa y sorprendentemente hostil multitud:

- ¡Es uno de ellos!

- ¿Sí? Cielos, no parece tan viejo.

- ¿A cuánto habrá pagado las glándulas de mono?

- No lo mires así, Herbert.

- ¿Por qué no? No se le ve mal del todo. Lo llevaron a la oficina del Superintendente Jefe, que lo invitó a sentarse con una formal educación.

- Ahora, señor - dijo el Superintendente con un ligero acento local -, si desea colaborar con nosotros, permitirá que el enfermero le ponga una pequeña inyección en el brazo...

- ¿Para qué?

- Se mostrará usted socialmente cooperativo, estoy seguro. No le hará ningún daño.

- Esto está fuera de lugar. Insisto en una explicación. Soy un ciudadano de los Estados Unidos.

- Lo es, efectivamente, pero la Federación posee jurisdicción concurrente sobre cualquier Estado miembro... y estoy actuando bajo su autoridad. Descubra su brazo, por favor.

- Me niego. Me atengo a mis derechos civiles.

- Cójnalo, chicos.

Necesitaron cuatro hombres para hacerlo. Incluso antes de que el inyector tocara su piel, su mandíbula se encajó y una expresión de repentina agonía afluyó a su rostro. Luego se quedó sentado quieto, apático mientras los oficiales de paz aguardaban a que la droga hiciera efecto. Entonces el Superintendente levantó uno de los párpados del prisionero y dijo:

- Creo que está a punto. No debe pesar más de sesenta kilos; ha hecho efecto muy rápidamente. ¿Dónde está la lista de preguntas?

Un policía se la tendió; empezó:

- Horace Foote, ¿me oye?

Los labios del hombre se retorcieron, pareció a punto de hablar. Su boca se abrió, y un borbotón de sangre cayó sobre su pecho.

El Superintendente se abalanzó y sujetó la cabeza del prisionero, efectuando un rápido examen.

- ¡Un médico! ¡Se ha partido la lengua en dos!

El capitán de la lanzadera de Luna City Rayo Lunar frunció el ceño ante el mensaje que sostenía en su mano.

- ¿Qué juego de niños es éste? - Miró a su tercer oficial -. Explíquemelo.

El tercer oficial examinó el papel por encima de su cabeza. Irritado, el capitán tendió el mensaje todo lo que se lo permitía la longitud de su brazo, lo miró con el ceño fruncido, y leyó en voz alta:

- Es imperativo que a las personas sujetas a él se les impida producirse daños a sí mismos. Se les requiere a que las pongan en estado de inconsciencia sin advertencia previa. - Apartó el papel de los ojos del oficial -. ¿Qué se creen que estoy haciendo? ¿Se Piensan que esto es Coventry? ¿Dónde se piensan que están? lucirme a mí, en mi nave, lo que debo hacer con mis pasajeros! No lo haré... por mucho que digan no lo haré! No hay ninguna ley que me obligue... ¿la hay?

El tercer oficial estudió silenciosamente la estructura de la nave.

El capitán dejó de ir arriba y abajo.

- ¡Sobrecargo! ¡Sobrecargo! ¿Por qué ese hombre nunca está aquí cuando lo necesito?

- Estoy aquí, capitán.
- ¡Ya era hora!
- He estado aquí todo el tiempo, señor.
- No discuta conmigo. Tome... cumpla con esto - Le tendió el despacho al sobrecargo y salió.

Un ajustador, supervisado por el sobrecargo, el oficial de guardia y el oficial médico, realizó un ligero cambio en los conductos de aire acondicionado de una cabina; dos infortunados pasajeros olvidaron todas sus preocupaciones bajo la influencia de una dosis no letal de gas narcótico.

- Otro informe, señor
- Déjelo ahí - dijo el Administrador con voz cansada.
- Y el Consejero Bork Vanning presenta sus saludos y desea una entrevista.
- Dígale que lo lamento pero que estoy demasiado ocupado.
- Insiste en verle, señor.

El Administrador Ford respondió irritadamente:

- ¡Entonces puede decirle al Honorable señor Vanning que no puede dar órdenes en esta oficina! - El ayudante no dijo nada; el Administrador Ford apretó cansadamente las yemas de sus dedos contra su frente y añadió lentamente -: No, Gerry, no le diga esto. Sea diplomático... pero no le deje entrar.

- Sí, señor.

Cuando estuvo solo, el Administrador tomó el informe. Sus ojos resbalaron por encima del encabezamiento oficial, la fecha y el número de archivo. «Sinopsis de la entrevista con el ciudadano condicionalmente proscrito Arthur Sperling, se adjunta copia completa. Condiciones de la entrevista: el sujeto recibió una dosis normal de neoescolamina, habiendo recibido previamente una dosis no medible de hipnotal gaseoso. Antídoto...» ¿Cómo demonios podía uno curar a sus subordinados de su afición al empleo de palabras innecesarias? ¿Había algo en el alma de un servidor civil de carrera además de papeles y más papeles mecanografiados? Sus ojos siguieron deslizándose:

«...afirmó que su nombre era Arthur Sperling, de la Familia Foote, y cifró su edad en ciento treinta y siete años. (La edad aparente del sujeto es de cuarenta y cinco años más o menos cuatro, ver bioinforme anexo.) El sujeto admitió que era un miembro de las Familias Howard. Afirmó que las Familias estaban constituidas por un poco más de cien mil miembros. Se le pidió que corrigiera aquello y se le sugirió que el número correcto era aproximadamente de unos diez mil. Persistió en su afirmación original.»

El Administrador se detuvo y volvió a leer aquella parte.

Luego siguió hacia abajo, buscando la palabra clave: «...insistió en que su larga vida era el resultado de su genealogía y que no tenía otra causa. Admitió que habían sido utilizados medios artificiales para preservar su joven apariencia, pero mantuvo firmemente que sus expectativas de vida eran inherentes, no adquiridas. Se le sugirió que sus familiares más viejos podían haberle sometido sin su conocimiento al tratamiento en su primera juventud para incrementar la duración de su vida. El sujeto admitió esa posibilidad. Al ser presionado para que dijera los nombres de las personas que pudieran haber realizado, o pudieran estar realizando, tales tratamientos, volvió a su afirmación original de que tales tratamientos no existían.

«Dio los nombres (por el procedimiento de asociación por sorpresa) y en algunos casos los domicilios de cerca de doscientos miembros de su grupo de parientes no identificados previamente como tales en nuestros archivos (se acompaña lista). Su fuerza se debilitó bajo esta dura técnica, y se hundió en una total apatía de la que no pudo ser sacado mediante ningún estímulo dentro de los límites de su tolerancia estimada (ver bioinforme).

«Conclusiones según Análisis Acelerado, Método de Aproximación Kelly - Holmes: el sujeto no posee y no cree en el Objeto Buscado. No recuerda haber experimentado el

Objeto Buscado, pero está equivocado. El conocimiento del Objeto Buscado está limitado a un grupo pequeño, del orden de veinte. Un miembro de este grupo de élite será localizado a través de una búsqueda por eliminación de no más de triple concatenación. (Probabilidad de unidad, sujeta a presunciones: primero, ese espacio topológico social es continuo y se halla incluido en el espacio físico de la Federación Occidental y, segundo, existe al menos una pista concadenativa entre los sujetos aprehendidos y el grupo de élite. Ninguna presunción puede ser verificada a partir de este escrito, Pero la primera presunción está fuertemente apoyada por análisis estadísticos de la lista de nombres proporcionados por el sujeto de miembros previamente insospechados del grupo familiar Howard, cuyo análisis aporta también la estimación del sujeto sobre las dimensiones totales del grupo, y la segunda presunción, cuando es tomada negativamente, postula que el grupo de élite, manteniendo en su poder el Objeto Buscado, ha sido capaz de aplicarlo sin espacio social de contacto, lo cual es un absurdo.)

«Tiempo estimado para la búsqueda: 71 horas, más o menos 20 horas. La predicción pero no el tiempo estimado comprobada por la oficina de expertos. El tiempo estimado deberá ser...»

Ford arrojó el informe a un montón que llenaba su escritorio de control de antiguo estilo. ¡Tontos estúpidos! No reconocer un informe negativo cuando lo tenían ante los ojos... ¡y se llaman a sí mismos psicógrafos!

Enterró la cabeza entre sus manos, sintiéndose ganado por el cansancio y la frustración.

Lazarus golpeó la mesa que tenía a su lado, utilizando la empuñadura de su desintegradora como mazo.

- No interrumpan al que hable - advirtió, y luego añadió -: Adelante, pero sea breve.

Bertram Hardy asintió secamente.

- Lo digo de nuevo, estas moscas de un día que vemos a nuestro alrededor no tienen ningún derecho que nosotros las Familias debamos respetar. Hemos de luchar contra ellos con furtividad, con astucia, con engaño, y cuando finalmente hayamos consolidado nuestra posición... ¡con la fuerza! Ya no estamos más obligados a respetar su bienestar de lo que pueda estarlo un cazador a gritar para advertir a su presa. El...

Se oyó una voz de protesta en la parte de atrás de la sala. Lazarus volvió a golpear reclamando orden e intentó localizar el origen. Hardy siguió hablando obstinadamente.

- La autoproclamada raza humana se ha hendido en dos; ya es tiempo de admitirlo. Por un lado, el Homo vivens, nosotros mismos; por el otro... ¡el Homo moriturius! Como los grandes reptiles, como el tigre dientes de sable y el bisonte, ha llegado su hora. Ya no podemos seguir mezclando nuestra sangre viva con la de ellos, como no lo haríamos con los monos. Yo digo: contemporicemos con ellos, contémosles cualquier cosa, asegurémosles que los bañaremos en la fuente de la juventud... ganemos tiempo, de modo que cuando estas dos razas naturalmente antagonistas inicien la batalla, lo cual inevitablemente ocurrirá, ¡la victoria sea nuestra!

No hubo ningún aplauso, pero Lazarus pudo ver la incertidumbre reflejarse en muchos rostros. Las ideas de Bertram Hardy iban en contra de los esquemas sociales de muchos años de agradable vivir, pero sus palabras parecían ir acordes con el destino. Lazarus no creía en el destino; creía en... bueno, no importaba, pero se preguntó cómo se vería el Hermano Bertram con los dos brazos rotos.

Eve Barstow se puso en pie.

- Si eso es lo que pretende Bertram para la supervivencia de los mejores - dijo amargamente -, me iré a vivir con los asociales a Coventry. De todos modos, ha ofrecido un plan; yo tengo otro plan que ofrecer, ya que éste no lo acepto. No voy a aceptar ningún plan que nos permita vivir a expensas de nuestros pobres vecinos efímeros. Además, actualmente tengo muy claro el hecho de que nuestra sola presencia, el simple hecho de

nuestra rica herencia de vida, está dañando al espíritu de nuestros pobres convecinos. Nuestros largos años de vida y nuestra mayor riqueza de oportunidades hace que sus mejores esfuerzos les parezcan fútiles... cualquier esfuerzo parece un insensato debatirse como una muerte a plazo fijo. Nuestra simple presencia socava su fuerza, arruina su buen juicio, les llena de un terror pánico hacia la muerte.

«Así que propongo un plan. Mostrémonos abiertamente a ellos, digámosles toda la verdad, y pidámosles que nos dejen compartir la Tierra, algún pequeño rincón donde podamos vivir aparte. Si nuestros pobres amigos desean rodearnos con una gran barrera como la que rodea Coventry, que lo hagan... será mejor que el tener que enfrentarnos con ellos cara a cara.

Algunas expresiones de duda se transformaron en aprobación. Ralph Schultz se puso en pie.

- Sin prejuicio hacia el plan básico de Eve, debo advertirles que mi opinión personal es que el aislamiento psicológico que ella propone no puede ser llevado a cabo tan fácilmente. Mientras sigamos en este planeta ellos no serán capaces de arrojarnos de sus mentes. Los modernos medios de comunicación...

- ¡Entonces deberemos irnos a otro planeta! - replicó ella.

- ¿Dónde? - preguntó Bertram Hardy -. ¿Venus? Yo viviría mejor en un baño de vapor. ¿Marte? Arruinado y sin ningún valor.

- Podríamos reconstruirlo - insistió ella.

- No en toda su vida, ni en la mía. No, mi querida Eve, su ternura de corazón suena bien, pero carece de sentido. Tan sólo existe un planeta en el Sistema donde podamos vivir... y estamos en él.

Algo en las palabras de Bertram Hardy despertó una respuesta en el cerebro de Lazarus Long, luego el pensamiento se le escapó. Algo... algo que había oído y dicho hacía tan sólo un día o dos... ¿O hacía más tiempo? Algo que parecía estar asociado también con su primer viaje al espacio, hacía más de un siglo. ¡Maldición!

Era enloquecedor tener una memoria jugándole pasadas como aquella...

Luego vino de nuevo... ¡la nave estelar! La nave interestelar a la que se estaban dando los últimos toques allá afuera, entre la Tierra y la Luna.

- Amigos - dijo lentamente -, antes de desechar esta idea de trasladarnos a otro planeta, estudiemos todas las posibilidades - Aguardó hasta que consiguió una atención plena -. ¿Se han detenido alguna vez a pensar que no todos los planetas giran alrededor de este único Sol?

Zaccur Barstow fue quien rompió el silencio.

- Lazarus... ¿está haciendo una sugerencia en serio?

- Absolutamente en serio.

- Pues no lo parece. Quizá sea conveniente que se explique mejor.

- Lo haré. - Lazarus se enfrentó a la multitud -. Hay una espacionave colgando ahí arriba en el cielo, una cosa enorme construida para dar el largo salto hasta las estrellas. ¿Por qué no tomarla e ir a buscar un nuevo mundo que sea totalmente nuestro?

Bertram Hardy fue el primero en recobrase.

- No sé si nuestro presidente de hoy estará alumbrando el horizonte con otra de sus ideas geniales o no, pero suponiendo que esté hablando en serio, voy a responderle. Mi objeción a Marte se aplica a este alocado plan multiplicada por diez. Entiendo que los locos temerarios que están intentando actualmente lanzar esa nave esperan dar el salto en aproximadamente un siglo... y entonces quizá sus nietos puedan encontrar algo, o quizá no lo encuentren. De cualquier modo, yo no estoy interesado en ello. No tengo intención de pasarme un siglo encerrado en un tanque de acero, como tampoco espero vivir tanto tiempo. No lo acepto.

- Correcto - le dijo Lazarus -. ¿Dónde está Andy Libby?

- Aquí - respondió Libby, poniéndose en pie.

- Ven aquí delante. Regla de Cálculo, ¿tienes algo que ver con el diseño de la nueva nave Centauro?

- No. Ni con ésta ni con la primera. Lazarus se dirigió de nuevo a la multitud.

- Esto lo aclara todo. Si Regla de Cálculo no ha puesto un dedo en el diseño del motor de esta nave, entonces no es tan rápida como podría serlo, y en un buen coeficiente. Regla de Cálculo, será mejor que empieces a ocuparte inmediatamente del problema, hijo. Es probable que necesitemos pronto una solución.

- Pero Lazarus, no intentará suponer que...

- ¿Existen posibilidades teóricas?

- Bueno, usted sabe que las hay, pero...

- Entonces pon a trabajar en ello esa gran zanahoria que tienes sobre los hombros.

- Bueno... de acuerdo. - Libby enrojeció hasta la punta del pelo.

- Un momento, Lazarus - era Zaccur Barstow -. Me gusta esta proposición, y creo que deberíamos discutirla extensamente... sin dejarnos impresionar por el disgusto que el Hermano Bertram muestra hacia ella. Aunque el Hermano Libby fracasase en encontrar un medio mejor de propulsión... y francamente no creo que ocurra; conozco algo de mecánica... incluso si eso ocurriera, no voy a dejar que un siglo me asuste. Utilizando el sueño a bajas temperaturas y tripulando la nave por turnos, la mayoría de nosotros deberíamos ser capaces de completar un salto. También hay...

- ¿Qué le hace pensar - preguntó Bertram Hardy - que ellos nos van a dejar tripular la nave?

- Bert - dijo Lazarus fríamente -, diríjase a la presidencia cuando desee hablar. Ni siquiera es usted delegado de una Familia. Última advertencia.

- Como iba diciendo - continuó Barstow -, existe una adecuación de la gente de vida larga para la exploración de las estrellas. Un místico podría llamarlo nuestra auténtica vocación. - Reflexionó un instante -. En cuanto a la nave sugerida por Lazarus, quizá no nos dejen utilizarla... pero las Familias son ricas. Si necesitamos una nave, o naves, podemos construirlas, podemos pagar por ello. Creo que es mejor esperar que ellos nos dejen hacerlo... porque es probable que no haya otra solución, ninguna otra solución posible, porque nuestro dilema no excluye nuestro propio exterminio.

Barstow pronunció estas últimas palabras en voz baja y lentamente, con gran tristeza. Caló en los asistentes como un viento helado. Para la mayoría de ellos el problema era tan nuevo que aún no parecía real; ninguno había expresado en voz alta la posible consecuencia de fracasar en encontrar una solución satisfactoria para la mayoría de corta vida. El hecho de que su Depositario Mayor hablara serenamente de su temor de que las Familias pudieran resultar exterminadas - perseguidas y muertas - despertó en cada uno de ellos fantasmas que nunca se habían atrevido a mencionar.

- Bien - dijo Lazarus enérgicamente, cuando el silencio empezó a hacerse doloroso -, antes de desarrollar más esta idea, veamos si hay algún otro plan que estudiar. Hablen.

Un mensajero llegó apresuradamente y le dijo algo a Zaccur Barstow. Éste expresó asombro y pareció pedir que le repitieran el mensaje. Luego el mensajero subió apresuradamente al estrado y le susurró también algo a Lazarus. Éste pareció igual, mente sorprendido. Barstow se apresuró a salir. Lazarus miró a la multitud.

- Bien, vamos a hacer una pausa - anunció -. Tómense su tiempo para pensar en otros planes... y tiempo para relajarse un poco y fumar. - Buscó en su bolsillo.

- ¿Qué ocurre? - preguntó alguien.

Lazarus prendió un cigarrillo, aspiró largamente, dejó escapar el humo.

- Tendremos que esperar y ver - dijo -. No lo sé. Pero al menos media docena de los planes que hemos elaborado esta noche... bueno, no tendremos que preocuparnos en votarles. La situación ha cambiado de nuevo, aunque no puedo decir en qué medida.

- ¿Qué quiere decir?

- Bueno - Lazarus arrastró las palabras -, parece que el Administrador de la Federación desea hablar con Zack Barstow inmediatamente. Ha pedido por él por su propio nombre... y lo ha llamado por el circuito secreto de las Familias.

- ¿Eh? ¡Eso es imposible!

- Aja. Pero así es como ha sucedido, hijo.

4

Zaccur Barstow intentó controlarse mientras se apresuraba hacia la cabina de comunicaciones.

Al otro lado del circuito de videófono el Honorable Slayton Ford estaba haciendo lo mismo... intentando calmar sus nervios. Una larga y brillante carrera pública coronada por años como Administrador para el Consejo y bajo el Convenio de la Administración Occidental habían concienciado a Ford de su propia superior habilidad e inigualada experiencia; ningún hombre ordinario conseguiría que él se sintiera en desventaja en ninguna negociación.

Pero esto era distinto.

¿Cómo actuaría un hombre que ha vivido más tiempo que el normal de dos vidas, peor que eso... un hombre que posee cuatro o cinco veces la experiencia adulta que el propio Ford poseía? Slayton Ford sabía que sus propias opiniones habían cambiado y vuelto a cambiar desde su adolescencia; sabía que el muchacho que había sido, o incluso el hábil joven que había sido, no podía compararse en nada al hombre maduro en que se había convertido. Así que, ¿cómo sería Barstow? Presumiblemente sería más capaz, el más astuto exponente de un grupo cuyos miembros tenían todos mucha más experiencia de la que Ford pudiera llegar a poseer jamás... ¿cómo podría llegar a imaginar las evaluaciones, intenciones, formas de pensar, recursos posibles, de un hombre como aquél?

Ford estaba seguro tan sólo de una cosa: no tenía intención de vender la isla de Manhattan por veinticuatro dólares y una caja de whisky, ni a vender el derecho de nacimiento de la humanidad por un plato de lentejas.

Estudió el rostro de Barstow cuando la imagen apareció en su videófono. Un rostro noble y fuerte... iba a resultar inútil intentar intimidar a aquel hombre. Y parecía joven... ¡incluso más joven que el propio Ford! La imagen subconsciente del abuelo severo e implacable que se había formado se borró de su mente, y su tensión se relajó. Dijo pausadamente:

- ¿Es usted el ciudadano Zaccur Barstow?

- Sí, Administrador.

- ¿Es usted el jefe ejecutivo de las Familias Howard?

- Soy el portavoz habitual de los depositarios de la Fundación de nuestras Familias. Pero soy más bien responsable de mis primos, sin tener autoridad sobre ellos.

Ford rechazó aquello con un gesto.

- Asumo que su posición es la de jefe de todos ellos. No puedo negociar con cien mil personas.

Barstow no parpadeó. Vio el juego del poder en la repentina admisión de que la administración conocía el auténtico número de miembros de las Familias y no lo ocultaba. Ya se había preparado a no sorprenderse por nada al saber que el cuartel general de las Familias ya no era un secreto, y ante el hecho aún más trastornador de que el Administrador sabía cómo entrar en contacto con ellos a través de su sistema privado de comunicaciones: aquello simplemente probaba que uno o más Miembros habían sido detenidos y obligados a hablar.

De modo que ahora estaba casi seguro de que las autoridades sabían la mayor parte de los hechos importantes respecto a las Familias.

Por ello era inútil intentar engañarles... aunque tampoco era conveniente ofrecerles información voluntariamente; no creía que estuvieran en posesión de todos los hechos tan pronto.

Barstow respondió sin pensárselo mucho:

- ¿Qué es lo que desea discutir conmigo, señor? La política de la Administración hacia el grupo de sus familiares. El bienestar de usted y de sus parientes.

Barstow se alzó de hombros.

- ¿Qué podemos discutir? El Convenio ha sido echado a un lado, y a usted se le ha otorgado todo el poder necesario para actuar contra nosotros... para arrancarnos un secreto que no poseemos. ¿Qué podemos hacer sino pedir clemencia?

- ¡Por favor! - el Administrador hizo un gesto de fastidio -. ¿Por qué usar evasivas conmigo? Tenemos un problema, tanto usted como yo. Discutámoslo abiertamente e intentemos hallar una solución. ¿De acuerdo?

Barstow respondió lentamente:

- Me gustaría... y creo que a usted le gustaría también. Pero el problema se basa en una falsa suposición, la de que nosotros, las Familias Howard, conocemos cómo prolongar la vida humana. No es así.

- ¿Supongamos que le digo que sé que no existe tal secreto?

- Humm... me gustaría creerle. ¿Pero cómo encaja esto con la persecución a mi gente? Nos ha acosado como a ratas. El rostro de Ford se ensombreció.

- Hay una vieja, vieja historia acerca de un teólogo al que se le preguntó cómo encajar la doctrina de la Divina misericordia con la doctrina del pecado original. «El Altísimo», respondió, «considera necesario hacer cosas en Su oficial y pública capacidad que en Su privada y personal capacidad deplora».

Barstow sonrió pese a sí mismo.

- Entiendo la analogía. ¿Es pertinente en este caso?

- Creo que sí.

- De acuerdo. ¿Me ha llamado simplemente para presentarme sus disculpas como hombre público?

- No. Espero que no. ¿Entiende usted de política? Estoy seguro de que debe entender; su posición lo requiere. - Barstow asintió; Ford se explicó ampliamente:

La administración Ford había sido la más larga desde la firma del Convenio; había perdurado a través de cuatro Consejos. Sin embargo, su control no era tan firme como para permitirse correr el riesgo de forzar un voto de confianza... seguramente no con respecto a las Familias Howard. En esta situación su mayoría nominal era casi una minoría. Si rechazaba la presente decisión del Consejo, se obligaba a un voto de confianza. Ford podía verse echado a un lado, y el actual líder de la minoría podría ocupar su puesto como Administrador.

- ¿Me sigue? Puedo seguir en mi puesto e intentar actuar por mí mismo en este problema pese a hallarme restringido por la directiva de un Consejo con la cual no estoy de acuerdo.... o puedo abandonarlo todo y dejar que mi sucesor se las arregle como mejor pueda.

- ¿Está pidiendo acaso mi opinión?

- ¡No, no! En absoluto. Ya he tomado mi decisión. La acción del Consejo seguirá adelante en cualquier caso, sea conmigo o con el señor Vanning... así que he decidido seguir. La pregunta es: ¿puedo contar con su ayuda, o no?

Barstow vaciló, repasando rápidamente la carrera política de Ford en su mente. Los primeros tiempos de la larga administración Ford habían sido casi una edad de oro para un hombre de Estado. Ford, un hombre prudente y práctico, había convertido en leyes realizables los principios de la libertad humana establecidos por Novak en el lenguaje del

Convenio. Había habido un período de buena voluntad, de próspera expansión, de procesos de civilización que parecían ser permanentes, irreversibles.

Sin embargo, se había producido una reversión, y Barstow comprendió finalmente las razones tanto como Ford. Dondequiera que los ciudadanos fijen su atención en una salida con exclusión de los demás, la situación es propicia a bribones, demagogos, ambiciosos. Las Familias Howard, con toda su inocencia, habían creado una crisis en la moralidad pública, cuyas consecuencias sufrían ahora a causa de su propia acción, emprendida hacía años, de dejar que las gentes de vida corta supieran de su existencia. No importaba en absoluto que el «secreto» no existiera; el efecto corruptor sí existía.

Finalmente, Ford había comprendido la verdadera situación...

- Ayudaremos - respondió repentinamente Barstow.

- Estupendo. ¿Qué es lo que sugiere? Barstow se mordisqueó el labio.

- ¿Hay alguna forma en la que usted pueda revocar esta drástica acción, esta violación del propio Convenio? Ford negó con la cabeza.

- Es demasiado tarde.

- ¿Aunque usted se presentara ante el público y dijera a los ciudadanos, cara a cara, que sabía que...? Ford lo interrumpió rápidamente.

- No duraría en mi puesto ni el tiempo suficiente como para hacer la declaración. Ni creo que fuera creído aunque la hiciera. Además, entiéndame, Zaccur Barstow, no importa la simpatía que yo pueda sentir personalmente hacia usted y su gente... no lo haría aunque pudiera. Todo este asunto es como un cáncer que está devorando los órganos vitales de nuestra sociedad; debe ser extirpado. Me he visto obligado a actuar, es cierto... pero no hay posibilidad de hacer marcha atrás. Hay que seguir obligada, mente hacia adelante en busca de una solución.

Al menos en un aspecto, Barstow era un hombre juicioso: sabía que otro hombre podía oponerse a él y no por ello ser un canalla Sin embargo, protestó:

- Mi gente está siendo perseguida.

- Su gente - dijo Ford enérgicamente - es una fracción de la décima parte de un uno por ciento de todo el mundo... ¡y yo debo hallar una solución para todos! Le he llamado para saber si tiene usted alguna sugerencia que hacer para hallar una solución para todos. ¿La tiene?

- No estoy seguro - respondió Barstow lentamente -. Suponga que admito que debe usted seguir adelante con este horrible asunto de arrestar a mi gente, de interrogarla utilizando métodos inaceptables... supongo que no tiene usted otra elección al respecto...

- No tiene usted otra elección. Ni yo tampoco. - Ford frunció el ceño -. Será llevada a cabo tan humanamente como yo pueda conseguirlo... no soy un agente libre.

- Gracias. Pero aunque me diga usted que es inútil que se dirija a la gente, tiene muchos medios de propaganda a su disposición. ¿No sería posible, mientras nosotros permanecemos al margen, preparar una campaña para convencer a la gente de los hechos auténticos? ¿Probarles que no existe ningún secreto?

- Respóndase usted mismo - dijo Ford -: ¿funcionaría? Barstow suspiró.

- Probablemente no.

- ¡Ni tomaría en cuenta esto como una solución aunque pudiera! La gente, incluso mis mejores asistentes, se aferra a la creencia de la existencia de una fuente de juventud debido a que la única otra alternativa es demasiado amarga como para pensar en ella. ¿Sabe lo que significaría para ellos? ¿Lo que sería para ellos la verdad desnuda?

- Siga.

- La muerte me ha sido tolerable tan sólo porque la Muerte era la Gran Demócrata, tratando a todos por igual. Pero ahora la Muerte tiene sus favoritos. Zaccur Barstow, ¿puede comprender usted los amargos, amargos celos de los hombres ordinarios de... oh, digamos cincuenta años, que contemplan a uno de ustedes? Cincuenta años... veinte de los cuales los ha transcurrido siendo un niño, y que hasta pasados los treinta no ha

podido considerarse hábil en su profesión. Ha alcanzado los cuarenta antes de haberse establecido y haberse hecho respetar. Tan sólo en los últimos diez años de sus cincuenta puede decir que ha conseguido realmente algo.

Ford se inclinó hacia adelante en la pantalla y habló con un solemne énfasis:

- Y ahora, cuando ha alcanzado su meta, ¿cuál es su premio? Sus ojos empiezan a fallarle, su brillante fuerza juvenil lo ha abandonado, su corazón y su respiración ya no son «lo que acostumbraban ser». Aún no es senil... pero siente el escalofrío del primer hielo. Sabe lo que le espera. Sabe... ¡sabe!

- Pero esto ha sido siempre inevitable, y todos los hombres han aprendido a resignarse a ello.

- Pero ahora usted sigue adelante - continuó Ford amargamente -. Usted lo avergüenza en su debilidad, lo humilla ante sus hijos. No se atreve a planear el futuro, mientras que usted emprende alegremente planes que no madurarán antes de cincuenta años... quizá cien. No importa qué éxito haya conseguido él, qué excelencias haya alcanzado, usted siempre irá por delante, le superará... le sobrevivirá. En su debilidad, usted es amable con él.

»¿Es extraño que él le odie?

Barstow levantó cansadamente la cabeza.

- ¿Me odia usted, Slayton Ford?

- No. No, no puedo permitirme el lujo de odiar a nadie. Pero puedo decirle esto - añadió Ford repentinamente -: Si existiera realmente un secreto, ¡se lo arrancarí a usted aunque tuviera que hacerle pedazos!

- Sí. Comprendo esto. - Barstow hizo una pausa para meditar -. Es poco lo que nosotros, las Familias Howard, podemos hacer. No lo planeamos de esta forma; fue planeado por nosotros. Pero hay algo que podemos ofrecer.

- ¿Sí?

Barstow se explicó.

Ford agitó la cabeza.

- Médicamente, lo que usted sugiere es realizable, y no dudo que una mitad implicada en su herencia podría alargar las expectativas de vida humana. Pero aunque las mujeres estuvieran dispuestas a aceptar el plasma germinal de sus hombres, no quiero decir que lo estuviesen, eso sería la muerte psíquica para todos los demás hombres. Se produciría un cataclismo de frustración y de odio que podría dividir a la raza humana llevándola a su ruina. No, deseemos lo que deseemos, nuestras costumbres son como son. No podemos criar a los hombres como a los animales; no lo soportarían.

- Entiendo - admitió Barstow -, pero es todo lo que tenemos para ofrecer... compartir nuestra fortuna a través de la inseminación artificial.

- Sí. Supongo que debería agradecerse, pero no me siento agradecido, de modo que no lo haré. Ahora seamos prácticos. Individualmente, ustedes los viejos son sin duda personas honorables y dignas de aprecio. Pero como grupo son tan peligrosos como los portadores de una plaga. Así que deben ser puestos en cuarentena.

Barstow asintió.

- Mis primos y yo hemos llegado ya a esta conclusión. Ford pareció aliviado.

- Me alegra que sea comprensivo al respecto.

- Nosotros no podemos ayudar por nosotros mismos. ¿Bien? ¿Una colonia segregada? ¿Algún remoto lugar que pueda convertirse en un Coventry para nosotros? ¿Madagascar, quizás? O tal vez pudiéramos ocupar las Islas Británicas, reedificarlas y extendernos desde allí por Europa a medida que la radiactividad vaya disminuyendo.

Ford agitó la cabeza.

- Imposible. Esto simplemente dejaría el problema para que lo resolvieran nuestros nietos. Por aquel tiempo usted y los suyos habrían aumentado en número y se habrían

fortalecido; podrían vencernos. ¡No, Zaccur Barstow, usted y su gente deben abandonar completamente este planeta!

Barstow pareció desolado.

- Sabía que llegaríamos a esto. Bien, ¿adonde deberemos ir?

- Hagan su elección dentro del sistema solar. Cualquier lugar que prefieran.

- Pero, ¿dónde? Venus está fuera de lugar, pues aunque lo eligiéramos, ¿nos aceptarían ellos? Los venusianos no aceptan órdenes de la Tierra; quedó establecido en 2020. Sí, ahora aceptan inmigrantes seleccionados bajo la Convención de los Cuatro Planetas... ¿pero aceptarán a cien mil que la Tierra considera demasiado peligrosos para ella? Lo dudo.

- Yo también. Mejor elegir otro planeta.

- ¿Qué planeta? En todo el sistema no hay otro mundo que pueda sostener la vida humana tal como es. Exigiría un esfuerzo sobrehumano, además de un dinero ilimitado y lo mejor de la más moderna tecnología, habilitar al más prometedor de ellos para hacerlo habitable.

- Hagan el esfuerzo. Seremos generosos con la ayuda.

- Estoy seguro de que lo serán. ¿Pero es una mejor solución enviarnos fuera que concedernos una reserva en la Tierra? ¿Piensan detener el programa de viajes espaciales?

Ford se envaró bruscamente.

- ¡Oh! Entiendo lo que quiere decir. No había seguido su pensamiento, pero hay que tenerlo en cuenta. ¿Por qué no? ¿No sería mejor detener los viajes espaciales que dejar que esta situación degenerare en una guerra abierta? Ya se hizo en una ocasión.

- Sí, cuando los venusianos se deshicieron de sus propietarios ausentes del planeta. Pero empezaron de nuevo, y Luna City fue reconstruida, y actualmente el tonelaje que se mueve por el espacio es diez veces mayor de lo que nunca lo fuera antes. ¿Puede usted detener esto? Y si puede, ¿cuánto tiempo permanecerá detenido?

Ford le dio vueltas y más vueltas a su mente. No podía detener el viaje espacial, ninguna administración podría. Pero ¿podía levantarse un interdicto sobre cualquier planeta en el que fueran depositados aquellos longevos? ¿Serviría de algo? Una generación, dos, tres... ¿qué diferencia representaría? El antiguo Japón había intentado una solución como aquélla; los demonios extranjeros habían llegado por mar de todos modos. Las culturas no pueden ser mantenidas apartadas para siempre, y cuando entran en contacto, el más fuerte desplaza al más débil; era una ley natural.

Una cuarentena permanente y efectiva era imposible. Aquello dejaba tan sólo una respuesta... una fea respuesta. Pero Ford era realista; aceptaría lo que fuera necesario. Empezó a hacer planes, olvidando la presencia de Barstow en la pantalla. Una vez le diera al Superintendente Jefe la localización del cuartel general de las Familias Howard, serían reducidas en una hora, dos como máximo... a menos que poseyeran extraordinarias defensas, aunque de todos modos sería simplemente una cuestión de tiempo. A partir de aquellos que fueran arrestados en su cuartel general, sería posible localizar y arrestar a todos los demás miembros aún libres de su grupo. Con suerte, Podrían tenerlos a todos en veinticuatro a cuarenta y ocho horas.

El único punto aún por decidir en su mente era si liquidarlos a todos ellos, o simplemente esterilizarlos. Cualquiera de ellas sería una solución definitiva, y no había una tercera solución, pero, ¿cuál era la más humana?

Ford sabía que aquello terminaría con su carrera. Abandonaba su cargo en desgracia, quizá sería enviado a Coventry, pero no quería pensar en aquello; su temperamento le hacía incapaz de sopesar su propio bienestar enfrentándolo a su concepción del deber público.

Barstow no podía leer la mente de Ford, pero captó que FOKJ había llegado ya a una decisión y conjeturó correctamente cuan mala sería para él y los suyos. Era el momento, decidió de arriesgar una última baza.

- Señor Administrador...

- ¿En? ¡Oh, lo siento! Estaba preocupado. - Era una afirmación inútil; estaba horriblemente avergonzado de hallarse frente a un hombre al que acababa de condenar a muerte. Reunió toda la formalidad que le fue posible, colocándosela como un traje -. Gracias, Zaccur Barstow, por hablar conmigo. Lamento que...

- ¡Señor Administrador!

- ¿Sí?

- Propongo que nos envíe completamente fuera del Sistema Solar.

- ¿Qué? - Ford parpadeó -. ¿Está usted hablando en serio?

Barstow habló rápidamente, persuasivamente, explicando el aún medio concebido plan de Lazarus Long, improvisando detalles a medida que iba hablando, saltando por encima de los obstáculos y enfatizando las ventajas.

- Podría funcionar - dijo Ford al final, lentamente -. Hay dificultades que usted no ha mencionado, dificultades políticas, y un terrible problema de tiempo. De todos modos, podría funcionar. - Se puso en pie -. Vuelva con su gente. No les diga nada de esto todavía. Hablaré con usted más tarde.

Barstow regresó lentamente, pensando lo que podría decirles a los Miembros. Le exigirían un informe completo; técnicamente no tenía derecho a negarse. Pero se sentía fuertemente inclinado a cooperar con el Administrador mientras esto supusiera alguna posibilidad de un desenlace favorable. Haciendo un brusco alto en sus pensamientos, se giró, fue a su oficina, Y mandó llamar a Lazarus.

- Hola, Zack - dijo Long al entrar -. ¿Cómo ha ido la charla?

- Bien y mal - respondió Barstow -. Escucha... - le hizo un resumen breve y completo -. ¿Puedes volver ahí dentro y decirles algo que los mantenga calmados?

- Humm... imagino que sí.

- Entonces hazlo, y vuelve aquí lo antes que puedas.

No les gustó la evasiva que les presentó Lazarus. No deseaban estarse quietos esperando, ni deseaban retardar la reunión.

- ¿Dónde está Zaccur?. - ¡Exigirnos un informe!

- ¿Por qué todo este engaño? Lazarus los hizo callar con un rugido.

- ¡Escúchenme, condenados idiotas! Zack les hablará cuando esté listo... no le tiren del codo. Sabe lo que está haciendo. Un hombre de la parte de atrás se puso en pie.

- ¡Yo me voy a casa!

- Hágalo - le animó Lazarus dulcemente -. Deles mis saludos a los agentes. El hombre pareció desconcertado y se sentó.

- ¿Alguien más quiere irse a casa? - preguntó Lazarus -. No se lo impediré. Pero ya es hora de que se den cuenta, cabezas de chorlito, de que se hallan fuera de la ley. Lo único que se interpone entre ustedes y los agentes es la habilidad de Zack Barstow en hablar calmadamente con el Administrador. Así que hagan lo que quieran... la reunión queda pospuesta.

- Mira, Zack - dijo Lazarus unos pocos minutos más tarde -, enfrentémonos a los hechos. Ford está dispuesto a utilizar sus extraordinarios poderes para ayudarnos a tomar la gran nave e irnos. ¿Es así?

- A eso es prácticamente a lo que se ha comprometido.

- Humm... tendrá que hacerlo mientras pretende ante el Consejo que está haciendo todo lo necesario para arrancarnos el «secreto»... haciendo ante ellos un doble juego. ¿Correcto?

- No he ido tan lejos en ello. Yo...

- Pero es cierto, ¿no?

- Bueno... sí, debe ser cierto.

- De acuerdo. Ahora, ¿es nuestro amigo Ford lo suficientemente brillante como para darse cuenta de en lo que se está metiendo, y lo bastante duro como para llegar hasta el final?

Barstow pasó revista a lo que sabía de Ford, y le añadió sus impresiones de la entrevista.

- Sí - decidió -; lo sabe, y es lo suficientemente fuerte como para hacerle frente.

- De acuerdo. ¿Y que hay contigo, muchacho? ¿Estás tú también a la altura? - La voz de Lazarus era acusadora.

- ¿Yo? ¿Qué quieres decir?

- ¿Estás planeando tú también un doble juego con tu multitud? Tendrás los arrestos necesarios para llegar hasta el final cuando las cosas empiecen a ponerse difíciles?

- No te entiendo, Lazarus - respondió Barstow preocupadamente -. No estoy planeando engañar a nadie... al menos, no a los Miembros de las Familias.

- Mejor mira de nuevo tus cartas - prosiguió Lazarus implacablemente -. Tu parte en este asunto es ver que cada hombre, mujer y niño tome parte en este éxodo. ¿Esperas vender la idea a cada uno separadamente y conseguir que cien mil personas se pongan de acuerdo? ¿Unánimemente? Infiernos, ni siquiera podrás conseguir que tanta gente silbe el «Yankee Doodle» unánimemente.

- Pero tendrán que aceptarlo - protestó Barstow -. No tienen otra elección. O emigramos, o nos perseguirán y nos matarán. Estoy seguro de que esto es lo que pretende hacer Ford. Y lo hará.

- Entonces, ¿por qué no vas a la asamblea y les dices eso? ¿Por qué me enviaste a contarles un cuento? Barstow se pasó una mano por los ojos.

- No lo sé.

- Yo te diré por qué - continuó Lazarus -. Tú piensas mejor con tus corvas que la mayoría de hombres con sus cabezas. Me enviaste allí a contarles un cuento porque sabías condenadamente bien que la verdad no serviría. Si les decían que debían irse o ser muertos, algunos se verían presas del pánico y otros se volverían más testarudos que nunca. Y algunos de entre los más viejos quizá decidieran volver a sus casas y reclamar sus derechos amparados por el Convenio. Hubieran divulgado el proyecto antes incluso de ser planteado, y el gobierno podría tomar medidas. Es cierto, ¿no?

Barstow se alzó de hombros y sonrió amargamente.

- Es cierto. Ni siquiera lo había imaginado, pero es absolutamente cierto.

- Sí lo habías imaginado - insistió Lazarus -. Siempre tienes las respuestas adecuadas. Zack, me gusta tu forma de afrontar las cosas; por eso estoy aquí. De acuerdo, tú y Ford estáis planeando sacar del globo a todos nuestros parientes. Y yo me pregunto de nuevo: ¿tendrás los suficientes arrestos para seguir hasta el final?

5

Los Miembros permanecían reunidos en grupos, malhumorados.

- No puedo entenderlo - estaba diciéndole el Archivero Residente a un preocupado círculo a su alrededor -. El Depositario

Mayor nunca había interferido antes en mi trabajo. Pero ha penetrado en tromba en mi oficina con ese Lazarus Long detrás, y me ha ordenado que saliera.

- ¿Qué es lo que ha dicho? - preguntó uno de los oyentes.

- Bueno, yo le dije: «¿Puedo servirle en algo, Zaccur Barstow?, y él me respondió: «Sí, puede. Salga y llévese con usted a sus chicas.» ¡Ni una palabra de la cortesía más elemental!

- Tiene mucho de que quejarse - añadió melancólicamente otra voz. Era Cecil Hedrick, de la familia Johnson, ingeniero jefe de comunicaciones -. Lazarus Long me hizo una visita, y fue de lo más descortés.

- ¿Qué fue lo que hizo?

- Penetró en la sala de comunicaciones y me dijo que quedaba relevado de mi puesto... órdenes de Zaccur. Le dije que nadie tocaría mis instrumentos excepto yo y mis operadores, y además, ¿cuál era su autoridad? ¿Saben qué hizo? No lo creerán: me apuntó con una desintegradora.

- ¡No lo dirá en serio!

- Absolutamente en serio. Se lo digo, ese hombre es peligroso. Deberíamos llevarlo a un reajuste psico. Es un atavismo, si alguna vez ha habido uno.

Lazarus Long hizo frente a la pantalla que reflejaba el rostro del Administrador.

- ¿Todo preparado? - preguntó.

Ford cortó el contacto del facsimulador de su escritorio.

- Todo preparado - confirmó.

- De acuerdo - replicó la imagen de Lazarus -. Corto. - Mientras la imagen desaparecía de la pantalla, Ford habló por el circuito interior.

- Que el Superintendente en Jefe se presente a mí inmediatamente... en persona.

El jefe de seguridad pública apareció como se le había ordenado, con una expresión en su arrugado rostro en la cual el disgusto se mezclaba con la disciplina. Estaba teniendo la noche más ajetreada de su carrera, y pese a ello el Viejo había dado órdenes de que se presentara personalmente a informar. ¿Para qué diablos existían los videófonos?, se preguntó irritadamente... y Se dijo cómo se le había ocurrido alguna vez abrazar la carrera de Policía. Mostró su disconformidad con su jefe mostrándose fría - mente formal y saludando innecesariamente.

- Me ha hecho llamar, señor. Ford ignoró su actitud.

- Sí, gracias. Aquí - pulsó un botón; un carrete de cinta brotó del facsimulador - hay una lista completa de las Familias Howard. Arréstelas.

- Sí, señor. - El jefe de policía de la Federación miró la cinta y se debatió entre si debía preguntar o no cómo había sido obtenida: seguramente no había procedido de su oficina... ¿poseía el Viejo un servicio de inteligencia del que él no tenía la menor idea?

- Es alfabética, pero está relacionada geográficamente - estaba diciendo el Administrador -. Tras reproducirla, envíela... no, devuélvame a mí el original. Puede detener también las entrevistas psico - añadió -. Simplemente encuentre a esas gentes y deténgalas. Más tarde le daré más instrucciones.

El Superintendente en Jefe decidió que no era un buen momento para demostrar su curiosidad.

- Sí, señor. - Saludó rígidamente y se fue.

Ford se giró hacia los controles de su escritorio y comunicó que deseaba ver a los jefes de los departamentos de recursos naturales y de control de transportes. Tras pensarlo, añadió también al jefe del departamento de gastos logísticos.

En la Sede de las Familias se estaba celebrando una sesión de depositarios; Barstow estaba ausente.

- No me gusta esto - estaba diciendo Andrew Weatherall -, Puedo comprender a Zaccur decidiendo retrasar su informe a los Miembros, pero había supuesto que lo único que deseaba era hablar primero con nosotros. Estaba seguro de que nos consultaría. ¿Qué opina usted de ello, Philip?

Philip Hardy se mordisqueó el labio.

- No sé. Zaccur tiene la cabeza bien firme sobre sus hombros... pero me parece que primero hubiera debido reunirse con nosotros y celebrar consejo. ¿Ha hablado con usted, Justin?

- No, no lo ha hecho - respondió fríamente Justin Foote.

- Bien, ¿qué debemos hacer? No podemos mandarle llamar y exigirle que nos dé cuenta de sus acciones a menos que estemos preparados a despojarle de su cargo si se niega. Yo, por mi parte, soy relucante a hacerlo.

Aún seguían discutiendo cuando llegaron los agentes.

Lazarus oyó la conmoción y la interpretó correctamente... no era ninguna hazaña, puesto que tenía información de la que carecían sus hermanos. Era consciente de que debía someterse pacíficamente y sin protestas a su arresto... dar buen ejemplo - pero las viejas costumbres difícilmente mueren; pospuso lo inevitable zambulléndose en el refrescador para hombres más cercano.

Era un callejón sin salida. Miró al conducto de aire... no, demasiado pequeño. Mientras pensaba hurgó en su bolsillo buscando un cigarrillo; su mano topó con un extraño objeto, lo sacó. Era el brazalete que había «tomado prestado» del agente en Chicago.

Cuando el agente que estaba realizando la batida por aquella ala de la Sede metió su cabeza en aquel refrescador, encontró ya allí a otro «agente».

- Aquí no hay nadie - anunció Lazarus -. Ya lo he comprobado.

- ¿Cómo diablos ha conseguido pasar por delante de mí?

- Por su flanco. Por el Túnel de Stoney Island y a través de los aeroductos. - Lazarus esperó que el auténtico agente no supiera que no existía ningún Túnel de Stoney Island -. ¿Tiene un cigarrillo?

- ¿Eh? Éste no es momento de fumar.

- ¿Por qué no? - dijo Lazarus -. Mi oficial está a un par de kilómetros de distancia.

- Quizá sí - respondió el agente -, pero el mío está inmediatamente detrás de nosotros.

- ¿Sí? - Bueno, le veré... tengo algo que decirle de todos modos. - Lazarus empezó a avanzar para cruzar junto al agente, pero éste no se apartó de su camino. Estaba mirando con curiosidad el kilt de Lazarus. Lazarus le había dado la vuelta, y su color azul imitaba bastante bien el uniforme de servicio de los agentes... si no era inspeccionado de cerca.

- ¿De qué estación dice que viene? - inquirió el agente.

- De ésta - respondió Lazarus, y plantó un seco golpe bajo el esternón del hombre. Un profesor de defensa personal de Lazarus le había explicado que un golpe en el plexo solar era más efectivo que uno en la mandíbula; el profesor había resultado tuerto en los tumultos callejeros de 1966, pero sus enseñanzas aún estaban vivas.

Lazarus se sintió mucho más parecido a un agente con un kilt de uniforme adecuado y una bandolera de bombas paralizantes colgando bajo su brazo izquierdo. Además, el kilt del agente le caía mejor que el que había estado llevando. A la derecha, el pasaje conducía hasta el Refugio y a un callejón sin salida; se dirigió hacia la izquierda, aunque sabía que iría a desembocar en el oficial de su inconsciente benefactor. El pasadizo daba a una sala que estaba repleta de Miembros reunidos allí por un grupo de agentes. Lazarus ignoró a sus parientes y buscó al ajetreado oficial encargado.

- Señor - informó, saludando militarmente -. Hay una especie de hospital ahí abajo. Necesitará unos cincuenta o sesenta camilleros.

- No me moleste, dígaselo a su oficial. Nosotros tenemos las manos demasiado llenas.

Lazarus casi no respondió; había captado la mirada de Mary Sperling entre la multitud... ella le había mirado y había desviado los ojos. Se envaró y respondió:

- No puedo decírselo, señor. No está disponible.

- Bien, vaya afuera y dígaselo al primer pelotón de auxilio que encuentre.

- Sí, señor. - Se alejó, con toda despreocupación, los dedos metidos en el cinturón de su kilt. Se había adentrado ya bastante en el pasaje que conducía al túnel transversal que desembocaba en la salida Waukegan cuando oyó gritos tras él. Dos agentes estaban corriendo para alcanzarle.

Lazarus se detuvo en la arcada que conducía al túnel transversal y les esperó.

- ¿Qué ocurre? - preguntó cuando lo alcanzaron.

- El oficial... - empezó uno. No pudo seguir; una bomba paralizante rebotó y estalló a sus pies. Pareció sorprendido, mientras las radiaciones iban borrando toda expresión de su rostro; su compañero se derrumbó hacia él.

Lazarus aguardó tras un saliente de la arcada, contó los segundos hasta llegar a quince: «¡Número uno fuego! ¡Número dos fuego! ¡Número tres fuego!»... añadió un par más para asegurarse de que el efecto paralizante había desaparecido. Fue más justo de lo que había esperado. No se había zambullido lo suficientemente aprisa y su pie izquierdo había quedado algo adormecido por la exposición.

Luego comprobó los efectos. Ambos estaban inconscientes, no había nadie más a la vista. Subió por el túnel transversal. Quizá nadie le perseguía por su verdadera identidad, quizá nadie se había dado cuenta de su fuga. Pero no se quedó por allí para averiguarlo. De una cosa sí estaba condenadamente seguro, se dijo a sí mismo: si alguien lo había denunciado, no era Mary Sperling.

Necesitó otras dos parabombas y un par de centenares de palabras de pura ficción para conseguir salir al aire libre. Una vez estuvo allí y fuera de observación inmediata, se metió en el bolsillo las bombas restantes y el brazalete, y tiró la bandolera detrás de unos arbustos; luego se dirigió a una tienda de ropas de Waukegan.

Se sentó en una cabina de compras y disco el código de kilts. Dejó que los diversos modelos pasaran por la pantalla mientras ignoraba la persuasiva voz del catálogo, hasta que apareció uno que era declaradamente no militar y no de color azul, en cuyo momento detuvo el exhibidor y pulsó un pedido para su talla. Anotó el precio, extendió una orden de crédito de su talonario, la metió en la máquina y pulsó el botón de compra. Luego disfrutó de un cigarrillo mientras se efectuaba la confección.

Diez minutos más tarde desechaba el kilt del agente a la tolva de desechos de la cabina de compras y salía de ella, pulcra y elegantemente vestido. No había estado en Waukegan desde el siglo pasado, pero encontró un hotel de mediana categoría sin llamar la atención ni hacer preguntas, disco en recepción su solicitud de una habitación estándar, y durante siete horas se dejó vencer por un profundo sueño.

Desayunó en su habitación, escuchando con medio oído el visor de noticias; se sentía medianamente interesado en saber lo que se diría respecto a la incursión contra las Familias. Pero su interés era imparcial; ya lo había separado completamente de su mente. Había sido un error, se dio cuenta, haber vuelto a entrar en contacto con las Familias... era una buena cosa que estuviera desconectado de todo aquello en su actual identidad pública, libre totalmente de cualquier conexión con los problemas que comportaba.

Una frase llamó su atención:

-...incluido Zaccur Barstow, que se supone es su jefe tribal.

»Los prisioneros están siendo conducidos a una reserva en Oklahoma, cerca de las ruinas de la ciudad rodante de Okla - Orleans, a unos cuarenta kilómetros al este del Parque Memorial Harriman. El Superintendente Jefe la describe como una «Pequeña Coventry», y ha ordenado a todos los aviones que la eviten en quince kilómetros a la redonda. El Administrador no ha podido ser conectado aún para una entrevista, pero fuentes autorizadas de la Administración nos informan de que el arresto en masa ha sido realizado a fin de acelerar las investigaciones a trajes de las cuales la Administración espera obtener el «Secreto de las Familias Howard»... sus técnicas para prolongar indefinidamente la vida. Esta acción directa de arrestar y transportar a todos los miembros del grupo fuera de la ley se espera que ejerza un saludable efecto en vencer la resistencia de sus líderes ante las legítimas demandas de la sociedad. Esto les demostrará que los derechos civiles de los que gozan los ciudadanos decentes no deben ser usados como una capa tras la cual escudarse para causar daño a toda la sociedad.

»Los bienes y pertenencias de los miembros de esta criminal conspiración han sido declarados sujetos al Conservador General, y serán administrados por sus agentes durante el encarcelamiento de...»

Lazarus cortó el aparato.

- ¡Condenación! - se dijo para sí mismo -. Será mejor no preocuparme por cosas en las que no puedo ayudar. - Por supuesto, había esperado ser arrestado él también... pero había escapado. Eso era todo. A las Familias no les habría hecho ningún bien el que también él fuera detenido... y además, él no debía nada a las Familias, ninguna maldita cosa.

De todos modos, estarían mejor arrestados todos a la vez y colocados rápidamente bajo guardia. Si hubieran sido detenidos uno a uno, podría haber ocurrido cualquier cosa... linchamientos, incluso pogroms. Lazarus sabía por dura experiencia cuan poco debajo de la piel está la ley de Lynch y la violencia de masas en la civilización más pacífica; por eso le había advertido a Zack que hiciera aquello... por eso y porque Zack y el Administrador debían tener a las Familias en un grupo compacto a fin de poder llevar así a cabo su plan. Lo habían conseguido... y él no había tenido que meter su nariz.

Pero se preguntó cómo iba a seguir Zack adelante, y lo que pensaría de la desaparición de Lazarus. Y lo que pensaría Mary Sperling... debía haber sido un shock para ella cuando lo vio asomar la nariz como agente. Deseó que ella no le hubiera visto.

No era que le importase lo que cualquiera de ellos pudiera pensar. Muy pronto podrían estar a años luz de distancia... o muertos. Un libro cerrado.

Se giró hacia el videófono y llamó a la oficina de correos.

- Capitán Aaron Sheffield - anunció, y dio su número postal -. La última vez estaba registrado en la oficina postal del Campo Goddard. Por favor, ¿puede hacer que mi correo sea enviado a... - se acercó y leyó el número de código del receptáculo de correo de la habitación.

- Servicio - asintió la voz del empleado -. Inmediatamente, capitán.

- Gracias.

Se necesitarían un par de horas, reflexionó, para que su correo le fuera enviado hasta allí... media hora para el trayecto, tres veces más para los otros trámites. Era mejor esperar allí... no dudaba que su búsqueda había sido abandonada en la distancia, pero no había nada en Waukegan que le interesara. Una vez llegara el correo alquilaría un impulsor V y se largaría rápidamente a...

¿A dónde? ¿Qué era lo que tenía que hacer a continuación?

Examinó varias posibilidades y finalmente llegó al desconcertante convencimiento de que no había ningún lugar, de un extremo a otro del Sistema Solar, a donde realmente deseara ir.

Aquello lo asustó un poco. En una ocasión había oído, y se inclinaba a creerlo, que una pérdida de interés en vivir señalaba el auténtico punto crítico en la batalla entre anabolismo y catabolismo... la senectud. Bruscamente envidió a las gentes de corta vida... al menos podían traspasar sus propias preocupaciones a sus hijos. El afecto filial no era una costumbre entre los Miembros de las Familias; no había ninguna relación capaz de ser mantenida durante un siglo o más. Y la amistad, excepto entre Miembros, debía ser considerada como un asunto transitorio y superficial. No había nadie a quien Lazarus deseara ver.

Espera un minuto... ¿dónde estaría aquel plantador de Venus? ¿Aquel que sabía tantas canciones folklóricas y que era tan divertido cuando estaba borracho? Iría en su busca. Daría un salto hasta allá y sería algo divertido, por mucho que no le gustara Venus.

Luego recordó con frío asombro que no había visto al hombre desde hacía... ¿cuánto tiempo? En cualquier caso, a aquellas alturas ya debía estar muerto.

Libby había estado en lo cierto, rumió sombríamente, cuando habló de la necesidad de un nuevo tipo de asociación de memoria para los longevos. Deseó que el muchacho pudiera seguir adelante con las investigaciones necesarias y regresara con una res - Puesta antes de que Lazarus se viera reducido a contar los dedos. Pensó en ello durante

uno o dos minutos antes de recordar que veía más bien improbable que volviera a ver a Libby de nuevo.

El correo llegó, y no contenía nada de importancia. No le sorprendió; no esperaba cartas personales. Los carretes de publicidad fueron a parar directamente a la tolva de desechos; leyó sola - mente un aviso, una carta de la Corporación de Mantenimiento Pan - Terra, diciéndole que su crucero convertible Yo espía había sido terminado de revisar y había sido llevado a un hangar de aparcamiento, listo para ser utilizado. Según sus instrucciones, IQS controles de astrogación de la nave no habían sido tocados... Estaba todo de acuerdo con los gustos del capitán?

Decidió hacerse cargo de la nave por la tarde y dirigirse al espació. Cualquier cosa era mejor que quedarse ligado a la Tierra y admitir que estaba aburrido.

Pagar su cuenta y alquilar un reactor le ocupó menos de veinte minutos. Despegó y se dirigió al Campo Goddard, utilizando el nivel de tráfico local de poca velocidad para evitar entrar en el circuito de control con un plan de vuelo. No estaba evitando conscientemente la policía debido a que no tenía ninguna razón para creer que pudieran estar buscando al «capitán Sheffield» era simple hábito, y llegaría de todos modos con tiempo suficiente al Campo Goddard.

Pero mucho antes de alcanzarlo, mientras volaba sobre la parte este de Kansas, decidió aterrizar y lo hizo.

Tomó tierra en el campo de una ciudad lo suficientemente pequeña como para que fuera poco probable que tuviera algún agente a tiempo completo, y buscó una cabina videofónica lejos del campo. Una vez en ella, vaciló. ¿Cómo podría conseguir llamar desde allí al hombre que estaba a la cabeza de toda la Federación... y conseguir la comunicación? Si simplemente llamara a la Torre Novak y preguntaba por el Administrador Ford, no sólo no le pondrían con él, sino que su llamada sería desviada rápidamente al Departamento de Seguridad Pública para hacerle algunas preguntas indeseadas, tan seguro como que hay que pagar los impuestos.

Bien, sólo había una forma de enfrentarse a aquello, y era llamar directamente al Departamento de Seguridad y, de algún modo, conseguir al Superintendente Jefe en la pantalla... tras lo cual improvisaría sobre la marcha.

- Departamento de Seguridad Civil - respondió una voz -. ¿En qué podemos servirle, ciudadano?

- El servicio es mutuo - empezó, con su voz mejor controlada - Soy el capitán Sheffield. Póngame con el Jefe. - No estaba solicitando; su actitud simplemente exigía obediencia.

Un corto silencio.

- ¿Sobre qué, por favor?

- He dicho que era el capitán Sheffield - esta vez la voz de Lazarus evidenció una irritación contenida. Otra corta pausa...

- Le conectaré con la oficina del Delegado Jefe - dijo la voz, dubitativamente. Esta vez la pantalla se iluminó.

- ¿Sí? - preguntó el Delegado Jefe, examinándole atentamente -

- Póngame con el Jefe... aprisa.

- ¿Sobre qué asunto?

- ¡Santo Dios, hombre... póngame con el Jefe! ¡Soy el capitán Sheffield!

El Delegado Jefe pidió disculpas y le conectó; no había dormido en toda la noche, y habían pasado demasiadas cosas confusas en las últimas veinticuatro horas como para ser capaz de asimilarlas. Cuando el Alto Superintendente Jefe apareció en la pantalla, Lazarus fue quien habló primero:

- ¡Oh, es usted! He perdido un condenado tiempo en su maldita red de comunicaciones. ¡Póngame con el Viejo, y muévase! Utilice su circuito privado.

- ¿Qué demonios quiere decir? ¿Quién es usted?

- Escuche, hermano - dijo Lazarus, con tono de exasperación contenida -. No hubiera tenido que recurrir a su condenado y obstinado departamento si no me hubiera visto metido en medio de un lío. Póngame con el Viejo. Se trata de las Familias Howard.

El jefe de la policía se puso inmediatamente en guardia.

- Dé su informe.

- Mire - dijo Lazarus con tono cansado -, sé que a usted le gustaría mirar por encima del hombro del Viejo, pero no es el momento adecuado para intentarlo. Si me pone obstáculos y me obliga a malgastar dos horas para informar personalmente, lo haré. Pero el viejo deseará saber por qué, y puede apostar su más hermoso kilt de desfile que se lo diré.

El Superintendente Jefe decidió correr el riesgo... mantener la línea intervenida; luego, si el Viejo echaba con cajas destempladas a aquel bromista en menos de tres segundos, sabría que había actuado bien y con suerte. Si la cosa no resultaba..., bueno, siempre podía echarle la culpa a un cruce en las comunicaciones. Hizo las conexiones.

El Administrador Ford pareció asombrado cuando reconoció a Lazarus en la pantalla.

- ¿Usted? - exclamó -. ¿Cómo diablos...? ¿Acaso Zaccur Barstow...?

- ¡Selle su circuito! - le interrumpió Lazarus.

El Superintendente Jefe parpadeó cuando su pantalla quedó oscura y silenciosa. Así que el Viejo tenía agentes secretos fuera del departamento... interesante, y digno de no ser olvidado.

Lazarus le hizo a Ford un rápido y más bien honesto relato de lo que había ocurrido, y luego añadió:

- Así que puede ver que he podido escapar y ponerme a cubierto. De hecho, puedo seguir haciéndolo. Pero lo que deseo saber es esto: ¿el trato con Zaccur Barstow sigue siendo el de permitirnos emigrar?

- Sí.

- ¿Ha imaginado usted cómo conseguir que cien mil personas embarquen en la Nuevas Fronteras sin pillarse los dedos? Sabe que no puede confiar en su propia gente.

- Lo sé. La actual situación es un recurso temporal mientras trabajamos en ello.

- Y yo soy el hombre adecuado para el trabajo. Debo hacerlo soy el único agente sin compromisos en el cual pueden confiar tanto el uno como el otro. Ahora escuche...

Ocho minutos más tarde, Ford estaba asintiendo lentamente con la cabeza y diciendo:

- Podría funcionar. Podría. De todos modos, empiece a hacerlo. Tendré una carta de crédito esperándole cuando llegue a Goddard.

- ¿Puede usted cubrir sus huellas en eso? No deseo exhibir una carta de crédito del Administrador; la gente se haría preguntas.

- Concédame algo de inteligencia. Cuando llegue a sus manos parecerá una transacción bancaria de rutina.

- Lo siento. Ahora, ¿cómo podré hablar directamente con usted cuando lo necesite?

- Oh, sí... anote este código. - Ford lo recitó lentamente -. Eso lo pondrá directamente con mi despacho sin conexiones intermedias. No, no lo escriba, memorícelo.

- ¿Y cómo puedo hablar con Zack Barstow?

- Llámeme y yo le conectaré con él. No puede llamarle directamente a menos que pueda disponer de un circuito sensitivo.

- Aunque pudiera, no puedo acarrear a un sensitivo conmigo todo el tiempo. Bueno, adiós... me marcho.

- ¡Buena suerte!

Lazarus abandonó la cinta videofónica con reprimida prisa y se apresuró a reclamar su nave alquilada. No sabía lo suficiente acerca de las prácticas habituales de la policía como para adivinar si el Alto Superintendente Jefe habría podido localizar la llamada al Administrador; simplemente lo dio por seguro, porque aquello era lo que él hubiera hecho de estar en los zapatos del Superintendente. Era probable que el agente disponible más

próximo a él estuviera ya sobre su pista... era el momento de irse, el momento de borrar un poco el rastro.

Despegó de nuevo y puso rumbo al oeste, manteniéndose en el no controlado nivel local de baja velocidad hasta que alcanzó un banco de nubes que ocultó el horizonte occidental. Giró el rumbo y se dirigió a Kansas City, manteniéndose meticulosamente dentro de los límites de velocidad y volando tan lentamente como permitían las regulaciones locales de impulsores U y tomó un taxi terrestre, que lo condujo por tráfico. En Kansas City devolvió su nave a la agencia local del camino de tráfico controlado hasta Joplin. Allí abordó el reactorbús local de St. Louis sin adquirir el billete por anticipado, asegurándose así de que su vuelo no sería registrado hasta que la grabadora del itinerario del bus estuviera en las cercanías de la costa occidental.

En vez de preocuparse, pasó el tiempo haciendo planes.

Cien mil personas, con un promedio de masa de sesenta... no, pongamos setenta kilos, reconsideró Lazarus, cada uno, esto hace una carga de siete mil toneladas. La Yo espía podía cargar con tal peso contra una gravedad, pero sería como llevar judías enlatadas. Era algo que quedaba fuera de toda cuestión; la gente no puede almacenarse como carga; la Yo espía podía arrastrar perfectamente aquel peso muerto... pero «muerto» era la palabra precisa, pues así partiría de la Tierra.

Necesitaba un transporte.

Comprar una nave de pasajeros lo suficientemente grande como para transportar a las Familias de la Tierra hasta donde se hallaba la Nuevas Fronteras amarrada a su órbita de construcción no era difícil; el Servicio de Pasajeros de los Cuatro Planetas se desprendería con alegría de una nave de esas características a un buen precio. Con la competencia existente en los viajes de pasajeros, estaban ansiosos de desprenderse de sus naves viejas que ya no atraían a los turistas. Pero una nave de pasajeros no le serviría; no sólo porque despertaría una indeseable curiosidad acerca de lo que pensaba hacer con ella, sino porque, y eso era definitivo, él no podría pilotarla con sus propias manos. Bajo la Ley de Seguridad en el Espacio, se exigía que las naves de pasajeros fueran conducidas bajo control humano, según la teoría de que ningún dispositivo automático de seguridad podía reemplazar el juicio humano en una emergencia.

Tendría que ser un carguero.

Lazarus conocía el mejor lugar donde encontrar uno. Pese a los esfuerzos de convertir a la colonia lunar en ecológicamente auto - suficiente, Luna City aún importaba mucho más tonelaje del que transportaba. En la Tierra, esto hubiera dado como resultado «viajes de vuelta en vacío»; en el transporte espacial, a veces era más barato dejar que las naves vacías se acumularan, sobre todo en la Luna, donde un carguero vacío era mucho más valioso como metal de lo que había costado originalmente como nave allá en la Tierra.

Abandonó el bus cuando aterrizó en Goddard City, fue al espaciopuerto, pagó sus facturas, y tomó posesión de la Yo espía, tras lo cual llenó un formulario para una inmediata partida a la Luna. Le fue asignada pista para dos días más tarde, pero Lazarus no se preocupó por ello; simplemente regresó a las oficinas de la compañía y señaló que estaba dispuesto a pagar liberalmente por un despegue inmediato. En veinte minutos le aseguraron verbal - mente que podría partir para la Luna aquella misma tarde.

Dejó transcurrir las varias horas que le quedaban en el enloquecedor papeleo de los permisos para el viaje interplanetario. Primero recogió la carta de crédito que le había prometido Ford y la convirtió en efectivo. Lazarus hubiera estado incluso dispuesto a utilizar una parte de ese efectivo para apresurar los trámites legales, pagando por ello como lo había hecho (en cierto modo legalmente) para poder despegar antes que las demás naves que aguardaban turno. Pero descubrió que era incapaz de conseguirlo. Dos siglos de supervivencia le habían enseñado que un soborno debe ser ofrecido tan gentil e indirectamente como se hace una sugerencia galante a una dama orgullosa; en muy pocos minutos llegó a la descorazonadora conclusión de que la virtud civil y la honestidad

pública habían llegado hasta allí... los funcionarios del Campo Goddard parecían absolutamente inocentes ante cualquier noción de propina, extorsión, o el lubricante efecto del dinero en cualquier transacción de rutina. Admiró su incorruptibilidad, aunque no le gustó... especialmente cuando le hizo perder un tiempo que hubiera podido dedicar a darse un banquete de gourmet en la Skygate Room.

Dejó incluso que lo vacunaran de nuevo antes de volver a la Yo espía y recoger de allí el documento que acreditaba que había sido vacunado a la llegada a la Tierra hacía unas pocas semanas.

Sin embargo, veinte minutos antes de su tiempo de partida previsto, se sentó a los controles de la Yo espía, con su bolsillo abultado por los papeles sellados y su estómago revuelto por el único bocadillo que había conseguido comer. Había revisado la trayectoria «Hohmann - S», que iba a utilizar, y había alimentado con sus resultados al autopiloto. Todas las luces de a bordo eran verdes, excepto una que parpadearía en verde cuando el control del campo iniciara la cuenta atrás. Aguardó con la cálida sensación que le llenaba siempre cuando estaba a punto de partir

De pronto le asaltó un pensamiento, y se irguió todo lo que le permitían sus cinturones de seguridad. Luego se soltó los que le sujetaban el pecho y se sentó, alcanzando su ejemplar del Suplemento del Piloto Terrestre y Riesgos del Tráfico.

La Nuevas Fronteras se hallaba en una órbita circular de exactamente veinticuatro horas, manteniéndose siempre sobre el meridiano 106° oeste y a declinación cero, a una distancia del centro de la Tierra de aproximadamente cuarenta y un mil kilómetros.

¿Por qué no hacerle una visita, y echarle un vistazo desde el lado de la Tierra?

La Yo espía, con los tanques llenos y las bodegas de carga vacías, tenía muchos kilómetros-segundo de reserva de empuje. En realidad, el campo le había autorizado para Luna City, no para la nave interestelar... pero, con la Luna en su actual fase, la desviación de su esquema de vuelo aprobado difícilmente sería detectada en una pantalla, probablemente no sería detectada hasta que la grabación del film fuera analizada en algún tiempo futuro... en cuyo momento Lazarus podría recibir una citación de tráfico, quizás incluso ver suspendida su licencia. Pero los tiques de tráfico nunca lo habían preocupado... y aquello era algo que realmente valía la pena aprovechar.

Estaba ya planteándole el problema a su calculador balístico. Aparte comprobar los elementos de la órbita de la Nuevas Fronteras en el Piloto Terrestre, Lazarus podría haberlo hecho con los ojos cerrados; las maniobras de aproximación al satélite eran cosa vieja para cualquier piloto, y una trayectoria de doble tangente hasta una órbita de veinticuatro horas era algo que cualquier estudiante para piloto sabía de memoria.

Alimentó con las respuestas a su autopiloto durante la cuenta atrás, finalizó con tres minutos de margen, se volvió a atar de nuevo, y se relajó mientras la aceleración le golpeaba. Cuando la nave entró en caída libre, comprobó su posición y vector vía el radiofaro de respuesta del campo. Satisfecho, comprobó su tablero, ajustó la alarma para el momento de la cita, y se durmió.

6

Unas cuatro horas más tarde la alarma lo despertó. La cortó; siguió sonando... una mirada a su pantalla le mostró por qué. El gargantuesco cuerpo cilíndrico de la Nuevas Fronteras estaba muy cerca. Desconectó el circuito de alarma del radar, sin preocuparse del calculador balístico. Antes de que hubiera complejo la maniobra la alarma del comunicador empezó a zumbar. Palmeó el contacto: el circuito equiparó frecuencias y la pantalla visora cobró vida. Un hombre le miró desde ella.

- Nuevas Fronteras llamando: ¿qué nave es usted?

- La nave privada Yo espía, capitán Sheffield. Mis saludos a su comandante. ¿Puedo subir a bordo para hacerle una visita?

Estuvieron complacidos de recibir visitantes. La nave estaba lista para inspección, pruebas y aceptación; el enorme equipo que la había construido había bajado a la Tierra, y no había nadie a bordo excepto los representantes de la Fundación Jordán y media docena de ingenieros empleados por la corporación que habían dirigido la construcción de la nave para la fundación. Estaban aburridos por la inactividad, hastiados los unos con los otros ansiosos de dejar de perder el tiempo y regresar a los placeres de la Tierra; un visitante era siempre una distracción bienvenida.

Cuando la compuerta estanca de la Yo espía quedó sellada contra la de la gran nave, Lazarus fue recibido por el ingeniero de servicio... técnicamente el «capitán» mientras la Nuevas Fronteras fuera una nave al paio y no en ruta. Se presentó a sí mismo, e invitó a Lazarus a dar una vuelta por la nave. Flotaron a través de kilómetros de corredores, visitaron laboratorios, almacenes, bibliotecas conteniendo centenares de miles de cintas, hectáreas de tanques hidropónicos para el crecimiento de las plantas y reconversión del oxígeno, y confortables, espaciosos, casi lujosos compartimentos para una colonia de diez mil personas.

- Creemos que la expedición Vanguardia estuvo en cierto modo subdotada - explicó el ingeniero - capitán -. Los especialistas en sociodinámica han calculado que esta colonia será capaz de mantener las líneas básicas de nuestro actual nivel de cultura.

- No suena suficiente - comentó Lazarus -. ¿No hay más que diez mil tipos de especialización?

- ¡Oh, seguro que sí! Pero la idea es proporcionar expertos en todas las artes básicas y ramas indispensables del conocimiento. Luego, a medida que la colonia se extienda, pueden irse añadiendo especializaciones adicionales con la ayuda de las bibliotecas de referencia... cualquier cosa desde el baile zapateado hasta el tejido de alfombras. Ésta es la idea general, aunque está fuera de mi campo. Un tema interesante, no lo dudo, para aquellos a quienes les guste.

- ¿Está deseando usted emprender ya el viaje? - preguntó Lazarus.

El hombre pareció realmente sorprendido.

- ¿Yo? ¿Está sugiriendo usted que yo podría viajar en esta cosa? Mi querido señor, yo soy un ingeniero, no un condenado estúpido.

- Lo siento.

- Oh, no me importa una razonable cantidad de viaje espacial cuando haya una razón para ello... he estado en Luna City más veces de las que puedo llegar a contar, e incluso he estado en Venus. Pero no creo que piense usted que el hombre que construyó la Mayflower viajara en ella, ¿no? En mi opinión, la única cosa que salvará de volverse loca a la gente que ha firmado para embarcarse en esta nave es que ya está completamente loca antes de iniciar el viaje.

Lazarus cambió de tema. No se demoraron en el impulsor espacial, ni en la cámara acorazada que albergaba el gigantesco convertidor atómico, una vez Lazarus supo que era del tipo completamente automático y no requería tripulación humana. La ausencia total de partes móviles en cada una de aquellas divisiones, hecha posible gracias a los recientes descubrimientos en paraestáticos, hacía que sus trabajos internos fueran únicamente de interés intelectual, el cual podía esperar. Lo que Lazarus deseaba ver era la sala de control, y en ella sí se demoró, haciendo interminables preguntas hasta que su anfitrión se mostró abiertamente aburrido y permaneció allí tan sólo por cortesía.

Finalmente Lazarus se calló, no porque le importase el aburrimiento de su anfitrión sino debido a que consideraba que había aprendido lo suficiente sobre los controles como para ser capaz de correr el riesgo de gobernar la nave.

Supo otras dos cosas importantes antes de abandonar la nave: dentro de nueve días terrestres la escasa tripulación de mantenimiento planeaba un fin de semana en la Tierra,

contando con la superación de las pruebas como esperaban. Durante tres días la enorme nave estaría completamente vacía, excepto algún posible operador de comunicaciones... Lazarus era demasiado cauteloso como para ser muy inquisitivo respecto a ese punto. Pero no había ningún retén de guardia en ella debido a que nadie podía imaginar la necesidad de una guardia. Era como imaginar una guardia para el río Mississippi.

La otra cosa que aprendió era cómo entrar en la nave desde el exterior sin necesidad de ayuda desde el interior; captó aquel dato observando la llegada del cohete correo justo en el momento en que estaba a punto de abandonar la nave.

En Luna City, Joseph McFee, comisionado de la Corporación Diana Terminal, subsidiaria de las Líneas de Carga Diaria, dio calurosamente la bienvenida a Lazarus.

- ¡Bien! Pase, capitán, y tome una silla. ¿Qué desea beber? - Ya estaba sirviendo las bebidas mientras hablaba... quitapinturas libre de impuestos de su propia destilería amateur al vacío -. No nos hemos visto desde hace... bueno, muchísimo tiempo. ¿de dónde sale y qué le trae por aquí? ¿Trae algunas noticias?

- Vengo de Goddard - respondió Lazarus, y le contó la historia de lo que había dicho el capitán de las Personas Muy Importantes. McFee le respondió con la historia del viejo en caída libre que Lazarus pretendió no haber oído nunca. De allí pasaron a la política, y McFee expuso su idea de la «única solución posible» a los problemas europeos, una solución apoyada en una complicada teoría de McFee respecto a que el Convenio no debería extenderse a ninguna cultura que estuviera por debajo de un cierto nivel de industrialización. Lazarus ni le discutió ni contradujo ninguna de sus aseveraciones; asintió en los momentos adecuados, aceptó un poco más de aquel condenado zumo de cohete cuando le fue ofrecido, y aguardó el momento preciso de pasar al asunto.

- ¿Hay alguna nave de la compañía actualmente en venta, Joe?

- ¿Que si las hay? Más de las que querría. Tengo aquí más chatarra atiborrando mi inventario de la que he tenido nunca en diez años. ¿Le interesa alguna? Puedo hacerle un buen precio.

- Quizá. Quizá no. Depende de que tenga por ahí lo que yo deseo.

- Dígame lo que es, seguro que lo tengo. Nunca vi un mercado tan apagado. Algunos días no puedes tocar ni un crédito honesto. - McFee frunció el ceño -. ¿Sabe cuál es el problema? Yo se lo diré... es esta conmoción de las Familias Howard. Nadie quiere arriesgar ningún dinero hasta saber a qué atenerse. ¿Cómo puede un hombre hacer planes si no sabe si debe planearlo para diez años o para cien? Recuerde mis palabras: si la Administración consigue arrancarles el secreto a esos muchachitos, va a presenciar usted el mayor boom de inversiones a largo plazo jamás visto. Pero si no... bueno, las inversiones a largo plazo se cotizarán a un peso la docena, y habrá una locura de come-y-bebe-y-sé-feliz que hará que la Reconstrucción parezca una reunión para tomar el té.

Frunció de nuevo el ceño.

- ¿Qué tipo de metal está buscando?

- No busco metal, busco una nave.

Las arrugas de McFee desaparecieron, sus cejas se alzaron.

- ¿Ah, sí? ¿De qué tipo?

- No puedo decirlo exactamente. ¿Tiene tiempo para ir a echar una mirada conmigo?

Se vistieron los trajes de presión y abandonaron el domo por el Túnel Norte, y luego recorrieron las naves estacionadas dando

las largas y fáciles zancadas que les permitía la baja gravedad, pronto Lazarus vio dos naves que se ajustaban perfectamente a la potencia del impulso y espacio de carga que necesitaba. Una era una nave cisterna y la más barata, pero un cálculo mental le indicó que faltaba espacio de cubierta, aun incluyendo las planchas del suelo de los tanques, para acomodar a siete mil toneladas de pasajeros. La otra era una vieja nave con renqueantes inyectores tipo pistón, pero estaba diseñada para mercancía general y

poseía el suficiente espacio de cubiertas. Su carga útil era mayor de lo necesario para el trabajo, pues los pasajeros pesan poco con respecto al cubillaje que ocupan... pero aquél era precisamente su margen de seguridad, que podía ser críticamente importante.

En cuanto a los inyectores, podía arreglarlos... había arreglado cosas peores que aquello.

Lazarus discutió con McFee las condiciones, no porque deseara ahorrarse dinero sino porque fracasar en aquello estaba fuera de su carácter. Finalmente llegaron a un complicado acuerdo a tres bandas por el cual McFee se quedaba la Yo espía para él, Lazarus le hacía el traspaso del título de propiedad libre de cargas y aceptaba un inseguro pagaré de McFee a cambio, luego compraba la nave de carga endosando el pagaré de McFee a éste y añadiendo efectivo. McFee a su vez podía hipotecar la Yo espía en el Banco de Comercio y Compensación de Luna City, y utilizar lo obtenido más el efectivo recibido para liquidar su propio pagaré... todo ello presumiblemente antes de que sus cuentas fueran pasadas por la auditoria de la Compañía, cosa que Lazarus evitó mencionar.

No fue ningún soborno. Lazarus simplemente utilizó el hecho de que McFee había estado deseando desde hacía tiempo poseer una nave propia y consideraba a la Yo espía como el medio de transporte ideal para un soltero para dedicarla tanto a los negocios como al placer; Lazarus simplemente bajó el precio lo suficiente como para que McFee picara. Pero hizo los arreglos de tal modo que McFee no pudiera hablar con nadie del trato, al menos hasta que hubiera recuperado su pagaré. Lazarus creó todavía un Poco más de confusión diciéndole a McFee que mantuviera los ojos abiertos pues iba a producirse muy pronto un buen asunto de contrabando de tabaco del que podía beneficiarse... lo cual hizo que McFee adquiriera la seguridad de que la nueva misteriosa aventura del capitán Sheffield estaba relacionada con Venus que era el único mercado importante para tal artículo.

Lazarus consiguió tener el carguero listo para salir al espacio en tan sólo cuatro días, a través de espléndidas propinas y pagos por anticipado. Finalmente dejó Luna City tras de sí, dueño y capitán de la Ciudad de Chillicothe. Acortó mentalmente el nombre de Chile, en honor de su plato favorito, que hacía tiempo que no probaba: habichuelas rojas gruesas, mucha salsa de chile, trozos de carne... auténtica carne, no la papilla sintética que los jovencitos llamaban «carne». Pensó en ello y la boca se le hizo agua.

Al acercarse a la Tierra, llamó al control de tráfico y solicitó una órbita de aparcamiento, pues no tenía intención de hacer descender a la Chile; sería un desperdicio de combustible, y además una forma de llamar la atención. No tenía ningún escrúpulo en dejarla en órbita sin permiso, pero había una posibilidad de que la Chile fuera descubierta, abordada e investigada como abandonada durante su ausencia; era más seguro hacerlo todo legalmente.

Le concedieron una órbita; la situó y la estabilizó, luego ajustó la baliza de identificación de la CMe con su propio traje, se aseguró de que el radar de mantenimiento de la nave funcionaba correctamente, y descendió a Goddard con la pequeña nave auxiliar del transporte. Cuidó de llevar consigo todos los papeles necesarios esta vez; dejando la pequeña nave sellada como garantía en el campo, evitó los trámites de la aduana y pudo salir rápidamente del espaciopuerto. No tenía ningún destino en mente excepto hallar un videófono público y ponerse en comunicación con Zack y Ford... luego, si le quedaba tiempo, intentar hallar algún sitio donde sirvieran chile auténtico. No había llamado al Administrador desde el espacio porque las comunicaciones nave-a-tierra requerían conexiones intermedias, y la regla de la intimidad evidentemente no le protegería si el operario que conectara la llamada oía por casualidad mencionar a las Familias Howard.

El Administrador respondió inmediatamente a su llamada, pese a que eran altas horas de la noche en la longitud de la Torre Novak. Por los hinchados círculos de debajo de los

ojos de Ford, Lazarus juzgó que aquellos últimos días había estado viviendo prácticamente tras su escritorio.

- Hola - dijo Lazarus -. Será mejor que conecte con Zack Barstow y hablemos los tres juntos. Tengo cosas que informar.

- Así que es usted - dijo Ford sombríamente -. Pensé que se había ido lejos de nosotros. ¿Dónde ha estado?

- Comprando una nave - respondió Lazarus -. Podía haberlo imaginado. Conécteme con Barstow.

Ford frunció el ceño, pero se giró en su escritorio e hizo unas manipulaciones. La pantalla se dividió en dos, y Barstow se unió a ellos - Pareció sorprendido al ver a Lazarus, pero no aliviado. Lazarus habló rápidamente:

- ¿Qué ocurre, compañero? ¿Acaso Ford no te dijo lo que iba a hacer?

- Sí, lo hizo - admitió Barstow -, pero no sabíamos dónde estabas ni lo que estabas haciendo. El tiempo pasaba y no podíamos localizarte... así que decidimos que ya no te volveríamos a ver más.

- Infiernos - gruñó Lazarus -, sabes que yo nunca haría algo así. De todos modos, aquí estoy, y esto es lo que he estado haciendo... - Les contó lo de la Chile y de su reconocimiento de la Nuevas Fronteras -. Ahora, así es como yo veo las cosas: en algún momento de este mismo fin de semana, mientras la Nuevas Fronteras sigue anclada ahí afuera pero sin nadie dentro, haré bajar la CMe a la reserva prisión, embarcaremos a toda prisa, subiremos a la Nuevas Fronteras, soltaremos amarras, y nos iremos. Señor Administrador, esto va a necesitar mucha ayuda de su parte. Sus agentes tendrán que mirar para otro lado mientras yo bajo y embarcamos. Luego necesitaremos un sistema para pasar la patrulla de tráfico. Tras lo cual será mucho mejor si no hay ninguna nave en las inmediaciones de la Nuevas Fronteras cuando nos pongamos en marcha... y si queda alguna guardia de comunicaciones en ella, hay que evitar que consiga lanzar un mensaje de auxilio antes de que podamos silenciarla.

- Concédame un poco de previsión - respondió, Ford agriamente -. Sé que van a necesitar ustedes la ayuda de unas pocas acciones de diversión para tener alguna posibilidad de salir con bien de eso. Todo el plan es como mínimo fantástico.

- No demasiado fantástico - mostró su desacuerdo Lazarus -, si usted es capaz de utilizar sus poderes de emergencia hasta el límite en el último minuto.

- Posiblemente. Pero no podemos aguardar cuatro días.

- ¿Por qué no?

- La situación no resistirá más tiempo.

- Ni nosotros tampoco - intervino Barstow. Lazarus miró del uno al otro.

- ¿Eh? ¿Cuál es el problema? ¿Qué es lo que va mal?

Se lo explicaron:

Ford y Barstow se habían empeñado en una tarea absurdamente improbable, la de poner en pie un complejo y sutil fraude, un triple fraude con un rostro diferente para las Familias, para el público y para el Consejo de la Federación. Cada uno de sus aspectos presentaba unas dificultades únicas y aparentemente insuperables.

Ford no contaba con nadie en quien se atreviera a depositar su confianza, ya que incluso los miembros de mayor confianza de su alto estado mayor personal parecían estar infectados con la manía de la ilusoria Fuente de la Juventud... o quizá no lo estuvieran, pero no había forma de saberlo sin comprometer la conspiración. Pese a ello, había logrado convencer al Consejo de que las medidas que había tomado eran las mejores para conseguir los propósitos del propio Consejo.

Además de esto, tenía que proporcionar diariamente nuevas noticias a las agencias que convencieran a los ciudadanos de que su gobierno estaba simplemente a punto de obtener para ellos el «secreto» de la vida eterna. Cada día las declaraciones tenían que ser más detalladas, las mentiras más intrincadas. La gente empezaba a impacientarse

con el retraso; estaban saliéndose fuera de la piel de la civilización, convirtiéndose en una masa.

El Consejo estaba sintiendo la presión de la gente. En dos ocasiones se había visto obligado Ford a pasar por el voto de confianza; la segunda vez había ganado por tan sólo dos votos.

- No ganaré una tercera vez... debemos movemos antes.

Los problemas de Barstow eran diferentes pero no menos desagradables. Tenía que disponer de aliados, puesto que su trabajo era preparar a todos los cien mil Miembros para el éxodo. Tenían que saberlo todo antes de que llegara el momento de embarcar, si querían que la operación se realizara rápidamente y sin alboroto. Sin embargo, no se atrevía a decirles la verdad demasiado pronto porque entre tanta gente siempre había alguien estúpido y cabezota... y bastaba tan sólo un idiota para hundir todo el plan y lanzar a los agentes que los vigilaban sobre ellos.

Por eso se había visto obligado a intentar hallar algunos líderes en los que pudiera confiar, convencerlos, y depender de ellos para convencer a los demás. Necesitaba casi un millar de «perros pastores» en quienes confiar para asegurarse de que su gente lo seguiría cuando llegara el momento. Y el número de aliados que necesitaba era demasiado grande como para estar seguro de que ninguno fallaría cuando más necesario fuera.

Pero aún necesitaba a otros aliados para otra finalidad también difícil. Ford y él habían llegado a un acuerdo sobre un plan, aunque débil, para ganar tiempo. Se trataba de ir desgranando poco a poco las técnicas utilizadas por las Familias para retrasar los síntomas de senilidad, bajo la pretensión de que la suma total de esas técnicas era el «secreto». Para poner en marcha este fraude, Barstow necesitaba contar con la ayuda de los bioquímicos, terapeutas glandulares, especialistas en simbiótica y en metabolismo, y otros expertos entre las Familias, y éstos a su vez debían ser preparados para los interrogatorios policiales por los más hábiles psicotécnicos de las Familias... puesto que tenían que ser capaces de mantener oculto el fraude incluso bajo la influencia de drogas de la verdad. La falsa indoctrinación hipnótica que ello requería era enormemente mucho más compleja que la necesaria para un simple bloqueo para impedirles hablar. A pesar de todo, la cosa había funcionado... Pero las discrepancias eran más difíciles de explicar cada día.

Barstow no había podido mantener todo eso oculto durante mucho tiempo. La gran masa de las Familias, mantenidas necesariamente en la ignorancia, estaban empezando a sublevarse casi tan aprisa como el público de fuera. Estaban irritadas y con razón por lo que se estaba haciendo con ellas; esperaban que alguien con la suficiente autoridad hiciera algo al respecto... ¡y lo hiciera ya!

La influencia de Barstow sobre su gente iba disminuyendo tan rápidamente como la de Ford sobre su Consejo.

- No pueden ser cuatro días - repitió Ford -. Más bien doce horas... veinticuatro para el exterior. El consejo se reúne de nuevo mañana por la tarde.

Barstow parecía preocupado.

- No estoy seguro de poderlos preparar en tan poco tiempo. Podría tener problemas al llevarlos a bordo.

- No se preocupe por ello - restalló Ford.

- ¿Por qué no?

- Porque - dijo Ford con brutal sinceridad - cualquiera que quede atrás será muerto... en el mejor de los casos.

Barstow no dijo nada y desvió la vista. Era la primera vez que cualquiera de ellos había admitido explícitamente que no se trataba de una inofensiva cuestión de trapacería política, sino de un desesperado y casi imposible intento de evitar una masacre... y que el propio Ford estaba a ambos lados de la valla.

- Bien - cortó Lazarus bruscamente -, ahora que ambos han dejado bien sentado esto, sigamos con el asunto. Puedo hacer atetar la Chile en... - hizo una pausa y estimó rápidamente cuánto tardaría en subir a la órbita y cuánto tiempo le llevaría dirigirse al lugar de la cita -... bien, digamos a las veintidós, hora de Greenwich. Añadamos una hora como margen de seguridad. ¿Qué les parece mañana por la tarde, a las diecisiete en punto, hora de Oklahoma? En realidad, es hoy mismo.

Los otros dos parecieron aliviados.

- Me parece bien - aceptó Barstow -. Los tendré en la mejor forma que me sea posible.

- De acuerdo - admitió Ford -, si eso es lo más rápido en que puede hacerse. - Pensó por un momento -. Barstow, ordenaré inmediatamente a todos los agentes y personal del gobierno que se hallan ahora dentro de la reserva que la abandonen y se queden fuera de la barrera. Una vez la puerta se contraiga tras ellos, podrá decírselo a todos.

- De acuerdo. Lo haré lo mejor posible.

- ¿Algo más antes de que cortemos? - preguntó Lazarus -, Oh, sí... Zack, será mejor que me indiques un lugar donde aterrizar, o puedo acortar un montón de vidas con mis chorros.

- Oh, sí. Haz tu aproximación por el oeste. Marcaremos un círculo que puedas ver claramente. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

- No tan de acuerdo - negó Ford -. Tendremos que proporcionarle un rayo piloto para la aproximación.

- Tonterías - objetó Lazarus -. Podría aterrizar directamente encima del Monumento a Washington.

- No, esta vez no podría. Se sorprendería si supiera el tiempo que va a hacer.

Mientras se aproximaba a su cita con la Chile, Lazarus lanzó la señal de identificación; el radiofaro de la Chile envió su eco de respuesta, para su alivio... tenía poca fe en los aparatos que no había montado personalmente, y una larga búsqueda de la Chile en aquel momento hubiera podido ser desastrosa.

Calculó el vector relativo, hizo avanzar la nave auxiliar, se deslizó, penetró en el alvéolo... estuvo dentro en tres minutos escasos, y se sintió satisfecho de sí mismo. Aseguró la navecilla, se apresuró hacia la cabina de mandos, e inició el descenso.

Entrar en la estratosfera y sobrevolar dos tercios del globo no le llevó más tiempo del que había calculado. Utilizó parte del margen horario que se había concedido para ahorrar maniobras a fin de no utilizar demasiado los gastados y obsoletos inyectores. Luego penetró en la troposfera e inició su aproximación, con la temperatura exterior del casco alta pero no peligrosa. Entonces se dio cuenta de lo que había querido decir Ford con respecto al tiempo. Oklahoma y la mitad de Texas estaban cubiertas por profundas y densas nubes. Lazarus se sintió sorprendido y en cierto modo complacido; aquello le recordó otros días, cuando el tiempo era algo que se experimentaba en vez de controlarlo. La vida había perdido algo de su sabor, en su opinión, cuando los ingenieros climáticos habían aprendido cómo dominar los elementos. Deseó que su planeta - ¡si hallaban alguno! - tuviera un clima agradable y variado.

Luego estuvo abajo, y demasiado ocupado como para seguir meditando. Pese a su tamaño, el carguero obedecía dócilmente. Huau! Ford debía haber ordenado su pequeña cencerrada para el momento adecuado... y los integradores tenían que haber dispuesto de una gran área de bajas presiones lo suficientemente cerca como para echar mano de ella.

En algún lugar un operador de control le estaba gritando algo; apagó el transmisor y dedicó toda su atención a su radar de aproximación y a las fantasmagóricas imágenes del rectificador de infrarrojos mientras comparaba lo que le decían con su rastreador inercial. La nave pasó por encima de una cicatriz de kilómetros de ancho en el paisaje... las ruinas

de la Ciudad Rodante Okla - Orleans. Cuando Lazarus la había visto por última vez, hormigueaba de vida. De todas las monstruosidades mecánicas con las que se había abrumado la propia humanidad, rumió, aquellos dinosaurios ocupaban fácilmente el primer lugar.

Luego sus pensamientos fueron bruscamente cortados por un chillido en su tablero de control; la nave había captado el rayo piloto. Se dejó guiar por él, cortó su último chorro cuando oyó el contacto con el suelo, y accionó una serie de interruptores; las grandes compuertas del carguero se abrieron estruendosamente, y la lluvia penetró por ellas.

Eleanor Johnson se acurrucó sobre sí misma, medio luchando contra la tormenta, e intentó cubrir más apretadamente con su capa al bebé que mantenía sujeto en el hueco de su brazo izquierdo. Cuando la tormenta se había iniciado, el niño había gritado interminablemente, tensando insoportablemente sus nervios. Ahora estaba tranquilo, pero aquello parecía tan sólo una nueva causa de alarma.

Ella misma había llorado, aunque había intentado no evidenciarlo. En todos sus veintisiete años nunca se había visto expuesta como entonces a las inclemencias del tiempo; parecía un simbolismo de la tormenta que había desbaratado su vida, anotándola de su querido primer hogar construido por ella misma, con sus chimeneas de estilo antiguo, su radiante cabina de servicio su termostato que podía poner a la temperatura que ella desea sin tener que consultar a los demás... una tormenta que la había arrastrado entre dos torvos agentes, arrestada como cualquier pobre psicótico, y llevada tras terribles indignidades hasta allá, hasta aquella fría y pegajosa arcilla del campo de concentración de Oklahoma.

¿Era cierto todo aquello? ¿Era posible que fuera cierto? ¿O aún no había dado a luz a su bebé y no era más que otra de aquellas extrañas pesadillas que había sufrido mientras lo llevaba en su seno?

Pero la lluvia era demasiado húmeda y fría, el trueno demasiado intenso; nunca hubiera podido dormir a través de un sueño como aquél. Luego lo que les había dicho el Depositario Mayor debía ser cierto también... tenía que ser cierto; había visto la nave posarse ante sus propios ojos, con sus toberas brillando contra la negrura de la tormenta. Ya no podía verla, pero la multitud a su alrededor se movía lentamente hacia adelante, debía estar frente a ella. Estaba cerca del final de la multitud; iba a ser una de las últimas en subir a bordo.

Era muy necesario subir a la nave... el viejo Zaccur Barstow se lo había dicho a todos con una profunda solemnidad, indicando lo que les ocurriría si no podían hacerlo. Ella le había creído; sin embargo, no dejaba de preguntarse cómo era posible que fuera cierto... cómo alguien podía ser tan perverso, tan profunda y terriblemente perverso como para desear matar a alguien tan indefenso y desamparado como ella y su bebé.

Se sintió invadida por un terror pánico... ¿y si no había espacio suficiente cuando ella llegara a la nave? Apretó más fuertemente a su bebé; el niño gritó de nuevo ante la presión.

Una mujer en la multitud se le acercó y le habló.

- Debe estar muy cansada. ¿Quiere que le lleve al niño un rato?

- No. No, gracias. Estoy bien. - Un destello de luz iluminó el rostro de la otra mujer; Eleanor Johnson la reconoció... la vieja Mary Sperling.

Pero la amabilidad de su ofrecimiento la ayudó a recuperarse. Ahora sabía lo que debía hacer. Si la nave estaba llena y no podía admitir a nadie más pasaría a su bebé por encima de todas las cabezas, mano a mano, por entre la multitud. Nadie negaría un poco de espacio a algo tan pequeño como su bebé.

Algo la empujó en la oscuridad. La multitud estaba moviéndose de nuevo hacia adelante.

Cuando Barstow pudo comprobar que el embarque estaba terminando y quedaría completado en unos pocos minutos más, abandonó su puesto en una de las puertas del carguero y corrió tan aprisa como le fue posible por el pegajoso y chapoteante barro hacia el barracón de comunicaciones. Ford le había advertido que le avisara justo antes del despegue de la nave; era necesario para que Ford pudiera poner en marcha su plan de diversión. Barstow luchó torpemente contra una puerta que no quería abrirse, consiguió vencerla, y entró. Marcó la combinación privada que lo conectaría directamente con la mesa de control del escritorio de Ford, y movió la palanca.

Contestaron inmediatamente, pero no era el rostro de Ford el que apareció en la pantalla. Barstow saltó inmediatamente con un:

- ¿Dónde está el Administrador? Necesito hablar con él -...antes de reconocer el rostro que tenía frente a él.

Era un rostro muy conocido por todo el público... Bork Vanning, el Líder de la minoría en el Consejo.

- Está hablando con el Administrador - dijo Vanning, y sonrió fríamente -. El nuevo Administrador. Ahora, ¿quién diablos es usted y por qué llama?

Barstow dio gracias a todos los dioses, pasados y presentes, de que la identificación hubiera sido unilateral. Cortó la conexión con un manotazo y salió en tromba del edificio.

Dos de las compuertas del carguero estaban ya cerradas; los últimos rezagados estaban entrando por las otras dos. Barstow los empujó hacia adentro mientras maldecía a voz en grito y les siguió, abriéndose camino entre la confusión hasta la sala de control.

- ¡Eleva la nave! - le gritó a Lazarus -. ¡Aprisa!

- ¿Qué demonios pasa? - preguntó Lazarus, pero ya estaba cenando y sellando las compuertas. Puso en marcha los aceleradores, aguardó unos escasos diez segundos... y dio paso a la energía.

- Bien - dijo en tono conversacional diez minutos más tarde -, espero que todo el mundo haya podido acomodarse ahí dentro. Si ^o, vamos a tener algunos huesos rotos entre las manos. ¿Qué estabas diciendo?

Barstow le contó su fallido intento de informar a Ford.

Lazarus parpadeó y silbó unas pocas notas de Un pavo en la Paja.

- Parece como si hubiésemos escapado por cuestión de minutos. O al menos así parece. - Calló y concentró toda su atención en los instrumentos, un ojo en el trazador balístico, el otro en el radar de popa.

7

Lazarus forcejeaba a plenas manos para llevar a la Chile a su correcta posición contra el costado de la Nuevas Fronteras; sus sobrecargadas calas hacían que la nave cabeceara como un potrillo joven. Pero lo consiguió. Los anclajes magnéticos resonaron al entrar en acción; las cámaras estancas encajaron en su lugar; y sus oídos emitieron un plop cuando la presión de la Chile se ajustó a la de la gigantesca nave. Lazarus flotó hacia la salida de la cubierta de la cámara de control, se izó mano sobre mano hasta la compuerta de contacto, y alcanzó la compuerta de pasajeros de la Nuevas Fronteras, para encontrarse frente al ingeniero-capitán.

El hombre le miró y resopló.

- Otra vez usted, ¿eh? ¿Por qué no ha contestado a nuestros avisos? No puede anclarse a nosotros, sin permiso; esto es una propiedad privada. ¿Qué es lo que pretende con esto?

- Pretendo - dijo Lazarus - que usted y sus muchachos vuelvan a la Tierra unos cuantos días antes... en esta nave.

- ¿Qué? ¡Esto es ridículo!

- Hermano - dijo Lazarus gentilmente, con su desintegradora asomando de pronto en su mano izquierda -, odiaría tener que hacerle daño después de que usted fuera tan gentil conmigo... pero le aseguro que se lo haré, a menos que se apresure a comportarse como un buen muchacho.

El oficial simplemente se le quedó mirando incrédulo. Algunos de sus compañeros aparecieron tras él; uno de ellos nadó por el aire, empezó a salir. Lazarus apuntó a su pierna y le lanzó un disparo de baja energía; el hombre se encogió y se sumió en la inconsciencia.

- Ahora tendrán que hacerse cargo de él - observó Lazarus.

Aquello dejó las cosas claras. El capitán hizo reunir a sus hombres llamándoles por el sistema de altavoces y diciéndoles que se presentaran en la compuerta de pasajeros; Lazarus los fue contando a medida que llegaban... veintinueve, una cifra que se había preocupado de averiguar en su primera visita. Asignó a dos hombres para que se hicieran cargo de cada uno de ellos. Luego echó una mirada al hombre contra quien había disparado.

- No estás realmente herido, chico - le dijo brevemente, y se giró hacia el capitán - ingeniero -. Tan pronto como los hayamos transferido, sométalo a una sesión de radiaciones para evitar que se le forme quemadura. Hay un botiquín de la Cruz Roja en el mamparo de atrás de la sala de control.

- ¡Esto es piratería! No puede usted apoderarse de esta nave.

- Probablemente no - admitió Lazarus pensativamente -. Pero confío en que lo consigamos. - Volvió a dedicar su atención a su trabajo -. ¡Vamos, aprisa! No podemos pasarnos hablando todo el día.

La Chile se estaba vaciando lentamente. Sólo podía ser utilizada aquella salida, pero la presión ejercida por la medio histérica multitud tras ella forzaba a los que estaban delante a través del cuello de botella del enlace entre las dos naves; zumbaban como abejas saliendo de una colmena agitada por un palo.

La mayoría de ellos nunca habían estado en caída libre antes de aquel viaje; penetraban en el enorme espacio de la gigantesca nave y derivaban indefensos, completamente desorientados. Lazarus intentó poner orden entre ellos reclutando a todos los que veía que parecían ser capaces de apañárselas en gravedad cero, ordenándoles que apresuraran las cosas y ayudaran a los incapaces... llevándolos hacia adelante, apartándolos del camino, dejando sitio para los otros miles que aún tenían que venir. Cuando hubo reclutado a una docena o así de aquellos colaboradores forzados vio a Barstow emergiendo por el enlace, lo sujetó, y le dijo que se hiciera cargo del traslado.

- Simplemente haz que no dejen de moverse. Yo voy a ir a la sala de control. Si localizan a Andy Libby, envíamelo.

Un hombre se abrió paso entre el fluir de gente y se acercó a Barstow.

- Hay una nave intentando anclarse a nosotros. La he visto por una compuerta.

- ¿Dónde? - preguntó Lazarus.

El hombre se veía impedido por su total desconocimiento de las naves y los términos astronáuticos, pero consiguió pese a todo hacerse entender.

- Voy a volver a la otra nave - le dijo Lazarus a Barstow -. No dejes que paren de moverse... y no dejes tampoco que ninguno de esos chicos haga alguna de las tuyas. Nuestros huéspedes, quiero decir. - Enfundó su desintegradora y se abrió camino a base de codazos y empujones por entre la serpenteante multitud en el cuello de botella.

Parecía que la compuerta a la que se había referido el hombre era la número tres. Sí, había algo allí. La compuerta tenía un ojo de buey con un cristal irrompible en él, pero en vez de las estrellas, Lazarus vio tan sólo un espacio iluminado por la otra parte. una nave de algún tipo se había anclado contra ella.

Sin embargo, sus ocupantes no habían intentado abrir la compuerta de la Chile, o tal vez simplemente no supieran cómo hacerlo. La compuerta no estaba bloqueada desde el

interior; no había ninguna razón para no haberlo hecho. Se hubiera abierto fácilmente desde cualquiera de los dos lados una vez equilibradas las presiones... como indicaba claramente la luz verde adosada a la compuerta.

Lazarus estaba desconcertado.

Se tratase de una nave de control de tráfico, un aparato del servicio naval, o de cualquier otro tipo, su presencia significaba malas noticias. ¿Pero por qué no simplemente abrían la puerta y entraban? Se sintió tentado a bloquear la compuerta desde el interior, y luego bloquear apresuradamente todas las demás, dejando la nave segura contra cualquier intrusión.

Pero su cualidad simiesca ancestral le dominó; no podía dejar de lado una cosa que no comprendía. Así que se comprometió asegurando la compuerta de modo que no pudiera abrirse desde el exterior, luego se deslizó hacia el ojo de buey, y se decidió a echar una cautelosa mirada fuera.

Se halló contemplando a Slayton Ford.

Se echó a un lado, soltó el seguro de la compuerta, la abrió. Aguardó allí, el pie sujeto en un asidero, la desintegradora en una mano, el cuchillo en la otra.

Una figura emergió. Lazarus vio que era Ford, pulsó de nuevo el botón para cerrar la puerta, la aseguró por dentro, sin apartar ni un momento su desintegradora del visitante.

- Ahora, ¿qué significa todo esto? - preguntó -. ¿Qué hace usted aquí? ¿Y a quién se ha traído consigo? ¿A la patrulla?

- Estoy solo.

- ¿Eh?

- Deseo ir con ustedes... si me admiten.

Lazarus se le quedó mirando y no respondió. Luego regresó junto al ojo de buey e inspeccionó todo lo que era capaz de ver desde allí. Parecía que Ford estaba diciendo la verdad, no había nadie más a la vista. Pero no era aquello lo que llamó más la atención a Lazarus.

Bien, la otra nave no era propiamente una nave espacial, en absoluto. No poseía una compuerta de aire, sino simplemente una esclusa para adherirse a una nave mayor; Lazarus estaba contemplando el casco de un estratoyate privado. Parecía como... si era un simple yate de recreo, un pequeño estratoyate privado utilizable tan sólo para trayectorias punto-a-punto, o como máximo para una cita con un satélite, contando con que el satélite pueda reaprovisionarlo de combustible para el largo regreso.

Pero no había combustible allí. Un piloto veterano posiblemente pudiera regresar a la Tierra con aquel pequeño juguete sin combustible, y pudiera contarle luego... pero Lazarus nunca se atrevería a intentarlo. ¡No, señor! Se giró hacia Ford.

- Suponga que le decimos que regrese. ¿Cómo pensaba hacerlo?

- Ni siquiera lo he imaginado - respondió simplemente Ford.

- Humm... Cuénteme lo que ha pasado, pero hágalo rápido; vamos apretados de tiempo.

Ford había quemado todas sus naves. Expulsado de su cargo hacía tan sólo unas horas, había sabido que, una vez se revelara todo, una prisión de por vida en Coventry era lo mejor que podía esperar para él... si conseguía evitar la violencia de las masas o el interrogatorio quebrantamientos.

Disponer el último acto de diversión había sido lo que finalmente lo había perdido en su intento de mantener el control. La explicación de sus acciones no había convencido al Consejo. Había disculpado la tormenta y la expulsión de los agentes de la reserva como un intento drástico de quebrar la moral de las Familias... una posible excusa, pero poco plausible. Sus órdenes a las patrullas navales para que se mantuvieran alejadas de la Nuevas Fronteras no habían sido aparentemente asociadas por nadie con el asunto de las Familias Howard; sin embargo, la aparente falta de una buena razón para haberlas dado había sido utilizada por la oposición como otra arma para destituirle. Habían estado

¿guardando cualquier cosa que sirviera para echársele encima... en el Consejo le fue hecha una pregunta relativa a unos ciertos fondos de los gastos de representación del Administrador que habían sido pagados indirectamente a un tal capitán Aaron Sheffield; ¿había sido gastado este dinero realmente en algo de un interés público?

Los ojos de Lazarus se abrieron más de la cuenta.

- ¿Quiere decir que estaban tras de mí?

- No creo. O de otro modo no estaría usted aquí. Pero debían andar cerca detrás de usted. Creo que después de todo debieron recibir un montón de ayuda por parte de mi propia gente.

- Probablemente. Pero lo hemos conseguido, así que no hay por que preocuparse. Vamos. Al minuto siguiente después de que modo el mundo haya abandonado esta nave y se haya metido en la grande partiremos. - Lazarus se giró para marcharse.

- Entonces, ¿me llevan con ustedes?

Lazarus comprobó la gente que faltaba transbordar, luego se giró hacia Ford.

- ¿Y qué otra cosa puedo hacer? - Al primer momento había estado tentado de mandar a Ford de vuelta en la Chile. No era la gratitud lo que le hizo cambiar de opinión, sino el respeto. Una vez había sido destituido, Ford se había dirigido directamente al Campo Huxley, al norte de la Torre Novak, había pedido un permiso para dirigirse al satélite de vacaciones Monte Cario, y en su lugar había saltado hasta la Nuevas Fronteras. Romper de aquel modo era algo que necesitaba un valor y una decisión que muy poca gente tenía. Sin siquiera tomar un cepillo de dientes... - Por supuesto que viene con nosotros - dijo alegremente -. Es usted el tipo de persona que me gusta, Slayton.

La Chile estaba medio vacía ya, pero el espacio cercano al corredor de intercambio seguía embotellado por una frenética multitud. Lazarus se abrió rudamente paso por entre ella, procurando no dañar innecesariamente a mujeres y niños, pero sin dejarles la posibilidad de que le frenasen. Cruzó el enlace con Ford agarrado a su cinturón, se echó a un lado una vez lo hubieron pasado, y se detuvo frente a Barstow.

Barstow miró tras él.

- Aja, es él - le confirmó Lazarus -. No mires así... es fuerte. Vendrá con nosotros. ¿Has visto a Libby?

- Estoy aquí, Lazarus - Libby salió de entre la masa y se acercó con la facilidad de un veterano habituado a la caída libre. Llevaba una pequeña bolsa sujeta a una muñeca.

- Bien. Vamos a lo importante. Zack, ¿cuánto tiempo crees que falta para terminar el embarque?

- Sólo Dios lo sabe. No puedo contar los que quedan. Una hora, quizá.

- Haz que sea menos. Si pones a algunos chicos rudos a cada lado de la abertura, pueden ir tirando de ellos y hacerlos salir más rápidamente de lo que lo están haciendo ahora. Debemos irnos de aquí lo más pronto que sea humanamente posible. Voy a la sala de control. Llámame en el momento mismo en que todo el mundo esté dentro y nuestros huéspedes fuera, y la Chile despegada de nosotros.. ¡Andy! ¡Slayton! Vámonos.

- Lazarus...

- Después, Andy. Hablaremos cuando hayamos salido de aquí.,

Lazarus se llevó a Slayton Ford con él, porque no sabía que otra cosa hacer con él y creía que sería mejor mantenerlo fuera de la vista de los demás hasta que pudieran inventar alguna excusa plausible para explicar el que se hubiera unido a ellos. Nadie parecía haber reparado todavía en su presencia, Pero cuando las cosas se hubieran calmado, el rostro de Ford, muy conocido por todo el mundo, requeriría una explicación.

La sala de control estaba a casi un kilómetro de distancia del lugar por donde habían entrado en la nave. Lazarus sabía que existía un camino que conducía directamente hasta allá, pero no tenía tiempo de buscarlo; simplemente siguió el primer pasillo que conducía hacia la proa. Tan pronto como dejaron atrás a la gente pudieron ir más rápidos,

pese a que Ford no estaba acostumbrado a las piscícolas maniobras propias de la caída libre como los otros dos.

Una vez allí, Lazarus mató la forzada espera explicándole a Libby los extremadamente ingeniosos pero poco ortodoxos controles de la nave estelar. Libby se sintió fascinado, y pronto estaba dejando volar su calculadora mente. Lazarus se giró hacia Ford.

- ¿Y qué hay con usted, Slayton? No iría mal tener un segundo piloto de reserva. Ford agitó la cabeza.

- Les he estado escuchando, pero nunca conseguiré aprenderlo. No soy piloto.

- ¿Eh? ¿Y cómo se las arregló para llegar hasta aquí?

- Oh. Tengo el título, pero nunca he tenido tiempo para practicar. Siempre ha pilotado mi chofer por mí. No he calculado una trayectoria en muchos años.

Lazarus lo miró atentamente.

- ¿Y sin embargo trazó una órbita de cita hasta aquí? ¿Sin reserva de combustible?

- Oh, eso. Bueno, tuve que hacerlo.

- Entiendo. Igual que un gato aprende a nadar. Bueno, es una forma. - Se giró de nuevo para decirle algo a Libby, pero fue interrumpido por la voz de Barstow por el sistema general de comunicaciones:

- ¡Cinco minutos, Lazarus! ¡Da el recibido! Lazarus tomó el micrófono, cubrió la luz que había debajo de él con una mano y respondió:

- ¡De acuerdo, Zack! ¡Cinco minutos! - Luego dijo -: Caramba, ni Quiera he trazado un rumbo. ¿Qué piensas tú, Andy? ¿Nos alejamos en línea recta de la Tierra para quitarnos cualquier perseguidor de la cola? ¿Y luego buscamos un destino? ¿Qué le parece, Slayton? ¿Encajaría esto con lo que usted ordenaría que hicieran as berzas navales? - ¡No, Lazarus, no! - protestó Libby. - ¿Eh? ¿Por qué no?

- Deberíamos dirigirnos directamente hacia el Sol.

- ¿Hacia el Sol? Por los cielos, ¿por qué?

- Intenté decírselo cuando lo vi antes. Es debido al impulso espacial que me pidió que desarrollara.

- Pero Andy, no tenemos nada de eso.

- Sí lo tenemos. Aquí. - Libby exhibió la bolsa que llevaba consigo.

Lazarus la abrió.

Ensamblado a partir de piezas heterogéneas de otros equipos con más parecido al resultado del trabajo casero de un muchacho que al producto de un laboratorio científico, el dispositivo que Libby había señalado como «impulsor espacial» no resistió el examen crítico de Lazarus. Frente a la pulida y sofisticada perfección de la sala de control, parecía algo desmañado, patético, ridículamente inadecuado.

Lazarus lo estudió tentativamente.

- ¿Qué es? - preguntó -. ¿Tu modelo?

- No, no. Es eso. El impulsor espacial. Lazarus miró al joven no sin cierta simpatía.

- Hijo - preguntó lentamente -, ¿no se te habrá ido un poco la cabeza?

- ¡No, no, no! - farfulló Libby -. Estoy tan cuerdo como pueda estarlo usted. Es una noción radicalmente nueva. Es por eso por lo que le pido que vayamos hacia el Sol. Si funciona, lo hará mucho mejor allá donde la presión de la luz es más fuerte.

- Y si no funciona - inquirió Lazarus -, ¿en qué nos convertiremos? ¿En manchas solares?

- No dirigirnos directamente al Sol. Pero sí apuntar hacia él, y tan pronto como pueda ir extrayendo los datos iré dándole las correcciones a fin de que giremos hacia la trayectoria adecuada. Mi intención es pasar cerca del Sol en una hipérbola muy poco pronunciada, muy dentro de la órbita de Mercurio, tan cerca de la fotosfera como la nave pueda resistir. No sé cuan cerca es esto, así que deberé trabajar sobre la marcha. Pero los datos estarán aquí en la nave y tendremos tiempo de correlacionarlos mientras avanzamos.

Lazarus miró de nuevo a aquella especie de jaula de grillos que era el aparato.

- Andy... si estás seguro de que los tornillos de tu cabeza están lo suficientemente apretados, correré el riesgo. Sujétense a sus asientos, los dos. - Se ató él también al sillón del piloto, y llamo Barstow -. ¿Cómo van las cosas, Zack?

- ¡Ahora!

- ¡Adelante pues! - Con una mano Lazarus cubrió una luz en el panel de control de su izquierda; la alarma de aceleración resonó en toda la nave. Con la otra mano cubrió otra luz; el hemisferio frente a él brilló repentinamente con el constelado firmamento, y Ford jadeó.

Lazarus lo estudió. Veinte grados del firmamento estaban oscurecidos por el círculo negro del lado nocturno de la Tierra.

- Nos sumergiremos primero en este rincón, Andy. Utilizaremos un poco de viento de Tennessee. - Empezó suavemente con un cuarto de gravedad, lo suficiente para sacudir a sus pasajeros y conseguir que fueran un poco más cautelosos, luego inició la lenta operación de precesionar la enorme nave en la dirección que necesitaba a fin de salir de la sombra de la Tierra. Aumentó la aceleración a media g, luego a una g.

La Tierra cambió bruscamente de una oscura silueta a un estilizado creciente plateado mientras medio grado del disco blanco del Sol surgía tras ella.

- Tengo intención de despegarme de ella a unos mil quinientos kilómetros, Regla de Cálculo - dijo Lazarus tensamente -, a dos g. Dame un vector temporal.

Libby vaciló tan sólo un momento y se lo dio. Lazarus hizo sonar de nuevo la alarma de aceleración e impulsó la nave a dos veces la gravedad normal de la Tierra. Lazarus estuvo tentado a utilizar a fondo el impulso, pero no se atrevió a hacerlo con una nave llena de marmotas; incluso dos gravedades sostenidas durante un largo período podían ser demasiado para algunas de ellas. Cualquier nave que saliera en su persecución con órdenes de interceptarlos podía acelerar a muchas más gravedades, y sus seleccionadas tripulaciones podían resistirlo. Pero era un riesgo que tenía que correr... y de todos modos, se recordó a sí mismo, ningún aparato naval podía mantener una alta aceleración durante mucho tiempo; sus kilómetros - segundo estaban estrictamente limitados por sus tanques de reacción de masa.

La Nuevas Fronteras no tenía tales límites anticuados, no poseía tanques; su conversor aceptaba cualquier tipo de masa, convirtiéndola en pura energía radiante. Cualquier cosa podía servir: Meteoritos, polvo cósmico, átomos dispersos atrapados por su Campo de barrido, o cualquier cosa de la propia nave, como desechos, cuerpos muertos, absolutamente cualquier cosa. La masa, la energía. Al morir, cada torturado gramo de materia proporcionaba novecientos millones de trillones de ergios de empuje.

El creciente de Tierra se hinchó y se deslizó hacia el ángulo izquierdo de la pantalla hemisférica mientras el Sol permanecía inmóvil al frente. Un poco más de veinte minutos después cuando el creciente, ahora en media fase, se estaba deslizando fuera de la pantalla, el circuito nave-a-nave entró en actividad

- ¡Nuevas Fronteras! - sonó una poderosa voz -. ¡Maniobre a una órbita y póngase al paio! ¡Es una orden del control oficial de tráfico!

Lazarus cortó el comunicador.

- De todos modos - dijo alegremente -, si intentan atraparnos ¡deberán hacerlo dentro del Sol! Andy, el camino está despejado ahora y quizá deberíamos corregir el tiempo. ¿Deseas computarlo? ¿O puedes proporcionarme ya los datos?

- Lo computaré - respondió Libby. Había descubierto ya que las características de la nave relativas a la astrogación, incluido su comportamiento como «cuerpo negro», estaban disponibles para ambos puestos de pilotaje. Armado con aquello, y con los datos suministrados por los instrumentos, empezó a calcular la hiperboloide con la que pretendía pasar cerca del Sol. Hizo un no muy convencido intento de utilizar el calculador balístico de la nave, pero le desconcertó; era un diseño al que no estaba acostumbrado, sin partes móviles de ninguna clase, ni siquiera en los controles exteriores. Así que

prefirió no malgastar tiempo y echó mano al extraño talento para los cálculos que estaba alojado en su cerebro. Su cerebro tampoco tenía partes móviles, pero estaba acostumbrado a manejarlo.

Lazarus decidió comprobar qué ocurría con la nave perseguidora. Conectó de nuevo el nave-a-nave, comprobó que había aún unas voces chillando irritadamente, aunque un poco más débilmente. Ahora sabían su nombre - uno de sus nombres -, lo cual le hizo pensar que los chicos de la Chile debían haber llamado inmediatamente al control de tráfico. Le hizo echarse a reír el oír entre todo aquel maremagnum que la licencia de piloto del «capitán Sheffield» había sido suspendida. Cortó la comunicación y probó las frecuencias navales... luego la cortó de nuevo cuando no fue capaz de captar nada excepto señales de código y balbuceos ininteligibles, excepto en una ocasión en que le llegaron claramente las palabras «Nuevas Fronteras».

Dijo algo acerca de «Palos y bastones molerán mis riñones...» y probó otra línea de investigación. Tanto el radar de largo alcance como el detector paragravitacional podían informarle de que había naves en sus inmediaciones, pero aquello le decía en realidad muy poco; se suponía que debía haber naves en aquellas proximidades de la Tierra, y no había ninguna forma de distinguir, por aquellos únicos datos, a una desarmada nave de línea o un carguero de un crucero naval persiguiéndoles tenazmente.

Pero la Nuevas Fronteras tenía más recursos para analizar lo que había a su alrededor que cualquier otra nave ordinaria; había sido especialmente equipada para enfrentarse por sí sola a cualquier condición extraña imaginable. La hemisférica sala de control en la que se encontraban era un enorme receptor de televisión con muchas pantallas, que podían duplicar el estrellado espacio tanto de proa como de popa a voluntad del piloto. Pero poseía también otros circuitos, mucho más sutiles; simultánea o separadamente, podía actuar también como una enorme pantalla de radar, mostrando todos los blips de cualquier cuerpo que estuviera dentro del radio de alcance del radar.

Pero esto era sólo el principio. Los inhumanos sentidos de la nave podían aplicar el análisis diferencial a los datos Doppler y mostrar el resultado en una analogía visual. Lazarus estudió el banco de control de su izquierda, intentando recordar todo lo que había oído al respecto, e hizo un cambio en su disposición.

Las simuladas estrellas e incluso el Sol palidieron hasta casi desvanecerse; aproximadamente una docena de luces destacaron brillantemente.

Ordenó al tablero que comprobara su movimiento angular; las brillantes luces se volvieron de color rojo cereza, se convirtieron en pequeños cometas arrastrando colas rosadas... todas menos una, que siguió mostrándose de color blanco y sin exhibir ninguna cola. Estudió las demás durante un momento, decidió que sus vectores eran tales que permanecerían siempre ajenas a ellos, y ordenó al tablero que comprobara la línea de visión Doppler de la que permanecía inmóvil en su intensidad.

Se desvaneció hacia el violeta, recorrió la mitad del espectro y se inmovilizó en el azul - verde. Lazarus pensó un instante, eliminó de la prueba sus propias dos gravedades de empuje; se volvió de nuevo blanca. Satisfecho, hizo las mismas pruebas con el visor de proa.

- Lazarus...

- ¿Sí, Lib?

- ¿Interfiero con lo que está haciendo si le doy las correcciones ahora?

- En absoluto. Simplemente estaba echando una ojeada. Si esta linterna mágica sabe lo que está haciendo, no tenemos por que Preocuparnos por ninguna persecución.

- Estupendo. Bueno, los cálculos son...

- Aliméntalos tú mismo, ¿quieres? Toma los controles por un momento. Voy a buscar algo de café y bocadillos. ¿Te apetece u buen desayuno?

Libby asintió medio ausente, empezando ya a revisar la trayectoria de la nave. Ford habló vehementemente, lo primero que decía desde hacía largo rato.

- Déjeme a mí. Yo me encargaré de ello. - Parecía patéticamente ansioso de ser útil.

- Humm... podría meterse en problemas, Slayton. No importa lo que pueda haber dicho Zack, es probable que su nombre esté aún «desacreditado» para la mayoría de los Miembros. Llamaré a popa y haré que venga alguien.

- Probablemente nadie me reconocerá en estas circunstancias - argumentó Ford -. De todos modos, es una diligencia legítima., puedo explicarlo.

Lazarus vio en la expresión de su rostro que era necesario para la moral del hombre.

- De acuerdo... si puede arreglárselas por usted mismo bajo dos g.

Ford luchó con todas sus energías para soltarse del sillón antiaceleración donde estaba metido.

- Tengo ya piernas espaciales. ¿Qué tipo de bocadillos?

- Yo lo querría de carne, pero imagino que probablemente será de algún maldito sustituto. Tráigamelo de queso, con pan de centeno si es posible, y mucha mostaza. Y un litro de café. ¿Qué quieres tú, Andy?

- ¿Yo? Oh, cualquier cosa me vale.

Ford empezó a salir, braceando pesadamente contra el doble peso, luego añadió:

- Oh... creo que ahorraremos tiempo si me dice adonde debo ir.

- Hermano - dijo Lazarus -, si esta nave no está bien provista de alimentos, entonces habremos cometido un terrible error. Busque por ahí. Seguramente encontrará algo.

Cayendo, cayendo, cayendo hacia el Sol, con la velocidad aumentando dos metros por segundo por cada segundo transcurrido. Durante aquel tiempo viajaron a lo largo de veintisiete millones de kilómetros y alcanzaron la inconcebible velocidad de mil veinticinco kilómetros por segundo. Las cifras significaban poco... piensen en su lugar que la distancia de Nueva York a Chicago, un viaje de media hora incluso con un estratocohete, podría ser recorrida a esta velocidad en un simple latido de corazón

Barstow pasó un mal rato durante el aumento de peso. Para todos los demás fue tiempo de permanecer tendidos, intentaría inútilmente dormir, respirando dolorosamente y buscando nuevas posiciones que aliviaran un poco el peso de sus propios cuerpos. Pero Zaccur Barstow se veía forzado por su sentido de la responsabilidad; siguió ocupándose de todo, sintiéndose envarado aquel horrible peso los había golpeado, luego se había quedado quieto, demasiado quieto. Ella se había erguido lo suficiente como para escuchar su corazón; luego, tras asegurarse de que es taba vivo, había vuelto a sumirse en el torpor.

Quince horas más tarde, con la órbita de Venus a tan sólo cuatro horas ante ellos, Libby cortó la impulsión. La nave siguió su camino en caída libre, con su terrible velocidad incrementándose todavía bajo la creciente atracción del Sol. Lazarus fue despertado por la ingravidez. Miró al sillón del copiloto y dijo:

- ¿En la curva?

- Como estaba planeado. Lazarus lo miró fijamente.

- De acuerdo. Lo hemos conseguido. Ahora lárgate de aquí y duerme un poco. Muchacho, pareces una toalla usada.

- Me quedaré aquí y descansaré.

- Un infierno harás. No has dormido ni siquiera cuando yo he estado de guardia; si te quedas aquí, seguirás observando los instrumentos y haciendo cálculos. ¡Así que lárgate! Slayton, lléveselo fuera.

Libby sonrió tímidamente y salió. Encontró los espacios a popa de la sala de control hormigueantes de cuerpos flotando, pero consiguió encontrar un rincón libre, pasó el cinturón de su kilt a través de un asidero, y se quedó inmediatamente dormido.

La caída libre hubiera debido representar un gran alivio para todos; no lo fue, excepto para la fracción de un uno por ciento que habían efectuado viajes espaciales. La náusea de la caída libre, como el mareo, es un chiste tan sólo para aquellos que no se ven

afectados; para los demás era algo dantesco. Había drogas antináusea a bordo, pero no fueron encontradas en seguida; había médicos entre las Familias, pero también estaban enfermos. La miseria era norma general.

El propio Barstow, acostumbrado desde hacía mucho al vuelo libre, flotó hacia la sala de control para pedir alivio para los menos afortunados.

- Lo están pasando muy mal - le dijo a Lazarus -. ¿No puedes iniciar una rotación de la nave sobre sí misma y proporcionarles así algo de alivio? Les ayudaría mucho.

- Y también haría mucho más difícil la maniobra. Lo siento Mira, Zack, una nave rápida será más importante para ellos e caso necesario que simplemente mantener sus cenas en sus es magos. Nadie se muere de mareo... que aguanten cuan puedan.

La nave siguió cayendo, ganando velocidad a medida que caía hacia el Sol. Los pocos que aún se sentían capaces continuaron asistiendo lentamente a la enorme mayoría que estaba enferma.

Libby siguió durmiendo, el incomparable sueño regreso - al - se - n0 - materno de aquellos que han aprendido a gozar de la caída libre. Casi no había dormido desde el día en que las Familias habían sido arrestadas; su mente abiertamente activa había pasado todo aquel tiempo ocupada con el problema del nuevo impulsor espacial.

La gran nave precesionó sobre sí misma; Libby se movió suavemente y no se despertó. Se quedó en una nueva postura, y la alarma de la aceleración fue la que finalmente lo despertó. Se orientó al momento, se situó plano contra el mamparo que tenía a sus espaldas, y aguardó; el peso le golpeó casi inmediatamente... tres gesta vez, y supo que algo iba condenadamente mal. Había tenido que recorrer casi cuatrocientos metros hacia popa antes de encontrar aquel sitio; de todos modos, saltó sobre sus pies e inició la penosa tarea de trepar aquellos cuatrocientos metros - yendo ahora hacia arriba - arrastrando tres veces su propio peso, mientras se maldecía a sí mismo por haberse dejado convencer por Lazarus y haber abandonado la sala de control. Había conseguido recorrer tan sólo una parte del trayecto - pero una parte heroica, parecida a subir las escaleras de un edificio de diez pisos llevando a un hombre sobre cada hombro - cuando la caída libre volvió de nuevo para gran alivio suyo. Se deslizó el resto del camino como un salmón regresando a su hogar y estuvo en seguida en la sala de control.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Tuve que utilizar un vector, Andy - dijo Lazarus pesarosamente. Slayton Ford no dijo nada, pero parecía preocupado.

- Sí, ya lo sé. ¿Pero por qué? - Libby estaba ya atándose en el sillón del copiloto mientras examinaba la situación astrogacional.

- Luces rojas en la pantalla. - Lazarus describió su posición, dando las coordenadas y los vectores relativos.

Libby asintió pensativamente.

- Un aparato naval. Ningún vehículo comercial puede hallarse en esa trayectoria. Un siembraminas de apoyo.

- Eso es lo que imaginé. No tuve tiempo de consultarte; tuve que utilizar los suficientes kilómetros - segundo como para asegurarme de que aceleraba lo bastante para que no pudiera alcanzarnos.

- Sí, había que hacerlo. - Libby parecía preocupado -. Pensaba que estábamos libres de cualquier posible interferencia naval.

- No son nuestros - dijo de pronto Slayton Ford -. No pueden ser nuestros, no importa las órdenes que hayan dado desde que ví esto, desde que me fui. Deben ser aparatos venusianos.

- Sí - asintió Lazarus -, tienen que serlo. Su amigo, el nuevo Administrador, ha debido ponerse en contacto con Venus pidiendo su ayuda, y aquí está... aunque imagino que tan sólo como no gesto amistoso de buena voluntad interplanetaria.

Libby apenas si escuchaba. Estaba examinando los datos y procesándolos en el calculador que tenía dentro de su cabeza

- Lazarus... esta nueva órbita no es demasiado buena.

- Lo sé - admitió tristemente Lazarus -. Tuve que hacer una zambullida... y lo hice en la única dirección que me dejaban abierta... más cerca del Sol.

- Demasiado cerca, quizá.

El Sol no es una estrella grande, no es muy caliente. Pero sí es caliente con referencia al hombre, lo suficiente como para golpearle hasta la muerte si éste se expone descuidadamente a sus rayos en un mediodía de los trópicos a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia de él, lo suficiente caliente como para que nosotros, que vivimos de sus rayos, no nos atrevamos a mirarlo directamente.

A la distancia de cuatro millones de kilómetros el Sol golpea con una intensidad cuatrocientas veces mayor que la mayor que se pueda recibir en el Valle de la Muerte, el Sahara o Adén. Tales radiaciones pueden ser no percibidas como calor o luz; pero pueden matar más repentinamente que la más intensa energía de una desintegradora. El Sol es una bomba de hidrógeno, una bomba natural; la Nuevas Fronteras estaba rozando los límites de su círculo de total destrucción.

La temperatura aumentaba dentro de la nave. Las Familias estaban protegidas contra la muerte instantánea por radiaciones gracias a paredes blindadas del casco, pero la temperatura del aire seguía subiendo. Se hallaban aliviadas de la miseria de la caída libre, pero que se sentían doblemente incómodas, tanto por el calor como por el hecho de que los mamparos estaban locamente curvados; no había ningún plano horizontal sobre el cual poder permanecer de pie o tenderse. La nave estaba ahora girando sobre su eje y acelerando a la vez; nunca se había intentado hacer las dos cosas juntas, y la suma de las dos aceleraciones, angular y lineal, hacía que lo que había sido antes «fuera»s convirtiera ahora en «abajo», y lo que había sido «popa» fue también «abajo». La nave necesitaba seguir girando sobre misma para permitir que algo de la energía radiante acumula fuera radiada de nuevo al espacio en el lado «frío». La aceleración igualmente necesaria, una maniobra desesperada para rebasar el Sol tan lejos como fuera posible y tan rápido como fuera posible a fin de perder menos tiempo en el perihelio, el punto de mayor aproximación.

Hacía calor en la sala de control. Incluso Lazarus se había quitado voluntariamente su kilt y permanecía al estilo venusiano. El metal estaba caliente al tacto. En la gran pantalla estrellada un enorme círculo de oscuridad señalaba allá donde debía hallarse el disco del Sol; los receptores habían suprimido automáticamente su poderosa emisión de energía. Lazarus repitió las últimas palabras de Libby.

- Treinta y siete minutos al perihelio. No podremos hacerlo, Andy. La nave no podrá resistirlo.

- Lo sé. Nunca pretendí pasar tan cerca.

- Por supuesto que no lo pretendiste. Quizá yo no hubiera debido maniobrar. Quizás hubiéramos podido evitar las minas de todos modos. Oh, bueno... - Lazarus encajó los hombros y prescindió de las posibilidades perdidas -. Hijo, me parece que ha llegado el momento de probar tu juguete - señaló con un dedo la destartada apariencia del «impulsor espacial» -. ¿Dices que todo lo que tienes que hacer es conectarlo?

- Eso es lo que se supone. Unir ese extremo a cualquier porción de la masa a la que deba afectar. Por supuesto, no sé si realmente funcionará - admitió Libby -. No hay forma de comprobarlo.

- ¿Supones que no lo hará?

- Hay tres posibilidades - respondió Libby metódicamente -. Sn primer lugar, puede que no suceda nada.

- En cuyo caso nos freiremos.

- En segundo lugar, nosotros y la nave podemos dejar de existir como la materia que conocemos.

- Muertos, quieres decir. Probablemente será una opción más agradable.

- Supongo que sí. No sé cómo será esa muerte. En tercer lugar, si mis hipótesis son correctas, nos alejaremos del Sol a una velocidad apenas ligeramente inferior a la de la luz.

Lazarus miró al dispositivo y se secó el sudor que resbalaba por Su rostro.

- Esto se está poniendo muy caliente, Andy. Conéctalo... ¡y que funcione lo mejor que pueda!

Andy lo conectó. Adelante - urgió Lazarus -. Aprieta el botón, mueve la palanca. corta el rayo, haz lo que sea necesario. Ponlo en marcha.

- Ya lo he hecho - insistió Libby -. Mira al Sol.

- ¿Eh? ¡Oh!

El gran círculo de oscuridad que había señalado la posición del Sol en la pantalla constelada de estrellas estaba reduciendo rápidamente su tamaño. En una docena de latidos de corazón perdió la mitad de su diámetro; veinte segundos más tarde se había reducido a una cuarta parte de su diámetro original.

- Ha funcionado - dijo Lazarus blandamente -. ¡Mírelo, Slayton! ¡Ha funcionado.

- Siempre pensé que lo haría - respondió Libby con seriedad -. Tenía que hacerlo, ya sabe.

- Humm... eso podía ser evidente para ti, Andy. Pero no para mí. ¿Cuan rápido estamos yendo?

- ¿Con relación a qué?

- Esto, con relación al Sol.

- No he tenido oportunidad de medirlo, pero parece que vamos justo por debajo de la velocidad de la luz. No podemos ir más aprisa.

- ¿Por qué no? Deja a un lado las consideraciones teóricas.

- Veremos todavía - Libby señaló hacia la pantalla.

- Sí, veremos - murmuró Lazarus -.

- ¡Hey! No vamos a ser capaces de verlo. Debo haber apagado el Doppler.

Libby pareció desconcertado, luego sonrió.

- El Doppler funciona correctamente. Por ese lado, en dirección al Sol, estamos viendo cómo las radiaciones cortas tienden hacia la visibilidad. Por el lado opuesto, estamos captando algo parecido a la longitud de ondas de la radio, que en el Doppler se acercan a las de la luz.

- ¿Y en medio?

- Deje de agujionearme, Lazarus. Estoy seguro de que usted puede calcular las sumas de los vectores relativos tan bien como pueda hacerlo yo.

- Tú lo calcularás - dijo Lazarus con firmeza -. Yo simplemente me quedaré sentado aquí admirándolo. ¿Eh, Slayton?

- Sí. Por supuesto que sí. Libby sonrió educadamente.

- Podríamos también dejar de malgastar masa volviendo a impulsión normal. - Hizo sonar la alarma, luego cortó la impulsión -. Ahora podemos regresar a las condiciones normales. - Empezó a desconectar su dispositivo.

- ¡Mantenlo, Andy! - dijo Lazarus rápidamente -. Aún no estamos fuera de la órbita de Mercurio. ¿Por qué frenar?

- Bueno, esto no va a detenernos. Hemos adquirido velocidad; la mantendremos.

Lazarus se tironeó la mejilla y miró a Libby.

- Normalmente estaría de acuerdo contigo. Según la Primera ley del Movimiento. Pero con esta pseudovelocidad no estoy tan seguro. La hemos obtenido por nada y no hemos pagado nada por ella... en energía, quiero decir. Pareces haber dado vacaciones a la

inercia; cuando terminen esas vacaciones, ¿no volverá esta velocidad gratis al punto desde donde empezó?

- No lo creo - respondió Libby -. Nuestra velocidad no es una «pseudo» nada; es tan real como pueda serlo una velocidad. Usted está intentando aplicar la lógica verbal antropomórfica a un campo en el cual no es pertinente. No esperará vernos transportados instantáneamente de regreso al bajo potencial gravitatorio a partir del cual hemos empezado, ¿verdad?

- ¿De vuelta a las condiciones de cuando conectaste tu impulsor espacial? No, nos hemos movido.

- Y seguiremos moviéndonos. Nuestra energía potencial gravitatoria recientemente adquirida a mayor altura por encima del Sol no es más real que nuestra actual energía cinética de velocidad. Ambas existen.

Lazarus pareció desconcertado. No seguía muy bien todo aquello.

- Creo que me estás confundiendo, Andy. No importa cómo lo hayamos hecho, pero parece que hemos tomado energía en algún lugar. Pero ¿de dónde? Cuando fui a la escuela, me enseñaron a honrar la Bandera, votar al partido idóneo, y creer en la Ley de la conservación de la energía. Parece como si tú la hubieras violado. ¿Qué me dices de eso?

- No se preocupe por ello - sugirió Libby -. La llamada ley de la conservación de la energía era simplemente una hipótesis de trabajo, no probada ni probable, utilizada para describir grandes fenómenos. Sus términos se aplican tan sólo a los viejos conceptos dinámicos del mundo. En un pleno concebido como una red estática de interrelaciones, una «violación» de esa «ley» es algo menos sorprendente que una función discontinua, algo para ser anotado y descrito. Eso es lo que hice. Vi una discontinuidad en el modelo matemático del aspecto de la masa - energía llamado inercia. La apliqué. El modelo matemático se convirtió en algo similar al mundo real. Éste era realmente el único peligro... uno nunca sabe que un modelo matemático es similar al mundo real hasta que lo prueba.

- Sí, sí, seguro, no puedes decir el sabor que tiene una cosa hasta que le das un mordisco... pero, Andy, ¡sigo sin ver qué es lo que lo causó! - Se giró hacia Ford -, ¿Puede usted, Slayton?

Ford agitó la cabeza.

- No. Me gustaría saberlo... pero dudo que pueda comprenderlo.

- Ni usted ni yo. ¿Y bien, Andy? Libby pareció decepcionado.

- Pero Lazarus, la casualidad no tiene nada que ver con el auténtico pleno. Un hecho simplemente es. La casualidad es simplemente un anticuado postulado de una filosofía precientífica.

- Supongo - dijo Lazarus lentamente - que yo soy anticuado.

Libby no dijo nada. Desconectó su aparato.

El disco de oscuridad siguió encogiéndose. Cuando se hubo reducido a una sexta parte de su diámetro original, cambió bruscamente del negro al blanco brillante, cuando la distancia de la nave al Sol fue de nuevo lo suficientemente grande como para permitir a los receptores manejar su intensidad.

Lazarus intentó calcular en su cabeza la energía cinética de la nave... la mitad del cuadrado de la velocidad de la luz (menos un poco, corrigió) multiplicado por el enorme tonelaje de la Nuevas Fronteras. La respuesta no lo tranquilizó, lo tradujera en ergios o en manzanas.

- Lo primero es lo primero - interrumpió Barstow -. Estoy tan fascinado por los sorprendentes aspectos científicos de nuestra situación actual como podáis estarlo vosotros, pero tenemos trabajo que hacer. Debemos establecer un plan para regular la

vida cotidiana inmediatamente. Así que dejemos a un lado la física matemática y hablemos de organización.

No estaba hablando a los depositarios, sino a sus propios lugartenientes personales, la gente clave que le había ayudado a poner en marcha las complejas maniobras que habían hecho posible su escapada: Ralph Schultz, Eve Barstow, Mary Sperling, Justin Foote, Clive Johnson, y aproximadamente otra docena.

Lazarus y Libby estaban allí. Lazarus había dejado a Slayton Ford de guardia en la sala de control, con órdenes de echar a cualquier visitante y, sobre todo, de no dejar que nadie tocara los controles. Era un trabajo de puro entretenimiento, la noción de Lazarus de una terapia ocupacional de orden temporal. Había captado en Ford una situación mental que no le gustaba. Ford parecía haberse encerrado en sí mismo. Respondía cuando le hablaban, pero eso era todo. Aquello preocupaba a Lazarus.

- Necesitamos un ejecutivo - dijo Barstow -; alguien que, en un futuro próximo, disponga de amplios poderes para dar órdenes y hacer que éstas se cumplan. Deberá tomar decisiones, organizarnos, asignar tareas y responsabilidades, hacer que la economía interna de la nave funcione. Es un trabajo enorme, y me gustaría que nuestros hermanos efectuaran una elección, y lo hicieran democráticamente. Pero eso tendrá que esperar; alguien debe empezar a dar órdenes ahora ya. Estamos malgastando comida, y la nave está... bueno, me gustaría que vieran el refrescador que intenté utilizar hoy.

- Zaccur...

- ¿Sí, Eve?

- Tengo la impresión de que lo que hay que hacer es poner las cosas en manos de los depositarios. Nosotros no tenemos ninguna autoridad; somos simplemente un grupo de emergencia que se ha encargado de algo que ahora ya ha terminado.

- Un momento... - era Justin Foote, con un tono tan seco y formal como su rostro -. Discrepo en algo de nuestra hermana. Los depositarios no están en absoluto en contacto con la actual situación; tomaría tiempo hacerles comprender cuál es exactamente antes de que pudieran ser capaces de juzgarla. Además, siendo como soy yo mismo uno de los depositarios, como grupo organizado, no puede tener ninguna jurisdicción debido a que legalmente ya no existe.

Lazarus pareció interesado.

- ¿Cómo puede decir esto, Justin?

- Muy sencillo: el consejo de depositarios era el custodio de una fundación que existía como parte de y en relación a una sociedad. Los depositarios nunca fueron un gobierno; sus únicas tareas se limitaban a las relaciones entre las Familias y el resto de la sociedad. Con el fin de esta relación entre las Familias y la sociedad terrestre, el consejo de depositarios, ipso facto, deja de existir. Esto ya es historia. Ahora que nos hallamos en esta nave ya no somos una sociedad, somos un grupo anárquico. Los que estamos aquí tenemos tanta, o tan poca autoridad para iniciar una sociedad como cualquier otra parte del grupo.

Lazarus aplaudió.

- Justin - convino -, es la más hermosa pieza de oratoria que he oído en un siglo. Dejemos madurarla un cierto tiempo y obtendremos un solipsismo.

Justin Foote pareció afligido.

- Obviamente... - empezó.

- ¡No! ¡No diga una palabra más! Me ha convencido, no lo estropee. Si las cosas están así, apresurémonos y tomemos al toro por los cuernos, ¿Qué opinas, Zack? Pareces el candidato lógico. Barstow agitó la cabeza.

- Conozco mis limitaciones. Soy un ingeniero, no un ejecutivo político; las Familias fueron sólo un hobby para mí. Necesitamos un experto en administración social.

Cuando Barstow les hubo convencido de lo que quería decir, fueron propuestos otros nombres, y sus cualificaciones debatidas en profundidad. En un grupo tan amplio como

las Familias había varios miembros que se habían especializado en ciencias políticas, muchos que habían servido en puestos públicos con evidente éxito.

Lazarus escuchaba; conocía a cuatro de los candidatos. Al final se acercó a Eve Barstow, la llevó a un lado y estuvo hablando con ella en voz baja. Ella pareció sorprendida, luego pensativa, y finalmente asintió.

Pidió la palabra.

- Quiero proponer a un candidato - empezó, con su siempre gentil tono de voz - que normalmente no se les ocurrirá a ustedes, pero que está incomparablemente mejor cualificado, por temperamento, educación y experiencia, para llevar a cabo este trabajo que cualquiera de los que han propuesto. Como administrador civil de la nave propongo a Slayton Ford.

Hubo un asombrado silencio, luego todos intentaron hablar a la vez.

- ¿Habrá perdido Eve la cabeza? ¡Ford está allá en la Tierra!

- No, no, no lo está. Lo he visto aquí... en la nave.

- ¡Pero esto queda fuera de toda cuestión!

- ¿Él? ¡Las Familias nunca lo aceptarán!

- Y aunque lo hicieran, no es uno de los nuestros.

Eve aguardó pacientemente hasta que se tranquilizaron.

- Sé que mi proposición suena ridícula, y admito las dificultades. Pero consideren las ventajas. Todos nosotros conocemos a Slayton Ford por su reputación y sus acciones. Todos ustedes saben, cada miembro de las Familias sabe, que Ford es un genio en su campo. Va a ser un trabajo duro el crear un plan de vida en conjunto en esta nave terriblemente superpoblada; el mejor talento al que podamos recurrir nunca será tan adecuado como él.

Sus palabras les impresionaron debido a que Ford era uno de esos raros casos en la historia, un hombre de Estado cuya fama había sido casi universalmente aceptada mientras aún vivía. Los historiadores contemporáneos le atribuían el mérito de haber salvado la Federación Occidental en al menos dos de sus mayores crisis de desarrollo; había sido la desgracia más que su fracaso personal lo que había hecho que su carrera resultara rota por una crisis imposible de resolver por medios ordinarios.

- Eve - dijo Zaccur Barstow -, estoy de acuerdo con su opinión sobre Ford, y me sentiría orgulloso de tenerle como nuestro ejecutivo. Pero, ¿y los demás? Para las Familias, para todos menos para los que nos hallamos aquí presentes, el señor Administrador Ford simboliza la persecución que hemos sufrido. Creo que esto hace de él un candidato imposible.

Eve siguió en su obstinación.

- No lo creo así. Imagino que todos estamos de acuerdo en que habremos de montar una campaña para explicar a los demás un montón de los embarazosos hechos que han ocurrido en los últimos días. ¿Por qué no hacerlo adecuadamente de modo que les convenzamos de que Ford es un mártir que se sacrificó a sí mismo para salvarles? Así fue, y ustedes lo saben.

- Humm... sí, es cierto. No es que se sacrificara en un principio por nosotros, pero no hay duda de que su sacrificio personal nos salvó. Pero será difícil convencer a los demás, convencerlos absolutamente de que deben aceptarlo y recibir órdenes de él, cuando para ellos es una especie de demonio personal... bueno, no sé. Creo que necesitamos la opinión de un experto. ¿Qué opina usted, Ralph? ¿Puede funcionar?

Ralph Schultz vaciló.

- La verdad de una proposición tiene muy poco o nada que ver con su psicodinámica. La noción de que «la verdad siempre prevalece» es simplemente un deseo piadoso; la historia no lo demuestra. El hecho de que Ford sea realmente un mártir a quien todos deberíamos rendir gratitud es irrelevante con respecto a la pregunta puramente técnica que me hacen. - Hizo una pausa para meditar -. Pero la proposición per se tiene ciertos

aspectos sentimentalmente dramáticos que conducen a una manipulación propagandística, incluso frente a la fuerte contraproposición corrientemente aceptada. Sí... sí, creo que podríamos vender la idea.

- ¿Cuánto tiempo necesitaría para ponerla en marcha?

- Humm... el espacio social implicado es a la vez «apretado» y «caliente», en la jerga que utilizamos nosotros; deberíamos ser capaces de conseguir un factor «k» altamente positivo en la cadena de reacción... si la cosa funciona. Pero se trata de un campo virgen y no sé qué rumores espontáneos están circulando por la nave. Si deciden hacerlo, deseo preparar algunos rumores antes de que levantemos la sesión, rumores que reparen la reputación de Ford... luego, tras un intervalo de unas doce horas, puedo difundir otro acerca de que Ford está realmente a bordo... porque desde un principio se lo jugó todo a nuestra carta.

- Esto, creo difícil que así fuera, Ralph.

- ¿Está usted seguro, Zaccur?

- No, pero... Bueno...

- ¿Lo ve? La verdad acerca de sus intenciones originales es un secreto entre él y su dios. Ni usted ni yo lo sabemos. Pero la dinámica de la proposición es un asunto completamente distinto. Zaccur, en el momento en que mi rumor llegue de vuelta hasta usted tras dar tres o cuatro vueltas, incluso usted empezará a pensárselo. - El especialista en psicometría hizo una pausa para mirar al vacío mientras consultaba una intuición refinada por casi un siglo de estudio matemático del comportamiento humano -. Sí, funcionará. Si desean hacerlo, podrán formular una declaración pública dentro de veinticuatro horas.

- ¡Entonces adelante! - dijo alguien.

Unos pocos minutos más tarde Barstow pidió a Lazarus que trajera a Ford al lugar donde estaban reunidos. Lazarus no le explicó para qué era requerida su presencia; Ford entró en el compartimento como un hombre entra en el tribunal que debe juzgarle, con la amarga certeza de que todo estará contra él. Su actitud indicaba fortaleza pero no esperanza. Sus ojos estaban tristes.

Lazarus había estado estudiando aquellos ojos durante las largas horas que habían permanecido juntos en la sala de control. Exhibían una expresión que Lazarus había visto muchas veces antes en su larga vida. El hombre condenado que ha perdido su última apelación, el suicida decidido, el cansado y vencido por la constante lucha contra todas las desventuras... los ojos de todos ellos tenían la misma expresión, hecha de la desesperanzada convicción de que su tiempo se había terminado.

Los ojos de Ford también la exhibían.

Lazarus la había visto aumentar y se había sentido desconcertado por ella. En realidad, todos ellos habían pasado por malos momentos, y los de Ford no habían sido peores que los de los demás. Además, la seguridad del peligro proporciona una expresión de vida; ¿por qué los ojos de Ford mostraban la señal de la muerte?

Finalmente Lazarus decidió que sólo podía ser debido a que Ford había alcanzado el estadio final en el que la mente llega a la conclusión de que el suicidio es necesario. ¿Pero por qué? Lazarus rumió aquello durante largas guardias en la sala de control y reconstruyó la lógica de todo aquello a su completa satisfacción. Allá abajo en la Tierra, Ford había sido alguien importante entre los de su propia especie, los de vida corta. Su prominente posición lo había hecho casi inmune al sentimiento de derrotada inferioridad que los longevos habían volcado sobre los hombres normales. Pero ahora era el único en una raza de Matusalenes.

Ford no poseía ni la experiencia de los viejos ni las esperanzas de los jóvenes; se sentía inferior a ambos, desesperadamente fuera de lugar. Estuviera en lo cierto o no, se sentía como un pensionista inútil, un impotente objeto de caridad.

Para una persona de la activa capacidad de trabajo de Ford, la situación era intolerable. Su orgullo y su fortaleza de carácter estaban derivando hacia el suicidio.

Cuando penetró en la sala donde se celebraba la reunión la mirada de Ford buscó la de Zaccur Barstow.

- ¿Me mandó llamar, señor?

- Sí, señor Administrador. - Barstow explicó brevemente la situación, y la responsabilidad que deseaban que asumiera -. No le forzamos a nada - concluyó -, pero necesitamos sus servicios si está usted dispuesto a prestárnoslos. ¿Lo hará?

El corazón de Lazarus pareció aligerarse cuando observó que la expresión de Ford cambiaba de la tristeza al asombro.

- ¿Realmente lo desean? - respondió Ford lentamente -, ¿No está burlándose de mí?

- ¡Por supuesto que lo deseamos!

Ford no respondió inmediatamente y, cuando lo hizo, su respuesta pareció irrelevante.

- ¿Puedo sentarme?

Le hicieron un lugar; se dejó caer pesadamente en la silla y se cubrió el rostro con las manos. Nadie habló. Finalmente, levantó la cabeza y dijo con voz firme:

- Si éste es su deseo, haré todo lo que sepa para cumplir con su voluntad.

La nave requería un capitán tanto como un administrador civil. Lazarus lo había sido hasta entonces, había representado el papel de capitán en su sentido más práctico, pero protestó cuando Barstow propuso que ostentase formalmente el título.

- ¡Hey, no! No yo. Simplemente podría pasarme todo el viaje jugando al ajedrez. Libby es su hombre. Serio, consciente, un antiguo oficial naval... exactamente el tipo adecuado para el trabajo.

Libby enrojeció cuando todos los ojos se clavaron en él.

- Bueno, la verdad - protestó -, aunque es cierto que he debido capitanear naves como parte de mis deberes, esto es algo que nunca me ha gustado. Soy un oficial de estado mayor por temperamento. No me siento como un comandante en jefe.

- ¿No ves que no puedes librarte de ello? - insistió Lazarus -. Tú inventaste ese trasto para ir aprisa, y tú eres el único que comprende cómo funciona. Te has ganado el empleo, muchacho.

- Pero eso no tiene nada que ver - suplicó Libby -. Estoy completamente de acuerdo en ser el astrogador, puesto que eso está en consonancia con mis habilidades. Pero prefiero mucho más servir a las órdenes de un comandante en jefe.

Lazarus se sintió complacido entonces al ver cómo Slayton Ford se había hecho cargo inmediatamente de sus funciones; el hombre enfermo había desaparecido, ahora era de nuevo el ejecutivo:

- No importan sus preferencias personales, comandante Libby; todos nosotros debemos hacer lo que podamos. Yo he aceptado dirigir la organización social y civil; esto está en consonancia con mis habilidades. Pero no puedo mandar la nave como tal nave; no estoy entrenado para ello. Usted sí lo está. Así que debe hacerlo.

Libby enrojeció hasta las orejas e insistió:

- Lo haría si fuera el único. Pero hay centenares de hombres del espacio entre las Familias, y seguro que docenas de ellos poseen más experiencia y talento para mandar que yo. Si los busca, encontrará al hombre adecuado.

- ¿Qué piensa usted, Lazarus? - dijo Ford.

- Hum. Puede que Andy tenga razón. Un capitán debe ponerlo todo en su nave... o dejarlo estar. Si Libby no desea aceptar el mando, quizá debamos buscar en otro lado.

Justin Foote poseía una lista microfilmada de los Miembros de las Familias consigo, pero no disponían de ningún visor a mano con el cual examinarla. Sin embargo, la memoria de la docena amplia de reunidos dio como resultado varios candidatos. Finalmente designaron al capitán Rufus «Insensible» King.

Libby estaba explicando las consecuencias de su impulsor a presión lumínica a su nuevo comandante en jefe.

- La localización de nuestros destinos alcanzables se halla contenida en un haz de paraboloides que tienen sus vértices en tangente a nuestro rumbo actual. Esto presupone que la aceleración por medio de la impulsión normal de la nave deberá ser siempre aplicada de modo que la magnitud de nuestro actual vector, justo por debajo de la velocidad de la luz, sea mantenida constante.

Eso requerirá que la nave esté lentamente precesionada durante toda la maniobra de aceleración. Pero la operación no necesitará ser demasiado minuciosa debido a la enorme diferencia de magnitud entre nuestro actual vector y los vectores de maniobra que se hallan impresos en el aparato. Puede pensarse en ello en líneas generales como si se tratara de acelerar en ángulo recto con respecto a nuestro rumbo.

- Sí, sí, entiendo - interrumpió el capitán King -, pero ¿de dónde supone usted que los vectores resultantes deberán ser siempre iguales a nuestro actual vector?

- Bueno, no necesitan serlo, si el capitán decide otra cosa - respondió Libby, aparentemente desconcertado -, pero aplicar un componente que puede reducir el vector resultante por debajo de nuestra actual velocidad podría simplemente causarnos un ligero retraso sin incrementar el alcance de nuestra actual localización de los posibles destinos. El efecto incrementaría tan sólo nuestro tiempo de vuelo, hasta generaciones, incluso siglos, si la resultante...

- ¡Seguro, seguro! Conozco la balística básica, señor. ¿Pero por qué rechaza usted la otra alternativa? ¿Por qué no incrementar nuestra velocidad? ¿Por qué no puedo acelerar directamente a lo largo de mi curso actual si así lo decido?

Libby pareció preocupado.

- El capitán puede hacerlo, si lo ordena así. Pero sería un intento de rebasar la velocidad de la luz. Se ha supuesto que esto es imposible...

- Ahí es exactamente a donde iba. «Supuesto». Siempre me he preguntado si tal suposición era justificada. Ésta parece ser una buena ocasión para comprobarlo.

Libby vaciló, con su sentido del deber luchando contra las exaltadas tentaciones de la curiosidad científica.

- Si ésta fuera una nave de investigación, capitán, me sentiría ansioso por intentarlo. No puedo visualizar las condiciones en que nos hallaríamos si rebasáramos la velocidad de la luz, pero me parece que nos veríamos enteramente desligados del espectro electromagnético en cuanto a lo que se refiere a los demás cuerpos. ¿Cómo lo haríamos para astrogar en esas condiciones? - Libby tenía algo más que tan sólo la teoría para preocuparle; actualmente estaban ya «viendo» tan sólo por visión electrónica. Para el ojo humano el hemisferio tras ellos, a lo largo de su rumbo, era una inmensa negrura; las más cortas radiaciones habían dopplerado a longitudes de onda demasiado largas para el ojo. En la dirección hacia la cual avanzaban las estrellas aún podían ser vistas, pero su «luz» visible estaba formada por las ondas hertzianas más largas arremolinadas por la enorme velocidad de la nave. Oscuras «radioestrellas» brillaban en primera magnitud; estrellas pobres en ondas de radio se habían desvanecido en la oscuridad. Las constelaciones familiares habían cambiado hasta más allá de un fácil reconocimiento. El hecho de que estaban viendo a través de una visión distorsionada por el efecto Doppler era confirmado por el análisis espectral; las rayas del Fraunhofer no sólo se habían corrido hacia el violeta, sino que habían pasado más allá, fuera de visión, y pautas hasta entonces desconocidas las habían reemplazado.

- Humm... - replicó King -. Entiendo lo que quiere decir. ¡Pero me gustaría intentarlo, maldita sea si no lo hago! Aunque admito que queda fuera de cuestión con pasajeros a bordo. Muy bien, prepáreme rumbos de aproximación a estrellas del tipo «G» que se

hallen dentro de la localización en forma de trompetilla que ha señalado y no demasiado lejos. Digamos diez años luz para nuestra primera búsqueda.

- Sí, señor. Ya lo tengo. No puedo ofrecerle nada en esa zona que sea del tipo «G».

- ¿Sí? Está muy solitario eso, ¿eh? ¿Y bien?

- Tenemos a Tau Ceti dentro de la localización, a once años luz.

- Una G5, ¿eh? No demasiado buena.

- No, señor. Pero tenemos una de auténtico tipo Sol, una G2... catálogo ZD9817. Pero está a una distancia de más del doble. El capitán King se mordisqueó un nudillo.

- Supongo que tendremos que someterlo a los más viejos. ¿Cuánto tiempo subjetivo de ventaja tenemos a nuestro favor?

- No lo sé, señor.

- ¿Eh? ¡Bueno, calcúlelo! O deme los datos y lo haré yo. No pretendo ser tan buen matemático como usted, pero cualquier cadete podría resolverlo. Las ecuaciones son bastante sencillas.

- Así es, señor. Pero no dispongo de los datos para sustituir en la ecuación de la contracción del tiempo... puesto que no tengo medios para medir la velocidad de la nave. El corrimiento hacia el violeta ha perdido su utilidad; no sabemos lo que significan esas rayas. Me temo que deberemos aguardar hasta que hayamos podido establecer una base de cálculo más amplia.

King suspiró.

- Señor, algunas veces me pregunto por qué me habré metido en este negocio. Bueno, ¿es usted capaz de aventurar alguna suposición aceptable? ¿Mucho tiempo? ¿Poco tiempo?

- Esto... mucho tiempo, señor. Adiós.

- ¿Sí? Bueno, ya lo he sudado en peores naves. Años, ¿eh? ¿Juega al ajedrez?

- Sí, señor - Libby se abstuvo de mencionar que había dejado de jugar hacía tiempo por falta de competidores adecuados.

- Parece que vamos a tener montones de tiempo para jugar. Peón de rey a rey cuatro.

- Caballo de rey a alfil tres.

- Un jugador poco ortodoxo, ¿eh? Bueno, le contestaré más tarde. Supongo que será mejor que intente bloquear el G2 aunque eso me tome más tiempo... y supongo que será mejor que avisemos a Ford para que empiece a tomar medidas. No podemos dejar que la claustrofobia haga estragos.

- Sí, señor. ¿Mencioné el tiempo de aceleración? Se necesita un año de la Tierra, subjetivo, a un g negativa, para devolvernos a velocidades estelares.

- ¿Eh? Deceleraremos del mismo modo que aceleramos... con su impulsión por presión lumínica. Libby agitó la cabeza.

- Lo siento, señor. La desventaja de la impulsión por presión lumínica es que no establece ninguna diferencia fuera cual fuese su anterior rumbo y velocidad; si empieza usted sin inercia en las inmediaciones de una estrella, su presión lumínica lo arroja a usted lejos de ella como un corcho golpeado por una corriente de agua. Su momento anterior queda cancelado cuando usted cancela su inercia.

- Bueno - admitió King -, supongo que seguiremos su esquema. No puedo argumentar todavía con usted; aún hay muchas cosas de este aparatito suyo que no acabo de comprender.

- Hay muchas cosas de él - respondió Libby seriamente - que yo tampoco comprendo.

La nave había rebasado la órbita de la Tierra menos de diez minutos después de que Libby conectara su impulsor espacial. Lazarus y él habían discutido los esotéricos aspectos físicos del asunto mientras cruzaban la órbita de Marte... menos de un cuarto de hora después. El sendero de Júpiter estaba aún distante cuando Barstow convocó la conferencia de organización. Pero necesitó una hora para localizarlos a todos en la

atestada nave; cuando les llamó al orden estaban ya a mil seiscientos millones de kilómetros de distancia, más allá de la órbita de Saturno... y el tiempo transcurrido desde el ¡Adelante! era menos de una hora y media.

Pero las distancias se hacían más largas después de Saturno.

Cruzaron la órbita de Urano cuando se hallaban aún en plena discusión. Sin embargo, el nombre de Ford fue pronunciado y aceptado antes de que la nave llegara a la misma distancia del Sol que Neptuno. King había sido nombrado capitán, se había hecho cargo de su nuevo mando con Lazarus como guía, y se hallaba en conferencia con su astrogador cuando la nave cruzó la órbita de Plutón a unos seis mil millones de kilómetros espacio adentro, pero aún no habían pasado seis horas desde que la luz del Sol los hubiera arrojado de su lado con sus poderosos rayos.

Sin embargo, aún no se hallaban fuera del Sistema Solar, aunque entre ellos y las estrellas ya no había nada excepto el hogar de invierno de los cometas del Sol y los escondites de los hipotéticos planetas transplutonianos... un espacio en el cual el Sol todavía mantiene su fuerza gravitatoria aunque difícilmente puede decirse que sean aún sus dominios. Pero incluso las estrellas más próximas estaban a años luz de distancia. La Nuevas Fronteras había puesto rumbo hacia ellas a un paso que rozaba los talones de la velocidad de la luz... atravesando un frío y desolado espacio.

Lejos, lejos, y aún más lejos... hacia las solitarias profundidades donde las líneas del mundo son casi rectas, no distorsionadas por la gravitación. Cada día, cada mes... cada año... su larguísimo vuelo les llevaba más y más lejos de toda humanidad.

Segunda parte

1

La nave siguió su camino, sola en el desierto de la noche, con cada año luz tan vacío como el anterior. Las Familias construyeron un modo de vivir en ella.

La Nuevas Fronteras era aproximadamente cilíndrica. Cuando no estaba bajo aceleración, giraba sobre su eje para proporcionar un pseudopeso a sus pasajeros cercanos al casco exterior de la nave; los compartimentos exteriores o «inferiores» eran las habitaciones, mientras que los interiores o «superiores» eran almacenes y compartimentos auxiliares. Los intermedios eran las tiendas, las granjas hidropónicas y todo lo demás. A lo largo del eje, de proa a popa, se hallaban la sala de control, el conversor, y el impulsor principal.

El diseño era muy similar al de los grandes cargueros interplanetarios en uso por aquella época, pero hay que tener en cuenta su enorme tamaño. Era una ciudad, con mucho espacio para una colonia de veinte mil personas, que se suponía se verían complementadas con otras diez mil o hasta incluso verían doblado su número durante el largo viaje hasta Próxima Centauri.

Sin embargo, enorme como era, los cien mil y más componentes de las Familias se veían apretujados por su número cinco veces superior al previsto.

Fue preciso aceptar la necesidad de recurrir al sueño a bajas temperaturas para una parte de los ocupantes de la nave. Convirtiendo parte del espacio de recreo de los niveles inferiores en almacenes, se consiguió habilitar un espacio para tal finalidad. Los soñolientos requieren aproximadamente un uno por ciento del espacio necesitado por los humanos activos y funcionales; a su debido tiempo, la nave gozó del espacio suficiente para todos aquellos que permanecían despiertos. Los voluntarios para el sueño a bajas temperaturas no fueron numerosos al principio... todos eran tremendamente conscientes de la muerte puesto que ésta era su única herencia; el sueño a bajas temperaturas se parecía demasiado al Último Sueño. Pero la gran incomodidad del extremado

hacinamiento, combinada con la también extrema monotonía del interminable viaje, hicieron cambiar de opinión rápidamente a muchos, los suficientes para proporcionar una reserva suficiente de candidatos a la pequeña muerte al mismo ritmo al que podían ir siendo acomodados.

Aquellos que permanecían despiertos se dedicaban en cuerpo y alma a los trabajos asignados... el mantenimiento de la nave, el cuidado de las granjas hidropónicas y la maquinaria auxiliar de la nave y, mucho más especialmente, el propio cuidado de los soñolientos. Los biomecánicos habían elaborado complejas fórmulas empíricas describiendo el deterioro corporal y las medidas que debían ser tomadas para evitarlo bajo las diversas condiciones de aceleración, temperatura ambiente, drogas utilizadas, y otros factores tales como la edad metabólica, masa corporal, sexo y demás. Utilizando los compartimentos superiores, de bajo peso, el deterioro causado por la aceleración (es decir, el simple peso de los tejidos corporales sobre sí mismos, que conduce a los pies planos o a las llagas producidas por una estancia demasiado prolongada en la cama) podía ser reducido al mínimo. Pero todo el cuidado de los soñolientos debía efectuarse a mano... girarlos, darles masaje, comprobar el azúcar en la sangre, revisar los débiles movimientos del corazón, todas las pruebas y servicios necesarios para asegurarse que el extremadamente reducido metabolismo no los deslizaría hacia la muerte. Excepto una docena de alvéolos en la enfermería de la nave, ésta no había sido diseñada para pasajeros en sueño a bajas temperaturas; no había sido prevista maquinaria automática. Todo aquel tedioso cuidado de decenas de miles de soñolientos debía ser efectuado a mano.

Eleanor Johnson corrió hacia su amiga Nancy Weatheral en el refectorio 9 - D... llamado «El club» por sus habituales, y otras cosas menos halagadoras por aquellos que lo evitaban. La mayoría de sus frequentadores eran jóvenes y ruidosos. Lazarus era el único viejo que comía a menudo allí. No le importaba el ruido, antes al contrario, le gustaba.

Eleanor se inclinó hacia su amiga y le besó por detrás en el cuello.

- ¡Nancy! ¡Así que estás de nuevo despierta! ¡Me alegra verte! Nancy pareció acabar de despertarse.

- Hola, chica. No me derrames el café.

- ¡Bueno! ¿No te alegras de verme?

- Claro que sí. Pero olvidas que mientras para ti ha pasado un año, para mí fue sólo ayer. Y aún estoy medio dormida.

- ¿Cuánto tiempo hace que has despertado, Nancy?

- Un par de horas. ¿Cómo está ese chico tuyo?

- Oh, está bien. - El rostro de Eleanor Johnson resplandeció -. No lo conocerías... ha crecido una barbaridad este último año. Me llega casi al hombro, y cada día que pasa se parece más a su padre.

Nancy cambió de tema. Los amigos de Eleanor procuraban mantener al fallecido marido de Eleanor fuera de la conversación.

- ¿Qué has estado haciendo mientras yo dormitaba? ¿Sigues enseñando en primaria?

- Sí. O mejor dicho, no. Estoy en el grupo de edad donde está mi Hubert. Actualmente está en secundaria.

- ¿Por qué no te tomas unos cuantos meses de sueño y te liberas un poco de todo ese trabajo, Eleanor? Te harás vieja pronto si continúas así!

- No - rechazó Eleanor -, no hasta que Hubert sea lo suficiente mayor como para no necesitarme.

- No seas sentimental. La mayoría de las voluntarias son mujeres con hijos pequeños. No se lo reprocho en absoluto. Mírame a mí... desde mi punto de vista, un viaje hasta tan lejos me habrá ocupado tan sólo siete meses. Podría hacer el resto de él cabeza abajo.

Eleanor parecía testaruda.

- No, gracias. Eso quizá sea bueno para ti, pero yo me siento muy bien tal como soy.

Lazarus se había sentado a la misma mesa y le estaba causando tremendos estragos a un sangrante solomillo.

- Tiene miedo de perderse algo - explicó -. No se lo reprocho. Yo también. Nancy cambió su táctica.

- Entonces ten otro hijo, Eleanor. Te aliviará de tus deberes de rutina.

- Se necesitan dos para arreglar eso - hizo notar Eleanor.

- Eso no tiene ningún problema. Aquí está Lazarus, por ejemplo. Haría un buen padre.

Eleanor pareció estudiar la proposición. Lazarus enrojeció bajo su permanente bronceado.

- De hecho - observó tranquilamente Eleanor -, ya se lo pro - Puse, pero declinó la invitación.

Nancy farfulló algo con la nariz metida dentro de su café y miró rápidamente de Lazarus a Eleanor.

- Lo siento. No lo sabía.

- No importa - respondió Eleanor -. Se debe simplemente a que yo soy una de sus biznietas, en cuarto grado de parentesco.

- Pero... - Nancy luchó con la costumbre del respeto a la intimidad -. Bueno, maldita sea, esto está dentro de los límites permisibles de la consanguinidad. ¿Cuál es el problema? ¿O debería callarme?

- Deberías callarte - admitió Eleanor. Lazarus se agitó incómodo.

- Sé que estoy chapado a la antigua - admitió -, aunque haya tirado por la borda algunas de mis ideas hace ya un cierto tiempo. Genética o no genética, simplemente no me sentiría bien casándome con una de mis biznietas.

Nancy pareció asombrada.

- ¡Ya lo creo que eres chapado a la antigua! - Y añadió -: O quizá simplemente seas tímido. Estoy tentada de proponértelo yo y descubrirlo.

Lazarus la miró fijamente.

- Adelante, hazlo, y verás la sorpresa que te llevas. Nancy le dirigió una mirada indiferente.

- Humm... - meditó.

Lazarus intentó mantener la mirada de las dos mujeres, luego desvió los ojos.

- Debo pedirlos que me disculpéis - dijo nerviosamente -. Tengo trabajo que hacer.

Eleanor apoyó suavemente una mano sobre su brazo.

- No te vayas, Lazarus. Nancy es una gata y no puede remediarlo. Cuéntanos algo de los planes de aterrizaje.

- ¿Qué es eso? ¿Vamos a aterrizar? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Lazarus, sintiéndose algo ablandado, se lo dijo. La estrella G2, o tipo Sol, hacia la cual habían dirigido su rumbo hacía varios años, estaba ahora a menos de un año luz de distancia - a un poco más de siete meses luz -, y era posible inferir por métodos parainterferométricos que la estrella (ZD9817, o simplemente «nuestra» estrella) tenía planetas de algún tipo a su alrededor.

Pasado otro mes, cuando la estrella estuviera a medio año luz de distancia, empezaría la deceleración. La rotación sería suprimida, y durante un año la nave frenaría a una gravedad, terminando su recorrido cerca de la estrella a velocidad más interplanetaria que interestelar, y se iniciaría la búsqueda de un planeta apto para dar soporte a la vida humana. La búsqueda sería rápida y fácil, puesto que los únicos planetas que les interesaban eran aquellos que se mostraran claramente brillantes, como Venus desde la Tierra; no estaban interesados en los elusivos planetas fríos, como Neptuno o Plutón, visibles como lejanas sombras, ni en tórridas cenizas como Mercurio, sumergidos en las llameantes proximidades de la estrella madre.

Si no encontraban ningún planeta parecido a la Tierra, entonces deberían continuar acercándose al sol extranjero y alejarse de nuevo utilizando la presión de la luz, para reasumir su búsqueda de un hogar en algún otro lugar... con la diferencia de que esta vez, no siendo perseguidos por la policía, podrían seleccionar minuciosamente su nuevo rumbo.

Lazarus explicó que la Nuevas Fronteras no podría de todos modos posarse en ningún caso en el planeta; era demasiado grande para planetizar, su propio peso la despedazaría. En vez de ello, si encontraban un planeta, quedaría inmovilizada en una órbita de aparcamiento a su alrededor mientras los equipos de exploración bajaban en las naves auxiliares.

Tan pronto como pudo dejar a las dos jóvenes, Lazarus se dirigió al laboratorio donde las Familias proseguían sus investigaciones sobre metabolismo y gerontología. Esperaba encontrar allí a Mary Sperling; el encuentro con Nancy Weatheral le había hecho sentir la necesidad de su compañía. Si alguna vez se decidía a casarse de nuevo, se dijo, Mary era más de su estilo. No consideraba de todos modos seriamente aquella posibilidad; tenía la impresión de que una unión entre Mary y él sería como un ridículo aroma a lavanda en un ajado y viejo lazo.

Mary Sperling, sintiéndose enjaulada en la nave y no deseando aceptar la muerte simbólica del sueño a bajas temperaturas, había desviado su miedo a la muerte hacia canales constructivos presentándose voluntaria como ayudante de laboratorio en las constantes investigaciones sobre la longevidad. No era una bióloga entrenada, pero tenía unos dedos hábiles y una mente ágil; los pacientes años del viaje la habían convertido en una valiosa asistente del doctor Gordon Hardy, jefe de investigaciones.

Lazarus la encontró atendiendo al tejido inmortal de corazón de pollo conocido por el personal del laboratorio como la «señora Parienta». La señora Parienta era tan vieja como cualquier miembro de las Familias excepto posiblemente el propio Lazarus; era una creciente masa del tejido original obtenido por las Familias del Instituto Rockefeller en el siglo veinte, y los tejidos habían Permanecido vivos desde principios del siglo veinte hasta entonces. El doctor Hardy y sus predecesores habían mantenido vivo aquel trozo de carne durante más de dos siglos, utilizando las técnicas Carrel-Lindbergh-O'Shaug... y la señora Parienta seguía floreciendo.

Gordon Hardy había insistido en tomar el tejido y el aparato que tanto apreciaba y llevarlo consigo a la reserva cuando fue arrestado; se había mostrado igualmente terco acerca de no desprenderse del tejido viviente durante la escapada en la Chile. Ahora, la señora Parienta seguía viviendo y creciendo en la Nuevas Fronteras: veinte o veinticinco kilos de ella... ciega, sorda y descerebrada, pero viva.

Mary Sperling estaba reduciendo su tamaño.

- Hola, Lazarus - lo saludó -. Espera Un momento. Tengo que mantener el tanque abierto. La observó mientras cortaba el tejido excedente.

- Mary - murmuró -, ¿qué es lo que hace que esa cosa siga viva?

- Creo que has hecho la pregunta al revés - respondió ella, sin levantar la vista -. La forma adecuada de hacerla es: ¿por qué debería morir? ¿Por qué no debería seguir viviendo siempre?

- ¡Y yo desearía por todos los diablos que muriera! - les llegó desde atrás la voz del doctor Hardy -. Así entonces podría examinarla y descubrir el porqué.

- Nunca lo descubrirá de la señora Parienta, jefe - respondió Mary, con manos y ojos aún ocupados -. La clave del asunto reside en las gónadas... y ella no tiene.

- Humm... ¿Qué es lo que sabe usted de eso?

- Una intuición femenina. ¿Qué es lo que usted sabe de ello?

- ¡Nada, absolutamente nada! Lo cual me sitúa delante de usted y de su intuición.

- Quizá. De todos modos - añadió Mary astutamente -, le conocí a usted antes de que le quitaran los pañales.

- Una típica argumentación femenina. Mary, ese trozo de músculo cacareó y puso huevos antes de que ninguno de nosotros dos hubiera nacido, aunque él no lo sepa. - Se giró hacia Lazarus frunciendo el ceño -. Lazarus, me gustaría poder cambiar esto por un par de carpas, macho y hembra.

- ¿Por qué carpas? - preguntó Lazarus.

- Porque las carpas no parecen morir. Pueden ser muertas, o comidas, o morir de hambre, o sucumbir a la infección, pero por lo que sabemos no mueren.

- ¿Por qué no?

- Eso es lo que estaba intentando descubrir cuando fuimos lanzados a este condenado safari. Poseen una sorprendente flora intestinal y puede que esto tenga algo que ver con el asunto. Pero creo que más bien tiene que ver con el hecho de que nunca dejan de crecer. Mary dijo algo inaudible. Hardy dijo:

- ¿Qué está usted murmurando? ¿Otra intuición?

- Dije: «las amebas no mueren». Usted mismo dijo que cada ameba que vive en la actualidad ha permanecido viva durante, oh, cincuenta millones de años o así. Y sin embargo ellas no crecen indefinidamente, y seguro que tampoco tienen flora intestinal.

- No tienen tripas - dijo Lazarus, y parpadeó.

- Vaya retruécano, Lazarus. Pero lo que he dicho es cierto. No mueren. Simplemente se desdoblán y siguen viviendo.

- Tengan o no tripas - dijo Hardy impacientemente -, podrían ser una estructura paralela. Pero me siento frustrado por la falta de sujetos de experimentación. Lo cual me hace recordar: Lazarus, me alegra que haya venido por aquí. Desearía pedirle un favor.

- Adelante, hable. Puede que me pille en un momento blando.

- Usted es en sí mismo un caso interesante, ya sabe. No ha seguido nuestro esquema genético; se ha anticipado a él. No deseo que su cuerpo vaya a parar al conversor; me gustaría examinarlo.

Lazarus resopló.

- No se haga ilusiones conmigo, amigo. Mejor dígame a su sucesor que se preocupe por ello... puede que no viva usted tanto tiempo. ¡Y le apuesto lo que quiera a que nadie husmeará en torno a mi cadáver!

El planeta que habían estado deseando estaba allí cuando enfocaron los instrumentos hacia él: verde, lujurioso y joven, y mucho más parecido a la Tierra de lo que podía esperarse de cualquier planeta. No sólo era de tipo terrestre, sino que el resto del sistema duplicaba con una cierta aproximación el esquema del sistema solar... pequeños planetas tipo terrestre cerca de su sol, grandes planetas jovianos en órbitas más alejadas. Los cosmólogos nunca habían sido capaces de ponerse de acuerdo con respecto al Sistema Solar; habían alternado teorías sobre su origen, que habían fallado en mantenerse válidas con «pruebas» físico - matemáticas que «demostraban» que un tal sistema nunca podía haberse originado en primer lugar. Y sin embargo, aquí había otro lo suficientemente parecido como para sugerir que su paradoja no era única, sino que podía ser común.

Pero mucho más sorprendente, e incluso mucho más estimulante, y por supuesto mucho más perturbador, era otro hecho revelado por la observación telescópica a medida que se iban acercando al planeta. El planeta contenía vida... vida inteligente... vida civilizada.

Podían ver sus ciudades. Sus trabajos de ingeniería, extraños en forma y finalidad, eran lo suficientemente grandes como para ser divisados desde el espacio al igual que podían ser vistos los de la Tierra.

Sin embargo, aunque aquello podía significar que tal vez tuvieran que proseguir de nuevo su tedioso éxodo, la raza dominante no parecía haber ocupado todo el espacio disponible. Podía ser que existiera un lugar para su pequeña colonia en aquellos amplios continentes. Si una colonia era bien recibida...

- A decir verdad - comentó el capitán King -, nunca hubiera esperado nada como esto. Primitivos aborígenes quizá, y seguramente podríamos esperar animales peligrosos, pero supongo que inconscientemente asumí que el hombre era la única raza realmente civilizada. Tendremos que ser muy cautelosos.

King preparó un grupo de exploración encabezado por Lazarus; había aprendido a tener confianza en el sentido práctico de Lazarus y en su voluntad de sobrevivir. King hubiera deseado encabezar el grupo él mismo, pero su concepto del deber como capitán de la nave lo obligaba a olvidar sus deseos. Pero Slayton Ford podía ir; Lazarus lo eligió a él y a Ralph Schultz como sus lugartenientes. El resto de la expedición eran especialistas: bioquímicos, geólogos, ecologistas, estereógrafos, varias clases de psicólogos y sociólogos para estudiar a los nativos, incluyendo una autoridad en la teoría estructural de las comunicaciones de McKelvy cuya tarea sería encontrar alguna forma de hablar con los nativos.

Ninguna arma...

King rechazó de plano el armarles.

- Su grupo de exploración es sacrificable - le explicó claramente a Lazarus -; no podemos correr el riesgo de ofenderles con algún tipo de lucha por ninguna razón, ni siquiera en defensa propia. Son ustedes embajadores, no soldados. No lo olviden.

Lazarus regresó a su compartimento, volvió, y le entregó gravemente a King una desintegradora. Se le olvidó mencionar la otra que llevaba sujeta a su muslo bajo su kilt.

Cuando King estaba a punto de decirles que prepararan el bote y llevaran a cabo sus órdenes fueron interrumpidos por Janice Schmidt, enfermera jefe de los recesivos congénitos de las Familias. Se abrió paso y reclamó la atención del capitán.

Sólo una enfermera podía obtenerla en aquellos instantes; poseía la testarudez profesional necesaria y más de medio siglo de práctica en salvar obstáculos. El capitán se la quedó mirando fijamente.

- ¿Qué significa esta interrupción?

- Capitán, debo hablar con usted acerca de uno de mis chicos.

- Enfermera, está usted decididamente fuera de lugar aquí. Váyase. Venga a verme a mi oficina... después de haber hablado con el Cirujano Jefe.

Ella puso sus manos en jarra.

- Usted me verá ahora. Ésta es la expedición que va al planeta, ¿no? Tengo algo que debe usted oír antes de que se vayan.

King empezó a hablar, cambió de opinión, luego dijo simplemente:

- Sea breve.

Lo fue. Hans Weatheral, un joven de unos noventa años y aún adolescente en apariencia debido a una glándula timo hiperactiva, era uno de los chicos a su cargo. Poseía una mente inferior pero no retrasada, una apatía crónica, y una deficiencia neuromuscular que lo hacía demasiado débil para alimentarse por sí mismo... y un agudo sentido de la telepatía.

Le había dicho a Janice que lo sabía todo respecto al planeta que estaban orbitando. Sus amigos del planeta se lo habían dicho... y estaban esperándole.

La partida de la nave de desembarco fue aplazada mientras King y Lazarus investigaban. Hans fue preciso en sus informaciones, y lo poco que pudieron comprobar de lo que dijo era conector. Pero no resultó muy útil respecto a cómo eran sus «amigos».

- Oh, simplemente gente - dijo, alzándose de hombros en su estupidez -. Muy parecidos a como allá en casa. Gente encantadora. Van a trabajar, van a la escuela, van a la iglesia. Tienen niños y se divierten. Les gustaría.

Pero era muy claro en una cosa: sus amigos le estaban esperando; así que debía ir.

Contra sus deseos y su mejor juicio, Lazarus vio cómo su partida se veía incrementada en Hans Weatheral, Janice Schmidt, y unas parihuelas para Hans.

Cuando la expedición regresó, tres días más tarde, Lazarus le entregó a King un largo informe privado mientras los informes de los especialistas estaban siendo analizados y combinados.

- Es sorprendentemente parecido a la Tierra, capitán, lo suficiente como para hacer sentir nostalgia. Pero también es lo suficientemente distinto como para hacer sentir escalofríos... como mirar a tu propio rostro en el espejo y verte con tres ojos y sin nariz. Desconcertante.

- ¿Qué hay acerca de los nativos?

- Déjeme decirlo. Efectuamos una rápida inspección en la parte diurna, a simple vista. Nada que no hubiéramos visto a través de los telescopios. Luego nos posamos allá donde me dijo Hans, en un claro cerca del centro de una de sus ciudades. Hubiera preferido elegir yo mismo el lugar; hubiera escogido más bien posarme en un bosque y hacer un reconocimiento. Pero usted me dijo que aprovecháramos las posibilidades de Hans.

- Era usted libre de utilizar su mejor juicio - le recordó King.

- Sí, sí. De todos modos eso fue lo que hicimos. Cuando los técnicos hubieron probado el aire y comprobado los riesgos, ya estábamos rodeados por una multitud. Ellos... bueno, ya ha visto las estereografías.

- Sí. Increíblemente androides.

- ¡Androides, infiernos! Son hombres. No humanos, pero casi hombres. - Lazarus parecía confuso -. No me gusta esto.

King no discutió. Las imágenes habían mostrado bípedos de dos metros a dos metros y medio de altura, bilateralmente simétricos, poseedores de una estructura ósea interna, cabezas distinguibles, ojos enfocables. Aquellos ojos eran su rasgo más humano y sobresaliente; eran grandes, límpidos y trágicos, como los de un perro de San Bernardo.

Lo mejor era concentrarse en los ojos; sus demás rasgos no eran tolerables. King apartó la mirada de las flojas y desdentadas bocas, de los labios superiores hendidos. Decidió que iba a tomar mucho, mucho tiempo aprender a aceptar a aquellas criaturas.

- Prosiga - dijo a Lazarus.

- Abrimos, y salí yo solo, con las manos vacías e intentando aparecer amistoso y pacífico. Tres de ellos avanzaron... ansiosamente, diría yo. Pero perdieron inmediatamente su interés en mí; parecían estar aguardando a que saliera alguien más. Así que di órdenes de sacar a Hans fuera.

«Capitán, no lo creerá. Se echaron sobre Hans como sobre un hermano largo tiempo perdido. No, no es posible describirlo. Algo parecido a un rey retornando triunfalmente a casa. Fueron lo suficientemente educados con el resto de nosotros, como si fuéramos algo accesorio, pero dirigieron toda su atención sobre Hans. - Lazarus vaciló -. ¿Capitán? ¿Cree usted en la reencarnación?

- No exactamente. Aunque soy un hombre de mentalidad amplia al respecto. He leído el informe del Comité Frawling, por supuesto.

- Yo nunca he encontrado la menor aplicación a la propia noción del asunto. ¿Pero qué otra referencia puede hallarse para la recepción que le proporcionaron a Hans?

- No tengo la menor idea. Siga con su informe. ¿Cree que es posible que nos establezcamos aquí?

- Oh, - dijo Lazarus -, no dejaron la menor duda al respecto. ¿Sabe?, Hans puede realmente hablar con ellos, telepáticamente. Hans nos dijo que sus dioses nos han autorizado a vivir aquí, y que los nativos ya han hecho planes para recibirnos.

- ¿Eh?

- Como lo oye. Nos desean.

- ¡Bueno! Esto es un alivio.

- ¿Lo es?

King estudió las sombrías facciones de Lazarus.

- Su informe es favorable bajo todos los puntos de vista. ¿A qué viene esa mirada agria?

- No lo sé. Sólo sé decir que hemos encontrado un planeta a nuestra propia medida. Capitán, cualquier cosa que resulta tan fácil ha de tener en sí misma algún impedimento.

2

Los jockaira (o zhacheira, como preferían algunos) volcaron toda una ciudad sobre los colonos.

Tan sorprendente cooperación, acompañada del repentino descubrimiento por casi todos los Miembros de las Familias Howard de que se hallaban en un lugar seguro con polvo bajo sus pies y aire libre en sus pulmones, aceleró enormemente el traslado de la nave al planeta. Se había previsto que se necesitaría como mínimo un año de la Tierra para tal transición, y que los soñolientos irían siendo despertados tan sólo en la medida en que Pudieran ir siendo acomodados en tierra firme. Pero el factor de limitación se había reducido tan sólo a la escasa capacidad de las naves auxiliares para transferir a cien mil personas con la rapidez con que éstas deseaban.

La ciudad de los jockaira no estaba diseñada para llenar las necesidades de los seres humanos. Los jockaira no eran seres humanos, sus necesidades físicas eran en cierto modo distintas, y sus necesidades culturales, como quedaba expresado por sus trabajos de ingeniería, eran enormemente distintas. Pero una finalmente que estar solos encerraba un significado religioso para la gente de la Tierra. En cualquier caso, siguieron mostrándose ansiosos por ayudar; les proporcionaron planchas de material que podían ser moldeadas en particiones... con sus herramientas y tan sólo con sus herramientas. Aquella sustancia frustró a los ingenieros humanos hasta casi el colapso nervioso Ningún corrosivo conocido de la tecnología terrestre la afectaba - ni siquiera las reacciones que vencían a los ásperos plásticos a base de fluorina utilizados para manejar los compuestos de uranio hacían mella en ella. Las sierras de diamante se hacían pedazos ante ella, el cloro no la fundía, el frío no la volvía quebradiza. Detenía la luz, el sonido, y todas las radiaciones de las que podían disponer para atacarla. Su resistencia a la tensión no podía ser definida debido a que no se podía romper. Y sin embargo, las herramientas jockaira, incluso cuando eran manejadas por humanos, podían cortarla, moldearla, soldarla.

Los ingenieros humanos simplemente tuvieron que conformarse con su frustración. Según el criterio del control sobre su entorno que poseían los jockaira a través de su tecnología, eran tan civilizados como los humanos. Pero sus desarrollos habían seguido otros caminos.

Las importantes diferencias entre las dos culturas eran mucho más profundas que la ingeniería y la tecnología. Aunque decididamente amistosos y colaboradores, los jockaira no eran humanos. Pensaban de una forma distinta, evaluaban las cosas diferentemente; su estructura social y la de su lenguaje reflejaban una cualidad inhumana, y ambas eran incomprensibles para los seres humanos.

Oliver Johnson, el semántico que se había hecho cargo de desarrollar un lenguaje común, descubrió su tarea inmediata absurdamente facilitada utilizando el canal de comunicación a través de Hans Weatheral.

- Por supuesto - explicó a Slayton Ford y a Lazarus -, Hans no es exactamente un genio; simplemente sigue siendo un retrasado mental. Eso limita las palabras que puedo traducir a través suyo a ideas que él pueda comprender. Pero me ha proporcionado un vocabulario básico para empezar a trabajar.

- ¿No es suficiente? - preguntó Ford -. Me parece que he oído que ochocientas palabras bastan para poder expresar cualquier idea.

- Hay algo de verdad en eso - admitió Johnson -. Con menos de mil palabras pueden cubrirse todas las soluciones ordinarias. He seleccionado no menos de setecientos de sus términos, operacionales y sustantivos, para elaborar una lengua franca funcional. 3ro las sutiles distinciones y las finas discriminaciones deberán esperar hasta que les conozcamos mejor y les comprendamos. Un vocabulario corto no puede expresar altas abstracciones.

- Infiernos - dijo Lazarus -, setecientas palabras deberían ser. eficientes. Por mi parte no tengo intención de hacer el amor con ellos, ni intentar discutir de poesía.

Aquella opinión pareció ser justificada; la mayoría de los Miembros aprendieron el jockairano básico en dos semanas a un mes después de ser transbordados a la superficie y charlaban con sus anfitriones como si hubieran estado hablándolo todas sus vidas. Todos los terrestres habían recibido la educación normal en mnemónica y semántica; un corto vocabulario auxiliar de aquel lenguaje fue rápidamente aprendido bajo los estímulos de la necesidad y la circunstancia de tener muchas oportunidades de practicarlo... excepto, por supuesto, por el habitual porcentaje de inflexibles provincianos que creían que lo natural era que «los nativos» aprendieran el inglés.

Los jockaira no aprendieron el inglés. En primer lugar ninguno de ellos mostró el menor interés. No era razonable esperar que sus millones de individuos aprendieran el lenguaje de unos pocos miles. Pero en cualquier caso el hendido labio superior de los jockaira no les permitía pronunciar sonidos como «m», «p» y «b», mientras que los sonidos guturales, sibilantes, dentales y cliqueteos que ellos utilizaban podían ser reproducidos aproximadamente por las gargantas humanas.

Lazarus se vio obligado a revisar su primera mala impresión de los jockaira. Era imposible no apreciarlos una vez lo extraño de su apariencia había sido superado. Eran tan hospitalarios, tan generosos, tan amigables, tan ansiosos por complacer. Se sintió particularmente atraído por Kreel Sarloo, que actuaba como una especie de oficial de enlace entre las Familias y los jockaira. Sarloo ocupaba una posición entre su propio pueblo que podía ser traducida aproximadamente como «jefe», «padre», «sacerdote» o «líder» de la familia o tribu kreeel. Invitó a Lazarus a visitarle en la ciudad jockaira cercana a la colonia.

- A mi gente le gustará verte y oler tu piel - le dijo -. Será una cosa que les hará felices. Los dioses estarán complacidos.

Sarloo parecía casi incapaz de formar una frase sin hacer referencia a sus dioses. A Lazarus no le importó; era tolerantemente indiferente a cualquier otra religión.

- Iré, Sarloo, vieja habichuela. Será una cosa que me hará feliz también a mí.

Sarloo le llevó en el vehículo habitual de los jockaira, una especie de carromato sin ruedas con una forma muy parecida a un plato sopero, que se movía suave y rápidamente sobre el suelo rozando la superficie en un aparente contacto. Lazarus se sentó con las piernas cruzadas en el suelo del vehículo mientras Sarloo lo lanzaba a una velocidad que hizo que a Lazarus le lagrimearan los ojos.

- Sarloo - preguntó Lazarus, gritando para hacerse oír por encima del viento -, ¿cómo funciona esto? ¿Qué lo hace moverse?

- Los dioses soplan en el... - Sarloo utilizó una palabra que no pertenecía a su lenguaje corriente -, y hacen que necesite cambiar de lugar.

Lazarus empezó a pedir una explicación más completa, luego se calló. Había notado algo familiar en aquella respuesta, y acababa de identificarlo; en una ocasión había dado una respuesta muy similar a una de las gentes del agua de Venus cuando ésta le pidió que le explicase el motor diesel utilizado en uno de los tipos primitivos de tractores de los pantanos. Lazarus no había pretendido ser misterioso; simplemente se había visto imposibilitado de dar una respuesta correcta en el inadecuado lenguaje corriente.

Bueno, había otra forma de aproximarse al asunto...

- Sarloo, desearía ver imágenes de lo que ocurre dentro - insistió Lazarus, señalando -. ¿Tienes imágenes?

- Hay imágenes - admitió Sarloo - en el templo. Tú no puedes entrar en el templo. - Sus grandes ojos miraron entristecidos a Lazarus, dándole una intensa impresión de que el jefe jockaira lamentaba profundamente la falta de gracia de su amigo. Lazarus abandonó rápidamente el tema.

Pero el pensamiento de los venusianos despertó otra confusión en su mente. La gente del agua, aislada del mundo exterior por las eternas nubes de Venus, simplemente no creía en la astronomía. La llegada de los terrestres había hecho que reajustaran un poco su concepto del cosmos, pero no había ninguna razón para creer que su revisada explicación estuviera más cerca de la verdad. Lazarus se preguntó qué era lo que pensaban los jockaira acerca de los visitantes del espacio. No habían mostrado sorpresa... ¿o la habían mostrado?

- Sarloo - preguntó -, ¿sabes de dónde venimos mis hermanos y yo?

- Lo sé - respondió Sarloo -. Venís de un distante sol... tan distante que deben pasar muchas estaciones antes de que la luz viaje tan largo trayecto.

Lazarus se sintió ligeramente asombrado.

- ¿Quién te dijo eso?

- Los dioses nos lo dijeron. Tu hermano Libby habló de ello.

Lazarus estaba convencido de que los dioses no habían hecho ninguna mención del asunto hasta después de que Libby se lo explicara a Kreel Sarloo. Pero se abstuvo de comentarlo. Seguía deseando preguntarle a Sarloo si se había sentido sorprendido al recibir visitantes procedentes de los cielos, pero no pudo encontrar ningún término jockaira para sorpresa o maravilla. Estaba pensando aún en plantear la pregunta cuando Sarloo habló de nuevo:

- Los padres de mi pueblo volaron a través de los cielos como lo hicisteis vosotros, pero eso fue antes de la venida de los dioses. Los dioses, en su sabiduría, nos ordenaron detenernos.

Y eso, pensó Lazarus, es una maldita mentira, por pura fanfarronería. No había la más ligera indicación de que los jockaira hubieran sobrevolado alguna vez la superficie de su planeta.

En la casa de Sarloo, aquella tarde, Lazarus asistió a una larga sesión de lo que supuso eran diversiones para el huésped de honor, él mismo. Permaneció sentado con las piernas cruzadas junto a Sarloo en una porción elevada del suelo de la enorme sala común del clan Kreel, y escuchó dos horas de arrullos que podían pretender ser cantos. Lazarus tuvo la impresión de que se podría conseguir una música mejor pisando los rabos de cincuenta perros surtidos, pero intentó aceptarlo con el mismo espíritu con el que parecía le era ofrecido.

Libby, recordó Lazarus, insistió en que aquel coro de aullidos con que le obsequiaban los jockaira era de hecho música, y que los hombres podían aprender a gozar de ella estudiando las relaciones entre sus intervalos.

Lazarus lo dudó.

Pero tuvo que admitir que Libby comprendía a los jockaira mejor que él en varios aspectos. Libby se había sentido encantado al descubrir que los jockaira eran unos excelentes y sutiles matemáticos. En particular poseían una noción del cálculo que en cierto modo se asemejaba a su propio particular talento. Su aritmética era increíblemente intrincada para los humanos normales. Un número, cualquier número, grande o pequeño, era para ellos una entidad única, que debía ser captada en sí misma y no simplemente como un grupo de números más pequeños. En consecuencia, utilizaban cualquier notación posicional o exponencial con cualquier base, racional, irracional, o variable... o simplemente con ninguna.

Fue una suerte enorme, rumió Lazarus, el que Libby estuviera disponible para actuar como intérprete matemático entre los jockaira y las Familias, ya que de otra forma hubiera

resultado imposible captar el conjunto de las nuevas tecnologías que los jockaira les estaban mostrando.

Se preguntó por qué los jockaira no mostraban interés en aprender las tecnologías humanas que les eran ofrecidas a cambio.

Las aullantes discordancias cesaron, y Lazarus hizo descender sus pensamientos a la escena que le rodeaba. Habían traído comida; la familia Kreeel la ofrecía con el mismo impulsivo entusiasmo con que los jockaira lo hacían todo. La dignidad, pensó Lazarus, era una idea que nunca se había conocido allí. Un enorme bol, de unos sesenta centímetros de diámetro y lleno hasta el borde de una masa amorfa, fue colocado frente a Kreeel Sarloo. Una docena de Kreeels se apiñaron a su alrededor y empezaron a comer, sin dar preferencia a su mayor. Pero Sarloo golpeó con aire casual a unos cuantos de ellos echándolos fuera y metió una mano en el plato, agarró una ración de la masa, y rápidamente la moldeó hasta convertirla en una bola entre las palmas de sus manos con dobles pulgares. Hecho esto, la tendió hacia la boca de Lazarus.

Lazarus no era melindroso, pero tuvo que recordarse a sí mismo, primero, que la comida jockaira era asimilable por los hombres, y segundo, que no podía rechazar nada que le ofrecieran aquella gente, antes de conseguir obligarse a sí mismo a aceptar aquel presente.

Dio un buen mordisco. Humm... no era demasiado malo... más bien blando y pegajoso sin ningún sabor particular. Tampoco era bueno, pero podía ser tragado. Determinó sombríamente que debía mantener en alto el honor de su raza, y siguió comiendo, mientras se prometía a sí mismo el desquite de una buena comida apenas estuviera de vuelta. Cuando se dio cuenta de que tragar otro bocado podía ser una invitación a un desastre físico y social, pensó en una posible salida. Dirigiéndose hacia el plato común, tomó un buen puñado de la masa, lo moldeó en una bola y se lo ofreció a Sarloo.

Fue una inspirada diplomacia. Durante el resto de la comida Lazarus alimentó a Sarloo, lo hizo hasta que se le cansaron los brazos, hasta que se sintió maravillado por la habilidad de su anfitrión en tragar.

Después de comer se echaron a dormir, y Lazarus durmió con la familia, literalmente. Durmieron allá donde habían comido, sin camas, y esparcidos de una forma tan casual como hojas en un sendero o cachorrillos en una jaula. Para su sorpresa Lazarus durmió bien y no se despertó hasta que los falsos soles en el techo de la caverna brillaron en misteriosa simpatía con el nuevo amanecer. Sarloo seguía durmiendo cerca de él y lanzando ronquidos completamente humanos. Lazarus se dio cuenta de que un niño jockaira se había acurrucado haciéndose un ovillo contra su propio estómago.

Sintió un movimiento a su espalda, un roce en su muslo. Se giró cautelosamente y descubrió que otro jockaira - de unos seis años de edad en su equivalencia humana - había extraído su desintegradora de su funda y la estaba examinando mirando curiosamente por el cañón.

Con un precipitado cuidado, Lazarus quitó el mortífero juguete de entre los torpes dedos del chico, notó con alivio que el seguro estaba aún puesto y volvió a enfundar el arma. Recibió una mirada de reproche; el chico parecía a punto de echarse a llorar.

- Chist - susurró Lazarus -, vas a despertar a tu viejo. Ven aquí... - lo atrajo con su brazo izquierdo y lo acurrucó a su costado. El pequeño jockaira se apretó junto a él, apoyó una blanda y húmeda boca contra su piel, e inmediatamente volvió a quedarse dormido.

Lazarus se lo quedó mirando.

- Eres un encantador diablillo - dijo suavemente -. Podría llegar a tomarte cariño si alguna vez consiguiera acostumbrarme a tu olor.

Algunos de los incidentes entre las dos razas hubieran podido ser divertidos si no hubieran estado cargados con problemas potenciales; por ejemplo, el caso del hijo de

Eleanor Johnson, Hubert. Aquel larguirucho adolescente era un declarado especialista en callejeo. Un día estaba observando a dos técnicos, uno humano y otro jockaira, adaptar una fuente de energía jockaira a las necesidades de una maquinaria de tipo terrestre. El jockaira estaba aparentemente divertido con el muchacho, y su ánimo era obviamente amistoso, de modo que en un determinado momento cogió al muchacho y lo levantó.

Hubert empezó a gritar.

Su madre, que nunca estaba lejos de él, presentó batalla. Le faltaban fuerza y habilidad para llevar a cabo la completa destrucción que pretendía; el alto no humano resultó sin heridas, Pero aquello creó una delicada situación.

El Administrador Ford y Oliver Johnson intentaron por todos sus medios explicar el incidente al asombrado jockaira. Afortunadamente, parecía más ofendido que vengativo. Luego Ford llamó a Eleanor Johnson.

- Ha puesto usted en peligro a toda la colonia con su estupidez...

- Pero yo...

- ¡Estese quieta! Si no hubiera malcriado a su retoño, él podría comportarse correctamente. Si no fuera usted una maldita estúpida hubiera mantenido las manos en su lugar. El muchacho va a ir a las clases regulares de desarrollo de ahora en adelante y usted lo va a dejar solo. Al menor síntoma de animosidad por su parte hacia cualquiera de los nativos, voy a someterla a unos cuantos años de sueño a bajas temperaturas. ¡Ahora váyase!

Ford se vio obligado a utilizar casi las mismas medidas de fuerza con Janice Schmith. El interés mostrado en Hans Weatheral por los jockaira se extendió a todos los recesivos. Los nativos parecían verse reducidos a un estado de completa adoración por el simple hecho de que éstos podían comunicarse con ellos directamente. Kreeel Sarloo informó a Ford que deseaba que los sensitivos fueran alojados separadamente de los demás recesivos en el evacuado templo de la ciudad de los terrestres, y que los jockaira se encargarían personalmente de ellos. Era más una orden que una petición.

Janice Schmidt se sometió a regañadientes a la insistencia de Ford de que los jockaira debían ser complacidos en aquello como agradecimiento por todo lo que habían hecho, y las enfermeras jockaira se hicieron cargo de todo bajo sus celosos ojos.

Todos los sensitivos de nivel de inteligencia superior al del semirretrasado Hans Weatheral desarrollaron rápidamente espontáneas y extremas psicosis mientras eran atendidos por los jockaira.

De este modo Ford tuvo otro dolor de cabeza con el que luchar. Janice Schmidt era más fuerte y más inteligentemente vindicativa que Eleanor Johnson. Ford se vio obligado a dominar a Janice para mantener la paz con la amenaza de retirarla completamente del cuidado de sus amados «niños». Kreeel Sarloo, preocupado y aparentemente afligido hasta lo más profundo, aceptó un compromiso por el cual Janice y sus enfermeras reasumían el cuidado de los pobres psicóticos mientras los jockaira seguían atendiendo a los sensitivos de nivel retrasado y más bajo.

Pero la mayor dificultad surgió a causa de... los sobrenombres.

Cada jockaira poseía un nombre individual y un sobrenombre. Los sobrenombres eran limitados en número, más o menos como ocurría con las Familias. Un sobrenombre nativo se refería tanto a su tribu como al templo en el cual había sido consagrado. Kreeel Sarloo habló del asunto con Ford.

- Gran Padre de los Extraños Hermanos - dijo -, ha llegado el momento para ti y tus hijos de elegir vuestros sobrenombres. - (La traducción a nuestra lengua de las palabras de Sarloo contiene necesariamente errores inherentes.)

Ford estaba acostumbrado a las dificultades en comprender a los jockaira.

- Sarloo, hermano y amigo - respondió -, he oído tus palabras pero no las comprendo. Habla más claramente. Sarloo empezó de nuevo.

- Extraño hermano, las estaciones vienen y las estaciones se van, y llega el tiempo de la cosecha. Los dioses nos han dicho que vosotros, los Extraños Hermanos, habéis alcanzado el tiempo en vuestra educación (?) en el que debéis seleccionar vuestra tribu y vuestro ejemplo. He venido para arreglar con vosotros los preparativos (¿ceremonias?) a través de los cuales cada uno de vosotros elegirá su sobrenombre. Hablo por los dioses en ello. Pero déjame decirte por mí mismo que me sentiría muy feliz si tú, mi hermano Ford, eligiese el templo Kreel.

Ford permaneció pensativo mientras intentaba comprender las implicaciones de aquello.

- Me siento feliz de que tú desees que lleve tu sobrenombre. Pero mi pueblo posee ya sus propios sobrenombres. Sarloo rechazó aquello con un movimiento de sus labios.

- Sus actuales sobrenombres son palabras y nada más. Ahora deben elegir sus auténticos sobrenombres, cada uno de ellos el nombre de su templo y del dios al cual se consagrará. Los niños crecen y ya no son niños.

Ford decidió que necesitaba consejo.

- ¿Hay que hacerlo inmediatamente?

- No hoy, pero en un próximo futuro. Los dioses son pacientes.

Ford llamó a Zaccur Barstow, Oliver Johnson, Lazarus Long y Ralph Schultz, y les describió la entrevista. Johnson pasó de nuevo la cinta grabada de la conversación y se esforzó en captar el sentido de las palabras. Preparó varias posibles traducciones, Pero falló en arrojar una nueva luz sobre el asunto.

- Parece - dijo Lazarus - como un caso de únete a la Iglesia o lárgate de aquí.

- Sí - admitió Zaccur Barstow -, parece más bien algo así. Bueno, creo que podemos permitirnos el lujo de satisfacer sus deseos. Muy pocos de los nuestros tienen prejuicios religiosos lo suficientemente fuertes como para prohibirles representar la comedia ante los dioses de los nativos, en interés del bienestar general.

- Supongo que está en lo cierto - dijo Ford -. Yo, por mi parte, no tengo ninguna objeción a añadir Kreel a mi nombre y tomar parte en sus genuflexiones si eso debe ayudarnos a vivir en paz. - Frunció el ceño -. Pero no querría ver nuestra cultura sumergida en la de ellos.

- Puede olvidar eso - le tranquilizó Ralph Schultz -. No importa lo que hagamos para complacerles, no hay absolutamente ninguna posibilidad de cualquier tipo de asimilación cultural. Nuestros cerebros no son como los suyos... aunque tan sólo estoy empezando a barruntar cuan diferentes.

- Aja - dijo Lazarus -, cuan diferentes. Ford se giró hacia Lazarus.

- ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué es lo que le preocupa?

- Nada. Sólo - añadió - que nunca he compartido el entusiasmo general por este lugar.

Llegaron al acuerdo de que un solo hombre realizaría primero la prueba, y luego informaría de ella. Lazarus intentó ser elegido en razón de su mayor edad, Schultz reclamó su derecho en razón de su profesión; Ford les hizo callar y se designó a sí mismo, afirmando que era su deber.

Lazarus lo acompañó hasta las puertas del templo donde debía realizarse la iniciación. Ford iba tan desprovisto de ropas como los jockaira, pero Lazarus, puesto que no debía entrar en el templo, podía llevar su kilt. Muchos de los colonos, hambrientos de sol tras años enteros en la nave, iban desnudos por todas partes como los jockaira. Pero Lazarus nunca lo había hecho. No sólo porque sus costumbres estaban en contra, sino porque una desintegradora es un objeto tremendamente llamativo sujeta a un muslo desnudo.

Kreel Sarloo les dio la bienvenida y escoltó a Ford al interior. Lazarus gritó tras ellos:

- ¡Mantén alta la barbilla, compañero!

Aguardó. Sacó un cigarrillo y lo fumó. Paseó arriba y abajo. No tenía ninguna forma de calcular cuánto tiempo duraría la ceremonia; en consecuencia, le pareció mucho más larga de lo que fue en realidad.

Finalmente las puertas se abrieron, y los nativos surgieron en tromba por ellas. Parecían curiosamente atraídos por algo, y ninguno de ellos se acercó a Lazarus. La masa que aún existía en la gran puerta se separó, formó un callejón, y una silueta apareció en el umbral y avanzó hacia el exterior.

Lazarus reconoció a Ford.

Ford no se detuvo donde estaba Lazarus aguardando, sino que pasó ciegamente por su lado. Dio un traspie y cayó. Lazarus echó a correr hacia él.

Ford no hizo ningún esfuerzo por levantarse. Permaneció tendido boca abajo, sus hombros agitándose violentamente, todo su cuerpo sobresaltado por los sollozos.

Lazarus se arrodilló a su lado y lo sacudió.

- Slayton - preguntó -, ¿que ha ocurrido? ¿Qué ha ido mal? - Ford giró hacia él unos ojos húmedos y llenos de horror, conteniendo momentáneamente sus sollozos. No habló, pero pareció reconocer a Lazarus. Se sujetó a Lazarus, se agarró fuertemente a él, y se echó a llorar más violentamente que antes.

Lazarus se desprendió del otro hombre y abofeteó fuertemente a Ford.

- ¡Ya basta de esto! - ordenó -. Dígame lo que ha ocurrido.

Ford echó la cabeza hacia atrás ante los bofetones y dejó de llorar, pero no dijo nada. Sus ojos parecían extraviados. Una sombra penetró en la línea de visión de Lazarus; éste se giró, cubriéndose con su desintegradora. Kreel Sarloo permanecía de pie a pocos pasos de él y sin intención aparente de avanzar más... no a causa del arma puesto que nunca antes había visto una.

- ¡Tú! - dijo Lazarus -. Por la... ¿Qué le has hecho? Se controló y repitió sus palabras de modo que Sarloo pudiera entenderlas:

- ¿Qué le ha ocurrido a mi hermano Ford?

- Lévatelo - dijo Sarloo, retorciendo los labios -. Es una mala cosa. Una auténtica mala cosa.

- ¡A mí me lo dices! - dijo Lazarus. No se molestó en traducirlo.

3

La misma conferencia que antes, menos su presidente, fue convocada tan pronto como resultó posible. Lazarus contó su historia. Schultz informó de la condición en que se hallaba Ford.

- El equipo médico no puede descubrir nada raro en él. Todo lo que puedo decir con certeza es que el Administrador sufre de una psicosis extrema sin diagnosticar. No hemos podido entrar en comunicación con él.

- ¿No puede hablar en absoluto? - preguntó Barstow.

- Una palabra o dos, sobre cosas tan simples como comida o agua. Cualquier intento de averiguar la causa de sus problemas lo conduce a una incoherente histeria.

- ¿Ningún diagnóstico?

- Bueno, si desean una suposición no profesional expresada en lenguaje vulgar, diré que está asustado hasta la médula. Pero - añadió Schultz -, he visto síndromes de miedo antes. Ninguno como éste.

- Yo sí - dijo Lazarus repentinamente.

- ¿Sí? ¿Dónde? ¿En qué circunstancias?

- Una vez - dijo Lazarus -, cuando era chico, haré un par de cientos de años, capturé a un coyote adulto y lo enjaulé. Tuve la idea de que podría adiestrarlo como perro de caza. No funcionó. Ford actúa exactamente de la misma forma que lo hizo aquel coyote.

Siguió un incómodo silencio. Schultz lo rompió:

- No acabo de ver lo que quiere decir. ¿Cuál es el paralelismo?

- Bueno - respondió Lazarus lentamente -, es sólo una opinión. Slayton es el único que conoce la verdadera respuesta, y no puede hablar. Pero ésta es mi opinión: hemos comprendido mal a esos jockaira desde el principio. Hemos cometido un error de pensar que, puesto que parecían como nosotros, en términos generales, y eran casi tan civilizados como lo somos nosotros, eran personas. Pero no son personas en absoluto. Son... animales domésticos.

«¡Aguarden un momento! - añadió -. No se precipiten. Hay personas en este planeta, auténticas personas. Viven en los templos, y los jockaira les llaman dioses. ¡Son dioses!

Lazarus tomó aire y prosiguió antes de que nadie pudiera interrumpirle:

- Sé lo que están pensando. Olvídenlo. No estoy siendo meta - físico con ustedes; estoy simplemente intentando explicarlo de la mejor manera que me es posible. Quiero decir que hay algo viviente en esos templos y, sea lo que sea, es lo bastante poderoso como para ser considerado como una divinidad, de modo que así es como ellos lo llaman, sus dioses. Sean lo que sean, son la auténtica raza dominante de este planeta... ¡sus personas! Para ellos, el resto de nosotros, tanto los jocks como nosotros mismos, somos simplemente animales, salvajes o domesticados. Hemos cometido el error de asumir que la religión local era meramente superstición. No lo es.

Barstow dijo lentamente:

- ¿Y piensas que esto tiene algo que ver con lo que le ha ocurrido a Ford?

- Lo pienso. Encontró a uno de ellos, al llamado Kreel, y eso lo volvió loco.

- De ello - dijo Schultz - deduzco que su teoría es que cualquier hombre expuesto a esta... esta presencia... puede volverse psicótico.

- No exactamente - respondió Lazarus -. ¡Lo que me preocupa mucho más es el temor de que yo pueda no volverme loco!

Aquel mismo día los jockaira abandonaron todo contacto con los terrestres. Era lo mejor que podía ocurrir, pues de otro modo hubieran podido producirse violencias. El miedo se abatió sobre la ciudad, el miedo a un horror peor que la muerte, el miedo a una cosa terrible y sin nombre, cuyo simple conocimiento podía convertir a un hombre en un animal destrozado y sin mente. Los jockaira ya no parecían inofensivos amigos, más bien cómicos pese a sus conocimientos científicos, sino marionetas, señuelos, cebo de las ignoradas y potentes entidades que se agazapaban en los «templos».

No había ninguna necesidad de votar al respecto; con el simple instinto de una multitud saliendo en estampida de un edificio en llamas, los terrestres deseaban abandonar aquel terrible lugar. Zaccur Barstow asumió el mando.

- Llamen a King a la pantalla. Dígale que envíe inmediatamente todas las naves auxiliares disponibles. Tenemos que salir de aquí tan rápido como podamos. - Se pasó preocupadamente los dedos por el pelo -. ¿Cuánta gente podemos cargar en cada viaje, Lazarus? ¿Cuánto tiempo nos llevará la evacuación?

Lazarus murmuró algo.

- ¿Qué dices?

- Decía: No se trata de cuánto tiempo empleemos; se trata de saber si ellos querrán dejarnos marchar. Puede que esas cosas en los templos estén deseando más animales domésticos... ¡nosotros!

Lazarus era necesario como piloto de una de las naves, pero era más urgentemente necesario por su habilidad en manejar a las multitudes. Zaccur Barstow le estaba diciendo que formara un grupo policial de emergencia cuando Lazarus miró por encima del hombro de Zaccur y exclamó:

- ¡Oh, oh! Mira Zack... las cosas se complican.

Zaccur giró la cabeza rápidamente y vio, acercándose con solemne dignidad a través de la sala del consejo, a Kreel Sarloo. Nadie se cruzó en su camino.

Pronto descubrieron por qué. Zaccur avanzó para recibirle, y se encontró detenido a unos diez pasos del jockaira. No pudo averiguar la causa; simplemente... tuvo que detenerse.

- Te saludo, infeliz humano - empezó Sarloo.

- Te saludo, Kreel Sarloo.

- Los dioses han hablado. Tu gente nunca podrá ser civilizada (?). Tú y tus hermanos debéis abandonar este mundo. Lazarus dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

- Estamos yéndonos, Kreel Sarloo - respondió calmadamente Zaccur.

- Los dioses exigen que os vayáis. Envíame a tu hermano Libby.

Zaccur envió a por Libby, luego regresó junto a Sarloo. Pero el jockaira no tenía nada más que decirles; parecía indiferente a su presencia. Aguardaron.

Libby llegó. Sarloo sostuvo con él una larga conversación. Barstow y Lazarus estaban al alcance del oído y podían ver sus labios moverse, pero no pudieron oír nada. Lazarus encontró aquella circunstancia muy inquietante. Malditos sean mis ojos, pensó, puedo imaginar varias formas de conseguir este truco con el equipo adecuado, pero ninguna de ellas me da la respuesta correcta... y además no veo ningún equipo.

La silenciosa discusión terminó, y Sarloo se fue sin decir adiós. Libby regresó junto a los otros y habló; ahora su voz podía oírse.

- Sarloo me ha dicho - empezó, con el ceño fruncido por el asombro - que debemos ir a un planeta, esto, a unos treinta y dos años luz de aquí. Los dioses lo han decidido. - Se detuvo y se mordió el labio.

- No te preocupes por eso - le aconsejó Lazarus -. Sólo alégrate de que nos dejen marcharnos. Mi temor era que simplemente nos destruyeran aquí mismo con esa facilidad suya. Una vez nos hallemos en el espacio elegiremos nuestro propio destino.

- Supongo que sí. Pero lo que me sorprende es que ha mencionado un tiempo de unas tres horas para nuestra partida en este sistema.

- ¿Qué? Esto es completamente irrazonable - protestó Barstow -. Es imposible. No tenemos suficientes naves para conseguirlo.

Lazarus no dijo nada. Había dejado de tener opiniones.

Zaccur cambió rápidamente de opinión. Lazarus adquirió una nueva, nacida de la experiencia. Mientras urgía a sus primos hacia el campo donde iba a precederse al embarque, se encontró a sí mismo levantado del suelo, ingrávido. Se agitó, sin que sus brazos y piernas hallaran resistencia, pero el suelo se alejaba allá abajo. Cerró los ojos, contó hasta diez, los abrió de nuevo. Estaba al menos a tres kilómetros de altura.

Bajo él, surgiendo de la ciudad como murciélagos de una cueva, había un incontable número de manchas y formas, oscuras contra el suelo iluminado por el sol. Algunos estaban lo suficientemente cerca de él como para ver que eran hombres. Terrestres, las Familias.

El horizonte se hundió bajo él, el planeta se convirtió en una esfera, el cielo se volvió negro. Sin embargo su respiración parecía normal, sus vasos sanguíneos no estallaban.

Fueron succionados en enjambres por las abiertas compuertas de la Nuevas Fronteras, como abejas arracimándose en torno a su reina. Una vez dentro de la nave Lazarus no pudo evitar un estremecimiento. ¡Huau!, suspiró para sí mismo, ensayando un primer paso sobre suelo firme... ¡qué alivio!

Libby fue al encuentro del capitán King tan pronto como se halló a bordo y hubo recobrado sus nervios. Le transmitió el mensaje de Sarloo.

King pareció indeciso.

- No sé - dijo -. Usted conoce más que yo a los nativos, puesto que yo apenas he puesto un pie en el planeta. Pero entre nosotros, señor, la forma en que ha enviado de vuelta a mis pasajeros no deja de sorprenderme. Es la más notable evolución que haya visto realizarse en mi vida.

- Podría añadir que ha sido aún más notable experimentarla, señor - respondió Libby sin ningún humor -. Personalmente hubiera preferido tomar un deslizador. Me alegro de que tuviera usted las compuertas de acceso de la nave abiertas.

- No lo hice - dijo King tensamente -. Ellos las abrieron por mí.

Fueron a la sala de control, con intención de conectar los impulsores y poner la mayor distancia posible entre la nave y el planeta del cual habían sido expulsados; luego estudiarían su destino y rumbo.

- Este planeta que le describió Sarloo - dijo King -, ¿pertenece a una estrella tipo G?

- Sí - confirmó Libby -, un planeta tipo terrestre acompañando a una estrella tipo sol. Tengo sus coordenadas y puedo identificarlo en los catálogos. Pero tendremos que olvidarlo; está demasiado lejos.

- Entonces... - King activó el sistema de visión del estelar. Luego ninguno de los dos dijo nada durante un largo momento. Las imágenes de los cuerpos celestes les contaron su propia historia.

Sin ninguna orden de King, sin ninguna mano en los controles, la Nuevas Fronteras estaba de nuevo en pleno viaje, en alguna dirección, como si poseyera una mente propia.

- No puedo decirles mucho - admitió Libby algunas horas más tarde, dirigiéndose a un grupo formado por King, Zaccur Barstow y Lazarus Long -. Era capaz de determinar, antes de que rebasáramos la velocidad de la luz o al menos lo pareciera, que nuestro rumbo era compatible con la idea de que nos estábamos dirigiendo hacia la estrella nombrada por Kreeel Sarloo como el destino ordenado para nosotros por sus dioses. Seguimos acelerando, y las estrellas se han desvanecido. Ya no poseo ningún punto de referencia astrogacional, y soy incapaz de decir dónde estamos ni hacia dónde nos estamos dirigiendo.

- Vamos, Andy - sugirió Lazarus -. Hay una deducción.

- Bueno... si nuestra trayectoria es una función uniforme... si lo es, y no poseo datos al respecto... entonces podemos llegar a las inmediaciones de la estrella PK3722, donde Kreeel Sarloo dijo que debíamos dirigirnos.

- Humm... - Lazarus se giró a King -. ¿Ha intentado usted reducir la velocidad?

- Sí - dijo King secamente -. Los controles no funcionan.

- Humm... Andy, ¿cuándo llegaremos allá? Libby se alzó desanimadamente de hombros.

- No poseo ningún sistema de referencia. ¿Qué es el tiempo sin una referencia espacial?

Tiempo y espacio, inseparables y uno... Libby pensó en ello mucho tiempo después de que los demás se hubieran ido. Por supuesto, tenía la referencia espacial de la propia nave, por lo que necesariamente el tiempo era el de la nave. Los relojes de la nave tictaqueaban o zumbaban o simplemente funcionaban; la gente sentía hambre, comía, se sentía cansada, dormía. Deteriorados radiactivamente, los procesos fisicoquímicos avanzaban hacia estados de mayor entropía, su propia consciencia percibía la duración.

Pero el telón de fondo de las estrellas, contra el cual había sido medida cualquier función temporal en la historia del hombre, había desaparecido. Por lo que podían decirle sus ojos o cualquier instrumento de la nave, habían perdido relación con el resto del universo.

- ¿Qué universo?

No había ningún universo. Había desaparecido.

¿Se estaban moviendo? ¿Puede existir movimiento cuando no hay nada con lo que relacionarlo?

Sin embargo, el falso peso conseguido con el girar de la nave sobre sí misma persistía. ¿Giro con referencia a qué?, pensó Libby. ¿Podía contener aquel espacio una real, absoluta, no correlativa textura de sí mismo, como aquel postulado para el desde hacía

tanto tiempo desechado «éter» que los clásicos experimentos de Michelson - Morley habían fracasado en detectar? No, más que eso... ¿que habían negado la posibilidad real de su existencia?

...con lo cual habían negado la posibilidad de una velocidad mayor que la de la luz. ¿Había rebasado realmente la nave la velocidad de la luz? ¿No era más probable que la nave no fuera ahora más que un ataúd, con fantasmas como pasajeros, yendo a ningún lugar a través de ningún tiempo?

Pero Libby sintió picazón entre los omoplatos y se vio obligado a rascarse; su pierna izquierda se le había dormido; su estómago empezaba a reclamarle insistentemente comida... si aquello era la muerte, decidió, no parecía materialmente distinta a la vida.

Con renovada tranquilidad, abandonó la sala de control y se dirigió a su refectorio favorito, mientras seguía forcejeando con el problema de inventar unas nuevas matemáticas que incluyeran todos los nuevos fenómenos. El misterio de cómo los hipotéticos dioses de los jockaira habían teleportado a las Familias del planeta a la nave quedó descartado. No había tenido oportunidad de obtener datos significativos, datos medidos; lo mejor que podía hacer un científico honesto, con rigor epistemológico, era incluir una nota que relacionara el hecho y afirmara que no tenía explicación. Era un hecho; allí estaba él, que hacía poco se hallaba aún en la superficie del planeta; incluso ahora los ayudantes de Schultz estaban sobrecargados de trabajo intentando administrar drogas depresivas a los cientos de personas que se habían derrumbado emocionalmente tras la fantástica experiencia.

Pero Libby no podía explicarla y, a falta de datos, no sentía la necesidad de intentarlo. Lo que deseaba era tratar, con un sistema de mundos en un pleno, el problema básico del campo de la física.

Aparte su inclinación hacia las matemáticas, Libby era una persona sencilla. Prefería la ruidosa atmósfera del «Club», el refectorio 9 - D, por razones distintas a las de Lazarus. La compañía de gente tan joven como él le daba confianza; Lazarus era el único viejo que se sentía a gusto con ellos.

Sabía que no se podía obtener inmediatamente comida en el Club; las cosas se estaban aún ajustando al repentino cambio. Pero Lazarus estaba allí, y otros a los que también conocía; Nancy Weatheral se echó a un lado e hizo un sitio para él.

- Eres precisamente el hombre al que deseaba ver - dijo -, Lazarus no sabe decirnos nada. ¿Adonde estamos yendo esta vez, y cuándo llegaremos?

Libby explicó el dilema como pudo. Nancy arrugó la nariz.

- Vaya perspectiva. Bueno, me temo que la pequeña Nancy va a tener que echarse un sueñecito.

- ¿Qué quieres decir?

- ¿Nunca te has ocupado de un soñoliento? No, por supuesto que no. Es agotador. Tienes que darle la vuelta, mover sus brazos, masajear sus tobillos, girar su cabeza, cerrar el tanque y pasar al siguiente. Estoy tan harta de los cuerpos humanos que me siento tentada a pronunciar un voto de castidad.

- No te aconsejo que vayas tan lejos - observó Lazarus.

- ¿Por qué debería preocuparte, vieja falsa alarma? Eleanor Johnson intervino:

- Me siento feliz de estar de nuevo en la nave. Esos asquerosos jockaira... ¡ugh!

Nancy se alzó de hombros.

- Eso son prejuicios, Eleanor. Los jocks son estupendos, a su manera. De acuerdo, no son exactamente como nosotros, pero tampoco son perros. A ti no te disgustan los perros, ¿verdad?

- Eso es lo que son - dijo Lazarus seriamente -. Perros.

- ¿Eh?

- No quiero decir que tengan nada de perros... no son ni remotamente caninos, y en muchos aspectos son nuestros iguales y posiblemente incluso nuestros superiores... pero

son perros pese a todo. Esas cosas a las que llaman sus «dioses» son simplemente sus amos, sus propietarios. Nosotros no hemos podido ser domesticados, así que los amos nos han echado.

Libby estaba pensando en la inexplicable telequinesis que los jockaira - o sus dueños - habían utilizado.

- Me pregunto qué hubiera ocurrido - dijo pensativamente - si hubieran sido capaces de domesticarnos. Hubieran podido enseñarnos un montón de cosas maravillosas.

- Olvídalo - dijo Lazarus secamente -. No es destino para un hombre el ser una propiedad.

- ¿Cuál es el destino para un hombre?

- El ideal de un hombre es ser lo que es... ¡y serlo con estilo! - Lazarus se puso en pie -. Vámonos.

Libby empezó también a levantarse, pero Nancy lo detuvo.

- No te vayas. Quiero hacerte algunas preguntas. ¿Qué año es allá en la Tierra?

Libby empezó a contestar, cerró la boca. Inició una respuesta por segunda vez, y finalmente dijo:

- No sé cómo responder a esta pregunta. Es como decir: ¿Cuan alto es arriba?

- Sé que probablemente la he formulado mal - admitió Nancy -. No soy muy buena en física básica, pero tengo la idea general de que el tiempo es relativo, y la simultaneidad es una idea que se aplica tan sólo a dos puntos lo suficientemente cerca el uno del otro dentro de un mismo sistema. Pero de todos modos desearía saber algo. Hemos viajado muy aprisa y más lejos de lo que nunca lo haya hecho nadie antes, ¿no? ¿Se han retrasado nuestros relojes, o algo así?

Libby exhibió la completamente desconcertada expresión que puede apreciarse en los físicos matemáticos cuando intentan explicar algún fenómeno físico a profanos en lenguaje no matemático.

- Te estás refiriendo a la contracción de Lorentz - Fitzgerald. Pero, si me perdonas, cualquier cosa que pueda decirte al respecto con palabras es algo que carece necesariamente de todo sentido.

- ¿Por qué? - insistió ella.

- Porque... bueno, porque el lenguaje es inapropiado. Las fórmulas utilizadas para describir el efecto simplemente llamado una contracción presuponen que el observador forma parte del fenómeno. Pero el lenguaje verbal contiene el supuesto implícito de que podemos permanecer fuera de todo el asunto y observar lo que ocurre en él. El lenguaje matemático niega toda posibilidad de un tal punto de vista desde el exterior. Cualquier observador posee su propio sistema; no puede salirse de él para lograr un punto de vista desde fuera.

- Pero supongamos que puede. Supongamos que pudiéramos ver la Tierra precisamente ahora.

- A eso voy - dijo Libby, sintiéndose miserable -. He intentado explicarlo con palabras y todo lo que he conseguido ha sido añadir más confusión. No hay ninguna forma de medir el tiempo en ningún sentido absoluto cuando dos acontecimientos se hallan separados en un continuo. Todo lo que puedes medir es el intervalo.

- Bueno, ¿cuál es el intervalo? Cuánto espacio y cuánto tiempo.

- ¡No, no, no! No es eso en absoluto. El intervalo es... bueno, es el intervalo. Puedo escribirte las fórmulas que lo expresan y mostrarte cómo utilizarlas, pero no puede ser definido con palabras. Mira, Nancy, ¿puedes escribir la partitura de toda la orquestación de una sinfonía utilizando palabras?

- No. Bueno, quizá pudiera, pero necesitaría un tiempo cien veces mayor.

- Y los músicos no podrían tocarla a menos de que se lo pusieras en notaciones musicales. Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que el lenguaje es inapropiado. Me encontré con las mismas dificultades cuando intenté describir el impulsor a presión

lumínica. Se me preguntó por qué, puesto que el impulsor depende de la pérdida de inercia, la gente que estábamos dentro de la nave no sentíamos la pérdida de esta inercia. No había ninguna respuesta, en palabras. La inercia no es una palabra; es un concepto matemático utilizado en algunos aspectos matemáticos de un pleno. Me sentí perplejo.

Nancy parecía decepcionada, pero insistió obstinadamente.

- Mi pregunta significa algo todavía, aunque no la expresara correctamente. No puedes decirme simplemente que lo olvide y piense en otras cosas. Supongamos que damos media vuelta y regresamos por donde hemos venido, todo el camino hasta la Tierra, exactamente el mismo viaje pero a la inversa... es decir, doblar el tiempo que le ha llevado a la nave llegar hasta tan lejos. Entonces, ¿qué año será en la Tierra cuando llegemos de nuevo allá?

- Sería... déjame ver... - Los procesos casi automáticos del cerebro de Libby empezaron a funcionar manejando el increíblemente enorme y complejo problema de aceleraciones, intervalos, movimiento deforme. Estaba acercándose a la respuesta en un cálido resplandor de ensoñación matemática cuando repentinamente el problema se hizo pedazos dentro de él, se convirtió en indeterminado. Bruscamente se dio cuenta de que el problema poseía un limitado número de respuestas igualmente válidas.

Pero eso era imposible. En el mundo real, no el mundo de fantasía de las matemáticas, una tal situación era absurda. La pregunta de Nancy tenía que poseer tan sólo una respuesta, única y real.

¿Podía toda la hermosa estructura de la relatividad ser un absurdo? ¿O eso significaba que era físicamente imposible recorrer alguna vez a la inversa una distancia interestelar?

- Tendré que pensar un poco más en ello - dijo Libby apresuradamente, y se fue antes de que Nancy pudiera hacer alguna objeción.

Pero la soledad y la contemplación no le dieron ninguna clave para el problema. No era un fallo de su habilidad matemática; era capaz, lo sabía, de trazar una descripción matemática de cualquier grupo de hechos, fueran cuales fuesen. Su dificultad estribaba en poseer demasiados pocos hechos. Hasta que algún observador atravesara distancias interestelares a velocidades que se aproximaran a la velocidad de la luz y regresara al planeta del cual había partido no podría haber ninguna respuesta. Las matemáticas solas no tienen contenido, no dan respuestas.

Libby se descubrió a sí mismo pensando en si las colinas de sus nativos Ozarks seguirían estando verdes, si el olor del humo de la madera estaría aún enredado entre los árboles en el otoño, luego pensó que la cuestión carecía de todo significado por ninguna de las reglas que conocía. Se dejó vencer por un ataque de añoranza como no había experimentado ninguno desde que era un muchacho en el Cuerpo de Construcción Cósmica, realizando su primer salto al espacio.

El sentimiento de duda e incertidumbre, la sensación de soledad y nostalgia, se esparcieron por toda la nave. En la primera parte de su viaje las Familias habían tenido el incentivo que había mantenido a las carretas cubiertas con lonas arrastrándose a través de las llanuras. Pero ahora no estaban yendo a ningún lugar, los días conducían tan sólo al día siguiente. Sus largas vidas estaban empezando a convertirse en una carga carente de significado.

Ira Howard, cuya fortuna estableció la Fundación Howard, había nacido en 1825 y murió en 1873... de vejez. Vendió comestibles durante los años cuarenta y nueve en San Francisco, se convirtió en un proveedor del ejército durante la Guerra de Secesión americana, multiplicó su fortuna durante la trágica Reconstrucción.

Howard había tenido un terror espantoso a morir. Contrató a los mejores doctores de su tiempo para que prolongaran su vida. Sin embargo, la vejez le abatió cuando la mayoría de los hombres son aún jóvenes. Pero en su testamento ordenó que su dinero fuera utilizado «para prolongar la vida humana». Los administradores de su herencia no

hallaron otra forma de llevar a cabo sus deseos más que buscando personas cuyos árboles genealógicos mostraran predisposiciones congénitas hacia una larga vida e induciéndolas a reproducirse entre ellas. Su método anticipó el trabajo de Burbank; puede que conocieran, o quizá no, las esclarecedoras investigaciones del monje Gregor Mendel.

Mary Sperling dejó el libro que había estado leyendo cuando Lazarus penetró en su cabina. Éste lo tomó.

- ¿Qué está leyendo, hermana? El Eclesiastés. Humm... No (sabía que fuera religiosa. Leyó en voz alta:

- «Y, aunque haya vivido dos veces mil años, no habrá visto nada bueno, puesto que ¿no va a parar todo al mismo lugar?» Hizo una pausa.

- Un tanto sombrío, Mary. ¿No ha podido encontrar algo más alegre? ¿Ni siquiera en el Predicadores? - Sus ojos fueron recorriendo los versículos -. ¿Qué le parece éste? «Para aquel que ha unido a todo lo viviente hay esperanza...» O... humm, no hay muchos detalles optimistas. Pruebe éste: «Por tanto, suprime la tristeza de tu corazón, y arroja al mal de tu carne: porque la niñez y la juventud son vanidad.» Eso es más mi estilo; no querría ser joven de nuevo, ni que me lo pagaran extra.

- Yo sí.

- Mary, ¿qué es lo que la corroe? La encuentro sentada aquí, leyendo el más deprimente libro de la Biblia, todo muerte y funerales. ¿Por qué?

Ella pasó una cansada mano por sobre sus ojos.

- Lazarus, me estoy haciendo vieja. ¿En qué otra cosa puedo pensar?

- ¿Usted? ¡Pero si está fresca como una margarita!

Ella se le quedó mirando. Sabía que estaba mintiendo; su espejo le mostraba un cabello cada vez más gris, una piel flácida; lo sentía en sus huesos. Y sin embargo Lazarus era más viejo que ella... aunque sabía, por lo que había aprendido de biología durante los años en que había ayudado en el centro de investigaciones sobre la longevidad, que Lazarus nunca debería haber vivido tanto tiempo como había vivido. Cuando él había nacido, el programa había alcanzado tan sólo su tercera generación, demasiadas pocas generaciones para eliminar los factores menos duraderos... a excepción de alguna remota casualidad en la disposición de los genes.

Pero allí estaba él.

- Lazarus - preguntó -, ¿cuánto tiempo espera vivir?

- ¿Yo? Ésta es una extraña pregunta. Me recuerda una vez en que le hice a un tipo esa misma pregunta... referida a mí, quiero decir, no a él. ¿Ha oído hablar alguna vez del doctor Hugo Pinero?

- Pinero... Pinero... Oh, sí, «Pinero el Charlatán».

- Mary, no era un charlatán. Podía hacerlo, no era un truco. Podía predecir exactamente cuándo un hombre iba a morir.

- Pero... Adelante, siga. ¿Qué le dijo?

- Espere un minuto. Quiero que se dé cuenta de que no era un fraude. Sus predicciones resultaron ciertas en su totalidad... si no hubiera muerto, las compañías de seguros de vida se hubieran arruinado. Eso ocurrió antes de que usted naciera, pero yo estaba allí y lo sé. De todos modos, Pinero sacó mis resultados y pareció como si le molestaran. Volvió a sacarlos de nuevo. Luego me devolvió mi dinero.

- ¿Qué es lo que dijo?

- No pude sacarle una palabra. Me miró y miró a su máquina, y simplemente frunció el ceño y me echó. Así que no puedo responder correctamente a su pregunta.

- ¿Pero qué es lo que piensa al respecto, Lazarus? Seguro que no espera vivir siempre.

- Mary - dijo él suavemente -, no estoy planeando morirme. No pienso en ello en absoluto. Hubo un silencio. Finalmente, ella dijo:

- Lazarus, yo no deseo morir. ¿Pero cuál es la finalidad de nuestras largas vidas? No parece que seamos más sabios a medida que nos vamos haciendo viejos. ¿Estamos simplemente sobreviviendo una vez nuestro tiempo ha pasado? ¿Holgazaneando en el jardín de infancia donde deberíamos estar? ¿Debemos morir y volver a nacer de nuevo?

- No lo sé - dijo Lazarus -, y no tengo ninguna forma de saberlo... y que me condene si veo algún sentido en preocuparme por ello. Ni usted tampoco. Mi propósito es aferrarme a esta vida tanto como pueda y aprender tanto como pueda. Quizá la sabiduría y el conocimiento estén reservados para una existencia posterior, y quizá no sean en absoluto para nosotros, nunca. De todos modos, me siento satisfecho de estar vivo y de gozar de mi vida. Mary, querida, ¡envíe al infierno esas ideas absurdas! Es lo mejor que puede hacer.

La nave había vuelto a la misma monótona rutina que había presidido los varios años del primer salto. La mayoría de los Miembros se sumieron en el sueño a bajas temperaturas; los otros los atendían, atendían la nave, atendían los hidropónicos. Entre los soñolientos se hallaba Slayton Ford; el sueño a bajas temperaturas era una terapia común de último recurso para las psicosis funcionales.

El vuelo hacia la estrella PK3722 tomó diecisiete meses y tres días, tiempo de la nave.

Los oficiales de la nave tuvieron tan pocas oportunidades al final del viaje como las habían tenido a su principio. Unas pocas horas antes de su llegada las imágenes de las estrellas llamearon de vuelta y se instalaron en las pantallas del estelar, y la nave deceleró rápidamente a velocidades interplanetarias. No se experimentó ninguna sensación de frenada; fueran cuales fuesen las misteriosas fuerzas que actuaban sobre ellos, actuaban sobre todas las masas al mismo tiempo. La Nuevas Fronteras se estacionó en una órbita alrededor de un brillante planeta verde a unos ciento sesenta millones de kilómetros de su sol; poco después, Libby informaba al capitán King que se hallaban en una órbita estable.

Con precaución, King probó los controles, inertes desde su partida. La nave reaccionó; su piloto fantasma les había abandonado.

Libby decidió que el símil era incorrecto; su viaje había sido indudablemente planeado independientemente de ellos, pero no era necesario asumir que alguien o algo los hubiera guiado hasta allí. Libby sospechaba que los «dioses» del pueblo - perro veían el pleno como algo estático; su deportación era un hecho consumado para ellos antes de que se produjera... una lamentable consecuencia de la intrusión de aquellos desconocidos, pero no había palabras apropiadas para expresarlo. Puesto inadecuada e incorrectamente en palabras, su concepto era el de una «leva cósmica», un sistema de transmisión diseñado para ellos y que funcionaba fuera del espacio normal y regresaba sobre sí mismo; cuando la nave alcanzara el final de su «leva», volvería a su operación normal.

Intentó explicar aquel concepto a Lazarus y al Capitán, pero no lo consiguió satisfactoriamente. Le faltaban datos, y tampoco tenía tiempo para refinar su descripción matemática hasta alcanzar la elegancia; no se sintió satisfecho ni los satisfizo a ellos.

Tampoco King ni Lazarus tenían tiempo de dedicar muchos pensamientos a la cuestión. El rostro de Barstow apareció en la pantalla de la cabina.

- ¡Capitán! - llamó -. ¿Puede acudir a la compuerta siete de popa? ¡Tenemos visitantes!

Barstow había exagerado: sólo era uno. La criatura le recordó a Lazarus un niño disfrazado de conejo. Aquella cosita era más androide que los jockaira, aunque posiblemente no era mamífera. No llevaba ropas pero tampoco iba desnudo, puesto que su cuerpo infantil estaba hermosamente protegido por una piel dorada de corto pelaje. Sus ojos eran brillantes y parecían alegres e inteligentes.

Pero King estaba demasiado asombrado como para observar tales detalles. Una voz, un pensamiento, estaban sonando en su cabeza:

-...así que vosotros sois el grupo líder... - decía - ...bienvenidos a nuestro mundo... os estábamos esperando... el (en blanco) nos avisó de vuestra llegada...

Telepatía controlada...

Una criatura, una raza, tan gentil, tan civilizada, tan libre de enemigos, de cualquier peligro y luchas, que podía permitirse el lujo de compartir sus pensamientos con los demás... de compartir más que sus pensamientos; aquellas criaturas eran tan gentiles y tan generosas que les estaban ofreciendo a los humanos un hogar en su planeta. A eso había venido aquel mensajero: a hacerles la oferta.

A la mente de King aquello le pareció notablemente parecido a la ganga que les había sido ofrecida por los jockaira; se preguntó qué trampa cazabobos podía ocultarse tras su proposición.

El mensajero pareció leer sus pensamientos:

-...mirad en nuestros corazones... no albergamos malicia contra vosotros... compartimos vuestro amor por la vida y amamos la vida que hay en vosotros...

- Os damos las gracias - respondió King, formalmente y en voz alta -. Tenemos que conferenciar. - Se giró para hablar con Barstow, miró hacia atrás. El mensajero había desaparecido.

- ¿Adonde fue? - preguntó el capitán a Lazarus.

- ¿En? A mí no me pregunte.

- Pero usted estaba frente a la compuerta.

- Estaba comprobando lo que decía. No hay ningún bote sellado en la parte de fuera de esta compuerta... o al menos eso parece. Me estaba preguntando si estaba actuando como correspondía. Parece que sí. Pero ¿cómo entró en la nave? ¿Dónde está su aparato?

- ¿Cómo salió?

- ¡No por mi lado!

- Zaccur, entró por esta compuerta, ¿no?

- No lo sé.

- Pero seguramente tuvo que entrar por ella.

- No - negó Lazarus -. Esta compuerta no ha sido abierta. Los precintos exteriores están aún en su lugar. Véalo usted mismo. King lo hizo.

- No supondrá - dijo lentamente - que puede pasar a través de...

- A mí no me mire - dijo Lazarus -. Yo no tengo más prejuicios al respecto que la Reina Roja. ¿Dónde va a parar la imagen de un videófono cuando usted corta el circuito? - Se fue, silbando suavemente para sí mismo. King no reconoció la melodía. Su letra, que Lazarus no cantó, empezaba con:

Anoche vi en la escalera

a un hombrecillo que no estaba allí...

4

No había ningún engaño en la oferta. La gente del planeta - no tenían nombre puesto que no poseían ningún lenguaje hablado, y los terrestres simplemente los llamaron «la Pequeña Gente» -, aquellas pequeñas criaturas les dieron realmente la bienvenida y se mostraron dispuestos a ayudarles. Convencieron de ello a las Familias sin ninguna dificultad, puesto que no había ningún problema en la comunicación como el que había habido con los jockaira. La Pequeña Gente podían transmitir incluso los pensamientos más sutiles directamente a los terrestres, y a cambio podían captar correctamente cualquier pensamiento a ellos dirigido. Parecían ignorar o no ser capaces de leer cualquier pensamiento no dirigido a ellos; la comunicación con ellos era tan controlada

como el lenguaje hablado. Los terrestres no adquirieron ningún poder telepático entre ellos.

Su planeta era incluso más parecido a la Tierra de lo que había sido el planeta de los jockaira. Era un poco mayor que la Tierra, pero tenía una gravitación superficial ligeramente inferior, sugiriendo una menor densidad... la Pequeña Gente hacía escaso uso de los metales en su cultura, lo cual podía ser significativo.

El planeta se movía vertical a su órbita; no poseía la ligera inclinación del eje terrestre. Su órbita era casi circular; el afelio difería del perihelio en menos de un uno por ciento. No había estaciones.

Tampoco poseía una luna de gran tamaño, como la de la Tierra, que agitara sus océanos y perturbara el equilibrio isostático de su corteza. Sus colinas eran bajas, sus vientos suaves, sus mares plácidos. Para desencanto de Lazarus, su nuevo hogar no poseía una climatología viva; en realidad, apenas tenía climatología; gozaba de un solo clima, el mismo que los patriotas californianos esparcidos por el resto de la Tierra creían que existía siempre en su querida parte del globo.

Pero, en el planeta de la Pequeña Gente, ese clima realmente existía.

Indicaron a la gente de la Tierra dónde tenían que posarse, una amplia faja de arenosa playa que se hundía suavemente en el mar. Tras ella se extendían kilómetros y kilómetros de hermosa pradera, rota por irregulares bosquecillos de arbustos y árboles. El paisaje tenía una descuidada ordenación, como si fuera un parque cuidadosamente planeado, aunque no había ninguna evidencia de cultivos.

Allí, les dijo el mensajero al primer grupo explorador, era donde serían bienvenidos para vivir.

Siempre parecía haber presente un representante de la Pequeña Gente cuando su ayuda podía ser útil... no con la inescapable obsequiosidad de los jockaira, sino con la no embarazosa disponibilidad de un teléfono o una navaja. El que acompañó al primer grupo de exploradores confundió a Lazarus y a Barstow asumiendo casualmente que ya se habían encontrado antes, cuando los había visitado en la nave. Puesto que su pelaje era de un intenso color caoba en vez de dorado, Barstow atribuyó el error a un malentendido, con una reserva mental acerca de que aquella gente podía ser capaz de cambiar camaleónicamente su color. Lazarus se reservó su opinión.

Barstow preguntó a su guía si su gente tenía alguna preferencia respecto a cómo y dónde debían levantar los terrestres sus edificaciones. Aquella cuestión le había estado preocupando debido a que una exploración preliminar desde la nave no había descubierto ciudades. Parecía probable que los nativos vivieran bajo tierra... en cuyo caso deseaba evitar dar un primer paso en falso empezando algo que el gobierno local pudiera considerar como un barrio pobre.

Habló en voz alta, dirigiéndose verbalmente a su guía, puesto que se había dado cuenta de que ésta era la mejor forma de que los nativos captaran el pensamiento.

En las palabras que el pequeño ser emitió como respuesta Barstow captó la emoción de la sorpresa:

-...¿debéis manchar la dulzura de este paisaje con interrupciones?... ¿con qué finalidad necesitáis formar edificios?...

- Necesitamos edificios para varias finalidades - explicó Barstow -. Los necesitamos como refugio diario, como lugares para dormir por la noche. Los necesitamos para hacer crecer nuestros alimentos y prepararlos para ser comidos. - Consideró la conveniencia de intentar explicar los procesos del cultivo hidropónico, del procesamiento de los alimentos, y del cocinado, luego lo dejó correr, confiando en que su sutil sentido de la telepatía permitiera a su «oyente» comprender -. Necesitamos edificios para otros muchos usos, para talleres y laboratorios, para albergar las máquinas con las que nos comunicamos, para casi cualquier cosa que necesitamos realizar en nuestra vida cotidiana.

-...sed pacientes conmigo... - le llegó el pensamiento - ...puesto que conozco tan poco de vuestros métodos... pero decidme... ¿preferís dormir en algo como eso?... - hizo un gesto hacia las naves auxiliares que habían traído consigo, cuyas estructuras resaltaban sobre la arena de la playa. El pensamiento que utilizó para las naves era demasiado fuerte como para ser traducido en una palabra; a la mente de Lazarus le llegó un pensamiento de un espacio muerto y angosto... una cárcel donde había estado encerrado en una ocasión, una maloliente cabina videofónica pública.

- Es nuestra costumbre.

La criatura se inclinó y palmeó el césped.

-...¿no es éste un buen lugar para dormir?...

Lazarus tuvo que admitir para sí mismo que lo era. El suelo estaba recubierto por un suave césped primaveral, como la hierba pero más fino que la hierba, más suave y mucho más tupido. Lazarus se quitó las sandalias y dejó que sus pies desnudos gozaran de él, removiendo los dedos, bien separados. Era, decidió, más parecido a un suave pelaje que a un césped.

-...en cuanto a la comida... - prosiguió su guía -...¿por qué preocuparse por ella cuando el buen suelo la proporciona gratuitamente?... venid conmigo....

Les llevó a través del prado hacia un pequeño bosquecillo de arbustos al lado de un serpenteante riachuelo. Las «hojas» tenían el tamaño de una mano humana, de forma irregular, y de un par o tres de centímetros de grueso. El hombrecillo cortó una de ellas y la mordisqueó con evidente placer.

Lazarus tomó otra y la examinó. Se rompió fácilmente, como un bizcocho bien horneado. El interior era de un color amarillo cremoso, esponjoso pero crujiente, y tenía un fuerte olor placentero, que recordaba al mango.

- ¡Lazarus, no lo comas! - advirtió Barstow -, No ha sido analizado.

-...es armonioso con vuestro cuerpo... Lazarus olisqueó de nuevo.

- Estoy dispuesto a hacer yo mismo la prueba, Zack.

- Oh, bien... - Barstow se alzó de hombros -. Te avisé. Lo harás de todos modos.

Lazarus lo hizo. Su composición era extrañamente agradable, lo suficientemente firme como para hacer trabajar los dientes, y con un perfume picante y elusivo. Bajó alegremente hasta su estómago y se quedó allí como en su casa.

Barstow se negó a dejar que alguien más probara el fruto hasta que fueran establecidos sus efectos en Lazarus. Lazarus aprovechó la ventaja de su expuesta y privilegiada posición para regalarse con una comida completa... la mejor, decidió, que había probado en años.

-...¿me diréis cuáles son vuestros hábitos de comida?... - inquirió su pequeño amigo. Barstow empezó a responder, pero fue interrumpido por los pensamientos de la criatura - ...todos vosotros... pensad en ello... - no le llegó ningún otro mensaje durante unos breves momentos, luego recibió -:...eso es suficiente... mis esposas se encargarán de ello...

Lazarus no estaba seguro de que la imagen significara «esposas», pero implicaba alguna relación íntima parecida. No había quedado aún establecido que la Pequeña Gente fuera bisexual... o qué.

Lazarus durmió aquella noche bajo las estrellas, y dejó que su débil e impersonal luz borrara de él la claustrofobia de la nave. Las constelaciones en aquel lugar estaban distorsionadas más allá de un fácil reconocimiento, aunque pudo reconocer, decidió, el frío azul de Vega y el brillo anaranjado de Antares. Lo único seguro era la Vía Láctea, extendiendo su nuboso arco a través del cielo exactamente como en casa. El Sol, sabía, no podía verse desde allí a ojo desnudo aunque supiera dónde buscarlo; su baja magnitud absoluta no lo dejaba mostrarse a través de los años luz. Tendría que decirle a Andy, pensó medio adormecido, que buscara sus coordenadas y lo localizara con los instrumentos. Se quedó dormido antes de que se le pudiera ocurrir preguntarse por qué debía preocuparse por ello.

Puesto que no se necesitaba ningún refugio para la noche, desembarcaron todos tan pronto como las naves auxiliares pudieron transbordarlos al planeta. Las multitudes se esparcieron sobre el amistoso suelo y se les dejó descansar en él, estilo picnic, hasta que la colonia pudiera ser organizada. Al principio comieron los alimentos bajados de la nave, pero Lazarus siguió en buena salud, haciendo que la regla de no correr riesgos con los alimentos naturales nativos se relajara rápidamente. Pronto todos estuvieron comiendo de la ilimitada largueza ofrecida por las plantas, utilizando los alimentos de la nave tan sólo para variar su dieta.

Varios días después de que el último de ellos se hubiera posado en el planeta, Lazarus estaba explorando solo a una cierta distancia del campo. Se encontró con un representante de la Pequeña Gente; el nativo lo saludó con el mismo afecto que todos parecían demostrar hacia ellos, y condujo a Lazarus hasta un bosquecillo de árboles de poca altura bastante alejado de la base. Le indicó a Lazarus que comiera lo que deseara.

Lazarus no se sentía particularmente hambriento, pero se sintió impelido por tanta amabilidad, de modo que arrancó un poco y comió.

Casi estuvo a punto de atragantarse por la sorpresa. ¡Puré de patatas y salsa de carne!
-...¿no lo hemos hecho bien?... - le llegó un ansioso pensamiento.

- Amiguito - dijo Lazarus solemnemente -, no sé lo que habíais planeado hacer, ¡pero esto es simplemente estupendo! Una cálida oleada de placer invadió su mente.

-...prueba el siguiente árbol...

Lazarus lo hizo, con una cautelosa ansiedad. Pan moreno recién horneado y suave mantequilla parecían ser la combinación, con un cierto toque a helado flotando indefinidamente en algún lugar. Se sintió todavía más sorprendido cuando el tercer árbol le proporcionó un fuerte sabor a la carne asada con carbón vegetal acompañada con setas propias de sus antepasados.

-...hemos utilizado las imágenes de vuestros pensamientos casi enteramente... - explicó su compañero - ...son mucho más fuertes que los de vuestras esposas...

Lazarus no se molestó en explicarle que él no estaba casado. La pequeña persona añadió;

-...aún no hemos tenido tiempo de simular la apariencia y color que nos indicaban vuestros pensamientos... ¿os importa mucho?...

Lazarus le aseguró gravemente que importaba muy poco.

Cuando regresó a la base, tuvo considerables dificultades para convencer a los demás de lo serio de su informe.

Uno de los que más se beneficiaron de la maravillosa cualidad de aquella tierra de promisión que era su nuevo hogar fue Slayton Ford. Se había despertado de su sueño a bajas temperaturas aparentemente recobrado de su crisis excepto en un aspecto: no poseía ningún recuerdo de lo que había experimentado en el templo de Kreeel. Ralph Schultz consideró que aquello era un saludable reajuste a una experiencia intolerable y le dio de alta como paciente.

Ford parecía más joven y más feliz de lo que era antes de su crisis. Ya no mantenía ninguna oficina formal entre los Miembros - puesto que evidentemente no existía casi gobierno de ninguna clase; las Familias vivían en una alegre y fácil anarquía en su extraordinario planeta -, pero todos seguían dirigiéndose a él por su título y continuaba siendo tratado como uno de los viejos, uno de aquellos cuyo consejo era escuchado, cuyo juicio era tenido en cuenta, como ocurría con Zaccur Barstow, Lazarus, el capitán King y otros. Las Familias prestaban muy poca atención a la edad del calendario, amigos íntimos podían diferir en edad en más de un siglo. Durante años se habían beneficiado de su sabia administración; ahora seguían tratándolo como un viejo hombre de Estado, pese a que dos tercios de ellos eran más viejos que él.

El interminable picnic se alargó durante semanas, meses. Tras el prolongado encierro en la nave, durmiendo o trabajando, la tentación de tomarse unas largas vacaciones era

demasiado fuerte como para resistirse a ella, y no había nada que lo prohibiera. Alimentos en abundancia, listos para comer y fáciles de obtener, crecían casi por todas partes; el agua en los numerosos riachuelos era clara y potable. En cuanto a las ropas, disponían de ellas en abundancia si deseaban vestirse, pero su necesidad era más estética que utilitaria; el clima elíseo hacía que el vestirse para protegerse fuera algo tan estúpido como los trajes espaciales para nadar. Aquellos que preferían ir vestidos iban vestidos; pero para la mayoría eran suficientes los brazaletes y collares y flores en el pelo, que no molestaban demasiado si uno deseaba darse un chapuzón en el mar.

Lazarus siguió aferrado a su kilt.

La cultura y grado de ilustración de la Pequeña Gente era algo difícil de comprender al primer momento, debido a que sus caminos eran sutiles; puesto que carecían de signos externos, en términos terrestres, de logros científicos importantes: ni grandes edificios, ni complejas máquinas de transporte mecánico, ni enormes plantas de energía, era fácil confundirlos con hijos de la Madre Naturaleza, viviendo en un Jardín del Edén.

Sólo una octava parte de un iceberg se asoma por encima del agua.

Su conocimiento de las ciencias físicas no era inferior al de los colonos; era increíblemente superior. Examinaron las naves auxiliares con un educado interés, pero confundieron a sus guías preguntándoles por qué las cosas estaban hechas de esta forma en vez de estar hechas de esa otra... y la forma que sugerían probaba invariablemente ser mucho más simple y más eficiente que la técnica terrestre... cuando los asombrados técnicos humanos conseguían comprender lo que estaban apuntando...

La Pequeña Gente comprendían la maquinaria y todo lo que la maquinaria implica, pero simplemente hacían muy poco uso de ella. Obviamente no la necesitaban para comunicarse, y tenían muy poca necesidad de ella para transportarse (aunque la completa razón de eso no era evidente al primer momento), y tenían muy poca necesidad de maquinaria para cualquiera de sus actividades. Pero cuando necesitaban específicamente algún utensilio mecánico eran completamente capaces de inventarlo, construirlo, usarlo inmediatamente, y destruirlo luego, realizando todo el proceso con una fácil cooperación y unos medios totalmente desconocidos para los hombres.

Pero la biología era donde su preeminencia era más sorprendente. La Pequeña Gente eran maestros en la manipulación de las formas de vida. Desarrollar plantas en cuestión de días que produjeran frutos duplicando no sólo el sabor y el aroma sino también las cualidades nutritivas de los alimentos humanos no era un milagro para ellos, sino más bien una tarea rutinaria que cualquiera de sus biotécnicos podía realizar con los ojos cerrados. Lo llevaban a cabo más fácilmente que un horticultor terrestre hace los arreglos necesarios para conseguir una cierta tonalidad de color o una cierta forma en una flor.

Pero sus métodos eran diferentes de aquellos utilizados por cualquier cultivador humano de plantas. Hay que decir en su honor que intentaron explicar sus métodos, pero sus explicaciones simplemente fueron incomprensibles. En nuestros términos ellos aseguraban que «pensaban» una planta con la forma y características que deseaban. Fuera lo que fuese lo que quisieran significar con aquello, lo cierto era que podían tomar una planta aletargada y, sin tocarla ni operar sobre ella de ninguna forma perceptible por sus estudiantes humanos, hacer que floreciera, llegara a la madurez y diera frutos en el espacio de unas pocas horas, con nuevas características que no poseía en su línea ascendente... y que se mantenían en lo sucesivo.

Aunque la Pequeña Gente difería de los terrestres tan sólo en un grado con respecto a los logros científicos, diferían de los humanos en un sentido mucho más profundamente básico en lo relativo a su especie.

No eran individuos.

Ningún cuerpo de nativo albergaba una individualidad concreta. Sus individualidades eran multicorporales; poseían «almas» de grupo. La unidad básica de su sociedad era un grupo de relaciones telepáticas compuesto por varias partes. El número de cuerpos y

cerebros que albergaba una individualidad podía ser tan grande como noventa o más, y nunca era menor de treinta.

Los colonos empezaron a comprender mucho de lo que hasta entonces les había sorprendido profundamente acerca de la Pequeña Gente cuando supieron este hecho. Hay muchas razones para creer que la Pequeña Gente encontraba a los terrestres igualmente sorprendentes, ya que ellos también habían asumido que su esquema de existencia tenía su fiel reflejo en los demás. El descubrimiento final de los hechos reales por parte de cada una de las partes, surgido de las mutuas interpretaciones erróneas acerca de la identidad, parecieron despertar el horror en las mentes de la Pequeña Gente. Se retiraron de las inmediaciones del asentamiento de las Familias y permanecieron alejados de ellas durante varios días.

Finalmente, un mensajero entró en el campamento y buscó a Barstow.

-...lamentamos haberos interpretado mal... en nuestra prisa hemos confundido vuestra suerte por vuestra desgracia... deseamos ayudaros... os ofrecemos enseñaros cómo podéis llegar a ser como nosotros...

Barstow sopesó cómo responder a aquella generosa iniciativa.

- Os damos las gracias por vuestro deseo de ayudarnos - dijo finalmente -, pero lo que vosotros llamáis nuestro infortunio parece ser una parte necesaria de nuestra forma de ser. Nuestros caminos no son vuestros caminos. No creo que podamos llegar a comprender vuestros caminos.

El pensamiento que le llegó de regreso se apreciaba tremendamente turbado.

-...hemos ayudado a las bestias del aire y a las del suelo a cesar en sus luchas... pero si vosotros no deseáis nuestra ayuda no podemos obligaros...

El mensajero se fue, dejando a Zaccur Barstow con la mente hecha un mar de confusiones. Quizá, pensó, se había precipitado respondiendo sin haberse tomado el tiempo de consultar a los viejos. La telepatía era ciertamente un don que no podía ser despreciado; quizá la Pequeña Gente pudiera adiestrarles en la telepatía sin ninguna pérdida del individualismo humano. Pero lo que sabía de los sensitivos entre las Familias no animaba tal esperanza; no había ninguno de ellos que fuera emocionalmente sano, muchos de ellos eran claramente deficientes mentales... no parecía ser un sendero seguro para los humanos.

Podía ser discutido más tarde, decidió; no necesitaba apresurarse.

«No necesitamos apresurarnos» era el espíritu con que se había realizado el asentamiento. No había ninguna necesidad de esforzarse, había, muy poca cosa que hacer y raramente lo poco que había que hacer necesitaba hacerse aprisa. El sol era cálido y agradable, cada día era muy parecido al siguiente y siempre era igual al anterior. Los Miembros, predispuestos por su herencia a tener una amplia visión de las cosas, empezaban a tomar una visión eterna. El tiempo ya no importaba. Incluso la investigación sobre la longevidad, que había proseguido a través de sus recuerdos, languidecía. Gordon Hardy archivó sus experimentaciones habituales para proseguir la enormemente más fructífera ocupación de aprender lo que conocía la Pequeña Gente sobre la naturaleza de la vida. Se veía obligado a tomarse las cosas lentamente, dedicando largas horas a digerir nuevos conocimientos. A medida que avanzaba el tiempo, cada vez era menos consciente de que sus horas de contemplación se iban haciendo más largas, sus intentos de activo estudio menos frecuentes.

Aprendió algo, y sus implicaciones abrieron para él nuevos campos de pensamiento: la Pequeña Gente había conquistado, en un cierto sentido, la muerte.

Puesto que cada uno de sus egos era compartido entre varios cuerpos, la muerte de un cuerpo no implicaba la muerte del ego. Todas las experiencias y recuerdos de ese cuerpo permanecían intactos, la personalidad a ellos asociada no se perdía, y la pérdida física podía resolverse permitiendo que un joven nativo se «casara» con el grupo. Pero un grupo ego, una de las personalidades que hablaba a los terrestres, no podía morir,

excepto posiblemente por la destrucción de todos y cada uno de los cuerpos que lo formaban. Simplemente seguía viviendo, en apariencia por siempre.

Sus jóvenes, hasta el momento del «matrimonio» o asimilación en un grupo, parecían poseer muy poca personalidad y tan sólo unos procesos mentales rudimentarios o posiblemente instintivos. Sus mayores no esperaban de ellos un comportamiento más inteligente que el que espera un ser humano de un niño aún en el seno materno. Siempre había varias de tales personas incompletas ligadas a los grupos ego; eran cuidadas y atendidas como animalitos de compañía o bebés indefensos, aunque a menudo parecieran a los ojos de los terrestres tan completos y aparentemente tan maduros como sus mayores.

Lazarus empezó a sentirse aburrido en aquel paraíso más rápidamente que la mayoría de sus primos.

- No podemos pasarnos la vida - se quejó a Libby, que estaba tendido cerca de él en la fina hierba - aguardando la hora del té.

- ¿Qué es lo que te preocupa, Lazarus?

- Nada en particular - Lazarus apoyó la punta de su cuchillo en su codo derecho, la hizo deslizarse con su otra mano, contempló cómo se clavaba en el suelo -. Es simplemente que este lugar me recuerda un zoo bien cuidado. No parece haber mucho futuro en él. - Gruñó desdeñosamente -. Es como el País del Nunca Jamás.

- ¿Pero qué es en particular lo que te está royendo?

- Nada. Eso es lo que me está royendo. En honor a la verdad, Andy, ¿no ves nada equivocado en pasarnos la vida en unos pastos como éstos?

Libby sonrió melancólicamente.

- Creo que se debe a mi sangre campesina. «Cuando no llueve, el techo no tiene goteras; cuando llueve, no hay ningún modo de repararlas» - citó -. Me parece que nos las arreglamos tolerantemente bien. ¿Qué es lo que te molesta?

- Bueno... - los ojos azul pálido de Lazarus miraron a lo lejos; hizo una pausa en su indolente jugar con su cuchillo -. Cuando era joven, hace mucho tiempo de eso, fui a embarrancar en una playa de los Mares del Sur...

- ¿Hawai?

- No. Más al sur. Que me condene si sé cómo lo llaman hoy en día. Lo pasé mal, bastante mal, y vendí mi sextante. Muy pronto, o mejor al cabo de un tiempo, podía pasar por un nativo. Viví como uno de ellos. No pareció importarme. Pero un día me eché una mirada a mí mismo en un espejo. - Lazarus suspiró impetuosamente -. Salí corriendo de aquel lugar, embarcándome como marinero en un barco que transportaba pieles sin curtir, lo cual te dará una idea de lo asustado y desesperado que me sentía.

Libby no hizo ningún comentario.

- ¿Qué haces tú con tu tiempo, Lib? - insistió Lazarus.

- ¿Yo? Lo mismo de siempre. Pienso en matemáticas. Intento imaginar un dispositivo de impulsión espacial como el que nos trajo hasta aquí.

- ¿Has tenido alguna suerte? - Lazarus estaba repentinamente alerta.

- Todavía no. Dame tiempo. También me limito a contemplar cómo las nubes se van integrando. Hay divertidas correlaciones matemáticas en cualquier lugar si uno sabe mirarlas. En las olas del agua, o en las formas de un busto... elegantes funciones de quinto orden.

- ¿En? Querrás decir «cuarto orden».

- Quinto orden. Omite usted la variable tiempo, Lazarus. Me gustan las ecuaciones de quinto orden - dijo Libby soñadoramente -. Puede encontrarlas también en los peces.

- ¡Hummm! - dijo Lazarus, y se puso bruscamente en pie -. Eso quizá sea correcto para ti, pero no es de mi interés.

- ¿Va a algún lado?

- Voy a dar un paseo.

Lazarus echó a andar hacia el norte. Anduvo el resto del día, durmió sobre el suelo como de costumbre aquella noche, y al amanecer estaba de nuevo en pie y avanzando, también hacia el norte. El día siguiente fue sustituido por otro igual, y luego otro. El camino era fácil, tanto como pasear por un parque... demasiado fácil, en opinión de Lazarus. Por la vista de un volcán, o de una auténtica catarata, hubiera pagado lo que le hubieran pedido.

Las plantas alimenticias eran a veces extrañas, pero abundantes y satisfactorias. Ocasionalmente encontró a uno o varios representantes de la Pequeña Gente dirigiéndose a sus misteriosos asuntos. Nunca le molestaron ni le preguntaron por qué estaba viajando, sino que simplemente le saludaron con la habitual presunción de un conocimiento previo. Estaba ya lo suficientemente lejos como para resultar un extraño; empezó a sentirse vigilado.

Por aquel entonces las noches se fueron haciendo más frías, los días menos suaves, y la Pequeña Gente menos numerosa. Cuando finalmente no vio a ninguno en todo el día, acampó para la noche, se quedó allí todo el día siguiente... sacó su arma y la examinó.

Tuvo que admitir que no podía encontrar ninguna falta razonable ni en el planeta ni en sus habitantes. Pero definitivamente aquello no le gustaba. Nunca había oído o leído ninguna filosofía que diera alguna finalidad razonable a la existencia del hombre, ni algún indicio razonable para su propia conducta. Calentarse al sol podía ser una cosa tan buena como cualquier otra para emplear la vida de uno... pero aquello no era para él y lo sabía, aunque no hallara la forma de definirlo.

El éxodo de las Familias había sido un error. Habría sido más humano, más maduro y más consciente haberse quedado y haber luchado por sus derechos, aunque hubieran terminado muriendo por ellos. En cambio, habían huido a través de medio universo (Lazarus no se preocupaba demasiado de sus magnitudes) buscando un lugar donde vivir. Habían encontrado uno, uno bueno... pero ya ocupado por seres tan superiores que los hacían intolerables a los hombres... y sin embargo tan supremamente indiferentes en su superioridad sobre los hombres que ni siquiera se habían molestado en echarlos de allí, sino que simplemente los habían enviado lejos de ellos... a aquel supercuidado club de campo.

Y aquello era también en sí mismo una insoportable humillación. La Nuevas Fronteras era la culminación de quinientos años de investigación científica humana, lo mejor que los hombres habían podido hacer... pero había sido lanzada a través de las profundidades del espacio tan casualmente como un hombre puede devolver a un pajarillo extraviado a su nido.

La Pequeña Gente no parecía desear echarlos de allí, pero la Pequeña Gente, a su propia manera, eran tan desmoralizantes para los hombres como lo habían sido los dioses de los jockaira. Uno a uno quizá fueran estúpidos pero, tomados como grupos, cada grupo era un genio que desafiaba a las mejores mentes que los hombres podían ofrecer para enfrentárseles. Incluso Andy. Los seres humanos no podían esperar competir con ese tipo de organización, de la misma forma que una vieja tienda no puede competir con una fábrica cibernéticamente automatizada. Y para formar tales grupos de identidades, incluso si podían conseguirlo, lo cual dudaba, Lazarus estaba seguro de que deberían prescindir de aquello que hacía de ellos hombres.

Admitió que sus prejuicios le impulsaban a favor de los hombres. Él era un hombre.

Incontables días fueron transcurriendo mientras discutía consigo mismo sobre las cosas que lo preocupaban... problemas que habían entristecido el alma de su especie desde que el primer hombre - mono había surgido a la autoconsciencia, cuestiones nunca resueltas ni por el estómago lleno ni por los avances tecnológicos. Y los interminables y tranquilos días no le proporcionaron las respuestas definitivas que habían estado buscando todas las almas inquisitivas de sus antepasados. ¿Por qué? ¿Qué provecho podría sacar de ello el hombre? No llegaba ninguna respuesta... excepto una: una firme e

irrazonada convicción de que no estaba dispuesto a, o no estaba preparado para, proseguir en aquel abrigado puerto de facilidades donde el tiempo no existía.

Sus atormentadas ensoñaciones fueron interrumpidas por la aparición de un miembro de la Pequeña Gente.

-...saludos viejo amigo... tu esposa King desea que regreses a tu hogar... necesita de tu consejo...

- ¿Cuál es el problema? - preguntó Lazarus.

Pero la pequeña criatura no pudo o no quiso decírselo. Lazarus se ciñó el cinturón y echó a andar hacia el sur.

-...no es necesario ir despacio... - le llegó un pensamiento desde atrás.

Lazarus se dejó conducir hasta un claro detrás de un bosquecillo. Allí descubrió un objeto en forma de huevo de casi dos metros de largo, sin ningún rasgo distintivo excepto una puerta a un lado. El nativo cruzó la puerta, Lazarus se encogió ligeramente para entrar tras él; la puerta se cerró.

Se abrió casi inmediatamente, y Lazarus vio que estaban en la playa, justo un poco más allá del asentamiento humano. Tuvo que admitir que había sido un buen truco.

Lazarus se dirigió apresuradamente hacia la navecilla auxiliar posada en la playa, donde el capitán King compartía con Barstow un remedo de cuartel general común.

- ¿Me mandó llamar, capitán? ¿Qué ocurre? El austero rostro de King parecía grave.

- Es acerca de Mary Sperling.

Lazarus sintió que un frío repentino le atenazaba el corazón.

- ¿Muerta?

- No. No exactamente. Se ha ido con la Pequeña Gente. «Casada» en uno de sus grupos.

- ¿Qué? ¡Pero eso es imposible!

Lazarus estaba equivocado. No había la más mínima posibilidad de cruce genético entre terrestres y nativos, pero no existía ninguna barrera, si había una corriente de simpatía, para que un humano se fundiera en uno de sus grupos, mezclando su personalidad en el ego de los otros.

Mary Sperling, movida por la convicción de su próxima muerte, vio en la inmortalidad de los egos de los grupos una vía de salida. Enfrentada al eterno dilema de la vida y la muerte, había escapado del problema no eligiendo ninguna de las dos... sino una fusión. Había encontrado un grupo dispuesto a recibirla, y había dado el paso.

- Eso suscita un montón de nuevos problemas - concluyó King -. Slayton y Zaccur y yo creímos que sería mejor que estuviera usted aquí.

- Sí, sí, seguro... ¿pero dónde está Mary? - preguntó Lazarus, y salió corriendo de la sala sin aguardar la respuesta. Cargó a través de todo el asentamiento, ignorando tanto los saludos como los intentos de detenerle. A una corta distancia del campo pasó corriendo junto a un nativo. Frenó y se detuvo.

- ¿Dónde está Mary Sperling?

-...yo soy Mary Sperling...

- Por el amor de... No puedes serlo.

-...yo soy Mary Sperling y Mary Sperling es yo... ¿no me conoces, Lazarus?... Yo te conozco... Lazarus agitó las manos.

- ¡No! Yo deseo ver a Mary Sperling, que tiene el aspecto de una terrestre... ¡como yo! El nativo vaciló.

-...sígueme, entonces...

Lazarus la encontró a bastante distancia del campo; era obvio que deseaba evitar los otros colonos.

- ¡Mary!

Ella respondió, de mente a mente:

-...lamento verte turbado... Mary Sperling ha desaparecido excepto en lo que forma parte de nosotros...

- ¡Oh, sálgase de esto, Mary! ¡No me haga esta jugada! ¿No me conoce?

-...claro que te conozco, Lazarus... eres tú quien no me conoce a mí., no atormentes tu alma ni aflijas tu corazón con la visión de este cuerpo que hay frente a ti... ya no soy una de los de tu especie... soy un nativo de este planeta...

- Mary - insistió él -, tiene que salirse de esto. ¡Tiene que salir fuera de aquí!

Ella agitó su cabeza, un gesto extrañamente humano, porque ya no conservaba en él ningún rastro de expresión humana; era una máscara de algo distinto.

-...esto es imposible... Mary Sperling ha desaparecido... la que habla contigo es inextricablemente yo mismo y no una de tu especie... - la criatura que había sido Mary Sperling se giró y se alejó.

- /Mary/ - gritó Lazarus. Su corazón saltó a través de un abismo de siglos hasta la noche en que su madre había muerto. Se cubrió el rostro con las manos y lloró con la inconsolable pena de un niño.

5

Lazarus encontró a King y a Barstow aguardándole cuando regresó. King miró directamente a su rostro.

- Pude habérselo dicho - murmuró serenamente -, pero no habría esperado.

- Olvídelo - dijo Lazarus ásperamente -. ¿Y ahora qué?

- Lazarus, hay algo que tienes que ver antes de que discutamos nada - respondió Zaccur Barstow.

- De acuerdo. ¿Qué?

- Simplemente ven y mira. - Le condujeron a un compartimento en la nave auxiliar que utilizaban como cuartel general. Contrariamente a la costumbre de las Familias, estaba cerrado; King les hizo entrar. Dentro había una mujer que, cuando vio a los tres, salió silenciosamente, cerrando la puerta tras ella.

- Échale una mirada a eso - indicó Barstow.

Había una criatura viva en una incubadora... un niño, pero un niño como antes no había visto ningún otro. Lazarus se lo quedó mirando, luego dijo airadamente:

- ¿Qué diablos es?

- Velo por ti mismo. Cógelo. No te va a hacer daño.

Lazarus lo hizo, cautelosamente al principio, luego con más firmeza a medida que aumentaba su curiosidad. No supo decir lo que era. No era humano; tampoco era nada surgido de la Pequeña Gente. ¿Acaso este planeta, como el último, contenía alguna otra raza previamente insospechada? Era parecido a los seres humanos, pero evidentemente no era un niño humano. Le faltaba el botoncito de la nariz propio de los bebés, y los oídos externos no parecían apreciables. Había órganos en las ubicaciones habituales de cada uno de ellos, pero nivelados con el cráneo y protegidos por rebordes óseos. Sus manos tenían demasiados dedos, y había uno extraordinariamente largo cerca de cada muñeca, que terminaba en un racimo como de gusanos rosados.

Había algo extraño en el torso del niño que Lazarus no podía definir. Pero otros dos hechos ostensibles eran evidentes; las piernas no terminaban en pies humanos sino en remates córneos sin dedos... cascos. Y la criatura era hermafrodita... no como deformación sino como un saludable desarrollo, un andrógino.

- ¿Qué es esto? - repitió, con la mente llena de vividas sospechas.

- Esto - dijo Zaccur - es Marión Schmidt, nacida hace tres semanas.

- ¿Eh? ¿Qué quieres decir?

- Quiero decir que la Pequeña Gente es tan hábil en manipularnos a nosotros como lo son en manipular las plantas.

- ¿Qué? ¡Pero aceptaron dejarnos solos!

- No les acuses tan rápidamente. En cierto modo les dimos permiso. La idea original era simplemente unas pocas mejoras.

- ¡Mejoras! Esto es una obscenidad.

- Sí y no. Mi estómago da un vuelco cada vez que lo miro... pero realmente... bueno, es una especie de superhombre. Su arquitectura corporal ha sido rediseñada para una mayor eficiencia, nuestros inútiles residuos simiescos han sido eliminados, y sus órganos han sido predispuestos de una forma mucho más sensible. No se puede decir que no sea humano, porque lo es... en un modelo mejorado. Toma este apéndice extra en la muñeca. Es otra mano, una mano en miniatura... respaldada por un ojo microscópico. Puedes apreciar lo útil que puede llegar a ser, una vez uno se acostumbra a la idea. - Barstow le miró fijamente -. Pero a mí me parece horrible.

- Le parecerá horrible a todo el mundo - afirmó Lazarus -. Puede que sea una mejora, pero maldita sea, digo que no es humano.

- En cualquier caso crea un problema.

- ¡Por supuesto que lo crea! - Lazarus lo miró de nuevo -. ¿Dices que tiene un segundo juego de ojos en esas manos más pequeñas? No parece posible.

Barstow alzó los hombros.

- No soy biólogo. Pero cada célula del cuerpo contiene un juego completo de cromosomas. Supongo que uno puede hacer crecer ojos, o huesos, o cualquier otra cosa que desee, en cualquier lado, si sabe cómo manipular los genes en los cromosomas. Y ellos lo saben.

- ¡Yo no deseo ser manipulado!

- Yo tampoco.

Lazarus se puso en pie en el bancal y miró fijamente la amplia playa donde se habían reunido las Familias.

- Soy... - empezó de un modo formal, luego pareció desconcertado -. Ven aquí un momento, Andy. - Le susurró algo a Libby; Libby pareció sorprendido y susurró algo en respuesta. Lazarus evidenció exasperación y susurró algo de nuevo. Finalmente volvió a erguirse y miró a la concurrencia.

- Tengo doscientos cuarenta y un años... como mínimo - afirmó -. ¿Hay alguien que sea más viejo? - Era una formalidad vacía; sabía que era el más viejo de todos; y se sentía dos veces más viejo aún -. La reunión queda abierta - prosiguió, con su potente voz resonando por toda la playa ayudada por el sistema de altavoces de la nave auxiliar -. ¿Quién es el presidente?

- Siga adelante - dijo una voz entre la multitud.

- Muy bien - dijo Lazarus -. ¡Zaccur Barstow! Detrás de Lazarus, un técnico enfocó un micrófono direccional hacia Barstow.

- Zaccur Barstow - retumbó su voz -, hablando por mí mismo.

Algunos hemos llegado a la conclusión de que este planeta, pese a lo agradable que es, no es lugar para nosotros. Todos ustedes saben lo de Mary Sperling, han visto estéreos de Marión Schmidt; ha habido otras cosas, y no voy a enumerarlas. Pero emigrar de nuevo plantea otra cuestión, la cuestión del dónde. Lazarus Long propone que regresemos a la Tierra. En tal caso... - sus palabras fueron ahogadas por el rumor de la multitud. Lazarus habló con voz fuerte:

- A nadie se le obliga a irse de aquí. Pero si el número de los que desean irse es suficientemente amplio como para justificar el to mar la nave, lo haremos. Yo digo que volvamos a la Tierra. Algunos dicen que busquemos otro planeta. Eso es lo que debemos

decidir. Pero en primer lugar... ¿cuántos de ustedes piensan que debemos marcharnos de aquí?

- ¡Yo! - El grito tuvo innumerables ecos. Lazarus miró al primer hombre que había respondido, intentó identificarlo, hizo una seña por encima de su hombro al técnico, luego señaló.

- Adelante, amigo - ordenó -. Los demás, cállense.

- Mi nombre es Oliver Schmidt. He estado aguardando durante meses a que alguien sugiriera esto. Creía que era el único chiflado de las Familias. No tengo ninguna auténtica razón para irme... no estoy asustado por lo de Mary Sperling, ni por lo de Marion Schmidt. Cualquiera a quien le gusten tales cosas es bienvenido... vive y deja vivir. Pero yo siento una profunda ansia de ver Cincinnati de nuevo. Estoy harto de este lugar. Estoy cansado de haberme convertido en un comedor de lotos. ¡Maldita sea, quiere trabajar para vivir! De acuerdo con los genéticos de las Familias! todavía puedo vivir cien años como mínimo. No puedo verme malgastando todo este tiempo tendido al sol y soñando despierto.

Cuando calló, al menos un millar más trataron de decir algo.

- ¡Calma! ¡Calma! - vociferó Lazarus -. Si todo el mundo quiere hablar, me veré obligado a canalizar la reunión a través de los representantes de cada Familia. Pero limitémonos a tomar una muestra aquí y allá. - Señaló a otro hombre, le dijo que hablase.

- No me extenderé mucho - dijo el nuevo orador -. Estoy de acuerdo con Oliver Schmidt. Sólo deseaba mencionar mis propias razones. ¿No echa nadie en falta la Luna? Allá en casa acostumbraba sentarme en mi porche durante las calurosas noches de verano y fumaba un poco y miraba la Luna. Nunca supe lo importante que esto era para mí, pero lo es. Deseo un planeta con una Luna.

El siguiente orador dijo simplemente:

- Este caso de Mary Sperling me ha roto los nervios. Tengo pesadillas que me sacan fuera de mí.

Los argumentos siguieron desgranándose. Alguien señaló que habían sido echados de la Tierra: ¿qué hacía pensar a alguien que se les permitiría regresar? Lazarus respondió personalmente:

- Hemos aprendido mucho de los jockaira, y ahora hemos aprendido mucho más de la Pequeña Gente... cosas que nos ponen a la cabeza de cualquier científico allá en la Tierra y de sus más locos sueños. Podemos volver a la Tierra cargados con algo muy valioso. Estamos en condiciones de reclamar nuestros derechos, y somos lo suficientemente fuertes como para defenderlos.

- Lazarus Long... - dijo otra voz.

- ¿Sí? - repuso Lazarus -. Usted, adelante.

- Soy demasiado viejo para dar más saltos de estrella en estrella, y mucho más viejo aún para luchar al final de uno de estos saltos. Hagan lo que hagan el resto de ustedes, yo me quedo.

- En tal caso - dijo Lazarus - no hay necesidad de discutirlo, ¿verdad?

- Tengo derecho a hablar.

- De acuerdo, ya ha hablado. Ahora démosle su oportunidad a otro.

El sol se puso y las estrellas surgieron, y la discusión prosiguió. Lazarus se dio cuenta de que no iba a terminar nunca a menos de que forzara su fin.

- De acuerdo - gritó, ignorando a los muchos que aún deseaban hablar -. Quizá debamos volver a los consejos de Familias, pero intentemos una votación y veamos dónde estamos. Todos los que deseen volver a la Tierra que se pongan a mi derecha. Todos los que quieren quedarse aquí que bajen a la playa a mi izquierda. Todos los que deseen seguir explorando en busca de otro planeta que se queden frente a mí. - Se echó para atrás y le dijo al técnico de sonido -: Póngales un poco de música para apresurarlos un poco.

El técnico asintió, y los nostálgicos compases del Vals triste suspiraron sobre la playa. Fueron seguidos por Las verdes colinas de la Tierra. Zaccur Barstow se giró hacia Lazarus.

- Tú escogiste esa música.

- ¿Yo? - respondió Lazarus con imperturbable inocencia -. Sabes que no entiendo de música, Zack.

Incluso con la música, la separación tomó largo tiempo. El último movimiento de la inmortal Quinta se había desvanecido en el aire mucho antes de que los asistentes se hubieran dividido finalmente en tres grupos.

A la izquierda, aproximadamente un diez por ciento del número total indicaba su intención de quedarse. Eran en su mayor parte los viejos y los cansados, cuyas energías se habían ido agotando. Con ellos había unos pocos jóvenes que nunca habían visto la Tierra, más unos pocos ejemplares de otras edades.

En el centro había un grupo muy pequeño, no más de trescientos, la mayoría hombres y unas pocas mujeres jóvenes, que votaban por ir a abrir nuevas fronteras.

Pero la gran masa estaba a la derecha de Lazarus. Les miró y vio una nueva animación en sus rostros; aquello aligeró su corazón, porque había tenido el amargo temor de hallarse casi solo en su deseo de regresar.

Miró al pequeño grupo que estaba más cerca de él.

- Parece como si hubieran perdido en la votación - les dijo, sin utilizar la amplificación -. Pero no importa, siempre habrá otro día. - Aguardó.

Lentamente, el grupo empezó a disolverse. De uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, fueron alejándose. Unos pocos fueron a unirse con aquellos que deseaban quedarse; la mayoría se mezclaron con el grupo de la derecha.

Cuando se hubo completado esta segunda división, Lazarus se dirigió al pequeño grupo de su izquierda:

- De acuerdo - dijo muy suavemente -. Ustedes... será mejor que vuelvan a la pradera y se vayan a dormir. El resto de nosotros tenemos planes que hacer.

Lazarus cedió entonces la palabra a Libby, y le dejó explicar a la mayor parte de la multitud que el viaje de vuelta a casa podía no ser el agotador viaje que había sido el vuelo desde la Tierra, ni tampoco el tedioso segundo salto. Libby adjudicó todo el mérito a quien correspondía, a las enseñanzas de la Pequeña Gente. Ellos habían limado todas las dificultades en su batallar con el problema de las velocidades que parecían superar la velocidad de la luz. Si la Pequeña Gente sabía de qué estaba hablando - y Libby estaba seguro de que lo sabían -, parecía no existir ningún límite a lo que Libby eligió llamar «paraaceleración»... «para» debido a que, como el impulsor a presión lumínica del propio Libby, actuaba uniformemente sobre toda la masa y no podía ser percibida por los sentidos como ocurría con la gravitación, «para» también porque la nave no se desplazaba «a través», sino más bien alrededor o «al lado» del espacio normal.

- No es tanto un asunto de impulsar la nave como si fuera una selección de apropiado nivel potencial en un hiperplano n-dimensional o un posible n-más-uno... Lazarus le interrumpió firmemente.

- Ése es tu departamento, hijo, y todos te creen en ello. No estamos cualificados para discutir detalles tan sutiles.

- Sólo iba a añadir que...

- Lo sé. Pero volverías a estar fuera del mundo cuando tuviera que interrumpirte de nuevo.

Alguien de la multitud planteó una nueva pregunta:

- ¿Y cuándo llegaremos allá?

- No lo sé - admitió Libby, pensando en la pregunta que de la misma forma le había hecho Nancy Weatheral hacía ya tanto tiempo -. No puedo decir qué año será allá... pero para nosotros parecerán tres semanas a partir de ahora.

Los preparativos consumieron días simplemente porque se necesitaban muchos viajes de ida y vuelta de las naves auxiliares para embarcarlos a todos. Hubo una evidente falta de ceremoniosas despedidas debido a que aquellos que se quedaban tendían a evitar a aquellos que se estaban yendo. Una gran frialdad había surgido entre los dos grupos; la división en la playa había roto amistades, había roto incluso matrimonios en proyecto, había ocasionado que muchos sentimientos quedaran heridos, que muchas amarguras fueran irresolubles. Quizá el único aspecto deseable de aquella división fue que los padres de la mutante Marión Schmidt eligieran quedarse.

Lazarus estaba a cargo de la última nave. Poco antes de despegar, sintió que alguien le tocaba el codo.

- Perdóneme - dijo un hombre joven -. Mi nombre es Hubert Johnson. Deseo irme, pero tuve que quedarme con los otros para evitar que a mi madre le diera un ataque. Si me presento en el último minuto, ¿podré ir con ustedes?

- Pareces lo bastante mayor como para decidir sin tener que preguntarme.

- No me entiende. Sólo soy un muchacho, y mi madre no quiere soltarme. He podido escabullirme antes de que me echara en falta. ¿Cuánto tiempo...?

- No voy a retener esta nave por nadie. Y tú nunca dejarás de ser un muchacho. Entra en la nave.

- Pero...

- ¡Entra! - El joven lo hizo, con una preocupada mirada hacia atrás, hacia el bancal. Todavía había mucho que decir, pensó Lazarus, de la ectogénesis.

Una vez a bordo de la Nuevas Fronteras, Lazarus se presentó al capitán King en la sala de control.

- ¿Todos a bordo? - preguntó King.

- Sí. Algunos decididos de última hora, en pro y en contra, y un pasajero más en la última décima de segundo... una mujer llamada Eleanor Johnson. ¡Vámonos!

King se giró hacia Libby.

- Adelante.

Las estrellas dejaron de parpadear.

Volaron a ciegas, con sólo el talento único de Libby para guiarles. Si tenía dudas respecto a su habilidad para conducirles a través de la inidentificable negrura del otro espacio, se las guardó para sí mismo. En el vigésimo tercer día de marcha y undécimo de paraaceleración las estrellas reaparecieron todas en su antigua y familiar disposición... la Osa Mayor, la gigantesca Orión, la desequilibrada Cruz, las hermosas Pléyades, y frente a todas ellas, brillando contra el helado telón de fondo de la Vía Láctea, había una dorada luz que tenía que ser el Sol.

Lazarus sintió lágrimas en sus ojos por segunda vez en un mes.

¡No podían simplemente acudir a su cita con la Tierra, establecerse en una órbita de aparcamiento y desembarcar; primero debían tomar algunas disposiciones! Además, necesitaban saber antes qué año era allí.

Libby fue capaz de establecer rápidamente, a través del movimiento de las estrellas más cercanas, que no era más tarde del J año 3700 de la era cristiana; sin instrumentos de observación más precisos, se negó a comprometerse más. Pero cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para divisar los planetas IJ del sistema solar, tuvo otro reloj para leer; los propios planetas constituían un reloj con nueve manecillas.

Para cualquier fecha existe una configuración única de esas «manecillas», puesto que ningún otro período planetario es exactamente conmensurado con otro. Plutón marca una «hora» de un cuarto de siglo; Júpiter cliquetea un minuto cósmico de doce años; Mercurio zumba un «segundo» de unos noventa días. Las J otras «manecillas» pueden afinar esas lecturas... el período de Neptuno es tan extraordinariamente distinto del de Plutón que los dos caen en una configuración aproximadamente repetida J tan sólo una vez cada

setecientos cincuenta y ocho años. El gran reloj puede ser leído con el grado deseado de exactitud en cada período que se quiera... pero no es fácil de leer.

Libby empezó a leerlo tan pronto como pudo ser divisado el primero de los planetas. Empezó a murmurar sobre el problema.

- No hay ninguna posibilidad de que podamos captar a Plutón - se quejó a Lazarus -, y dudo que podamos obtener a Neptuno. Los planetas interiores me dan una serie infinita de aproximaciones... usted sabe tan bien como yo que «infinito» es un término impreciso. ¡Irritante!

- ¿No lo estarás mirando por el lado difícil, hijo? Puedes encontrar una respuesta práctica. O dame los datos y yo la buscaré.

- Por supuesto que puedo encontrar una respuesta práctica - dijo Libby petulantemente -, si usted se queda satisfecho con ella. Pero...

- Pero no me vengas con «peros»... ¡qué año es, hombre!

- ¿En? Déjeme decirlo de este modo. La correlación de tiempos entre la nave y la Tierra ha sido interrumpida en tres ocasiones. Pero ahora vuelven a estar sincronizadas efectivamente de nuevo, de modo que deben haber pasado algo más de setenta y cuatro años desde que la abandonamos.

Lazarus soltó un suspiro.

- ¿Por qué no lo dijiste? - Había estado temiendo que la Tierra no fuera reconocible... podían muy bien haber borrado Nueva York del mapa o algo por el estilo -. Infiernos, Andy, no deberías haberme asustado de ese modo.

- Humm... - dijo Libby. Aquello no le preocupaba en absoluto. Quedaba tan sólo el delicioso problema de inventar unas matemáticas que pudieran describir elegantemente dos aparentemente irreconciliables grupos de hechos: los experimentos de Michelson - Morley y el vuelo de la Nuevas Fronteras. Pensó alegremente en ello. Humm... ¿cuál era el menor número de paradimensiones indispensablemente necesario para contener el pleno aumentado utilizando un haz de postulados que afirmara...?

Aquello iba a tenerle ocupado durante un tiempo considerable... tiempo subjetivo, por supuesto.

La nave estaba situada en una órbita temporal a ochocientos millones de kilómetros del Sol, con un radio vector normal en relación al plano de la eclíptica. Aparcados de tal forma en ángulo recto y lo suficientemente lejos y fuera de la plana y delgada tarta del Sistema Solar, estaban a salvo de cualquier posibilidad de ser descubiertos. Una nave auxiliar fue equipada con el neoinpulsor Libby para el salto, y fue enviado un equipo negociador.

Lazarus deseaba ir con él; King se negó a dejarle, lo cual puso a Lazarus de un humor de mil diablos. King había dicho secamente:

- Éste no es un grupo de asalto, Lazarus; es una misión diplomática.

- ¡Infiernos, hombre, puedo ser diplomático cuando es necesario!

- No lo dudo. Pero enviaremos a un hombre que no acostumbre ir armado al refrescador.

Ralph Schultz mandaba el grupo, puesto que los factores psico - dinámicos allá abajo en la Tierra eran de vital importancia, pero iba auxiliado por un grupo de especialistas legales, militares y técnicos. Si las Familias se veían obligadas a luchar para conseguir un lugar donde vivir, era necesario saber qué tipo de tecnología, qué tipo de armas, deberían afrontar... pero aún era más necesario saber si podrían conseguir o no un desembarco pacífico. Schultz había sido autorizado por los viejos a ofrecer un plan según el cual las Familias colonizarían el casi despoblado y retrasado continente europeo. Pero era posible, incluso muy probable, que esto ya hubiera sido efectuado en su ausencia, teniendo en cuenta la vida media de la radiactividad existente. Era probable que Schultz tuviera que improvisar algún otro compromiso, según las condiciones que hallara.

De nuevo no había otra cosa que hacer salvo esperar.

Lazarus soportó la espera mordiéndose inquieto las uñas. Había proclamado públicamente que las Familias habían conseguido una ventaja científica tan grande que podían enfrentarse y derrotar a lo mejor que la Tierra pudiera oponerles. Privadamente, sabía que aquello era un sofisma, como podía apreciar cualquier Miembro competente con sólo juzgar el tema. El conocimiento solo no hace ganar las guerras. Los fanáticos ignorantes de la Edad Media en Europa habían vencido a la cultura islámica, incomparablemente superior; Arquímedes fue abatido por un soldado cualquiera; los bárbaros habían saqueado Roma. Libby, o algún otro, podía diseñar un arma invencible a partir de su masa de nuevos conocimientos... o podía no hacerlo. ¿Y quién sabía qué avances militares se habían conseguido en la Tierra en tres cuartos de siglo?

King, especialista en artes militares, estaba preocupado por lo mismo, y estaba aún más preocupado por el personal con el que debería trabajar. Las Familias lo eran todo menos legiones entrenadas; la perspectiva de intentar encuadrar a aquellos testarudos individualistas en algo parecido a una disciplinada máquina de guerra arruinaba su sueño.

Ni King ni Lazarus se mencionaron mutuamente estas dudas y temores; cada uno de ellos temía que mencionar tales cosas pudiera difundir el veneno del temor por toda la nave. Pero no estaban solos en sus preocupaciones; la mitad de los ocupantes de la nave se daban cuenta de la debilidad de su posición y guardaban silencio tan sólo porque la decidida resolución de volver a casa, pasara lo que pasara, hacía que estuvieran dispuestos a aceptar todos los peligros.

- Capitán - le dijo Lazarus a King, dos semanas después de que el grupo de Schultz se hubiera encaminado a la Tierra -, ¿ha pensado usted en lo que pueden sentir con respecto a la Nuevas Fronteras?

- ¿Eh? ¿Qué quiere decir?

- Bueno, nosotros lo robamos. Eso es piratería. King pareció atónito,

- ¡Dios - bendito, es cierto! Ya sabe usted, hace tanto tiempo de eso que me resulta difícil darme cuenta de que realmente no es mi nave... o recordar que la obtuve gracias a un acto de piratería. - Se quedó pensativo, luego sonrió sombríamente -. Me pregunto qué condiciones habrá actualmente en Coventry.

- Raciones más bien escasas, imagino - dijo Lazarus -. Pero nos las arreglaremos. No se preocupe... todavía no nos han cogido.

- ¿Supone que Slayton Ford estará conectado con el asunto? Puede que las cosas estén duras después de lo que él hizo.

- Puede que no se presente en absoluto ningún problema - respondió serenamente Lazarus -. Aunque la forma en que tomamos la nave fue un tanto irregular, la hemos usado para el propósito por el que fue construida... explorar las estrellas. Y la devolvemos intacta, mucho antes de lo que ellos hubieran podido esperar algún resultado, y con un magnífico y nuevo impulsor espacial que aprovechar. Van a recibir más por su dinero de lo que hubieran podido esperar nunca... así que tal vez simplemente decidan olvidarlo todo y prepararnos una fiesta de bienvenida.

- Espero que sí - respondió King, dubitativamente.

El grupo de expedición regresó dos días más tarde. No habían recibido ninguna señal de ellos hasta que emergieron al espacio - tiempo normal, justo antes de la cita, puesto que aún no se había diseñado ningún método de señalización del paraespacio al otroespacio. Mientras maniobraban hacia la cita, King recibió el rostro de Ralph Schultz en la pantalla de la sala de control.

- ¡Hola, capitán! Estaremos inmediatamente a bordo para informar.

- ¡Hágame un resumen ahora!

- No sabría por dónde empezar. Pero todo está bien... ¡podemos volver a casa!

- ¿Eh? ¿Cómo? ¿Repítalo?

- Todo está bien. Hemos restaurado el Convenio. ¿Sabe?, ya no hay ninguna diferencia entre nosotros y los demás. Todo el mundo es miembro de las Familias ahora.

- ¿Qué quiere decir con esto? - preguntó King.
- Lo han conseguido.
- ¿Conseguido el qué?
- El secreto de la longevidad.
- ¿En? Hable con sentido. No hay ningún secreto. Nunca hubo ningún secreto.
- Nosotros no tuvimos ningún secreto... pero ellos creyeron que lo teníamos. Así que lo encontraron.
- Explíquese - insistió el capitán King.
- Capitán, ¿no puede esperar hasta que estemos de vuelta en la nave? - protestó Ralph Schultz -. Yo no soy biólogo. Traemos con nosotros a un representante del gobierno... será mejor que se lo pregunte a él.

6

King recibió al representante de la Tierra en su cabina. Había notificado a Zaccur Barstow y a Justin Foote que estuvieran presentes en representación de las Familias, y había invitado al doctor Gordon Hardy debido a que la naturaleza de las sorprendentes noticias era asunto del biólogo. Libby estaba allí como oficial jefe de la nave. Slayton Ford había sido invitado debido a su status único, aunque no ostentaba ningún cargo público en las Familias desde su crisis en el templo de Kreel.

Lazarus estaba allí debido a que Lazarus deseaba estar allí, en su propia y estricta capacidad privada. No había sido invitado, pero incluso el capitán King se mostraba remiso en interferir en las prerrogativas asumidas por el Miembro más viejo de las Familias.

Ralph Schultz presentó a los reunidos al embajador de la Tierra.

- Éste es el capitán King, nuestro oficial comandante... y éste es Miles Rodney, representando al Consejo de la Federación... ministro plenipotenciario y embajador extraordinario, imagino que podríamos llamarlo.

- Un tanto fuerte - dijo Rodney -, aunque puedo aceptar lo de «extraordinario». Esta situación no tiene precedentes. Es un honor conocerle, capitán.

- Encantado de tenerle a bordo, señor.

- Y éste es Zaccur Barstow, representante de los depositarios de las Familias Howard, y Justin Foote, secretario de los depositarios...

- Servicio.

- Servicio a ustedes, caballeros.

...Andrew Jackson Libby, oficial jefe astrogador, doctor Gordon Hardy, biólogo a cargo de nuestras investigaciones sobre las causas de la vejez y de la muerte.

- ¿Puedo servirle en algo? - dijo Hardy formalmente.

- Soy yo quien está a su servicio, señor. Así que es usted el jefe biólogo... hubo un tiempo en que hubiera podido prestar usted servicio a toda la raza humana. Piense en ello, señor... piense en lo distintas que hubieran podido ser las cosas. Pero, afortunadamente, la raza humana fue capaz de extraer el secreto de prolongar la vida sin la ayuda de las Familias Howard.

Hardy pareció vejado.

- ¿Qué quiere decir con esto, señor? ¿Pretende insinuar que aún siguen con la falsa idea de que poseíamos un secreto milagroso que quisimos ocultar?

Rodney se alzó de hombros y abrió las manos.

- Realmente, ahora ya no hay necesidad de mantener una tal pretensión, ¿no cree? Sus resultados han sido duplicados, independientemente.

- Un momento... - interrumpió el capitán King -. Ralph Schultz, ¿acaso la federación sigue aún bajo la impresión de que existe algún «secreto» para nuestras largas vidas? ¿Se lo han dicho ellos?

Schultz parecía desconcertado.

- Bueno... esto es ridículo. El tema apenas puede sostenerse. Ellos mismos han conseguido una longevidad controlada; ya no están interesados en nosotros al respecto. Es cierto que aún existe la creencia de que nuestras largas vidas se derivan de la manipulación antes que de la herencia, pero yo corregí esa impresión.

- Aparentemente sin demasiado éxito, por lo que Miles Rodney acaba de decir.

- Aparentemente no. No dediqué mucho esfuerzo en ello; la verdad es que estaba apaleando a un perro muerto. Las Familias Howard y sus largas vidas ya no son tema de conversación en la Tierra. El interés, tanto público como oficial, se halla ahora centrado en el hecho de que hemos conseguido realizar con éxito el salto a las estrellas.

- Puedo confirmar esto - aseguró Miles Rodney -. Todos los servicios oficiales, todas las agencias de noticias, todos los ciudadanos, todos los científicos del sistema están aguardando con gran impaciencia la llegada de la Nuevas Fronteras. Es la cosa más grande y más sensacional que ha ocurrido desde el primer viaje a la Luna. Son ustedes famosos, caballeros... todos ustedes.

Lazarus llevó a Zaccur Barstow a un lado y le susurró algo. Barstow pareció inquieto, luego asintió pensativamente:

- Capitán... - dijo Barstow a King.

- ¿Sí, Zack?

- Sugiero que solicitemos de nuestro huésped que nos disculpe mientras recibimos el informe de Ralph Schultz.

- ¿Por qué?

Barstow miró a Rodney.

- Pienso que estaremos mejor preparados para discutir estas cuestiones si nos asesoramos con nuestro propio representante. King se giró hacia Rodney. Lazarus intervino.

- No se preocupe, capitán. Zack se expresa bien aunque es demasiado educado. Creo que lo mejor será plantearle las cosas claramente al camarada Rodney e ir directamente al grano. Dígame, Miles; ¿qué prueba tiene de que usted y sus amigos han encontrado una forma de vivir tanto como nosotros?

- ¿Prueba? - Rodney pareció desconcertado -. ¿Por qué lo pregunta... a quién me estoy dirigiendo? ¿Quién es usted, señor? Ralph Schultz intervino:

- Lo siento... no he tenido oportunidad de terminar las presentaciones. Miles Rodney, éste es Lazarus Long, el Decano.

- Servicio. «El Decano»... ¿de qué?

- Simplemente el Decano en período de vida - respondió Lazarus -. Soy el Miembro más viejo. Por lo demás, soy un ciudadano privado.

- ¡El más viejo de las Familias Howard! Entonces... entonces usted debe ser el más viejo de los hombres vivos... ¡piense en eso!

- Piense usted en eso - contraatacó Lazarus -. Llevo dando la lata un par de siglos o así. ¿Qué hay acerca de contestar a mi pregunta?

- Pero no puedo evitar el sentirme impresionado. Usted hace que me sienta como un niño... y no soy un hombre joven precisamente; cumpliré los ciento cinco en junio.

- Si puede usted probar que ésa es su edad, podrá responder a mi pregunta. Yo diría que tiene usted unos cuarenta años. ¿Qué hay al respecto?

- Bueno, para ser sincero, no me esperaba ser interrogado sobre este punto. ¿Desea ver usted mis documentos de identidad?

- ¿Está bromeando? He tenido más de cincuenta documentos de identidad a lo largo de mi vida, todos ellos con fechas de nacimiento falsas. ¿Qué otra cosa puede ofrecer?

- Un momento, Lazarus - intervino el capitán King -. ¿Cuál es el propósito de su pregunta?

Lazarus Long desvió la mirada de Rodney.

- Las cosas están así, capitán... tuvimos que salir a escape del Sistema Solar para salvar nuestros cuellos, porque el resto de los tipos pensaban que habíamos inventado algún sistema para vivir siempre y se proponían arrancárnoslo aunque tuvieran que matarnos uno a uno. Ahora todo se ha vuelto dulzura y luz... o eso dicen. Pero no deja de parecer divertido que el pajarito que nos han enviado para fumar la pipa de la paz con nosotros siga estando convencido aún de que poseemos lo que ellos llaman nuestro secreto.

- No es ningún delito seguir creyéndolo.

- Supongamos que no han descubierto ningún sistema de retrasar la muerte por vejez, pero aún siguen aferrados a la idea de que nosotros sí lo tenemos. Entonces la mejor forma de mantenernos tranquilos y sin sospechar es decirnos que ellos sí lo han conseguido, y esperar a que volvamos con ellos para hacernos de nuevo la misma pregunta.

Rodney resopló:

- ¡Esto es una idea ridícula! Capitán, no creo haber venido hasta aquí para tener que discutir esto. Lazarus le miró fríamente.

- Era ridícula la primera vez, amigo... pero ocurrió. Gato escaldado del agua fría huye.

- Hey, un momento, los dos - ordenó King -. Ralph, ¿qué hay de eso? ¿Puede dar alguna opinión al respecto? Schultz pensó intensamente en ello.

- No sé qué decir. - Hizo una pausa -. Es más bien difícil de determinar. No puedo decir nada por el curso de los acontecimientos, del mismo modo que nuestros propios Miembros no podían ser distinguidos de entre la multitud de personas normales.

- Pero usted es psicólogo. Seguramente podría haber detectado indicios de fraude, si existiera.

- Puedo ser psicólogo, pero no soy un hacedor de milagros, y no soy un telépata. No estaba buscando ningún fraude. - Sonrió tímidamente -. Además, había otro factor. Estaba tan excitado por la idea de hallarme de nuevo en casa que no me hallaba en las mejores condiciones emocionales para notar discrepancias, caso de haberlas.

- Entonces, ¿no está seguro?

- No. Estoy emocionalmente convencido de que Miles Rodney está diciendo la verdad...

- ¡La estoy diciendo!

-...y creo que unas pocas preguntas podrían aclarar la cuestión. Proclama tener ciento cinco años de edad. Podemos comprobar eso.

- Entiendo - admitió King -. Humm... ¿hace usted las preguntas, Ralph?

- Muy bien. ¿Me permite, Miles Rodney?

- Adelante - respondió Rodney rígidamente.

- Debía tener usted unos treinta años cuando abandonamos la Tierra, puesto que hemos estado fuera aproximadamente unos setenta y cinco años, según el tiempo de la Tierra. ¿Recuerda usted el acontecimiento?

- Con absoluta claridad. Yo trabajaba en la Torre Novak por aquel entonces, en las oficinas del Administrador.

Slayton Ford había permanecido en un segundo término durante toda la discusión, y no había hecho nada por llamar la atención sobre él. La respuesta de Rodney le hizo erguirse.

- Un momento, capitán...

- ¿Eh? ¿Sí?

- Quizá yo pueda abreviar esto. ¿Me disculpa, Ralph? - Se giro hacia el representante de la Tierra -. ¿Quién soy yo?

Rodney le miró un tanto confuso. Su expresión cambió desde una simple sorpresa ante la extraña pregunta hasta un completo e incrédulo asombro.

- Bueno, usted... ¡usted es el Administrador Ford!

7

- ¡Uno por uno! Uno por uno - estaba diciendo el capitán King -. No intenten hablar todos a la vez. Adelante, Slayton; tiene usted la palabra. ¿Conoce a este hombre?

Ford miró fríamente a Rodney.

- No, no puedo decir que lo conozca.

- Entonces estamos como antes. - King se giró a Rodney -. Supongo que ha reconocido a Ford de los estéreos de historia...¿correcto?

Rodney parecía a punto de estallar.

- ¡No! Le he reconocido. Ha cambiado, pero es él. Señor Administrador... ¡míreme, por favor! ¿No me conoce? ¡Yo trabajé para usted!

- Parece más bien obvio que no lo hizo - dijo King secamente. Ford agitó la cabeza.

- Eso no prueba nada, ni en uno ni en otro sentido, capitán. Había más de dos mil empleados civiles en mi oficina. Rodney pudo ser uno de ellos. Su rostro me parece vagamente familiar, pero eso suele ocurrir muchas veces.

- Capitán... - dijo el doctor Gordon Hardy -, si puedo hacerle algunas preguntas a Miles Rodney tal vez pueda ser capaz de formarse una opinión respecto a si han descubierto realmente o no algo nuevo sobre las causas de la vejez y de la muerte.

Rodney agitó la cabeza.

- No soy biólogo. Me tendrá contra las cuerdas en un momento. Capitán King, le ruego que disponga mi regreso a la Tierra lo antes posible. No estoy dispuesto a someterme ni un instante más a esto. Y déjeme añadir que no me importa un átomo el que usted y sus... preciosos compañeros regresen o no a la civilización. Subí aquí para ayudarles, pero me siento disgustado. - Se puso en pie.

Slayton Ford avanzó hacia él.

- Tranquilo, Miles Rodney, por favor. Sea paciente. Póngase en su lugar. Sería igualmente precavido si hubiera pasado por lo que ellos han pasado.

Rodney vaciló.

- Señor Administrador, ¿qué está haciendo usted aquí?

- Es una larga y complicada historia. Se la contaré más tarde.

- Es usted un miembro de las Familias Howard... tiene que serlo. Eso explica un montón de cosas extrañas. Ford agitó la cabeza.

- No, Miles Rodney, no lo soy. Más tarde, por favor... se lo explicaré. Usted estuvo trabajando antes para mí... ¿cuándo?...

- Desde 2109 hasta que usted, esto... desapareció.

- ¿Cuál era su trabajo?

- Durante la crisis de 2113 era ayudante de oficina en la División de Estadísticas Económicas, Sección de Control.

- ¿Quién era su jefe de sección?

- Leslie Waldron.

- El viejo Waldron, ¿eh? ¿De qué color era su pelo?

- ¿Su pelo? Le llamábamos la Morsa, y era calvo como un huevo.

- Parece como si yo estuviera equivocado, Zack - le susurró Lazarus a Zaccur Barstow.

- Espera un momento - contestó Barstow, también en un susurro -. Pueden haberlo preparado... es probable que supieran que Ford había escapado con nosotros.

Ford estaba prosiguiendo:

- ¿Qué era La vaca sagrada?

- La vaca... ¡Jefe, se suponía que usted no sabía nada de esa publicación!

- Concédale a mi personal de inteligencia el crédito de haber realizado un buen trabajo, como mínimo - dijo Ford secamente -. Recibía mi ejemplar cada semana.

- ¿Pero qué era? - preguntó Lazarus.

- Una hoja cómica y satírica que circulaba de mano en mano por las oficinas - respondió compungido Rodney.

- Dedicada a burlarse de los jefes - añadió Ford -, especialmente de mí. - Puso un brazo en torno a los hombros de Rodney -. Amigos, no hay la menor duda. Miles y yo fuimos compañeros de trabajo.

- Aún sigo deseando saber cómo funciona el nuevo proceso de rejuvenecimiento - insistió el doctor Hardy un poco más tarde.

- Creo que todos nosotros lo deseamos - admitió King. Llenó de nuevo el vaso de vino de su huésped -. ¿Puede decirnos algo sobre ello, señor?

- Lo intentaré - respondió Miles Rodney -, aunque deberé pedirle al doctor Hardy que me eche una mano. No se trata de un proceso, sino de varios... un proceso básico y una docena de otros secundarios, algunos de ellos puramente cosméticos, especialmente para las mujeres. El proceso básico no es un auténtico proceso de rejuvenecimiento. Podemos detener el progreso de la vejez, pero no podemos invertirlo en ningún grado significativo... no podemos convertir a un viejo senil en un muchacho.

- Sí, sí - admitió Hardy -. Naturalmente... ¿Pero cuál es el proceso básico?

- Consiste en general en reemplazar todo el tejido sanguíneo de una persona vieja por sangre nueva y joven. La vejez, según me han dicho, es primariamente un asunto derivado de la progresiva acumulación de toxinas de desecho en el metabolismo. Se supone que la sangre las retira, pero llega un momento en que la sangre está tan saturada de esas toxinas que el proceso de eliminación no se efectúa correctamente. ¿Es así, doctor Hardy?

- Es una forma un tanto extraña de decirlo, pero...

- Ya le dije que no soy un biotécnico.

-...es correcto en lo esencial. Es una cuestión de déficit en la presión de difusión... el d. p. d. en el lado de la pared celular que recibe la sangre debe ser tal que mantenga un exacto gradiente, o se producirá una progresiva autointoxicación en las células individuales. Pero debo decir que me siento un tanto decepcionado, Miles Rodney. La idea básica de combatir la muerte asegurando una correcta eliminación de los productos de desecho no es nueva... tengo un trozo de corazón de pollo que ha permanecido vivo durante dos siglos y medio a través de técnicas equivalentes. En cuanto a lo de usar sangre joven... sí, puede funcionar. Yo he mantenido animales experimentales vivos gracias a tales donaciones de sangre durante el doble de sus expectativas normales de vida. - Se detuvo y pareció desconcertado.

- ¿Qué ocurre, doctor Hardy? Hardy se mordió el labio.

- Abandoné esta línea de investigación. Necesitaba disponer de varios donantes jóvenes para conseguir mantener a un solo beneficiario alejado del envejecimiento. Se apreciaba un pequeño pero medible efecto desfavorable en cada uno de los donantes. Racialmente se revelaba como una imposibilidad; nunca se podría disponer de los suficientes donantes como para llevar adelante el proyecto. ¿Debo entender por eso, señor, que este método se halla limitado a una pequeña y selecta parte de la población?

- ¡Oh, no! Quizá no me haya sabido explicar con la suficiente claridad, doctor Hardy. No hay donantes.

- ¿Eh?

- La sangre nueva, suficiente para todo el mundo, crece fuera del cuerpo... el Servicio de Salud y Longevidad Pública puede proporcionar cualquier cantidad de ella, de cualquier tipo.

Hardy pareció asombrado.

- Y pensar que estuvimos tan cerca... así que es esto. - Hizo una pausa, luego prosiguió -: Probamos a efectuar cultivos de médula ósea in vitro. Deberíamos haber persistido en ello.

- No se haga reproches por ello. Miles de millones de créditos, y decenas de miles de técnicos contratados para este proyecto, fueron necesarios antes de que se produjeran los primeros resultados significativos. Se dice que la masa de ingenio acumulado en este campo representa un esfuerzo mayor que el de todas las técnicas de ingeniería atómica. - Rodney sonrió -.¿Sabe?, tenían que obtener algunos resultados; era políticamente necesario... así que los obtuvieron, aunque tuvieron que hacer un esfuerzo colosal. - Se giró hacia Ford -. Cuando las noticias acerca de la huida de las Familias Howard llegaron al público, Jefe, su precioso sucesor tuvo que ser protegido de las masas.

Hardy insistió con preguntas acerca de las técnicas secundarias... injertos de dientes, inhibidores del crecimiento, terapia hormonal, y muchos otros, hasta que King acudió al rescate de Rodney haciendo notar que la primera finalidad de su visita era arreglar los detalles del regreso de las Familias a la Tierra. Rodney asintió.

- Pienso que deberíamos ir directamente al asunto. Tal como lo entiendo, capitán, una gran parte de su gente se halla ahora en somnolencia a temperatura reducida.

- ¿Por qué no dice «sueño a bajas temperaturas»? - le dijo Laza - rus a Libby.

- Sí, así es.

- Entonces no habrá ningún problema en mantenerla en ese estado durante un tiempo.

- ¿Eh? ¿Por qué dice eso, señor? Rodney abrió las manos.

- La propia Administración se halla actualmente en una posición en cierto modo embarazosa. Para decirlo claramente, hay - un déficit de alojamientos. Absorber a ciento diez mil personas desplazadas no es algo que pueda hacerse en una noche.

De nuevo King tuvo que calmar los ánimos. Luego hizo una seña a Zaccur Barstow, que se dirigió a Rodney:

- No acabo de ver el problema, señor. ¿Cuál es la población actual del continente norteamericano?

- Alrededor de unos setecientos millones.

- ¿Y no pueden encontrar sitio para albergar a una séptima parte del uno por ciento de ese número? Suena absurdo.

- No me ha comprendido, señor - protestó Rodney -. La presión demográfica se ha convertido en nuestro principal problema. Coincidiendo con ello, el derecho a disfrutar del propio hogar o el apartamento sin ser molestado por nadie se ha convertido en el más celosamente guardado de todos los derechos civiles. Antes de que podamos hallarles un sitio adecuado para vivir deberemos reacondicionar alguna franja de desierto o realizar algún otro reajuste de importancia.

- Entiendo - dijo Lazarus -. Política. No se atreven a molestar a nadie por miedo a las protestas.

- Es realmente una forma poco adecuada de plantear el caso.

- ¿Lo es? ¿Quizá se están acercando a unas elecciones generales?

- De hecho así es, pero esto no tiene nada que ver con el caso. Lazarus se echó a reír burlonamente. Justin Foote pidió la palabra.

- Tengo la impresión de que la Administración ha considerado este problema de una forma un tanto superficial. No somos inmigrantes carentes de hogar. La mayoría de los Miembros poseen sus propios hogares. Como sin duda sabe usted, las Familias tenían una buena posición, incluso eran ricas, y por obvias razones construimos nuestras casas para que duraran. Estoy seguro de que la mayoría de esas construcciones aún están en pie.

- No lo dudo - concedió Rodney -.pero las encontrarán todas ocupadas. Justin Foote se alzó de hombros.

- ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Se trata de un problema para el gobierno. Es él quien debe hacerse cargo de las personas a las que ha dejado ocupar ilegalmente nuestros hogares. En lo que a mí respecta, deseo tomar tierra tan pronto como sea posible, obtener una orden de desahucio del tribunal más cercano, y volver a tomar posesión de mi casa.

- No es tan fácil. Usted puede hacer una tortilla de huevos, pero no huevos de una tortilla. Ustedes han sido declarados legal - mente muertos desde hace muchos años; los actuales ocupantes de sus casas gozan de un título de propiedad legal.

Justin Foote se puso en pie y miró llameante al enviado de la Federación, con el aspecto, pensó Lazarus, «de un ratón acorralado».

- ¡Legalmente muertos! ¿Por qué disposición, señor, por qué disposición? ¿Por la mía? Yo era un respetado procurador, tranquilo y honorable, que cumplía con mi profesión, no hacía daño a nadie, cuando fui arrestado sin ninguna causa y obligado a huir para salvar mi vida. Y ahora me dicen tranquilamente que mi propiedad ha sido confiscada y que mi existencia legal como persona y ciudadano ha sido eliminada debido a esa cadena de acontecimientos. ¿Qué clase de justicia es ésta? ¿Sigue en vigor el Convenio?

- Me ha interpretado mal, señor. Yo...

- No he interpretado nada mal. Si la justicia se mide sólo cuando es conveniente, entonces el Convenio no vale ni el papel en que fue escrito. Voy a hacer de mí mismo un caso ejemplar, señor, un caso que sirva de antecedente para todos los Miembros de las Familias. A menos que mis propiedades me sean devueltas completamente y de inmediato, voy a presentar querrela personal contra cualquier obstrucción oficial. Voy a hacer de ello una causa célebre. Durante muchos años he sufrido privaciones e indignidades y peligros; ahora no van a contentarme sólo con palabras. Voy a gritarlo por todas partes. - Hizo una pausa para recuperar el aliento.

- Él tiene razón, Miles - dijo suavemente Slayton Ford -. El gobierno haría mejor en hallar alguna forma adecuada de arreglar esto... y rápidamente.

Lazarus captó una mirada de Libby y silenciosamente le hizo señas para que se dirigiera hacia la puerta. Ambos se deslizaron fuera.

- Justin va a mantenerlos ocupados durante la siguiente hora

- dijo -. Vamos al Club a recuperar algunas calorías.

- ¿Cree realmente que no nos necesitarán?

- Tranquilízate. Si el capitán nos necesita, ya nos llamará.

8

Lazarus dio buena cuenta de tres bocadillos, un helado doble, y algunos pastelillos, mientras Libby se contentaba con un poco menos. Lazarus hubiera podido comer más, pero se vio obligado a responder al aluvión de preguntas de los demás habituales del Club.

- El departamento de suministros está fallando cada vez más

- se quejó Lazarus, mientras sorbía su tercera taza de café -. La Pequeña Gente les puso las cosas demasiado fáciles. Andy, ¿te gusta el chile con carne?

- Me encanta.

Lazarus se limpió los labios.

- Había un restaurante en Tijuana que servía el mejor chile que nunca haya probado. Me pregunto si aún estará ahí.

- ¿Dónde está Tijuana? - preguntó Margaret Weatheral.

- No recuerdas la Tierra, ¿verdad, Peggy? Bueno, querida, está en la Baja California. ¿Sabes dónde está eso?

- ¿Crees que no he estudiado geografía? Está en Los Ángeles.
- Bastante cerca. Quizá tengas razón... por ahora. Los altavoces de la nave reclamaron:
- Jefe astrogador... preséntese al capitán en la sala de control.
- ¡Ése soy yo! - dijo Libby, y salió apresuradamente. La llamada fue repetida; luego le siguió:
- ¡Atención todos... preparados para aceleración! ¡Atención todos... preparados para aceleración!
- Allá vamos de nuevo, muchachos. - Lazarus se puso en pie, se sacudió su kilt, y siguió a Libby, silbando mientras salía:
- California, aquí estoy de vuelta,
dilectamente al lugar de donde salí una vez...

La nave estaba de nuevo en camino, las estrellas habían desaparecido. El capitán King había abandonado la sala de control, reuniéndose con su huésped, el enviado de la Tierra. Miles Rodney se sentía muy impresionado; parecía como si necesitara un trago.

Lazarus y Libby permanecieron en la sala de control. No había nada que hacer; durante aproximadamente cuatro horas, tiempo de la nave, ésta, permanecería en el paraespacio, antes de regresar al espacio normal de la Tierra.

Lazarus extrajo un cigarrillo.

- ¿Qué has planeado hacer una vez hayas vuelto, Andy?
- No he pensado nada todavía.
- Mejor empieza a pensarlo. Habrá habido algunos cambios.
- Probablemente volveré a casa para una temporada. No puedo imaginar que los Ozarks hayan cambiado mucho.
- Las colinas parecerán las mismas, imagino. Pero puede que encuentres cambiada a la gente.
- ¿Cómo?
- Suena interesante, creo... una vez haga una visita a casa.
- Recordarás que te dije que me había separado de las Familias, y había perdido el contacto con ellas durante casi un siglo. En líneas generales, se habían vuelto tan presumidas y pagadas de sí mismas que no podía estar a su lado. Me temo que descubriremos que todo el mundo es así, ahora que esperan vivir para siempre. Inversiones a largo plazo, para estar seguras de poder ponerse sus botas de agua cuando llueva... ese tipo de cosas.
- Pero eso no le afectará en nada a usted.
- Mi opinión es distinta. Nunca tuve ninguna auténtica razón para permanecer aquí siempre... después de todo, como señaló Cordón Hardy, soy tan sólo la tercera generación resultante del plan Howard. Simplemente he vivido tal como han ido sucediendo las cosas, sin preocuparme en absoluto al respecto. Pero ésta no es la actitud habitual. Toma a Miles Rodney... mortal - mente preocupado por agarrar la nueva situación con ambas manos por miedo de perder sus anteriores privilegios establecidos.
- Me alegro de ver a Justin haciéndole frente - rió Libby -. Nunca hubiera pensado en Justin tan seguro de sí mismo.
- ¿Nunca has visto a un perrito ladrándole a un perro enorme para que salga inmediatamente de su patio?
- ¿Cree que Justin ganará en eso?
- Seguro que lo hará, con tu ayuda.
- ¿La mía?
- ¿Quién sabe nada acerca del paraimpulsor, aparte lo que me enseñaste a mí?
- He dictado gran cantidad de notas a los registros.

- Pero Miles Rodney no posee todavía esos registros. La Tierra necesita tu impulsor estelar, Andy. Oíste lo que dijo Rodney acerca de la presión demográfica. Ralph me dijo que actualmente necesitas el permiso del gobierno para tener un hijo.

- ¡No es posible!

- Es un hecho. Puedes contar con ello, y que habrá una tremenda emigración si simplemente hay algunos planetas decentes a donde emigrar. Y ahí es donde interviene tu impulsor. Con él, extenderse a las estrellas se convierte en una realidad práctica. Tendrán que claudicar.

- Pero no es realmente mi impulsor. La Pequeña Gente trabajó en él.

- No seas tan modesto. Tú lo hiciste. Y tú querrás ayudar a Justin, ¿no?

- Oh, seguro.

- Entonces lo utilizaremos para negociar. Quizá sea yo quien negocie, personalmente. Pero esto es marginal. Alguien deberá efectuar una pequeña exploración antes de que se inicie ninguna emigración a gran escala. Vayamos a la realidad, Andy. Nos iremos fuera de este rincón de la Galaxia y veremos lo que tiene para ofrecer.

Libby se rascó la nariz y pensó en ello.

- No hay prisa. Encontraré un hermoso y lindo yatecito de unas diez mil toneladas y lo habilitaremos con tu impulsor.

- ¿Qué utilizaremos como dinero?

- Tendremos dinero. Organizaremos una corporación matriz, con los fondos necesarios para permitirnos hacer todo lo que deseemos hacer. Y habrá otras corporaciones filiales para otras finalidades de menor interés para nosotros. Luego...

- Habla como si la cosa fuera en serio, Lazarus. Creí que simplemente estaba bromeando.

- Infiernos, no podemos permitirnos bromear en estas cosas. Tendremos a alguien con cuello y corbata que se encargue de los asuntos en casa y se preocupe por los libros y las cosas legales... alguien como Justin, por ejemplo. Quizás el propio Justin.

- Me parece muy bien.

- Y tú y yo volveremos a las estrellas a dar una vuelta y ver lo que hay de bueno por allí. Y va a ser divertido, mucho.

Permanecieron en silencio durante largo rato, sin que ninguno de los dos sintiera necesidad de hablar. Finalmente, Lazarus dijo:

- Andy...

- ¿Sí?

- ¿Vas a ocuparte de echarle un vistazo a todo ese asunto de la sangre - nueva - para - los - viejos?

- Sí, supongo que sí.

- He estado pensando en ello. Entre nosotros, ya no soy tan rápido con mis puños como lo era hace un siglo. Quizá mis expectativas naturales se están acabando. Te diré una cosa: no empezaré a planear nuestra próxima salida hasta que sepa algo más concreto sobre este nuevo proceso. Me ha dado una nueva perspectiva. Me descubre a mí mismo pensando en miles de años... y nunca me había preocupado por nada que estuviera más allá de una semana después del próximo miércoles.

Libby se rió de nuevo.

- Parece como si aún estuviera creciendo.

- Algunos dirían que ya sería hora. En serio, Andy, pienso que eso es precisamente lo que he estado haciendo. Los últimos dos siglos y medio fueron simplemente mi adolescencia, por decirlo así. Por mucho que viva, no creo que vaya a preocuparme de las respuestas finales, las respuestas importantes, más de lo que lo hace Peggy Weatheral. Los hombres, nuestra clase de hombres, los hombres de la Tierra, nunca han tenido el tiempo suficiente para enfrentarse a las cuestiones importantes. Montones de

capacidades, y nada de tiempo para utilizarlas adecuadamente. Cuando se llegue a las cuestiones importantes podríamos estar muy bien igual que los monos.

- ¿Y cómo propone enfrentarse a las cuestiones importantes?

- ¿Cómo puedo saberlo? Pregúntame de nuevo dentro de quinientos años.

- ¿Cree que esto representará alguna diferencia?

- Estoy seguro. De todos modos, todo lo que deseo es tiempo para echar un vistazo a mi alrededor y recoger algunos hechos interesantes. Toma por ejemplo esos dioses jockaira...

- No eran dioses, Lazarus. No debería llamarlos así.

- Por supuesto que no lo eran... creo. Mi opinión es que se trata de criaturas que han tenido tiempo suficiente para pensar en profundidad. Algún día, quizá dentro de mil años, intentaré avanzar directamente dentro del templo de Kreel, mirarles directamente a los ojos, y decirles: «Hey, compadres... ¿qué es lo que vosotros sabéis que yo no sepa?»

- Puede que no sea muy saludable.

- De todos modos pondremos las cosas en claro. Nunca me he sentido satisfecho de lo que ocurrió allí. No debería existir nada en todo el universo en donde el hombre no pueda meter su nariz... así es como están hechas las cosas, y presumo que ha de existir alguna razón para ello.

- Quizá no existan razones de ninguna clase.

- Sí, quizá todo no sea más que una broma colosal, sin el menor sentido. - Lazarus se puso en pie, se estiró y se rascó las costillas -. Pero puedo decirte esto, Andy: cualesquiera que sean las respuestas, he aquí a un mono que piensa seguir saltando, y mirando a su alrededor para ver todo lo que pueda ver, mientras los árboles sigan en pie.

FIN